

UN CABALLERO
HONORABLE

DEBORAH HALE

UN CABALLERO HONORABLE

DEBORAH HALE

ÍNDICE

[Capítulo Uno](#)

[Capítulo Dos](#)

[Capítulo Tres](#)

[Capítulo Cuatro](#)

[Capítulo Cinco](#)

[Capítulo Seis](#)

[Capítulo Siete](#)

[Capítulo Ocho](#)

[Capítulo Nueve](#)

[Capítulo Diez](#)

[Capítulo Once](#)

[Capítulo Doce](#)

[Capítulo Trece](#)

[Capítulo Catorce](#)

[Capítulo Quince](#)

[Capítulo Dieciséis](#)

[Capítulo Diecisiete](#)

[Capítulo Dieciocho](#)

[Capítulo Diecinueve](#)

[Capítulo Veinte](#)

[Capítulo Veintiuno](#)

[Capítulo Veintidós](#)

[Capítulo Veintitrés](#)

[Capítulo Veinticuatro](#)

[Capítulo Veinticinco](#)

[Capítulo Veintiséis](#)

[Nota de autora](#)

[Extracto de “Scandal on His Doorstep”](#)

[Sobre la autora](#)

CAPÍTULO UNO

Distrito de los Lagos, 1812

Un terrón de tierra empapada por la lluvia cayó sobre el ataúd, aterrizando con un fuerte y húmedo golpe. Desde su lugar detrás del muro de piedra cubierto de líquenes del cementerio de la iglesia de Saint Mawe, Lucy Rushton sintió ese sonido como un golpe físico. Un pequeño gemido escapó de sus apretados labios, pero el húmedo viento otoñal se lo arrebató y se lo llevó. Estaban enterrando los restos terrenales del capitán Jeremy Strickland, herido de muerte en un pequeño enfrentamiento durante la campaña peninsular de Wellington.

Esa *pequeña escaramuza*, reflexionó Lucy con amarga ironía, la había sumido en la peor pesadilla de cualquier mujer... no estaba casada y se encontraba embarazada de un amante muerto.

En vano, Lucy se mordió el labio, rezando para que el dolor la despertara de esta pesadilla. Desde la distancia y durante la mayor parte de sus veinte años, había adorado al apuesto y atrevido Jeremy Strickland. De repente, el capitán se había fijado en ella, cortejándola con toda la urgencia de un joven que se iba a la guerra.

Al lado de la cascada en Amber Force, había suplicado la felicidad de su mano en matrimonio. En un claro apartado a orillas del tranquilo Mayeswater, la había persuadido para consumir la unión de sus corazones. Le había prometido regresar en la primera oportunidad para casarse con ella en una espléndida ceremonia.

Incluso sabiendo que su condición eventualmente la expondría a la censura y el ostracismo, Lucy no podía arrepentirse de lo que había hecho. ¿Cuánto peor sería estar aquí y ver cómo enterraban a su amado, habiéndole negado la alegría de su comunión, sin el recuerdo de su ardiente beso y su tierno abrazo para sostenerla?

El escaso grupo de dolientes junto a la tumba inclinó la cabeza cuando el padre de Lucy, el vicario de Saint Mawe, los guiaba en una oración final. Un hombre sobresalía por encima de los demás, una persona alta de aspecto severo cuyo lúgubre atuendo funerario apenas se diferenciaba de su atuendo normal. Lucy clavó una mirada furiosa en el formidable Drake Strickland, vizconde de Silverthorne.

El vizconde había decretado egoístamente que el funeral de su medio hermano fuera una ceremonia privada, cerrada a todos menos a la familia. De lo contrario, Saint Mawe se habría desbordado de inquilinos y aldeanos, llorando sinceramente al joven, galante y agradable oficial. En lugar de esconderse detrás del muro, Lucy podría haber tomado su lugar entre la multitud, libre para desahogar su dolor en público.

Como atraído por la animosidad de su mirada, lord Silverthorne de repente volvió sus ojos

oscuros e inescrutables hacia Lucy. Ella miró a sus ojos sin pestañear, canalizando todo su resentimiento en un ceño fruncido en respuesta.

¿Cómo te atreves a alejarme de él en este de todos los días? Ella desafió en silencio a Drake Strickland. *De inicio, es tu culpa que Jeremy se alistara en el ejército. Pasó gran parte de su vida tratando de cumplir con tus estándares increíblemente altos. Tratando de dejar su propia marca. Tratando de emerger de debajo de tu sombra. Si no fuera por ti, hoy estaría vivo.*

En ese momento, el vicario Rushton entonó la bendición. «Tierra a la tierra. Cenizas a las cenizas. Polvo al polvo».

Las crecientes lágrimas apagaron la furia apasionada en los ojos de Lucy. Apartando la mirada del odioso lord Silverthorne, presionó sus brazos protectoramente sobre su vientre plano, donde el hijo de Jeremy había comenzado a crecer dentro de ella. Esto era a lo que finalmente habían llegado su amor y sus sueños: cenizas y polvo.

LA MARQUESA viuda de Cranbrook miró a lo largo de la formal mesa de comedor de Silverthorne. Su boca arrugada se frunció con disgusto. Aunque lamentaba la muerte de su nieto favorito, su señoría no estaba excesivamente angustiada. En setenta y cinco años había enterrado a tres maridos, cinco hijos y cuatro nietos. Perder a los seres queridos era una parte inevitable de la vida: no tenía sentido despotricar contra los acontecimientos que uno no podía controlar. La marquesa optaba por centrarse en situaciones más propicias a su influencia.

«Drake, ¿qué es este platillo?». Sospechosamente, revolvió su cuchara a través de una variedad desconocida de estofado, cargado de col. «Es apenas apetecible. ¿Y pan negro? Mis sirvientes cenar mejor que esto. Tienes que venir a Londres conmigo, aunque solo sea para conseguir los servicios de un buen cocinero».

Desde el momento de su llegada, la marquesa no había perdido oportunidad de instar a su nieto a que fuera a Londres en busca de esposa. En la cabecera de la mesa, el vizconde Silverthorne dejó escapar un suspiro de impaciencia audible por encima del tamborileo de la lluvia en las ventanas.

¡Mocoso insolente! Su señoría se sintió ofendida. ¿Pensaba él que su vista y oído eran demasiado débiles para no notar su comportamiento insultante?

«Lamento que nuestra cocina no sea de tu agrado, abuela», respondió Drake con cortesía, pero con tensa formalidad. «No estamos acostumbrados a tan elevada compañía».

Inclinó la cabeza hacia ella y sus otros invitados: su primo, el honorable Neville Strickland, y lady Phyllida Strickland, viuda de otro primo.

Phyllida respondió al gesto de Drake con una sonrisa insípida, mientras picoteaba su comida. Era una criatura blanda y cetrina, su empalagosa solicitud ponía los nervios de la marquesa al límite. Descuidando la comida por completo, Neville se concentró en su vino.

«Personalmente», continuó Drake, «considero que la cocina de la señora Maberley es deliciosa y nutritiva. No cambiaría su estofado de Lancashire por todos los pudines de ostras y faisán glaseados de Londres. Soy un hombre sencillo. Prefiero la ropa sencilla, la comida sencilla...».

«Pero apuesto a que no las mujeres sencillas», bromeó Neville, haciendo girar su monóculo con el cordón.

La marquesa contuvo la respiración, esperando la respuesta de Drake. Neville estaba muy borracho o era muy estúpido para provocar a su primo de esa manera. En más de una ocasión,

Drake había saldado las crecientes deudas del joven dandi sin más que una ominosa queja sobre el pecado del despilfarro.

«Hablando de mujeres», Phyllida rompió su manso silencio, «¿quién era esa joven mujer que nos miraba en el funeral de Jeremy esta tarde? Se veía realmente angustiada».

«¿Joven mujer?», Drake pareció confundido por la pregunta. «Oh, esa era Lucy Rushton... la hija del vicario».

«En efecto», Neville sonrió ampliamente. «¿Se presenta con un aspecto pintorescamente afligido en todos los entierros?».

«Si la señorita Rushton parecía triste, tiene todo el derecho. Conocía a Jeremy desde la infancia». Por un momento, Drake cayó en un silencio pensativo. Recuperándose, continuó con brusquedad: «Además, las chicas de esa edad tienen un sentido exagerado de la tragedia, en particular acerca de los jóvenes que mueren gallardamente por su país. Demasiada gente hoy en día tiene nociones románticas de la guerra».

«¿No consideras la muerte de Jeremy una tragedia?», desafió Neville.

«Lo considero un desperdicio». Un fuerte estruendo de trueno proveniente de la tormenta acentuó el pronunciamiento de Drake. «Jeremy no tenía por qué irse a España, como si el ejército fuera un divertimento. Tenía responsabilidades. Hacia mí. Hacia nuestra gente».

«¿Nuestra gente?», Neville se rió entre dientes. «Mi querido primo, hablas como si tus inquilinos fueran tus súbditos».

La marquesa había seguido la andanada de conversaciones entre sus nietos como un partido de *battledore* y *shuttlecock*, mirando de uno a otro. Ahora observaba expectante a Drake, esperando una respuesta aplastante.

[Nota de la T.: *Battledore* y *shuttlecock*, antiguo juego predecesor del bádminton moderno]

Se sintió claramente decepcionada cuando él respiró profundo y respondió con paciencia. «Es una cuestión de deber, Neville, si tal concepto no te resulta del todo extraño. Mis inquilinos y empleados dependen de mí. Las minas, los molinos, la curtiduría: cuando obtienen ganancias, las familias pueden alimentar a sus hijos y enviarlos a la escuela. Patrocinan las tiendas locales y evitan que el dinero se fugue a Liverpool o Manchester».

«Vaya, primo. Hablas como un comerciante, no como un vizconde. Los caballeros no están destinados a buscar guineas en fábricas deprimentes y casas de conteo. Para eso están los comerciantes».

«¿Crees que es vulgar poseer una fortuna cómoda, en lugar de vivir de las mesas de juego o de la caridad de los parientes?». Su tono moderado y tranquilo le indicaba a la marquesa que Drake se estaba irritando cada vez más. Neville era un tonto al confundir la fría y contenida ira de su primo con debilidad.

Neville ignoró las señales de advertencia.

«Viejo amigo, eres demasiado modesto. ¿Una fortuna cómoda?». Señaló hacia el comedor, recientemente restaurado a su antigua gloria. «Por supuesto, tienes una de las mayores fortunas de Inglaterra. Sin embargo, es prudente mantenerse alejado de Londres. Prinny podría tratar de pedirte un préstamo».

La marquesa fulminó con la mirada a Neville, pero él no se dio cuenta. «Por supuesto, no es vulgar *poseer* una fortuna, solo es vulgar haberla *ganado*». Se rió sin moderación de su propia broma. Nadie más se unió a él. «No puedo entender por qué te tomaste tantas molestias, cuando podrías haberte casado con una pequeña y fea heredera con un tosco comerciante por padre».

«Por supuesto, siéntete libre de seguir ese camino». El tono de Drake se agudizó. «Prefiero construir algo beneficioso y duradero, por iniciativa propia».

«Me temo que no tengo el temperamento adecuado para un trabajo tan serio. Soy uno de los lirios del campo de la sociedad. No trabajo, ni me esfuerzo. Sin embargo, el rey Salomón en toda su gloria no tenía un chaleco tan ricamente bordado como el mío».

Neville se recostó en su silla, mostrando una extensión de ese chaleco. La marquesa pensó que tenía un gusto bastante cuestionable para estar de luto.

Aun así, no estaba del todo disgustada con Neville. Él le había proporcionado una excelente palanca para usar contra su primo.

«Allí se sienta el heredero de toda tu riqueza ganada con tanto esfuerzo, Drake», dijo ella con desdén en dirección a Neville. «¿Cuánto tiempo le tomará gastar tu fortuna? ¿Seis meses? ¿Un año?».

«Espero tener una larga y saludable vida, abuela». Las palabras de Drake sonaron cortantes y precisas, su voz con un volumen amenazadoramente suave como los primeros estruendos de un trueno.

«Lo que quiere decir mi primo, abuela, es que espera que yo sea comida de gusanos mientras él disfruta de una vejez vigorosa. Deambulando por el campo. Cuidando sus molinos y minas. Devorando tazones colmados de col hervida y callos. Y el celibato..., ¿no es eso también parte de tu régimen, primo?»., se burlaba Neville.

«¡Por piedad, Neville, deja de atormentar al pobre hombre!», exclamó Phyllida.

La marquesa miró a la viuda de Clarence con un leve destello de interés. No había pensado que la insípida criatura fuera capaz de responder con tanta rudeza.

«Drake es nuestro anfitrión», continuó Phyllida remilgadamente. «Acaba de perder a su único hermano. Además, tus disputas molestarán a la pobre y querida abuelita».

«¡Pamplinas!», exclamó la marquesa cuando no se le ocurrió ningún juramento más enérgico. «No hay nada que me guste más que una buena pelea familiar. Es obligatorio discutir después de un funeral. Evita que todos se sumerjan en pensamientos morbosos sobre la mortalidad».

Neville levantó su copa hacia ella. «Qué filósofa eres, abuelita».

«¡Guarda tu lengua aceitosa, petimetre! Me he sentido halagada por hombres más hábiles en la sutileza adecuada de lo que tú serás nunca».

Su abuela atrapó a Drake en una leve sonrisa fantasmal. No tenía intención de dejar que él se volviera complaciente. «Aunque tu primo tiene razón, nadie engaña a la muerte para siempre. ¿Qué será de tus magníficas empresas cuando te hayas ido? Necesitas hijos para heredar tu título y continuar tu trabajo. Vuelve a Londres conmigo y elige entre el mercado matrimonial de esta temporada».

«Preferiría nadar en un pozo séptico». Drake arrugó expresivamente su nariz aguileña.

«¡Mocosos exasperante!». La marquesa no estaba acostumbrada a que la desafiaran. «¿Contabas con Jeremy para que te proporcionara herederos? Ahora tendrás que hacerlo tú mismo, muchacho».

Drake se levantó abruptamente de su silla. El joven tenía una figura bastante imponente en estos días, admitió su abuela a regañadientes. Aunque su cara alargada y angulosa a veces le daba un aspecto demacrado, tenía la musculatura delgada de su difunto abuelo. Muy lejos del niño enfermizo cuya vida la familia había desesperado.

«Considera esta discusión terminada, abuela. No soy un niño al que puedas someter con caña. Ahora, si me disculpan, tengo la intención de dar un paseo antes de retirarme a descansar».

«¡Oh, Drake, no deberías!», Phyllida hizo un gesto hacia las grandes ventanas de la habitación, cada una compuesta por más de cien paneles pequeños. A juzgar por la fuerza con que la lluvia las azotaba, estaba siendo impulsada por un feroz viento del oeste. «Está lloviendo

como para hundir el Arca de Noé».

Ya a medio camino de la puerta, Drake encogió sus anchos hombros. «No temas, Phyllida. Aún no me he disuelto en agua. Además, prefiero la hostilidad impersonal de la naturaleza a las queridas peleas familiares de la abuela. Buenas noches a todos. Confío en que la falta de compañía no estropee tu disfrute de mi oporto, Neville».

Detrás de él cerró la puerta en silencio, pero con firmeza.

Neville levantó los pies para apoyarlos sobre el borde de la mesa de caoba muy pulida. «En absoluto, mi querido primo», se rió entre dientes en respuesta a su primo ausente. «En absoluto».

Por dos peniques, la marquesa habría ahorcado a su nieto con la cuerda de su propio monóculo.

DRAKE ESTABA COMPLETAMENTE EMPAPADO cuando llegó a los establos. Sin embargo, la lluvia fría no había calmado su temperamento ardiente.

«Buenas noches, su señoría». Uno de los mozos de cuadra se tocó la gorra a modo de saludo y miró a su amo con evidente perplejidad. «¿Hay algo que pueda hacer por usted esta noche?».

En comparación con el comedor de Silverthorne, los establos parecían tentadoramente tranquilos. Drake inhaló el relajante aroma del cuero, los caballos y el dulce heno seco.

«Me apetece dar un paseo antes de acostarme. Ensilla al español».

Independientemente de lo que hubiera pensado sobre el capricho del amo, el mozo de cuadra se apresuró a seguir sus órdenes.

Una vez ensillado y montado, el gran semental negro se esforzó ansiosamente por salir a la tormenta. Apuntando su caballo hacia una extensión de campo abierto, Drake cabalgó hacia la oscuridad. Ráfagas de viento impulsaban la lluvia contra su rostro, dejándolo sin aliento. Riachuelos de agua corrían por sus mejillas como lágrimas. Abandonando toda una vida de pulcra cortesía, se entregó a la ferocidad de la tormenta. La furia y la angustia luchaban dentro de él, mientras se permitía el lujo de experimentar emociones crudas por primera vez desde que recibiera la noticia de la muerte de su joven medio hermano.

Durante quince años se había esforzado con todas sus fuerzas para resucitar Silverthorne de las cenizas de la ruina de su difunto padre. ¿Con qué motivo? ¿Para que Neville hipoteque y se lo juegue todo al final? ¿Para que el pequeño y desagradable Reginald de Phyllida, hiciera quién sabe qué? Independientemente de lo que pudiera ser su abuela, Drake admitía que no era tonta. *Había* estado confiando en Jeremy para que le proporcionara un heredero. Ahora, si esperaba salvar el trabajo de su vida para el futuro, *él* tendría que realizar esa odiosa tarea.

Una vez había ido a Londres en un arrebato de ingenuidad juvenil. Allí, y desde entonces, había sido tan abominablemente usado como para amargarlo con la idea del matrimonio. ¿Por qué Jeremy no pudo haber tomado una esposa antes de salir corriendo a luchar contra los ejércitos de Napoleón? ¿Qué lo había llevado a enrolarse en primer lugar? Irreflexión. Imprudencia. Poca confiabilidad.

De repente, Drake detuvo su montura y se dirigió de regreso a casa. Había dejado que su autocontrol se desvaneciera lo suficiente por una noche. No tenía intención de entregarle todo a Neville en bandeja de plata provocando su muerte por congelación. Sin embargo, antes de volver a una cama caliente y una taza hirviendo de té cámbrico de la señora Maberley, tenía que hacer una parada.

Una tenue luz titilaba en el antiguo santuario de piedra de San Mawe. Drake ató su caballo al

muro este, protegido del viento. Supuso que era una tontería venir aquí. Pero dado que ya se había entregado a una orgía de tonterías al cabalgar en una noche tan salvaje, bien podría purgarlo de su sistema. Algo lo obligó a arrodillarse junto a la tumba de Jeremy y preguntar: “Hermano, ¿por qué me abandonaste?”.

Drake se abrió paso a través del viejo cementerio, siguiendo una ruta sinuosa alrededor de las lápidas dispuestas de manera caótica. Tan fuerte era el viento y tan ferozmente se concentraba para evitar una caída, que apenas escuchó el sonido del llanto hasta que estuvo casi encima de donde provenía. Su pierna rozó una pequeña figura acurrucada junto a la tumba de Jeremy.

¿Qué estaba haciendo un niño solitario en un cementerio en una noche como esta? Si Drake Strickland tenía una debilidad, era por cualquiera que necesitara su ayuda o protección. Abandonando su plan de comunicarse con el fantasma de su hermano, levantó al pequeño vagabundo en sus brazos y con cuidado se dirigió de regreso a la iglesia. Al encontrar la puerta de la sacristía abierta, la empujó con el hombro. Solo cuando se hubo acomodado en un banco y soltara su carga, reconoció a Lucy Rushton.

«¿Qué demon...? Señorita Rushton, ¿qué está haciendo aquí?».

Aunque ciertamente no era el más perceptivo de los hombres en lo que se refería a las mujeres, Drake podía decir que la joven estaba luchando por dominar las turbulentas emociones. Distraídamente, ella se apartó de los ojos el cabello empapado por la lluvia. La humedad hacía que se viera bastante marrón. Por lo general, se rizaba en delicados mechones alrededor de su rostro con un cálido tono dorado.

«Perdóneme, su señoría». Sus palabras sonaron amortiguadas como si tuviera un resfriado, pero el tono era glacialmente formal. «Sé que usted financia el cargo de mi padre, pero no tenía idea de que considerara el cementerio como su propiedad personal. Disculpe mi intromisión».

Por alguna razón, su altiva respuesta hizo que Drake quisiera sonreír con admiración. Parecía desolada, estaba empapada y goteando, y los ojos y la nariz los tenía enrojecidos por el llanto. Sin embargo, había una chispa en Lucy Rushton que ni la lluvia ni la desgracia podían apagar.

«Sabe muy bien que no soy el dueño del cementerio». Buscando en su bolsillo un pañuelo, se lo entregó en un gesto conciliador. Después de todo, él no tenía ninguna disputa con ella, ni ella razonablemente podría tener una con él. «Incluso si lo fuera, sería bienvenida a entrar y salir cuando quisiera».

Muchas veces, mientras paseaba por su finca, se había encontrado con Lucy Rushton sentada bajo un árbol o encaramada en un escalón con un libro abierto sobre las rodillas y una jugosa manzana a medio comer en una mano. Absorta en su lectura o en sus ensoñaciones, rara vez se fijaba en él. Sin embargo, de esos breves encuentros había absorbido una medida de su satisfacción, y seguía su camino en un estado de ánimo extrañamente aligerado.

Lucy se frotó los ojos, lo que solo provocó enrojecerlos más. «¿Sería bienvenida? Esta tarde no lo fui cuando enterraron al capitán Strickland».

Hizo un trabajo minucioso al sonarse la nariz. Se escuchó fuerte y húmedo, sonando intencionalmente grosero.

«¿No fue bienvenida?», Drake la miró con franco asombro. «Qué tontería, yo...».

«Fue muy malo, excluyeron a todos menos a la familia. ¿Quiénes eran esas personas, de todos modos? Esa criatura ridícula con el chaleco llamativo y la lupa no parecía afligido en lo más mínimo. Juraría que se estaba regodeando».

«El primo Neville, hijo del hermano de mi padre». Drake no trató de negar la opinión de Lucy sobre su primo.

«Reconocí a su abuela, pero ¿quién era la dama más joven? Nunca antes la había visto en

Silverthorne».

«Lady Phyllida Strickland, viuda de mi primo Clarence». Si se le hubiera preguntado, Drake no podría haber dicho por qué respondía tan fácilmente a su perentorio interrogatorio.

«Oh». Por un momento, la versión de la identidad de Phyllida pareció confundir a la señorita Rushton. Luego, su inexplicable indignación volvió a cobrar fuerza. «Esas personas pueden ser parientes del capitán Strickland. Pero dudo que lo conocieran o se preocuparan por él tan bien como muchos de sus viejos amigos».

Sus palabras se desvanecieron mientras nuevas lágrimas brotaban de sus grandes ojos marrones. Drake se acercó para tomar su mano, pero ella lo apartó. En la fracción de segundo que estuvieron en contacto, pudo sentirla temblar.

«Debe estar congelándose. Le ofrecería mi abrigo, pero me temo que no serviría de nada tan empapado como está».

«Pa... pa... padre...». Ahora estaba temblando de verdad, sus dientes castañeteaban rítmicamente. «Pa... pa...padre tiene una sotana de repuesto en la sa.... sa.... sacristía».

Drake se levantó del banco y caminó por el pasillo lateral para buscar la sotana de repuesto del vicario. La envolvió alrededor de ella lo mejor que pudo.

«Créame, señorita Rushton, nunca fue mi intención desairarla. Solo quería evitar que mis inquilinos tuvieran cualquier obligación de asistir al funeral. Si hubiera hablado conmigo antes, le habría dado la bienvenida para que se uniera a la familia. Jeremy la apreciaba mucho».

A la manera perversa y desconcertante de las mujeres, Lucy recibió su intento de amabilidad con una nueva efusión de lágrimas.

«¡Maldición! ¿Qué pasa ahora? Siempre me ha parecido una persona sensata. Debo decir que encuentro su reacción ante la muerte de Jeremy exagerada y desproporcionada. El hecho de que no consiguiera un asiento de primera fila para su funeral no es motivo para exponerse a una consumición manteniendo una vigilia junto a su tumba bajo la lluvia torrencial».

El alarde no tenía un mejor efecto que la solicitud. Lucy Rushton inclinó la cabeza prácticamente sobre su regazo, llorando en fuertes sollozos que sacudían su delicado cuerpo.

«Tranquila, tranquila», Drake le dio unas palmaditas en el hombro en un incómodo gesto de simpatía. Estaba empezando a desear haberse quedado en Silverthorne. «No lo tome así. Lo siento si dije algo que la ofendiera».

Luchó por recordar lo que había dicho que pudiera haber causado este arrebato. «Debe parar. De lo contrario, se enfermará».

Entonces, como si considerara su advertencia como una invitación, Lucy Rushton vomitó sobre el suelo de losas, el banco donde estaba de rodillas y las botas de Drake. Afortunadamente para sus botas, ella tenía poco en su estómago.

Después, Drake se preguntó qué había provocado su inusual destello de comprensión por lo que le estaba pasando a ella. Agarró a Lucy Rushton por los hombros y la miró directamente a los ojos.

«Llevas el hijo de mi hermano», dijo con total convicción.

Su barbilla tembló, pero no se inmutó ante su mirada. Con solo un mínimo asentimiento, confirmó la absurda acusación de Drake. Sus manos se deslizaron de sus hombros, aturcidas por la conmoción.

Lucy desdobló el pañuelo y limpió el desastre en el suelo de la capilla. «Adelante. Diga lo que está pensando. Soy una ramera, una libertina. Que merezco todo lo que me está pasando».

De repente, la corbata alrededor de la garganta de Drake se sintió muy apretada. Tenía un fuerte impulso de desenterrar el cadáver de Jeremy para poder tener la satisfacción de estrangular

a su hermano. ¡Maldito sea! Con su atractivo aspecto bronceado y sus modales halagadores, Jeremy siempre tenía más mujeres de las que sabía qué hacer con ellas. A Drake no le había importado cuánto de su asignación monetaria gastaba el tonto en baratijas para actrices y camareras. ¡Pero aprovecharse de una inocente como Lucy Rushton era absolutamente intolerable!

«¿Libertina?». Sus labios se torcieron involuntariamente al usar esa palabra para describirla. «Disparates. Mi querida niña, no podría comportarse de una manera lasciva, aunque lo intentara».

Apenas sabía qué pensar cuando ella estalló: «¡No soy una niña! Tengo veinte años. He estado en Bath».

¿Qué significaba exactamente? Drake se preguntaba. Abrió la boca para explicar que no pretendía ofenderla, sino todo lo contrario.

Ella lo interrumpió. «¿Cómo sabe usted de lo que soy capaz? No sabe nada sobre mi. Váyase y déjeme en paz».

«Tal vez prefiera quedarme y compadecerme. Parece que la muerte de Jeremy nos ha puesto a los dos en un aprieto».

«¿Aprieto?». Afilada y estridente, la palabra resonó en las paredes de piedra de la capilla. «¿Así es como lo llama? Cuando se sepa mi condición, seré una paria. Mi hijo será entregado a extraños o a la dura misericordia de un hospital de niños expósitos. ¿Qué aprieto suyo puede compararse con eso?».

«Solo que me veré obligado a casarme, contra mi voluntad, para tener un heredero. De lo contrario, ese presuntuoso primo mío heredará Silverthorne».

«¿Obligado a casarse? Pobre hombre. Hace que suene tan atractivo como un ahorcamiento. Jeremy no se avergonzó como usted. Planeaba casarse conmigo en su próxima licencia».

Drake deseó poder creer eso tan sinceramente como ella parecía hacerlo. «Es una pena que no se haya casado con usted antes de irse. Nos habría ahorrado a ambos una angustia considerable».

Su enojo se desvaneció, como una pompa de jabón perforada. «Perdóneme, su señoría. He abusado inexcusablemente de su paciencia esta noche. Debo volver a la vicaría antes de que mi padre me eche de menos. Confío en que guardará mi secreto todo el tiempo que sea necesario».

Ella se levantó para irse.

«¿Cuánto tiempo lleva?», Drake le preguntó.

Su pregunta abrupta detuvo a Lucy. «¿Perdón?».

«¿Cuánto tiempo... desde la concepción del bebé?».

Ella respondió sin dudar. «Seis semanas». Reflexionando suavemente, agregó: «Solo hicimos el amor una vez, el día antes de que él se fuera a España».

Drake respiró hondo. Estaba a punto de sumergirse de cabeza en aguas turbias e inexploradas. Desafortunadamente, su molesta conciencia no le permitiría hacer menos. Debía hablar ahora, antes de que perdiera el valor.

«En ese caso, propongo... una solución mutuamente beneficiosa para nuestros problemas».

CAPÍTULO DOS

«¿Casarte? Drake, no puedes estar hablando en serio». Un bocado de huevo se deslizó de la cuchara de su abuela y cayó tembloroso sobre su platillo.

Neville y Phyllida intercambiaron una mirada, apareciendo dos pares de cejas levantadas con sorpresa y consternación. Drake sintió una oleada de satisfacción al haber sorprendido a su familia de manera tan ingeniosa. Esta era su venganza por la cena de anoche.

«Te aseguro, abuela, que lo digo completamente en serio». Drake dijo mientras comía alegremente su desayuno.

«¿Con la hija del vicario?», Phyllida parpadeó con sus ojos saltones. «Pero tú eres un caballero distinguido, Drake».

«Con mayor razón puedo prescindir de la molestia de perseguir a una heredera», respondió con exagerado buen humor.

«Después de todo, decidiste sumergirte en el fango, ¿verdad, primo?», Neville aportaba su contribución. «Me sorprende lo rápido que te abandonaron tus escrúpulos».

«Si recuerdas...», Drake no pudo evitar que los músculos de su mandíbula se tensaran, «estaba hablando de ese mercado de ganado matrimonial que llaman *La Temporada*, no del matrimonio en general. ¿Estabas demasiado borracho para notar la diferencia?».

Neville empanó sobre su monóculo, fingiendo frotarlo con la servilleta para limpiarlo. «Mi querido pariente, subestimas mi capacidad por el buen oporto».

«Y tú subestimas mi renuencia a que heredes Silverthorne. Tomando en serio la advertencia de la abuela, seguí su consejo y conseguí una esposa con la mayor rapidez».

«¡Pero es tan poco romántico!», Phyllida se lamentó.

«Lo cual me sienta admirablemente, porque soy el menos romántico de los hombres. No encuentro nada desagradable en este arreglo. Es honesto, práctico y expedito».

Todos parecían tan estupefactos que no pudo evitar entusiasmarse con su tema. «Solo piensen si lo hubiera hecho de la manera habitual. Habría tenido que abandonar mis asuntos comerciales durante semanas para asistir a muchas tediosas fiestas y bailes en Londres. Allí, me habría quedado despierto hasta más tarde de lo que me conviene, comiendo comida que no me sienta bien y bebiendo una cantidad desmedida de licores». Lanzó una mirada mordaz a Neville.

«Habría tenido que contener mi desagrado mientras un grupo de chicas tontas desfilaran frente a mí para su inspección. Habría bailado una sucesión de tediosos ejercicios de danza, cuyo único propósito es proporcionar una vida inmoderada a los afeminados maestros de baile».

Después de hacer una pausa para tomar un sorbo de su café, Drake continuó. «Habiendo elegido, siendo ella la mujer menos objetable y desesperada que consideraría casarse conmigo, le *dirigiría* mis atenciones, una combinación de cumplidos sin sentido y adulaciones insinceras.

Una vez que aceptara mi propuesta, comenzaría las negociaciones con su padre, lo que resultaría en un contrato de matrimonio, el lote más seco de sutilezas legales jamás escrito por el asistente de un abogado, un monumento al interés propio a sangre fría. ¡Toda la operación es tan extremadamente romántica que me deja sin aliento!».

Un discurso tan largo lo dejó sin aliento. Aún así, Drake sintió una tremenda sensación de alivio por haber expresado su opinión sobre un tema que lo había molestado durante mucho tiempo.

«¿Cuándo es la boda?», Phyllida finalmente dijo con voz aguda.

«Pasado mañana». Drake sonrió como si ella le hubiera deseado sinceras felicitaciones. «Debo hablar con el vicario y obtener una licencia especial. Confío en que todos se quedarán para las festividades nupciales. Necesitaremos testigos».

La marquesa viuda se levantó de su lugar. Tenía una presencia majestuosa para alguien tan pequeña y anciana. Agarrando su bastón, se dirigió hacia la puerta. «Sin duda, las comidas del funeral servirán fríamente para el banquete de bodas». Citaba a *Hamlet*.

Drake casi sonrió. *Touché, abuela*.

«Yo, por mi parte, no toleraré esta farsa con mi presencia». Con esa maldición, salió de la habitación y abandonó Silverthorne en menos de una hora.

EN UN CHARCO de pálido sol otoñal, en el porche de una modesta cabaña con techo de paja, Lucy Rushton estaba sentada leyendo en voz alta el “*Comus*” de Milton. En el banco junto a ella estaba sentada la inquilina de la cabaña, la viuda Sowerby, con un par de agujas de tejer tintineando en sus diminutas y ágiles manos. Ni una sola vez miraba hacia abajo a su trabajo, sino que contemplaba sin ver la belleza pastoril de Mayeswater.

Durante años, Lucy había tenido la costumbre de pasarse por la cabaña y leer o hablar mientras la señora Sowerby tejía. Absorta en su dolor por Jeremy y sus temores por el futuro, recientemente había descuidado su deber autoimpuesto. Hoy, a pesar de sus nuevas aprehensiones, o tal vez a causa de ellas, había buscado consuelo en hacer algo por los demás.

«Vamos, muchacha, cuéntame. ¿Qué te preocupa? El ritmo del tejido de la señora Sowerby se hizo más lento.

Lucy levantó la vista de su libro. «¿Preocuparme? No, quiero decir... nada. Nada me preocupa. ¿Qué la hace pensar eso?».

Afortunadamente, las cataratas de la Sra. Sowerby le impidieron notar el rubor que ardía en las mejillas de Lucy.

La anciana se rió entre dientes. «El hecho de que mis ojos ya no funcionen, no significa que no pueda ver lo que es evidente. He contado siete veces que has suspirado desde la última vez que pasaste la página, y cuatro veces has perdido el lugar. No intentes engañar a la vieja Fanny con que no tienes nada que te preocupa».

Lucy suspiró por octava vez. «Bien podría contárselo. Todos en Nicholthwait lo sabrán mañana por la noche. Me voy a casar».

«¿En serio?». La Sra. Sowerby asintió ante esta información y tal vez ante la falta de entusiasmo en el anuncio de Lucy. «¿Alguien que yo conozca?».

Lucy asintió y luego recordó que su amiga no podía verla. «Todos lo conocen. Me casaré con el vizconde Silverthorne».

Las agujas de tejer de la Sra. Sowerby se congelaron en medio de la puntada. «¿Su señoría?

Esta es una noticia inesperada. La mayoría de las chicas estarían gritándolo a los cuatro vientos; ese es un matrimonio brillante».

«Es un gran honor». Sin mencionar una gran carga, compartir su vida con el hombre al que consideraba responsable de la muerte de Jeremy. Si hubiera podido encontrar otra manera de proveer decentemente para su hijo, se habría complacido en rechazar la propuesta de lord Silverthorne.

«Oh, sí. Una gran finca. Un título. Una gran fortuna. La mayoría de las muchachas no podrían pedir más de un matrimonio». Las dos mujeres se quedaron en silencio por un momento. «Por otra parte, tú no eres como la mayoría de las muchachas, señorita Lucy. Creo que quieres más de un marido que su riqueza o su apellido. Te gustaría un hombre con una sonrisa lista y una forma de pronunciar tu nombre que provoque que tu corazón lata más rápido».

Lucy pensó en Jeremy Strickland, en sus ojos tan azules como el cielo de verano reflejado en la superficie cristalina de Mayeswater, su cabello dorado alborotado por el viento de la meseta. Cuando sus ojos comenzaron a humedecerse, sintió una punzada de exasperación. Siempre había sido de naturaleza alegre y optimista. Una persona sensata, como lo había señalado claramente el vizconde. Últimamente no hacía falta nada para hacerla llorar. Odiaba tener sus emociones tan fuera de control.

«Tu descripción no se parece mucho a la del vizconde Silverthorne, ¿verdad?», Lucy esperaba que la señora Sowerby confundiera el quebrantamiento de su voz con una risita.

«Supongo que no. Nada parece simplista sobre su señoría, pobre chico».

«Su señoría tampoco tiene nada de *pobre*», con aspereza le recordó Lucy a su amiga. «Dicen que tiene el toque del rey Midas».

La Sra. Sowerby palpó su tejido para encontrar dónde lo había dejado. «Según recuerdo, el toque dorado no hizo muy feliz a ese tipo Midas».

«Está insinuando algo, así que también podría decírmelo. ¿Por qué llama *pobre chico* a lord Silverthorne?».

Ahora fue el turno de Fanny Sowerby de suspirar. «Tal vez deberías preguntarle a él, querida. Digamos que tuvo una infancia que no envidiaría ningún muchacho».

Algo en su tono le provocó a Lucy una punzada al pensar en su propia infancia idílica, llena de libros y sueños y las pequeñas bellezas de la naturaleza. Las únicas sombras pasajeras sobre esos preciosos años habían sido las muertes de un hermano y una hermana pequeños. Privada de otros niños, sus padres le habían prodigado todo su cariño.

En ese momento, se dio cuenta de la larga sombra proyectada por el manzano silvestre de la Sra. Sowerby. Aunque tenía curiosidad por saber más sobre la infancia poco envidiable de lord Silverthorne, había prometido encontrarse con él en la vicaría dentro de una hora.

«Temo que debo volver a casa. Lamento haber estado tan distraída y arruinarle la lectura».

«No te preocupes por eso. Estoy agradecida por la compañía. No muchas chicas se molestarían con una anciana ciega».

«De lo que se pierden». Lucy se inclinó para besar suavemente la mejilla curtida de la anciana.

La señora Sowerby dejó caer su tejido y tomó la mano de Lucy. «Deseo que tú y su señoría sean muy felices. Es un buen hombre, a pesar de que no habla mucho. Una vez al mes, como un reloj, lo escucho cabalgar hasta mi puerta. Nunca dice una palabra, solo revisa para ver cómo estoy. Una vez vino cuando estaba lloviendo y mi techo goteaba como un colador. Al día siguiente, apareció una cuadrilla de trabajadores con órdenes de volver a techarlo».

Lucy no sabía qué responder. La historia de la Sra. Sowerby contradecía su percepción de

toda la vida sobre el severo autócrata.

«Él necesita un poco de felicidad en su vida», agregó su amiga. «También se lo merece, con todo lo que ha hecho por la gente de aquí. Si hay una mujer que puede hacerlo feliz, me imagino que esa eres tú».

«Lo intentaré, señora Sowerby».

La anciana le indicó a Lucy que siguiera su camino. Entonces, tal vez pensando que ella estaba fuera del alcance del oído, la Sra. Sowerby reflexionó en voz alta: «Puede que te sorprenda lo feliz que puede hacerte, querida».

Lucy se dio la vuelta, suspirando por novena vez esa tarde. Dudaba que ninguna mujer pudiera hacer feliz a su señoría. Y estaba segura de que cualquier posibilidad de su propia felicidad había muerto en un campo de batalla español con Jeremy Strickland.

A UNA PRUDENTE distancia de la vicaría, Drake montó su caballo tratando de armarse de valor para una entrevista con el vicario Rushton. Le había hecho su propuesta de matrimonio inicial a Lucy en un impulso momentáneo de súbita obligación moral. Jeremy la había usado abominablemente y Drake sintió que era su deber rectificar la situación. Había disfrutado darle la noticia a su familia. Su oposición solo fortaleció su determinación. Durante su viaje a la vicaría, una multitud de dudas habían comenzado a asaltarlo.

¿Podría arreglárselas para aguantar a una esposa todo el tiempo? Había vivido una existencia solitaria, aparte de sus años en la escuela, años que había detestado. Maltratado y acosado por patanes de alta cuna sin intereses más allá de su propio placer, había luchado duro por el simple privilegio de que lo dejaran tranquilo. Iba en contra de sus principios renunciar a su privacidad ganada con tanto esfuerzo.

Tampoco estaba pensando solo en sí mismo. ¿Qué tipo de vida sería para Lucy y el niño, encerrados en Silverthorne con un hombre temperamentalmente inadecuado para el matrimonio y la paternidad? Aunque deseaba desesperadamente un heredero para desplazar a Neville, no podía enviar al hijo de Jeremy a una infancia sombría y sin alegría como la que él había sufrido.

«No está bien», murmuró Drake con los dientes apretados.

«¿No lo cree?». Lucy Rushton emergió de repente de un sendero arbolado cercano. «La mayoría de la gente diría que este es un hermoso día después de esa terrible tormenta. ¿O se refería a la vista?».

Drake miró calle abajo hacia la vicaría de Saint Mawe, a la acogedora casa de piedra verde cubierta de hiedra y rodeada por una atractiva mezcla de árboles y arbustos. No era simplemente una casa, la vicaría parecía un hogar. Verla despertó una melancolía enterrada durante mucho tiempo en el corazón práctico e imperturbable de Drake Strickland.

«No, en absoluto». Se esforzó por sonar impasible. «La vista es muy buena».

Lucy se plantó directamente frente a su caballo y lo miró con un desafío que brillaba incongruentemente en las profundidades de sus grandes y suaves ojos. «Entonces, ¿debo asumir que está teniendo dudas sobre casarse conmigo?».

Fijó su mirada en un punto justo encima de la cresta de su sombrero. «De ninguna manera, señorita Rushton». Drake se sorprendió a sí mismo con la facilidad con la que entregó esta falsedad descarada. «Veo claramente dónde está mi deber».

Esa parte era cierta, cuando menos.

«Qué mojigato suena. Como su esposa, ¿estaré sujeta a sermones diarios en la mesa del

desayuno?».

Drake sintió el aguijón de su reprimenda. Esta no era la Lucy Rushton que se había ganado su distante respeto: la chica generosa y sin pretensiones que le leía a la viuda Sowerby y vagaba por el campo con un libro bajo el brazo. Aquel invierno en Bath del que se jactaba debió convertirla en una de esas frágiles criaturas de lengua agria que él despreciaba.

«Puedo asegurarle, señora, que la someteré a mi discurso objetable tan poco como lo permitan las apariencias».

«Si así es como se siente, tal vez deberíamos cancelar esta ridícula farsa». Con esas audaces palabras, su rostro se puso blanco y se tambaleó como golpeada por un fuerte viento. Drake saltó de su silla, enviando a su caballo asustado a un lado. Atrapó a Lucy antes de que cayera al suelo.

Le tomó un momento recuperarse, un momento durante el cual Drake se encontró desgarrado por emociones encontradas. Una parte de él protestaba que era muy indecoroso que el descendiente de Silverthorne estuviera arrodillado en un camino rural con una mujer semiinconsciente en sus brazos, incluso si ella era su prometida. Otra parte sintió un escalofrío pasajero de culpa por haber sometido a Lucy a un intercambio desagradable en su delicada condición. Una abrumadora sensación de protección conquistó todos los demás sentimientos.

Tan pequeña y de aspecto infantil en sus brazos, la necesitaba tanto como cualquiera de sus inquilinos o empleados. Pero ella no era una niña, era una mujer. A través de la ligera tela de su vestido, podía sentir sus deliciosas curvas femeninas. Todo este arreglo funcionaría mejor si él no la encontrara tan peligrosamente atractiva. De todos modos, Lucy y su bebé eran su responsabilidad. Aunque podría resultar la empresa más difícil de su vida, debe hacer lo correcto por ellos.

«¿Dónde estoy?». Sus párpados revoloteaban. «¿Qué pasó?». Luchó por sentarse.

«Tranquila», Drake la contuvo suavemente. «Avíseme la próxima vez que se sienta débil. Me dio un buen susto».

Dejó de intentar alejarse de él, pero todo su cuerpo se puso rígido, reacio a ceder. «Parece que tengo la costumbre de causarle molestias, señor. Es un hábito que estoy ansiosa por romper, se lo aseguro».

¡Qué temperamento tan arisco! Drake frunció el ceño. Hacer cualquier acercamiento hacia Lucy Rushton era como tratar de enfrentarse a un erizo. ¿Todas las futuras madres eran así?

Cuando aflojó su agarre, Lucy se liberó de sus brazos. Saltando sobre sus pies, se sacudió el polvo de su vestido azul pálido. «Olvide lo que le dije anoche. Lo absuelvo de cualquier obligación moral hacia mí».

Drake desdobló su alto cuerpo de la postura agachada en la que había sostenido a Lucy. «Ese es el problema con las obligaciones morales: uno nunca puede eximirse completamente de ellas». Trató de sonreír, para demostrar que en parte estaba bromeando y, con suerte, para aliviar un poco la tensión entre ellos. Los músculos de su rostro no parecían entender lo que les estaba pidiendo. Solo logró hacer una mueca torcida.

«Si desea reconsiderar su decisión de casarse conmigo, está en su derecho. De hecho, la insto a sopesar cuidadosamente sus opciones antes de elegir el curso que mejor le convenga a usted... y a su hijo», agregó casi en voz baja, en caso de que alguien pudiera escucharlo.

«¿Opciones?», ella soltó una risita amarga. «No tengo opciones, lord Silverthorne, como bien sabe».

«Por supuesto que sí. Debe tenerlas. Si elige no casarse conmigo, igual los mantendré... a ambos. Le daré dinero para que se vaya hasta que nazca el niño. Si elige no quedárselo, le garantizaré un buen hogar».

«Eso es muy generoso de su parte».

«Es mi deber».

«Ah, sí, esa molesta palabra otra vez».

Drake estuvo tentado de lanzarse a dar un sermón sobre la importancia de los ideales como el deber y el honor, pero se contuvo. «Tenga en cuenta que, si elige seguir su propio camino, nunca podré reconocer al hijo de Jeremy como mi heredero».

«Lo entiendo».

«Sin embargo, la dejaría libre para olvidar el pasado y algún día lograr tener un matrimonio más de su agrado».

«Nunca olvidaré a Jeremy». Ella lo declaraba como una verdad fundamental. «Y nunca amaré a ningún otro hombre. Sería un error de mi parte casarme con un hombre al que no podría amar».

«¿Y si el hombre supiera que no puede amarlo?», Drake preguntó en voz baja. «¿Y si él no quisiera su amor?».

«Supongo...», Lucy miró hacia la torre de San Mawe que se elevaba desde detrás de la vicaría. «¿No sería un pecado pronunciar votos matrimoniales que no tenemos intención de cumplir?».

«Dudo que seamos la primera pareja en hacerlo». Drake arrastró su pie por la hierba con la punta de sus botas 'Hessians'. «Ni la última».

Lucy no respondió. Asumiendo que ella debía estar sopesando sus opciones, Drake se mantuvo quieto y en silencio. Él había dicho lo que tenía que decir, independientemente de si ella lo había escuchado. Al final, todo se reducía a su vida y la de su hijo. Ella debía ser libre de elegir, sin presiones de su parte. Sin embargo, a medida que pasaban los minutos sin más sonido que el chasquido ocasional de la cola del caballo, Drake se encontró deseando sinceramente que Lucy no cambiara de opinión. Tal vez sus dudas habían templado su determinación. O tal vez quería un hijo de Jeremy para llamarlo suyo.

Finalmente ella habló. «Muy bien, señor. Me casaré con usted».

De repente, Drake se dio cuenta de que había estado conteniendo la respiración. «Debo hablar con su padre». Jadeó las palabras. «Luego, tendré que buscar a Squire Lowes y hacer que nos expida una licencia especial. ¿Mañana es demasiado pronto?».

«¿Para la boda?». Un ligero rubor cubrió las mejillas de Lucy. «Teniendo en cuenta nuestra razón para casarnos, cuanto antes, mejor. Primero...». Ella puso una mano en la manga de su chaqueta. «¿Podemos hacer un voto privado, sincero, con solo Dios como nuestro testigo?».

«Qué idea tan inteligente». Drake se encontró sonriendo. «Como en los negocios: un contrato previo. ¿Qué tiene en mente?».

Su mano se deslizó lentamente por su manga. Después de un momento de vacilación, estrechó su mano. «Yo, Lucy Rushton, prometo criar a mi hijo con usted como su padre. Prometo tratarlo con el respeto debido a un esposo. Nunca lo molestaré con afecto no deseado ni estaré celosa de su interés por otras mujeres».

Eso resumía toda la situación bastante bien. Drake se aclaró la garganta. Le gustaba la sensación de su mano en la suya, demasiado, tal vez. «Yo, Drake Strickland, prometo criar a su hijo como si fuera mío y tratarla con el respeto debido a una esposa. Yo nunca la ...».

«Molestaré», le interrumpió Lucy.

«Oh sí. Nunca la molestaré con afecto no deseado ni estaré celoso de su interés en otros hombres». Por alguna razón, había tenido problemas para decir esa última oración con convicción.

Lucy soltó su mano. «No necesitaba haber agregado esa última parte. Se lo dije, nunca me importará ningún hombre que no sea Jeremy».

«Y yo no tengo interés en ninguna mujer». Aunque hizo hincapié en las palabras más enfáticamente, Drake no podía olvidar la forma en que la había sentido en sus brazos. «Creo que eso nos iguala. Ahora, ¿vamos a darle la noticia a su padre?».

CAPÍTULO TRES

La noche siguiente, considerándolo todo, su padre se había tomado la noticia bastante bien, Lucy reflexionaba mientras se sentaba frente a su tocador y se preparaba para acostarse. Aunque era el mejor de los hombres y el más amable de los padres, el aire vago y distraído del vicario Rushton se había profundizado con los años, desde la muerte de su alegre y práctica esposa. Lucy a menudo tenía la sensación de que él solo escuchaba a medias cuando ella le hablaba.

Cuando lord Silverthorne le pidió formalmente su mano, su padre solo sacudió la cabeza y se rió entre dientes: «Bueno, bueno, bueno. ¡Bendice mi alma!».

Tal vez pensaba que habían estado cortejándose durante mucho tiempo a escondidas, pero no se atrevía a admitir que no se había dado cuenta. No puso ninguna objeción cuando Drake solicitó una boda apresurada, sin amonestaciones, aceptando alegremente llevar a cabo la ceremonia él mismo.

Si su unión duraba cincuenta años, Lucy sabía que siempre se estremecería al pensar en su boda: breve, incómoda y decididamente poco festiva. Mientras pronunciaba sus votos de amar y honrar a su esposo y abandonar a todos los demás, sus pensamientos resonaron con promesas anteriores de no hacer nada por el estilo.

«¿Necesitará algo más, su señoría?», preguntó la sirvienta que acababa de terminar de desempacar su baúl.

El cepillo plateado se deslizó de los dedos de Lucy, pero apenas hizo ruido al caer sobre la gruesa alfombra. Miró alarmada alrededor de su dormitorio, preguntándose si lady Phyllida habría logrado entrar sin que ella se percatara de ello. Entonces se dio cuenta de que la chica se dirigía a ella.

«Disculpa, es Mary, ¿verdad? Me temo que me llevará algún tiempo acostumbrarme a mi nuevo título. De hecho, con el simple ‘señorita’ será suficiente para el uso diario».

Recogió su cepillo del suelo y lo revisó en busca de abolladuras. Tomaría un tiempo acostumbrarse a tales lujos.

«Veamos». Inspeccionó la habitación espaciosa y elegantemente decorada. El mismo estilo enfatizaba que ella estaba muy lejos de su posición social. «El fuego ha sido encendido. Has preparado la cama y le diste un pase con la bandeja de calentamiento. Has desempacado mi ropa. Dudo que necesite algo más esta noche».

En casa, en la vicaría, ella misma se habría ocupado de esas tareas. ¿Se acostumbraría alguna vez a tener una casa llena de sirvientes?

La chica hizo una reverencia. «Muy bien, señorita. Espero que descanse bien en su primera noche en Silverthorne».

Sintió que un rubor comenzaba a picarle en las mejillas, Lucy se volvió hacia su tocador. Si la joven Mary estaba al tanto de los chismes que circulaban alrededor de Nicholthwait sobre el matrimonio apresurado de lord Silverthorne, probablemente dudaba que su amante pudiera dormir en su noche de bodas.

«Gracias. Estoy segura de que así será». Lucy trató de sonar más segura de lo que se sentía.

Escuchó que se abría la puerta de su dormitorio y Mary dejó escapar un chillido de sorpresa.

«Disculpe, su señoría», jadeó la chica. «Estaba a punto de retirarme».

Lucy saltó del taburete frente a su tocador. Su cepillo para el cabello cayó al suelo por segunda vez.

Escuchó a su esposo responder con entusiasmo: «Qué conveniente, Mary. Estaba a punto de entrar. Por cierto, avisa a Talbot que dije que esta noche no fuera tacaño con el champán en el piso de abajo».

El cuerpo largo y delgado del vizconde llenó la entrada mientras se mantenía allí deseándole buenas noches a Mary. Su cabello oscuro se pegaba a su cabeza en rizos húmedos, lo que llevó a Lucy a suponer que se había bañado en el corto intervalo desde la cena. Pies descalzos y pantorrillas firmes y desnudas asomaban por debajo del dobladillo de la bata verde oliva de su señoría. ¿Llevaba algo debajo de esa bata? Lucy se preguntó, sintiendo su garganta apretada.

Cortésmente, habían evitado el tema en sus discusiones, pero ella pensó que había dejado en claro su renuencia a compartir la cama de su señoría. Sin ningún afecto deseado, de hecho. Había amado a Jeremy de una manera que nunca podría volver a amar. Sería como la peor infidelidad entregarse a otro hombre con su amado apenas enfriándose en su tumba.

Pero, ¿y si su nuevo marido insistía? Ella no tenía la fuerza para resistirlo físicamente. Pedir ayuda significaría el final de su matrimonio y la exposición de su secreto.

En los pocos segundos que le tomó a Lord Silverthorne cerrar la puerta detrás de él, el pulso de Lucy se aceleró al doble. Ella dio un paso atrás. «¿Por qué está aquí?».

Él le dirigió una mirada casual, un destello de diversión en sus ojos oscuros. «No para reclamar mis derechos maritales, si eso es lo que supones».

Como para probar sus inocentes intenciones, se acercó al diván tapizado en terciopelo que había frente a la chimenea. «Simplemente deseo convencer a nuestros sirvientes de que soy un esposo atento».

Se dejó caer en el diván. «Si nuestro matrimonio ha de cumplir su propósito, todos deben creer que yo engendré a su hijo. Tomé una ruta bastante tortuosa para llegar aquí. Según mis cuentas, cinco de los sirvientes me vieron, así como lady Phyllida, lo que es una ventaja inesperada. Con un poco de suerte, las historias de mi ardiente afecto por usted se extenderán por todas partes».

«Entiendo». Los latidos del corazón de Lucy se ralentizaron un poco. Algo la hizo preguntar: «¿Era necesario llegar en este estado de tan poca ropa?».

Podía ver una parte de su pecho bronceado, ligeramente cubierto de cabello oscuro y rizado. Qué diferente era Drake Strickland de su hermano. Jeremy era de complexión elegante y compacta. Con su tez clara y cabello rubio, había hecho pensar a Lucy en oro y marfil. Esbelto y ágil, con una presencia ferozmente masculina, el hermano de Jeremy era una criatura de bronce y ébano.

Ahora, él se recostó en el diván con un aire de educada indiferencia que la enfureció. «Vestuario meramente útil en nuestra farsa de matrimonio. No quería que nadie confundiera mis intenciones». Una ceja oscura se arqueó expresivamente. «¿Por qué toda esta mojigatería virginal? Seguramente no es nada que no haya visto antes».

La crueldad de sus palabras hirió a Lucy. ¿Lord Silverthorne se había casado con ella simplemente por el placer de humillarla?

Una ira apasionada se apoderó de ella. Voló prácticamente la distancia entre ellos, golpeando su mejilla con la mano. «Nunca me hable de esa manera otra vez, ¿entendido?».

Ella jadeó de dolor cuando él agarró su muñeca. «Baje la voz o la escuchará toda la casa. Si tiene tanto miedo de ver algo impropio, métase en la cama y cierre las cortinas».

Sin demasiada delicadeza, la empujó hacia la cama. «Me retiraré después de un tiempo adecuado».

Una parte de Lucy no podía creer que se hubiera atrevido a golpear al vizconde Silverthorne, un hombre al que había mirado con asombro y más que un poco de miedo durante la mayor parte de su vida. ¿Algo la curaría de tal impulsividad temeraria? Otra parte estaba contenta de que lo hubiera abofeteado, lo haría de nuevo si fuera necesario. ¡Criatura insoportable!

«Me meteré en la cama cuando esté lista, señor. No cuando usted lo ordene». Se sentó en el taburete, recuperó su cepillo y comenzó a pasar las cerdas por sus rizos castaños dorados. Su mano temblaba.

En el espejo vio al vizconde encogerse de hombros. «Yo no ordené nada. Simplemente sugerí».

Lucy podía ver la marca roja en su mejilla donde ella lo había abofeteado. Junto con sus otras emociones contradictorias, sintió una repentina punzada de vergüenza. Más inquietante aún era el desconcertante deseo de ungir esa diminuta roncha con un beso.

«Siento haberle abofeteado». Arrojó las palabras descuidadamente por encima del hombro.

Él se rió débilmente. «¿Esto?», señaló su mejilla. «Apenas lo sentí, se lo aseguro». Entonces su expresión se volvió gravemente seria. «Me disculpo por mi observación frívola. Estuvo fuera de lugar».

Lucy no se atrevió a pronunciar falsas garantías de perdón. Deliberadamente, dejó el cepillo sobre el tocador y se levantó del taburete. «Creo que me retiraré ahora. No he dormido bien últimamente».

Lord Silverthorne no respondió, pero podía sentir sus ojos sobre ella. De repente, fue consciente de sus pechos hinchados y tiernos empujando contra la tela ligera de su camisón, y una cálida sensación de hormigueo debajo de su vientre. ¿Qué otros síntomas inquietantes le esperaban en el embarazo? Lucy frunció el ceño para ocultar su vergüenza.

Tal vez él notó su expresión y pensó que estaba dirigida a él.

«Soy su aliado, no su adversario», murmuró él.

«Lo sé». Lucy apagó la vela, se metió en la cama y se cubrió con las sábanas hasta la barbilla. «Es solo que...», vaciló, incapaz de poner sus sentimientos en palabras benignas y neutrales.

Pareció entenderlo. «... ¿No puede evitar pensar en lo diferente que sería esta noche si fuera la novia de Jeremy?». Él estaba de espaldas a ella, encorvado sobre el diván. «¿Incluso tal vez desearía que fuera yo el que estuviera en su lugar, tendido en el cementerio?».

Lucy cerró los ojos y forzó su respiración a un ritmo lento y constante. Si su nuevo esposo se preguntaba por qué no había respondido, podría creer que se había quedado dormida.

Durante varios largos minutos, no escuchó nada más que el suave crepitar del fuego. Luego habló de nuevo, su voz casi demasiado baja para que ella lo escuchara. «No la culparía si lo hiciera. Pero ahora, la suerte está echada. Lo que no podemos cambiar, debemos soportarlo».

Sonaba tan desolado. De repente, ella recordó que él había perdido a un querido hermano. Al mismo tiempo, su orgullo se afectó por la insinuación de él de que su matrimonio era una prueba

que debía soportar. ¡Odiaba estos sentimientos sobreexcitados y contradictorios que él provocaba en ella!

NEVILLE STRICKLAND APURÓ la última gota de oporto de su copa con un suspiro de aprecio. Cuando uno tenía que soportar una estancia en las tierras salvajes olvidadas de Dios de Westmorland, uno debía aprovechar las pequeñas consolaciones. Le apetecía una gota más, pero la licorera estaba en un aparador al otro lado de la habitación. Neville no lograba reunir la ambición para levantarse y tomarla. Tal vez pasaría pronto un sirviente para extinguir el fuego moribundo. Con un discreto eructo, se encorvó aún más en el grueso sillón tapizado y dejó que sus pesados párpados se cerraran.

Escuchó la puerta abrirse y pasos entrar en la habitación. Suponiendo que debía ser un sirviente, se levantó para pedir otra bebida. Entonces, escuchó el tintineo de bienvenida de un pesado tapón al ser retirado de la boca de la licorera. Se podía decir lo que se quisiera sobre el viejo Drake, pero el hombre tenía a sus sirvientes bien entrenados.

Neville abrió un ojo a tiempo para ver a Phyllida vaciando la última gota de oporto en un vaso alto.

«Cerdita codiciosa», gruñó.

Con un grito ahogado, se elevó varios centímetros del suelo, haciendo que el pesado tapón se estrellara contra una bandeja de plata. «¡Dios mío, Neville, me asustaste casi hasta la muerte! Pensé que te habías ido a la cama».

«Tsk, tsk, ¿no sabes nada de lógica? Hay oporto en la licorera, al menos lo había, por lo tanto, debo estar presente para beberlo. Además, mi dormitorio está a solo dos puertas de la cámara nupcial. ¿Cómo podría dormir con las tablas del suelo crujiendo bajo el arduo desempeño de los deberes conyugales de mi primo?».

Phyllida le lanzó una mirada despreciativa. «Qué grosero eres, Neville. Debes estar borracho».

«Suenas exactamente como la abuela». Abrió su otro ojo con esfuerzo. «Como si la gente mintiera o hablara tonterías cuando está borracha. En mi experiencia, es todo lo contrario».

«Todos sabemos que tienes una vasta experiencia de estar borracho». Phyllida tomó un largo trago de su oporto.

«¿Detecto un indicio de malicia? Aliméntalo, por todos los medios. Podría salvar a tu personaje de ser completamente insípido».

Ella respondió de la manera más provocativa posible: ignorándolo. Fingiendo que no había escuchado una palabra de lo que dijo, Phyllida se sentó frente a él y tomó otro trago, chasqueando los labios con placer. Tal agravación deliberada no podía ser soportada.

«¿Ahogando tus penas?», lanzó él con sarcasmo. «¿Cuánto tiempo crees que pasará antes de que la deseable hijita de ese vicario deje caer una docena de mocosos en Silverthorne para reemplazar al joven Reggie?».

Los ojos de Phyllida se abultaron hasta un grado gratificante. Si hubiera estado más cerca, Neville estaba seguro de que le habría escupido. «¡Maldito seas, Neville! Puedes sentarte y reír. Nunca vivirás lo suficiente para ver ni medio centavo de Silverthorne. Pero mi querido Reggie... ¡es una lástima!».

Haberla incitado a tal arrebato puso a Neville de mejor humor. «Ahí está, vieja. Comparto tu decepción. Cierto, no esperaba sobrevivir a Drake con su régimen monástico, pero podría haber

vivido bastante cómodamente con mis expectativas».

El oporto de la copa de Phyllida brillaba como rubíes líquidos a la luz parpadeante del fuego. Lo inclinó hacia él en un brindis fingido. «Por la muerte de las expectativas».

«No entierres el cadáver a menos que estés segura de que está muerto de verdad», bromeó Neville.

Con el vaso en sus labios, Phyllida vaciló. «¿Qué tonterías de borracho estás diciendo ahora?».

Se las había arreglado para evitar que ella consumiera lo último del oporto. Neville se felicitó a sí mismo. «¿Qué pasa si la novia es estéril? No me pareció muy saludable. ¿Y si tiene un aborto? ¿El nacimiento de un niño muerto? ¿Y si quizás le da una hija?».

«Incluso un tonto como tú no pondría sus esperanzas en eso». Phyllida lo miró con amargura. «No ha nacido una mujer en la línea Silverthorne desde la conquista normanda. Clarence me lo recordaba todos los días mientras cargaba a Reggie».

«¿Tenías que ser tan literal?», Neville podía oler la última gota de oporto atrayéndolo desde el fondo de su copa. «Solo digo... muchas cosas pueden salir mal».

«¿Sí?», Phyllida lo miró expectante.

«Estoy seguro de que si unimos nuestras cabezas, podemos hacer naufragar este *honesto acuerdo comercial* de Drake antes de que produzca una descendencia problemática».

Una sonrisa de esperanza se dibujó en su cara alargada y pálida. El oporto en el estómago de Neville se agitó amenazadoramente. Dios, la mujer se veía positivamente espantosa cuando sonreía.

«¿Qué debo hacer?», preguntó ansiosa.

Neville reunió su ingenio durante varios momentos de intensa concentración. No tenía un plan concreto en mente, pero seguramente podría idear uno. Después de todo, las travesuras estaban en su lista de pasatiempos favoritos después de la bebida.

«Debes quedarte en Silverthorne y congraciarte con la novia».

El delgado labio superior de Phyllida se curvó con disgusto.

«No será tan difícil», dijo Neville. «Desde que te conozco, te has estado congraciando con cualquiera. Y esto es por una buena causa. Siembra semillas de discordia entre los recién casados y haz que vengan a Londres».

«¿Londres? ¿Para qué? ¿Cuál será tu intervención en todo esto?», preguntó Phyllida.

«Paciencia, querida mía». Neville sonrió con admiración por su propio genio. «Mientras estás socavando los cimientos del matrimonio de Drake como una buena pequeña zapadora, prepararé una maravillosa emboscada para derribarlo por completo».

«¿Qué tipo de emboscada?», Phyllida sonaba dudosa.

Neville buscó a tientas su monóculo y luego lo ajustó en su ojo. Pensó que le daba a su rostro un aspecto de sabiduría y misterio. «No te preocupes por eso. Baste decir que enviará a nuestra joven novia descontenta a huir hacia el continente como una liebre con un sabueso pisando sus talones».

Phyllida soltó una risita aguda que le provocó escalofríos en la espalda. Obviamente, el oporto estaba surtiendo efecto en ella. «Entonces, si Drake quiere volver a casarse, tendrá que pasar por la desgracia pública de un divorcio. Después de eso, ninguna mujer respetable lo querrá. ¡Oh, Neville, eres demasiado inteligente!».

Él le devolvió una débil sonrisa. Su coqueta mirada lo ponía claramente nervioso. Necesitaba desesperadamente otro trago. «¿Brindemos por nuestra alianza?».

«Por supuesto». Tropezando hacia la silla de Neville, derramó una generosa cantidad de su

oportito restante en su copa.

«Por la restauración de mis expectativas y la herencia de Reggie». Neville saboreó el rico cuerpo del oportito en su lengua por un momento reverente antes de tragar.

Phyllida se acomodó en el suelo junto a él y apoyó la cabeza en su rodilla. Mientras recordaba un dicho sobre la necesidad de hacer extraños compañeros de cama, Neville sintió que el vino en su estómago comenzaba a fermentar.

EL FUEGO de la chimenea en el dormitorio de Lucy se había reducido a un puñado de brasas incandescentes. Por el sonido de su profunda y uniforme respiración, Drake dedujo que por fin estaba profundamente dormida. Le quedaba una última pieza para sembrar en su pequeña farsa. Con un poco de suerte, alimentaría todos los rumores correctos, por lo que nadie podría sospechar cuando el bebé de Lucy naciera *antes de tiempo*.

Por derecho debería haberlo hecho antes de que ella se metiera en la cama, pero no había estado ansioso de que ella lo golpeará de nuevo. Drake levantó la mano y se tocó la mejilla con cautela. Contrario a sus protestas anteriores, le ardía como el mismo diablo. La pequeña colérica mujer podía reunir una fuerza considerable cuando se enojaba.

No es que pudiera culparla, después de su rudo comentario. Drake no tenía idea de qué lo había poseído para decir tal cosa o por qué no le había advertido a Lucy que vendría aquí esta noche. Todo este asunto del matrimonio lo había llevado a un territorio que nunca había esperado o querido pisar. Desestabilizarla deliberadamente lo ayudó a recuperar algo de su propio equilibrio.

Drake se negó a considerar lo que pudo haber provocado a Lucy con la esperanza de sentir su contacto, por poco tierno que fuera.

Del bolsillo de su bata sacó un pequeño frasco y lo destapó. Sigilosamente se acercó a la cama, metiendo la mano debajo de las mantas para depositar el contenido del frasco. Caliente por el calor de su cuerpo, probablemente ni siquiera lo notaría. Hasta mañana por la mañana, momento en el que esperaba que ella le siguiera el juego. Drake sintió que su mano rozaba la carne de ella.

Antes de que él tuviera un instante para saborear la sensación, ella se sentó de golpe, quitándose las sábanas y soltando un grito desgarrador. Dejando caer el frasco, logró detener su mano a centímetros de su cara.

«Una vez por noche es mi límite para ese tipo de abuso, señora».

«Se lo merece por asustarme casi hasta la muerte. ¿Qué está haciendo? Como si tuviera que preguntar».

Drake soltó su mano. Temblaba por el esfuerzo de reprimir sus furiosos impulsos. Él olió su cabello y el ligero y tentador almizcle del cuerpo de una mujer despertada del sueño. Por primera vez en su vida, Drake se sintió abrumado por poderosos impulsos fuera de su control. Eso lo asustó sobremanera.

«Métase en la cabeza, mujer, que no estoy atormentado por la lujuria de los dudosos placeres de su cuerpo», mintió, en lo que desesperadamente esperaba que fuera una manera convincente de decirlo.

«¡Puaj! ¿Qué puso en todas las sábanas y en mi camión?».

«Baje la voz», le dijo Drake. «Son unas gotas de sangre de cerdo para convencer a los sirvientes de que yo la he despojado de su virginidad».

«Oh. No había pensado en eso».

Drake recuperó el frasco y lo metió de nuevo en su bolsillo. «He aprendido a prestar atención a los detalles».

Manteniendo un tenue control sobre su autocontrol, se alejó de la cama. «La forma en que lo he salpicado probablemente hará que se hable de mi entusiasta desempeño».

«Podría haberlo hecho antes de que yo cayera en un sueño profundo». Lucy jaló las sábanas a su alrededor.

«Tal vez, pero no estaba ansioso por sentir el aguijón de su ira tan pronto». Drake rezó para que ella atribuyera la dificultad de su respiración a su ira.

«¿Tiene otras sorpresas desagradables reservadas para mí esta noche, su señoría?»

«Ninguna». Drake no confiaba en sí mismo para decir más.

«En ese caso, agradeceré que se retire».

«Con mucho gusto». Salió de la habitación.

En la galería podía oír los sonidos apagados de celebración que salían de la despensa del mayordomo. Al menos alguien estaba disfrutando un poco de su desdichado matrimonio.

De vuelta en su camerino, Drake encontró la bañera todavía preparada y llena de agua, que hacía tiempo que se había enfriado. Su ayuda de cámara se había olvidado de vaciarla, tal vez ansioso por participar en las festividades en el piso de abajo. Dejó que su bata cayera alrededor de sus tobillos y Drake entró en la estrecha tina. Cuando se sentó en el agua fría, casi esperaba que una nube de vapor sibilante se elevara de su ardiente cuerpo.

En nombre del cielo, ¿en qué se había metido?

CAPÍTULO CUATRO

Cuando el lacayo le sirvió el desayuno, Lucy sonrió débilmente. En las semanas posteriores a su boda, había llegado a temer la comida de la mañana. De inicio, porque sus persistentes náuseas siempre eran peores antes del mediodía.

Bajó la mirada a su plato, lleno de comida. Huevos, salchichas, panqueques, arenque ahumado, riñones de ternera hervidos en cantidades adecuadas para mantener a un hombre adulto en el trabajo del campo. Lucy desvió la mirada, antes de que la vista la enfermara. ¡Lo que habría dado por un modesto plato de tostadas secas y una taza de té ligero! De algún modo, no se atrevía a dictar peticiones especiales a la cocinera de Lord Silverthorne. Su primo mantenía la cocina en constante movimiento como estaba.

«¿No estás indispuesta, querida?», preguntó lady Phyllida mientras Lucy jugueteaba con su desayuno.

«Para nada», Lucy metió un tenedor lleno de huevos debajo del riñón de ternera. «Me temo que mi apetito no es igual a las generosas porciones de la Sra. Maberley».

«Sí», Phyllida se rió, con un agudo tintineo, como una cuchara golpeando salvajemente una copa de vino que a menudo sonaba en peligro de romperse. «La cocinera de Drake considera que su misión en la vida es engordar a todos».

Le lanzó a su primo una mirada burlona. «Dudo que alguna vez tenga éxito con él».

Drake respondió con un gruñido burlón mientras tragaba bocado tras bocado de su desayuno. El simple hecho de mirarlo hizo que Lucy estuviera a punto de vomitar.

Apartó su plato y trató de esbozar una sonrisa. «Debes encontrar la comida y la sociedad de aquí muy aburridas, después de lo que has estado acostumbrada en Londres, prima Phyllida», dijo Lucy.

Desde el otro extremo de la mesa del desayuno, notó el oscuro ceño fruncido que Drake dirigido hacia ella. Sin duda estaba enojado con ella por atreverse a insinuar que su prima debería dejar Silverthorne. Pues qué le importaba a él. Si él le hubiera dicho que su propuesta de matrimonio incluía una luna de miel con lady Phyllida Strickland, tal vez ella no hubiera aceptado.

«No encuentro nada deficiente en tu sociedad, querida Lucinda», respondió Phyllida en su habitual tono condescendiente. Evidentemente, ella no había captado la indirecta. «Aunque reconozco que últimamente he estado añorando Londres. Hay tantos eventos divertidos en el otoño, particularmente si uno está tan bien relacionado, como Drake».

El ceño fruncido de Lord Silverthorne se convirtió en un gesto de desagrado. Obviamente, no podía soportar la idea de que su inseparable compañera, Lady Phyllida, partiera hacia el sur.

Más de una vez en las últimas semanas, Lucy había abordado el tema.

La respuesta de Phyllida siempre era la misma. «Hablé con Drake sobre mi regreso a casa, pero él no ha querido escucharlo. Protestó que no podía prescindir de mí tan pronto. Él cuenta conmigo para ayudarlo a convertirte en una verdadera vizcondesa. No puedo decepcionarlo después de todo lo que el querido hombre ha hecho por mí desde que mi pobre Clarence murió».

Una chispa de resentimiento en lo más profundo de Lucy comenzó a arder. Estaba profundamente harta de los constantes sermones sobre el protocolo aristocrático y el comportamiento propio de una dama. Según lo interpretado por lord Silverthorne y proclamado por lady Phyllida, esto consistía en hacer una gran cantidad de nada. Al menos nada agradable, estimulante o enriquecedor. Montar era para marimachas. Leer era para intelectuales. Pasear por el campo estaba completamente más allá de los límites. No era de extrañar que Jeremy se hubiera unido al ejército para escapar de su autoritario hermano.

Un silencio incómodo y expectante en la sala del desayuno sacó a Lucy de sus cavilaciones. Tanto Drake como Phyllida la miraban, esperando. Intentó desesperadamente recordar de qué había estado hablando Phyllida. Evidentemente le habían hecho una pregunta, pero no tenía idea de qué.

«¿No estás de acuerdo, querida?», Phyllida la incitó.

Si esperaban su acuerdo, Lucy estaba segura de que era algo a lo que naturalmente se opondría. Aún así, debía hacer todo lo posible para adaptarse a sus costumbres. Por el bien de su hijo, en primer lugar, siendo la razón por la que se había casado con Drake.

«Por supuesto. Sí». Hizo todo lo posible por sonar sincera, pero ¿sincera sobre qué?

Lady Phyllida extendió sus finos labios en una tensa sonrisa. «¿Lo ves, Drake? Tu esposa está tan ansiosa por ir a Londres como yo».

Lucy se maldijo en silencio. Con Drake mirándola, ¿cómo podría retractarse de su acuerdo y explicar que simplemente no había estado prestando atención?

«Qué bienvenida recibirías, querida», dijo efusivamente Phyllida. «Todos estarán ansiosos por conocer a la nueva lady Silverthorne».

Eso, pensó Lucy, era precisamente su temor. Sospechaba qué tipo de *bienvenida* recibiría a manos de la *alta sociedad*. Como si fuera una lamentable curiosidad en el parque de atracciones: un burro enano o una gallina de tres patas. La hija del vicario disfrazada de vizcondesa. La observarían como una bandada de buitres, listos para despedazarla al primer paso en falso.

De repente, Drake se levantó de su lugar, arrojando la servilleta.

«Ya hemos hablado de esto antes». Miró a Lucy con un tono glacialmente formal. «Tengo asuntos de negocios urgentes que atender. Recientemente compré una operación minera en High Head. El lugar ha estado perdiendo dinero durante años y últimamente he oído hablar de condiciones peligrosas. Necesito llegar al fondo del problema y poner las cosas en...».

«Me temo que Neville tiene razón sobre ti, Drake». Phyllida pareció sorprendida al escuchar que estaba de acuerdo con Neville en cualquier cosa. «Estás sobrecargado con un sentido de *noblesse oblige*. ¿Quieres decir que este gran agujero en el suelo es más importante que tu propia esposa?».

[Nota de la T.: *noblesse oblige*, viene del francés y significa “obligaciones de la nobleza”]

«¡Suficiente!». Aunque Phyllida había estado hablando, Drake se dirigió a Lucy con un frío desprecio en los ojos. «Tengo asuntos que atender, si me disculpan. Puede que no vuelva a tiempo para cenar esta noche».

Aunque luchó por reprimirlas, las lágrimas brotaron de los ojos de Lucy. Ella había soportado su severa censura durante las últimas cuatro semanas. Junto con las quejas constantes de Phyllida y su propia bilis implacable, no pudo soportarlo más.

La vista de su angustia no hizo nada para ablandar a su severo y exigente esposo. Con una mirada final de desdén glacial, salió de la sala de desayunos.

«Mi pobre Lucinda», Phyllida le cogió la mano.

Por un instante, Lucy lamentó su resentimiento hacia la prima de Drake. A pesar de sus aires persistentes y condescendientes, al menos Phyllida trataba de mostrarse comprensiva.

«No te preocupes por eso. Iré a hablar con Drake». Ella salió tras él.

DRAKE NO HABÍA IDO MUY LEJOS cuando Phyllida lo alcanzó. «Drake Strickland, ¿cómo pudiste? Todos sabemos que te casaste con Lucy por una sola razón, pero ¿debes alardear del hecho prestándole tan poca atención? ¿No podías ver lo destrozada que estaba por tu negativa de llevarla a Londres?».

Tratando varonilmente de controlar su temperamento, Drake podía sentir sus muelas rechinando. La situación era intolerable. Otros hombres tenían esposas que los regañaban. Su esposa se aprovechaba de una experta para que lo regañara en su nombre.

«Lucy y yo nos quedaremos en Silverthorne. Si estás tan ansiosa por llegar a tu hogar, puedes marcharte». Drake se recordó a sí mismo que por *hogar* se refería a su propia casa en Londres. Él había puesto el lugar a su disposición después de la muerte de su primo Clarence.

Phyllida suspiró. «Por mucho que me encantaría volver a Londres, sé cuál es mi deber. Lucy está muy apegada a mí. Depende de mí para guiarla durante estos primeros días en su nueva posición. No podría pensar en abandonar a la pobre niña».

«Mi esposa no es una niña». Era en gran medida una mujer, y Drake deseaba por todos los cielos poder ignorar el hecho. «Tarde o temprano debe aprender a arreglárselas ella sola».

Phyllida parpadeó con una mirada de leve reproche. «Solo ayer le mencioné que me gustaría regresar al sur antes de que caiga la nieve. Si hubieras podido ver las lágrimas en sus ojos mientras me suplicaba que me quedara otras dos semanas, no serías tan antipático».

¿Otra quincena en compañía de Phyllida y su odioso pequeño Reggie? Drake se preguntó cómo lo soportaría. Mentalmente añadió otro elemento a su cuenta de agravios contra su esposa.

«Por supuesto, Lucy no podría oponerse a que me vaya si ustedes dos vienen con nosotros para una visita. Por eso abordé el tema. ¿No oíste con qué entusiasmo recibió la idea? Ella nunca ha estado allí, ya lo sabes, pero puedo decir cuánto le gustaría. Muestra una mirada tan dulce y melancólica cuando habla de haber pasado el último invierno con su tía en Bath. Bueno, tan solo el otro día me dijo: 'Phyllida, ¿crees que Drake está demasiado avergonzado para mostrarme en sociedad?'».

Para encubrir su aguda incomodidad, Drake hizo unos cuantos ruidos burlones desde lo profundo de su garganta. ¿Avergonzado? ¡Qué absurdo!

«Me rompió el corazón escucharla», continuó Phyllida. «Me apresuré a asegurarle que nada más lejos de la verdad. Sin embargo, cuando se entere de tu última respuesta sobre el tema, me temo que se tomará muy mal la noticia».

Drake sospechaba que su primo Clarence podría haberse alegrado de morir y escapar del desgaste y el acoso de esta mujer. «Aun así, ya he tomado mi decisión».

Sacudiendo dolorosamente la cabeza mientras regresaba a la sala del desayuno, Phyllida le lanzó una mirada de reproche. Drake optó por ignorarla. Debajo de la superficie gélida de su compostura, hervía el resentimiento. Si Lucy tenía motivos para quejarse de su matrimonio, ¿por qué no hablaba directamente con él, en lugar de pedirle a su íntima amiga, Phyllida, que lo

acosara?

Llegó al vestíbulo de entrada con una mezcla de alivio y exasperación. Aliviado de escapar por otro día. Exasperado por cómo su esposa y su compinche lo habían convertido en un fugitivo de su propia casa.

«Disculpe, señor».

Drake se dio la vuelta para encontrarse con la cocinera esperándolo, pulcra como un alfiler con su delantal y gorra almidonados, con todas las canas alisadas en su lugar. Una pequeña mujer, algo regordeta después de probar su propia buena cocina, había sido la única influencia maternal en su vida.

Sonrió a pesar de sí mismo. «Estoy a su servicio, señora Maberley. ¿Qué puedo hacer por usted esta mañana?».

«Bueno, su señoría». Se dirigió mirando hacia las rodillas de Drake con un rubor púrpura subiendo por encima de su alto cuello. «Estaría muy agradecida si comenzara a entrevistarse para aceptar a una nueva cocinera».

Drake pensó que no había oído bien. «Seguramente no me está notificando que se va, señora Maberley». ¡La propia idea era impensable! «¿Olvidé mencionar cuánto disfruté su pastel de semillas la otra noche?».

La cocinera se movía de un pie a otro. «Muy amable de su parte mencionarlo, milord. Estoy avisando que me marchó, tan pronto como pueda encontrar un reemplazo».

«No podría reemplazarla, señora Maberley. En el mejor de los casos conseguiría a alguien que preparara nuestras comidas. Ha sido el corazón de Silverthorne desde que tengo uso de razón. Cuántas veces solía bajar sigilosamente las escaleras traseras cuando era pequeño, para encontrar un poco de pastel de semillas o pan de jengibre para comer antes de acostarme».

Una sonrisa nostálgica iluminó momentáneamente los rasgos maternos de la señora Maberley. «En aquellos tiempos, era un niño tan delgaducho, amo Drake. Uno no podía evitar querer engordarlo un poco. Todavía necesita engordar un poco más», añadió con aspereza.

«No me abandone... me refiero a *nosotros*». Esa pronunciación colectiva le resultaba complicada a Drake. Por mucho que lo intentara, no podía pensar en sí mismo como parte de una pareja.

La Sra. Maberley negó con la cabeza. «Han pasado muchos años desde que era un muchacho que buscaba un bocado a la hora de acostarse, amo Drake. Y probablemente ya pensaba que era una anciana en ese entonces...».

Si tan solo Jeremy estuviera aquí, pensó Drake. Su encantador medio hermano siempre había sabido exactamente lo que la gente quería escuchar. Además, era capaz de decirlo con un sincero encanto que aseguraba que siempre pudiera salirse con la suya. Aunque una observación mordaz o una ingeniosa broma se le escapaban con bastante facilidad de su propia lengua, Drake nunca había dominado la habilidad de poner sus sentimientos más profundos en palabras.

«Nunca», protestó él. «Bueno, tal vez un poco...».

La Sra. Maberley asintió a sabiendas. «Estoy entrando en años. Gracias al generoso salario que me paga, he podido ahorrar un poco para jubilarme. Necesita sangre fresca en Silverthorne, para hacer todo bien para su nueva señora».

De repente Drake entendió. «¿Mi esposa le ha causado algún problema, señora Maberley? ¿Es por eso que quiere marcharse?».

«Oh no, su señoría, en absoluto. Su señoría es una joven encantadora».

«Pero...?», instó Drake. Podía sentirlo venir. ¿Qué aires se daba la hija del vicario como dueña de Silverthorne?

La cocinera parecía dividida entre el deseo de evitar problemas y la necesidad de expresar quejas reprimidas durante mucho tiempo. «Es solo que su señoría no muestra interés por mi cocina. Su plato siempre regresa a la cocina apenas tocado».

Drake abrió la boca para explicar la falta de apetito de Lucy. Luego la cerró de nuevo. ¿Era demasiado pronto para que aparecieran los síntomas del embarazo si Lucy había concebido en su noche de bodas, como querían que todos creyeran? Si hubiera sido un caso de gestación equina, lo habría sabido al instante.

«Le prometo que hablaré con su señoría, la señora Maberley. Dudo que haya querido ofenderla. Diga que se quedará. Si siente que la carga de trabajo se está volviendo demasiado, le contrataré un batallón de ayudantes de cocina».

«No es solo su señoría, milord. Están lady Phyllida y el joven Reginald. Siempre molestándome con platos y bandejas especiales para llevar a su habitación. Ella se queja de que el niño no come lo que le doy. Luego atrapo al joven bribón robando mis bollos de mermelada recién hechos de la despensa. No me importaría que comiera su cena como un buen chico. No necesita engordar, se lo aseguro».

«No se quedarán mucho más tiempo», le aseguró Drake. De una forma u otra, los tendría listos para marcharse al final de la semana. Si su esposa no podía arreglárselas sin su amiga, podría irse a Londres con ellos y eso sería un alivio.

«Estoy segura de que no *quiero* irme si no es necesario».

«Y yo... es decir, nosotros... no queremos que se vaya. Así que todo está arreglado. Si alguien le causa problemas, haga con ellos lo que quiera. Diga a lady Phyllida que vaya ella misma por su bandeja. Dé a Reggie un buen golpe si lo atrapa en la despensa. Estaré apoyándola por completo». Drake esperaba que su cocinera ofendiera mortalmente a Phyllida para que abandonara Silverthorne de inmediato.

El reloj de pedestal del vestíbulo dio las nueve. Drake hizo una reverencia a la señora Maberley. «Si me disculpa, debo irme ahora. Gracias por llamar mi atención sobre estos asuntos».

Minutos más tarde, mientras se alejaba de Silverthorne, Drake agregaba otra mancha negra contra su esposa a la lista que crecía rápidamente.

«¡ESE HOMBRE!», Phyllida se rió entre dientes mientras regresaba a la sala del desayuno. «No debes preocuparte por él, Lucinda. Lleva soltero demasiado tiempo, ese es su problema. Puedo decir lo que estás pensando, querida, pero simplemente no es verdad. Drake no se avergüenza en lo más mínimo de ti. En ningún caso debes pensar que por eso se niega a llevarte a Londres. ¿Qué importan tus orígenes humildes o tus modales rústicos? Tu belleza y dulzura de temperamento compensan con creces esas deficiencias».

¿Avergonzado de ella? Lucy sintió que la sangre se drenaba de su rostro, dejando tras de sí una máscara gélida. Durante semanas había tratado de seguir el consejo de lady Phyllida y convertirse en el tipo de esposa que necesitaba un hombre en su posición. Por el bien de su bebé, le debía tanto a lord Silverthorne. ¿Le había ofrecido una palabra de aliento? ¿Reconocía y aplaudía sus esfuerzos?

Difícilmente. Cuanto más enérgicamente lo intentaba, más discretamente antagónico se volvía él. Había llegado a detestar su fría cortesía y su mirada de silenciosa censura. Ahora, descubrir que estaba avergonzado de ella. Si su esposo hubiera regresado a la sala del desayuno

en ese momento, ¡Lucy lo habría estrangulado!

Si se quedaba un momento más, temía estrangular a lady Phyllida en lugar de a su primo.

«Por favor Discúlpame». Ella se apartó de la mesa. «Siento la urgente necesidad de aire fresco. Creo que daré un paseo».

«Espero no vayas a visitar a la gente común del pueblo», advirtió Phyllida. «¿Qué pensaría el vizconde de que su esposa se juntara con aquellos tan por debajo de su nueva posición?»

De todas las restricciones impuestas por su nueva posición, esta era la que más irritaba a Lucy. Ansiaba pasar por la cabaña de la señora Sowerby para hablar o pasar a tomar el té en la vicaría. Aparte de los oficios dominicales, apenas había visto a su padre desde que se había casado. Ella lo había invitado a Silverthorne, por supuesto, pero Phyllida hizo que ambos se sintieran muy incómodos. En las últimas semanas, había comenzado a rechazar sus invitaciones con varios pretextos. Tal vez era mejor así, pensó Lucy. Aunque no quería que su padre se preocupara por ella, estaba en apuros para mantener la pretensión de que todo iba bien en su nueva vida.

«No planeo ir a Nicholthwait». Lucy se esforzó por mantener un tono civilizado. «Solo pretendo pasear por el jardín y sentarme bajo el gran olmo».

Phyllida entrecerró los ojos en dirección a las ventanas. «El clima parece inusualmente clemente. Quizás esta mañana me reúna contigo en el jardín. Probar este aire fresco y ver si puedo entender por qué tú y Drake son tan adictos a él».

Lucy no escuchó más, porque salió por la puerta antes de que lady Phyllida terminara de hablar.

Al regresar a su dormitorio para buscar un chal, deliberadamente dio un rodeo. En la galería principal del ala este, se detuvo un momento debajo de un retrato de Jeremy Strickland, cuando tenía dieciséis años. Incluso entonces, sus rasgos habían mostrado la promesa de la belleza varonil. El artista había logrado capturar esa luz cautivadora en sus ojos. Lucy casi imaginó que, desde la pintura, él la estaba mirando, sabiendo que ella estaba esperando a su hijo, comprendiendo cuánto lo amaba todavía.

Qué desesperado había parecido su amor cuando él era un joven apuesto y sereno de dieciséis años y ella, una adolescente tímida y sin gracia que lo adoraba desde una distancia adoradora. Ella había vivido para sus vacaciones escolares, mirándolo embelesada en la iglesia todos los domingos por la mañana, merodeando por los límites de la propiedad rezando por verlo. Año tras año.

Luego, un día, mucho después de que dejó de esperarlo, sucedió el milagro. Ni siquiera había oído que él estaba en casa. Corrió de regreso a la vicaría después de recoger flores silvestres y chocó con el capitán Strickland en un sendero boscoso junto al lago. La había llamado por su nombre y por primera vez la había mirado de verdad.

«Ahí está, señora». La voz de la criada hizo añicos el ensueño agrisado de Lucy. «Lady Phyllida la ha estado buscando».

Lucy se llevó un dedo a los labios. «No has visto piel ni pelo de mí, Mary. ¿Está claro?».

La chica levantó las cejas a sabiendas. «Extraño. Podría haber jurado que vi a su señoría. Debe haber sido una sombra». Miró el retrato de Jeremy. «Qué terrible vergüenza lo del pobre capitán Strickland. Por aquí echamos mucho de menos su buen humor».

Sintiendo que sus ojos comenzaban a picar de una inquietante manera, Lucy se dio la vuelta sin decir una palabra más. Ahora entendía por qué Jeremy se había irritado bajo la tiranía de su exigente hermano. Debía hacer frente a este déspota insensible y debía hacerlo ahora. De lo contrario, sería posible que ella y su hijo nunca tuvieran un momento de felicidad.

CAPÍTULO CINCO

No llevaba más de media hora en la mina de High Head, cuando Drake percibió algo repugnante en el viento. Y no eran los mineros. Oh, no eran un grupo atractivo precisamente. Eran astutos y evasivos al responder sus preguntas. Irritantemente serviles, pero obviamente desconfiados de sus intenciones como nuevo propietario.

Solo el supervisor de la mina, un tipo afable llamado Janus Crook, parecía dispuesto a ser un poco más comunicativo.

«Esto podría ser un negocio próspero, su señoría, si no le importa que lo diga. Hemos encontrado una buena veta».

Drake arqueó una ceja. «Los dueños anteriores también me aseguraron eso, Sr. Crook. Sin embargo, a través de mis investigaciones descubrí que High Head ha estado perdiendo dinero constantemente durante algunos años. ¿Cómo explica usted eso?».

Las orejas bastante prominentes del supervisor se pusieron color escarlata. «No me corresponde criticar a mis superiores, su señoría, dado que el propietario anterior era un caballero como usted».

«Ahórrese el aliento, hombre». Drake no trató de ocultar su exasperación. Sabía lo que el tipo estaba insinuando porque lo había visto con bastante frecuencia en sus otras empresas comerciales. Descendientes de nobles endeudados que intentaban recaudar algo de capital incursionando en empresas comerciales de las que no sabían nada. Negándose arrogantemente a seguir el consejo de jóvenes inteligentes como Janus Crook, a quienes consideraban sus inferiores sociales. A Drake no le importaba una maldición de calderero esos tontos pomposos. Lo que lamentaba era el daño causado a la población local.

«Pronto descubrirá que dirijo un barco mucho más ajustado, Sr. Crook. No toleraré el despilfarro ni la corrupción. Exijo lealtad y una jornada laboral honesta, pero creo en retribuir justamente por ello».

Sonriendo con tolerancia indulgente a su nuevo empleador, el capataz negó con la cabeza. «Un objetivo noble, su señoría. Si no importa que lo diga, creo que está desperdiciando su preocupación con estos holgazanes», señaló con la cabeza hacia la ventana de la oficina y los mineros que se arremolinaban afuera. «Son un grupo negligente y hosco como no le gustaría conocer. Robaron al último dueño sin piedad. Si me lo pregunta, yo le diría que despida a todos y traiga un nuevo equipo».

Drake apenas podía creer lo que estaba escuchando. «¿Adónde pueden ir estas personas si las despedimos?».

«No es su problema, ¿verdad, gobernador? Leeds. Sheffield. A quién le importa, ¿no? Siempre y cuando no sean una carga para su operación.

Drake se irguió en toda su impresionante altura. «Por mucho que aprecie su consejo, Sr. Crook, no es así como administro mis negocios. Mi política es mantener a la gente de Westmorland en su hogar. Pagarles un salario justo, tratarlos con respeto y se convertirán en sus aliados en la búsqueda del éxito. Otro punto en el que no cederé es la seguridad. Escuché rumores de condiciones peligrosas en High Head».

El supervisor parecía realmente sorprendido. «No puedo pensar quién estaría difundiendo mentiras maliciosas como esa, su señoría. La mina de High Head es tan segura como cualquier otra en Gran Bretaña».

Ese no era un gran alarde, reflexionó Drake. Había oído hablar de atrocidades en las minas galesas que le pusieron los pelos de punta. «Si es lo mismo para usted, Sr. Crook, lo juzgaré yo mismo».

«Como desee, su señoría. Siempre a su servicio».

Para su sorpresa, Drake encontró pocas fallas en la operación. Parte del equipo no estaba en las mejores condiciones, pero por lo demás estaba bastante satisfecho al final de su revisión. Sin embargo, el malhumorado silencio de los mineros lo inquietaba. Se dedicaban a su trabajo con apatía, casi tentativamente, como si estuvieran acostumbrados a salirse con la suya haciendo lo menos posible. Quizá Janus Crook tenía razón sobre la gente de High Head, después de todo.

A última hora de la tarde, después de una breve inspección de las cuentas, Drake se despidió y prometió regresar para un escrutinio más exhaustivo más adelante en la semana. Cabalgó de regreso a Nicholthwait, preocupado por los planes para hacer que la mina fuera más rentable. Recordó su intención de no volver a Silverthorne para cenar y se detuvo a comer en una pequeña posada en las afueras de Eastmere.

Mientras comía, Drake consideró su error al casarse con Lucy Rushton. Alejando a sus sirvientes, aferrándose a la detestable Phyllida, buscando un viaje a Londres, ella ya no era la criatura dulce e inmaculada que alguna vez pensó que era. Quizá nunca lo había sido. Con un escalofrío de desagrado, Drake pidió otra jarra de cerveza.

Lo que más le molestaba era el poder misterioso y poderoso que ella ejercía sobre él. Aunque había tratado de ignorarla durante las últimas semanas, Lucy atraía su mirada en cada oportunidad, se entrometía en sus pensamientos privados e invadía audazmente sus sueños. ¡Cómo se atrevía a mantener su cuerpo y sus emociones tan esclavizados cuando obviamente despreciaba sus ideales más preciados!

La oscuridad había caído cuando Drake llegó a Nicholthwait. Cabalgó en silencio por el pueblo, consciente de la luz del hogar que brillaba a través de las rendijas de los postigos de las ventanas, escuchando fragmentos de conversaciones y risas. Al pensar en lo que le esperaba en la mansión Silverthorne, se le erizó el pelo con un escalofrío de aversión.

LUCY SE PASÓ un cepillo por el pelo distraídamente, sentada junto a la ventana de su dormitorio, observando el camino bien iluminado en busca de alguna señal del regreso de su marido. Después de reflexionar sobre sus opciones todo el día, finalmente había tomado una decisión. Haría su viaje a Londres, como una dosis de aceite de ricino, desagradable pero necesario para purgar a lady Phyllida de Silverthorne.

Todo el día se había estado armando de valor para abordar el tema con Drake. La espera de su regreso de High Head se estaba volviendo intolerable. Justo cuando Lucy comenzaba a temer que el cepillo le hubiera dejado el cuero cabelludo en carne viva, vislumbró una figura alta y

erguida que cabalgaba por el camino.

Cuando Drake pasó por debajo de su ventana, iluminado por las brillantes lámparas de la entrada principal, vio que su boca se ponía sombría. De alguna manera, también parecía cansado... y triste. Quizás unas pocas semanas de diversión en Londres serían el tónico para él, una oportunidad para olvidarse de los negocios y disfrutar de un poco de diversión, para variar.

Mientras esperaba junto a la puerta, con una rendija entreabierta, escuchando el sonido de los pasos enérgicos de Drake, Lucy ensayó su discurso. Sus nervios se habían puesto tensos cuando finalmente lo escuchó acercarse.

«Su señoría...». Ella abrió la puerta de par en par para bloquear su camino, pero fingió una leve sorpresa al verlo. «Me complace verlo en casa, por fin. Esperaba tener una palabra con usted».

Él no dijo nada, pero la barrió con una mirada desdeñosa.

Lucy se preguntó si había descuidado algo en su aseo de noche. «¿Quiere... digo... no va a entrar?».

Ella dio un paso atrás en la habitación. Drake la siguió justo después del umbral. Emparejó la puerta detrás de él, aunque no lo suficiente como para cerrarla.

«¿Debo considerar que esta es una invitación oficial a su dormitorio, señora?», preguntó fríamente. «¿A qué debo este inesperado honor?».

Su tono hirió a Lucy como una ráfaga de viento invernal. Solo una vez quiso ponerse a la defensiva. «Me pareció prudente, su señoría. Me temo que sus sirvientes podrían sospechar de un niño nacido de un solo acto».

Se encogió de hombros. «Tengo su palabra de que mi hermano la dejó embarazada en el primer intento».

Lucy se estremeció como si la hubiera golpeado.

«¿Hay algo más que desee solicitar?».

Se aferró a uno de sus discursos ensayados, pero de repente su mente se quedó en blanco. «Londres», se le escapó. «Nos haría mucho bien a los dos hacer el viaje a Londres».

Una chispa de antagonismo ardió en las profundidades de los ojos oscuros de Drake.

«¿Londres otra vez?», gruñó. «Me canso de oír hablar de su añoranza por Londres. Tengo un asunto urgente que me retiene aquí. Permítame no escuchar hablar más de Londres».

«Entonces, es verdad. Está demasiado avergonzado de su esposa para presentarla en sociedad».

El labio de Drake se curvó con desdén. «Puede dejar de actuar como víctima. Le aseguro que mi corazón es bastante imperturbable».

Sus palabras y sus modales avivaron un mes de resentimiento latente en Lucy. Estalló en una llamarada abrasadora. «Si tiene corazón, Drake Strickland, no dudo que sea imperturbable a cualquier tierna emoción».

Ella tembló en un esfuerzo por contener el poder de su rabia. «No me importa si se avergüenza de mí. Soy quien soy y no cambiaré, y menos por usted».

«¿Cuándo he pedido que cambie?». En respuesta al calor de su ira, Drake se volvió más frío y contenido. Su voz sonaba amenazadoramente tranquila, sus palabras entrecortadas y precisas.

Allí estaba, tan duro e indiferente como una efigie de frío mármol negro. Incitaba a Lucy más allá de lo soportable que él la provocara a tal punto de ira turbulenta, mientras él permanecía tan distante e inexpugnable. Ansiaba lanzarse sobre él, golpear su pecho hasta desgastarlo en un parpadeo de respuesta de sentimiento.

«No necesita condescender en preguntar». La voz de Lucy sonaba entrecortada y sin aliento.

«Tiene otros para emitir sus edictos. Además, su señoría subestima lo que puede transmitir con una mirada altiva. Sé en lo que quiere que me convierta».

«Si es tan consciente de mi disgusto, me sorprende que no haga ningún esfuerzo por ganar mi aprobación». Todo ese disgusto y más estaba grabado claramente en sus rasgos arrogantes.

«¡Ningún esfuerzo!», Lucy casi gritó. «No tiene idea del esfuerzo que he hecho, sin recibir la menor señal de aliento o aprecio de su parte».

Las cejas negras de Drake se fruncieron en un ceño de fría irritación. Cruzó los brazos sobre el pecho. «Si cree que pretendo alentar su comportamiento reciente, señora, está equivocada».

Años de corrección innata cedieron ante la ira consumidora de Lucy. «¡Entonces al diablo con usted! Me importa un bledo lo que piense de mí». Ella chasqueó los dedos frente a su nariz.

Su mano se disparó, agarrando su muñeca provocando lágrimas de dolor y rabia a sus ojos. «Recuerde su promesa, querida», le instó en un susurro desagradable. «Prometió tratarme con el respeto y el honor debido a un esposo».

Una emoción de victoria floreció momentáneamente en el corazón de Lucy. Mientras él sostenía su brazo, ella pudo sentir las ondas de rabia en respuesta a través de Drake. Sus fosas nasales se dilataron cuando su respiración se volvió rápida y superficial. Quería arrojarla sobre sus rodillas y darle nalgadas hasta casi quitarle la vida, y ella tuvo la satisfacción de saberlo. Lo había atraído fuera de la fortaleza de su ciudadela de granito a un combate abierto.

«Por un tiempo, pensé que podría haberme equivocado acerca de su personaje, vizconde Silverthorne». Ella deseó que su voz no se rompiera. «Ahora veo que en primer lugar tenía razón».

Abruptamente, le soltó la muñeca, arrojándola como si fuera una repugnante forma de vida reptiliana. «Pensé que conocía su verdadero carácter», respondió con frialdad, retirándose una vez más a su fortaleza helada. «Ahora veo que fui completamente engañado».

Debajo de sus desdeñosas palabras, ella escuchó una nota de genuina desilusión. ¿Por qué debería importarle la opinión de este tirano insoportable? Aunque Lucy se decía a sí misma que no le importaba ni un ápice, en el fondo de su corazón sabía que sí quería la aprobación de Drake. ¿Qué tipo de vida se extendía ante ella si no tenía al menos su consideración? ¿Qué tipo de vida familiar podría esperar para su hijo? Ella se volvió, decidida a no darle la satisfacción de verla llorar.

«Tratando de escapar de su dominación, condujo a Jeremy a la muerte». Lanzó la acusación por encima del hombro. «Le advierto aquí y ahora que no permitiré que nos aplaste bajo sus pies ni a mí ni a mi hijo».

Escuchó un agudo siseo de aire inhalado. Su misil debía haber dado en el blanco. Después de un momento de silencio, Drake volvió a hablar. Su tono no mostraba ninguna señal de que ella hubiera infligido una herida.

«Por mucho que me gustaría quedarme y continuar con este encantador *tête-a-tête...*», se burló de ella con mordaz sarcasmo, «he tenido un día atareado y espero tener varios más antes de que termine la semana. Si me disculpa, señora, creo que me retiraré a descansar por la noche».

Sin confiar en sí misma para hablar o enfrentarlo, Lucy agitó la mano en lo que esperaba que él tomara como un gesto de indiferencia. Se mantuvo inmóvil esperando el sonido de su partida.

«Deme un poco de advertencia antes de invitarme a sus aposentos». Drake niveló casualmente su tiro de despedida. «Tendré la precaución de venir armado».

Lucy escuchó la puerta de su dormitorio cerrarse con firmeza silenciosa. Solo cuando los pasos de Drake se apagaron en la distancia, corrió hacia su cama. Allí golpeó su almohada inocente hasta convertirla en un montón andrajoso de algodón y plumas.

CAPÍTULO SEIS

Lucy tardó varias horas en calmarse lo suficiente como para poder dormir. Dando vueltas en su cama, pensó en todos los comentarios mordaces que deseaba haberle lanzado a Drake. Lo peor de todo era que sabía con mortificante certeza que él se había ido a su propia cama para pasar una noche tranquila y sin problemas.

Se despertó tarde a la mañana siguiente, sin haber dormido casi nada. Con un humor particularmente rebelde, se vistió con un vestido viejo y práctico que había traído a Silverthorne desde la vicaría. Con la aprobación de Phyllida o no, hoy tenía la intención de hacer algunas visitas a sus amigos en Nicholthwait.

Al descender las escaleras, esperaba un desayuno tranquilo sin la compañía de su esposo y de su prima.

Ella hizo una señal al mayordomo. «Sr. Talbot, ya que llegué tarde al desayuno, diga a la Sra. Maberley que no se moleste en prepararme una comida completa. El té y el pan serán suficientes».

«¿Está segura, señora? No sería un problema...».

«Bastante segura, señor Talbot. De hecho, puede decirle a la Sra. Maberley que de ahora en adelante solo tomaré té y pan para mi desayuno».

Cuando el mayordomo se dirigió a la cocina, Lucy dejó escapar un suspiro largo y tembloroso. Listo, eso no había sido tan difícil. Su estómago ya se sentía menos molesto.

Deslizándose en la tranquila sala de desayunos, se sobresaltó al ver a Drake sentado en la cabecera de la mesa. Él la saludó con un asentimiento frío. Ella respondió de la misma manera. Por un instante salvaje, Lucy se encontró deseando que Phyllida hubiera estado allí para aliviar la tensión con su parloteo.

Mientras tomaba asiento, notó que la subida y bajada del tenedor de Drake aceleraba el ritmo. Consumió su desayuno lo más rápido posible. Evidentemente, él estaba tan ansioso por alejarse de ella como ella por verlo partir. Con un rubor de satisfacción vengativa, Lucy notó las sombras oscuras debajo de sus ojos. Tal vez no había dormido tan profundamente como ella había supuesto.

Estaba empezando a inquietarse y a preguntarse cuándo Talbot traería el té, cuando escuchó los sonidos apagados de una conmoción en la entrada. Drake también debió haberlo oído, porque miró hacia la puerta. Al principio, Lucy no pudo entender nada de las palabras, excepto un tono de ira y urgencia. Entonces, claramente, ella escuchó *‘mina’* y *‘se derrumbó’*. Dejando caer sus cubiertos a media mordida, Drake se levantó de su silla y salió de la habitación. Lucy lo siguió.

En el vestíbulo de entrada estaba el señor Talbot, el mayordomo normalmente flemático de Silverthorne, enfrascado en una pelea a gritos con un extraño que, por mucho, era el individuo

más sucio que Lucy había visto en su vida. Al ver a Drake, trató de abrirse paso entre Talbot.

Cuando Drake se acercó, el extraño se lanzó hacia adelante, agarrando las solapas de su abrigo. «¡Derrumbe en High Head, señor! ¡Todo un turno de hombres ha quedado atrapado!».

Drake respondió de inmediato. Agarrando al extraño por el brazo, lo impulsó hacia la puerta. Lucy supuso que se dirigían a los establos. Mientras ella permanecía allí, momentáneamente aturdida por el giro de los acontecimientos, Talbot se sacudió el abrigo donde el desconocido le había puesto las manos.

«¿Por qué no hizo pasar al hombre de inmediato, señor Talbot?».

«Como le informé a la persona, señora», echó los hombros hacia atrás y se puso en una postura muy erguida, «unos pocos minutos, de cualquier manera, no iban a importar. Su señoría durmió mal anoche y sentí que debería poder disfrutar de su desayuno en paz».

«¿Su señoría durmió mal?», Lucy saboreó el sabor de esas palabras. Inocente, preguntó: «¿Cuál fue el problema?».

«Su señoría decidió no confiar esa información».

Al escuchar el repiqueteo de los cascos en el patio delantero, Lucy miró hacia afuera, justo a tiempo para ver a Drake y al mensajero alejarse a todo galope. Con una punzada de vergüenza, recordó el derrumbe de High Head, a los mineros atrapados y a sus familias. No tenía por qué regodearse con una pequeña victoria en su batalla contra Drake cuando podría haber algo que pudiera hacer para ayudar.

Inmediatamente se le ocurrió una idea. Significaría dar órdenes a los sirvientes de Silverthorne, en particular al formidable señor Talbot y a la cocinera, que siempre fruncían el ceño con desaprobación. Al final, probablemente también recibiría un severo sermón de Drake, por violar una serie de edictos sobre la conducta adecuada de una vizcondesa.

Ambas consideraciones la hicieron detenerse. La vida en Silverthorne había sido bastante intolerable durante el último mes. ¿Necesitaba empeorarlo? Por otro lado, ¿quién más tenía los medios y la autoridad para traer alivio a la gente de High Head?

Tragando un nudo en su garganta y limpiándose las manos húmedas en la falda de su vestido, Lucy dio su primera orden verdadera como señora de Silverthorne. «Sr. Talbot, tenga la amabilidad de informar a los mozos de cuadra que necesito un carro resistente y un buen y fuerte equipo. Pídeles que arreglen también al pequeño tílburí. Mientras tanto, quiero que el personal de la casa reúna suministros».

«¿Suministros, señora?». El mayordomo parecía bastante desconcertado.

«Lord Silverthorne ha partido hacia High Head y pienso seguirlo. Necesitaré mantas, algodón para vendajes. Comida, por supuesto. Hablaré con la Sra. Maberley sobre eso. Bueno, Sr. Talbot, no se quede ahí parado. Tenemos trabajo que hacer».

«Sí, señora». El mayordomo le hizo un movimiento de cabeza y se alejó. Luego hizo sonar un silbido agudo que atrajo a varios jóvenes lacayos.

Durante la hora siguiente, los elegantes pasillos de Silverthorne resonaron con pasos que avanzaban mucho más rápido que su habitual ritmo tranquilo. Desde su cuartel general en el vestíbulo de la entrada principal, Lucy ordenó sus suministros, desviándose solo brevemente para ponerse los guantes, el gorro y un chal grueso. El carro apareció sin demora y pronto se llenó de alimentos y otros suministros requisados.

«Una cosa más, señor Talbot». Lucy se puso de puntillas y le susurró al oído.

El rostro del mayordomo se puso blanco. «Pe.... pe... pero su se... se... señoría», balbuceó. «Esa es la última reserva de coñac francés de su señoría. Dios sabe cuándo volveremos a ver un buen coñac mientras Boney tenga el dominio absoluto sobre el continente».

Lucy puso las manos en sus caderas. «Tengo plena confianza en el general Wellington, señor Talbot. Ahora, vaya y tráigame ese coñac. Asumiré toda la responsabilidad de deshacerme de él».

Talbot se alejó con el aire de un hombre al que se le ordena presentar a sus hijos para un sacrificio ritual. Lucy volvió su atención a la carreta.

«Qué buena idea», elogió a los dos lacayos que cubrían la carga con una pesada lona.

Cuando le ordenó al conductor que saliera del carruaje, el hombre la miró desconcertado. «¿Quién la llevará, señora?».

«Yo misma, por supuesto». Lucy hizo todo lo posible por parecer confiada y más dominante. «Soy muy buena con los caballos».

«Debo protestar, señora». El Sr. Talbot reapareció con una pequeña caja de madera cuidadosamente acunada en sus brazos. «Ese no es un viaje que una dama pueda hacer sola. Estoy seguro de que su señoría no lo aprobaría».

Lucy se sintió igualmente segura, pero no tenía intención de dejar que eso la detuviera. Había personas en problemas que necesitaban su ayuda. Por primera vez en semanas, se sentía fuerte, segura y viva. «Como ve, Sr. Talbot, su señoría no está disponible para consultarlo».

El mayordomo empezó a farfullar de nuevo. Lucy le quitó la caja de coñac y la metió debajo del asiento del conductor del carruaje. «Si lo tranquiliza, Talbot, no tengo la intención de llegar sola hasta High Head».

Los rasgos toscos del mayordomo traicionaron un alivio visible.

«No, en absoluto». Lucy aceptó una mano para subir al asiento del conductor. «Me mantendré cerca del carro de suministros en todo momento. También tengo la intención de pasar por la vicaría y pedirle a mi padre que me acompañe».

«¿Qué es todo este lío?», Phyllida salió del vestíbulo de entrada. «¿Dónde está el vizconde de Silverthorne? ¿Alguien amablemente me puede decir qué está pasando?». Se quedó mirando el carro de suministros y el carruaje de Lucy, como si toda la escena fuera una especie de aparición.

Talbot explicó brevemente la situación.

«¡Esto es ridículo! Lucinda, baja de inmediato. Ten la seguridad de que nunca te habría dejado llegar tan lejos si hubiera sabido lo que estaba pasando. Estaba en la guardería con Reggie. El pobre niño ha sufrido un espantoso ataque de bilis».

Indudablemente provocado por comer demasiados bollos dulces robados, pensó Lucy. Deseaba que Phyllida se callara un minuto para poder hablar.

«Finalmente logré tranquilizarlo», continuó Phyllida sin una interrupción previsible, «solo para descubrir que, en mi ausencia, Silverthorne ha sido puesto patas arriba y la señora de la casa se está preparando para partir hacia una mina espantosa. De verdad, querida, debes recordar tu nueva posición. Está fuera de cuestión que una vizcondesa emprenda una escapada tan loca. ¿Qué dirá su señoría cuando se entere?».

Finalmente hizo una pausa para respirar.

«Él puede decir lo que quiera», respondió Lucy. «Me voy y eso es todo. Como te gusta recordarme, Phyllida, ahora soy *lady* Silverthorne. A menos que te arrojes frente a mi caballo, no hay mucho que puedas hacer para detenerme».

Con eso, Lucy tiró de las riendas contra la grupa del castrado alazán, que se puso en marcha con rapidez. Desafortunadamente, Lady Phyllida no aceptó la invitación de lanzarse frente al camino del caballo.

ERA BIEN ENTRADA la tarde cuando Lucy y su padre llegaron a High Head. El viento se sentía más frío a esta altitud que en el valle alrededor de Mayeswater. Había traído consigo un banco de nubes gruesas y de fondo oscuro que comenzaban a escupir fuertes gotas de lluvia.

Una multitud se había reunido a cierta distancia de la boca de la mina, un pozo excavado horizontalmente en la ladera de una colina empinada, ahora obstruido por la tierra y las rocas caídas. Lucy pudo ver una gran cantidad de jóvenes corriendo de un lado a otro con carretillas y carros de mano, volcando los escombros que los equipos de excavación habían desenterrado. Los rescatistas debieron de haber hecho un buen comienzo, ya que se las habían arreglado para abrirse camino hasta quedar fuera de la vista.

«Disculpe», Lucy llamó a un hombre al borde de la multitud. Era obvio por qué no se había unido al esfuerzo de rescate, ya que una de las mangas de su camisa colgaba vacía debajo del codo. «Tengo comida y provisiones. ¿Hay algún lugar que pueda instalar para sacar a estas personas de la lluvia?».

«Sí, señorita. Ahí está la oficina del supervisor. Aunque no creo que le agrade que la gente se amontone allí».

«¿Dónde está él? Se lo preguntaré yo misma».

Un anciano en la multitud se rió maliciosamente: «No hemos visto nada del Sr. Crook desde anoche. Se marchó a partes desconocidas, si me lo pregunta. No quería que el nuevo propietario lo estuviera vigilando. Aun así, será mejor que no ocupe su oficina sin permiso, muchacha».

«La *muchacha* es lady Silverthorne», ladró el conductor del carro de suministros. «Su esposo es dueño de esta mina».

El anciano intercambió una mirada con el manco. Se encogió de hombros. «Si es la esposa del nuevo dueño, muchacha, creo que puede ir a donde quiera. ¿Podemos mostrarle el camino y ayudarla a instalarse?».

«Por supuesto. Gracias». Lucy rezó en silencio para no encontrar a Drake en posesión de la oficina del supervisor. Seguramente la enviaría de regreso a Silverthorne antes de que tuviera la oportunidad de bajarse del carruaje.

De hecho, el edificio estaba inquietantemente vacío. Lucy podía ver su aliento en el aire frío y quieto. El edificio de cinco habitaciones, que evidentemente servía tanto como oficina central como residencia del capataz, ciertamente había estado vacía todo el día.

«Vamos a encender algunas fogatas». Lucy emitió su primera orden. «Al ser una mina de carbón, no deberíamos tener escasez de combustible».

Sus dos ayudantes reclutados se miraron por un momento y luego se volvieron hacia Lucy con una sonrisa ansiosa. «Claro, señora. Fogatas. Descargaremos el carro. Nos ocuparemos de los caballos».

«Un conjunto de prioridades encomiable, caballeros. En unos minutos estaré con ustedes para ayudarlos». Lucy se volvió hacia su padre. «Necesito que salgas a la multitud y traigas de vuelta a cualquiera que tenga familiares atrapados en la mina. Pasará un tiempo antes de que yo pueda hacer algo por ellos, pero tú puedes ayudar de inmediato. Además, llenar este edificio con cuerpos podría ayudar a calentarlo».

«¿Qué dices, querida? ¡Oh!, la gente de afuera». El vicario Rushton parecía completamente confundido por la marea de eventos que lo habían alcanzado. «Debemos sacarlos del agresivo clima, a como dé lugar».

En la puerta vaciló, mirando de nuevo a Lucy. «¿Crees que seré capaz de hacerme oír sobre este viento?».

Lucy dejó caer un cariñoso beso en la mejilla de su padre. Sus esponjosas patillas blancas le

hicieron cosquillas en la nariz. «Usa tu tono de lectura de una lección».

«Por supuesto». El rubicundo rostro del vicario se iluminó con una sonrisa confiada. «Lectura del evangelio según San Juan...», declaró en tono de resonancia clerical.

«De esa manera», Lucy le palmeó el hombro. «Ahora ve a reunirlos. Si están nerviosos por venir, diles que todo ha sido aprobado por el nuevo propietario».

«¿De verdad?». El vicario Rushton dirigió a Lucy una mirada perspicaz e inquisitiva. Tal vez entendía más de lo que sucedía a su alrededor de lo que quería dejar entrever.

Lucy mantuvo la cabeza en alto. «Una vez que su señoría escuche lo que estamos haciendo, creo que respaldará la idea». Todo menos su propia participación en ello, se recordó a sí misma en silencio.

El vicario asintió. Su larga franja de cabello blanco bailaba salvajemente alrededor de su rostro. «Espero que tengas razón. He conocido pocos hombres en su posición con una preocupación tan genuina por la gente trabajadora».

Lucy apenas levantó la vista de su trabajo durante las siguientes horas. Cuando finalmente tuvo un momento para hacerlo, miró alrededor de la habitación con un rubor de orgullo y satisfacción. Ollas de café, té y sopa humeaban en los fogones de cada chimenea. Los familiares de los mineros atrapados estaban sentados acurrucados en pequeños grupos, hablando entre ellos en un tono de aliento silencioso. Hacía poco tiempo había enviado canastas de pasteles y sándwiches al equipo de rescate, junto con tres botellas de coñac francés de Drake. Lucy esperaba que los hombres que había enviado con esas provisiones regresaran pronto con noticias alentadoras del esfuerzo del rescate.

Mientras se abría paso por el edificio abarrotado con una bandeja de sándwiches frescos, Lucy notó que una mujer joven estaba sentada sola. Sus delgados dedos se aferraban a una taza, mientras miraba con desánimo por la ventana. Incluso su vestido de cintura alta no ocultaba su vientre abultado. El corazón de Lucy inmediatamente se compadeció de ella.

Se hundió en un taburete al lado de la mujer y le tendió la bandeja. «¿Le apetece un sándwich? No son muy sofisticados, me temo, pero son buenos y nutritivos. Tendrá que mantener su fuerza».

La mujer dejó su taza en el amplio alféizar de la ventana a su lado. Cogió un sándwich del plato y mordisqueó una esquina.

«Soy la señora Strickland. El vicario que la trajo aquí es mi padre. Espero que no tengamos que esperar mucho más para tener buenas noticias de su esposo».

La mujer miró a Lucy con extrañeza. «Me llamo Alice Leadbitter, señora. Y no es mi marido quien está en la mina. Él los está ayudando a cavar. Ojalá yo pudiera hacerlo. Es tan difícil esperar y no poder hacer nada. Mi hijo está en esa mina, señora Strickland. Pobre pequeño. Estará asustado». Su labio inferior comenzó a temblar y Lucy pudo ver los ojos de Alice Leadbitter empañados por las lágrimas.

«¿Su hijo? Sra. Leadbitter, usted no puede ser mayor que yo. ¿Cómo puede tener un hijo trabajando en una mina de carbón?».

«Tengo veinticuatro años. Mi Geordie tiene ocho años. Empezó a trabajar el mes pasado».

Un niño de ocho años empleado en un trabajo tan peligroso y agotador. Lucy apenas podía creer lo que escuchaba. Había oído historias de trabajo infantil en las grandes ciudades industriales del sur, pero ¿aquí en los Pennines? Drake pronto pondría fin a esa práctica. Pero, ¿dónde estaba Drake? Lo había visto cabalgar a toda velocidad hacia High Head. Toda la tarde había estado mirando por encima del hombro, esperando que él la regañara con un severo sermón sobre su conducta.

«Yo no quería que fuera». La señora Leadbitter se secó las lágrimas con el dorso de la mano. «Le dije a John que el muchacho era demasiado joven para trabajar. John dijo que había comenzado a trabajar en la granja de su padre cuando era un poco más joven que nuestro Geordie. Necesitábamos el dinero con otra boca que alimentar pronto, así que no había más remedio que poner a Geordie a trabajar. Luego, sucedió esto. ¿Cuánto les durará el aire? ¿Qué pasa si el gas se acumula y explota? Nunca me perdonaré si... si...».

Lucy tomó la mano de la mujer y le dio un apretón tranquilizador.

«Disculpe, señora», las interrumpieron.

Lucy miró hacia arriba para ver a Anthony Brown que regresaba de entregar comida a los rescatistas. «Los muchachos que estaban en el pozo de la mina casi me hicieron pedazos para atrapar la comida. Pidieron si se podía enviar más».

«Eso haremos, Anthony. Pero primero, ¿hay noticias? El hijo de la señora Leadbitter está en la mina, por lo que naturalmente está ansiosa por saber cuándo saldrá».

El hombre le dirigió a Alice Leadbitter una mirada de disculpa. «Me temo que no sabría eso, señora. No sé si los muchachos que excavan tienen idea de cuán pronto se abrirán paso. Sin embargo, han movido un montón de tierra y rocas, se lo puedo asegurar. Hay un tipo allí, un desconocido, un hombre grande y alto que cava por todo lo que vale».

«Mi esposo», exclamó Lucy, apenas consciente del tono de orgullo en su voz.

«Eso lo explica», dijo Anthony. «Le ofrecí que bebiera de una de esas botellas. Tomó un trago y luego dijo: 'El mejor uso que se le ha dado a este coñac'. Tomó otro trago y un sándwich y siguió excavando».

Lucy asintió. «Ve a pedirle a las mujeres de esa mesa que rellenen tu canasta, Anthony. Estaré contigo pronto».

Se volvió hacia la señora Leadbitter. «Ya escuchó al Sr. Brown. Mi esposo está liderando personalmente el rescate. Es un hombre muy decidido, Sra. Leadbitter. Sacará a su Geordie sano y salvo».

La respuesta de Alice Leadbitter fue ahogada por un sonido bajo y retumbante en la distancia.

Alguien gritó: «¡Ha habido otro derrumbe de rocas!».

Un furor estalló en la oficina del supervisor cuando las mujeres ansiosas corrieron hacia las ventanas. Lucy se quedó arraigada a su silla. Drake estaba ahí afuera, excavando para llegar a los mineros atrapados. ¿Y si ahora él mismo estaba sepultado? ¿O aplastado por una roca? Con un sobresalto, Lucy volvió en sí misma. Ella y la señora Leadbitter estaban cogidas de la mano con tanta fuerza que los nudillos se les habían puesto blancos.

CAPÍTULO SIETE

El primer miembro del equipo de rescate herido llegó al puesto de socorro improvisado de Lucy en cuestión de minutos. Ella reprimió su miedo paralizante por la seguridad de Drake concentrándose en sus deberes.

«Tráiganlo por aquí. Pónganlo en la cama. Lleven ese sofá a esta habitación también. ¿Alguien ha visto mi cesta de vendas?».

Miró de cerca a su primer paciente, Lucy lo reconoció como el extraño que había aparecido en Silverthorne esa mañana. ¿Había sido este mismo día? Lucy se sentía como si hubiera estado en High Head durante al menos una semana. La pierna del hombre estaba hinchada en un ángulo que parecía doloroso debajo de la rodilla. Afortunadamente, el hueso fracturado no había perforado la carne de su pierna.

Lucy miró a su alrededor, con la esperanza de ver al médico que había enviado a buscar. No se sentía segura de curar un hueso roto. La otra herida del hombre, un corte en la frente, la atendió de inmediato con un paño limpio y agua caliente.

«¿Estará bien, señora Strickland?».

Lucy miró el rostro ansioso de la señora Leadbitter, que ahora sostenía la mano del hombre con tanta fuerza como había sostenido recientemente la de Lucy.

«Pudo haber sido mucho peor. Una vez que el médico llegue aquí, podrá arreglar la pierna de su esposo». Lucy le entregó su paño y su palangana de agua. «Ya que está aquí, la dejaré lavar y vendar su frente mientras yo me ocupo de los demás».

Dudó, deseando hacerle una pregunta a John Leadbitter, pero sin atreverse. Una parte de ella gritaba que no podía soportar el suspenso, debía saber lo peor. Otra parte de ella se encogió ante la idea de lo malo que podría ser lo peor.

Se lo merecería si algo horrible le hubiera pasado a Drake. Después de todo, ella le había deseado la muerte a él en lugar de a Jeremy. No tenía sentido tratar de excusarse alegando lo extremo de su dolor o insistiendo en que no lo había dicho en serio. Había sido una criatura malvada y desagradecida y ahora tal vez nunca podría tener la oportunidad de decir que lo sentía.

«Señora. Strickland, el médico está aquí. ¿Desea hablar con él?», Anthony Brown interrumpió la autoacusación de Lucy.

«Sí, gracias». Se abrió camino a través del caos, agradecida por la distracción y una excusa para posponer su fatídica pregunta.

Durante la siguiente hora, mientras se ponía de acuerdo con el médico y administraba ayuda a los heridos, Drake nunca estuvo lejos de sus pensamientos. No había venido para recibir atención médica, lo que podría significar que había escapado de algún daño. ¿O estaba más allá de la ayuda médica? Lucy se estremeció mientras una mano helada apretaba su corazón.

«No me diga que tiene frío, señora Strickland», el médico se rió entre dientes mientras cosía un corte en el hombro de un paciente. «Con las chimeneas encendidas y todos los cuerpos amontonados aquí, se siente como una antesala del infierno, si me perdona la expresión».

«¿Frío? No, doctor, solo un escalofrío en la espalda. Tal vez una corriente de aire de la apertura de la puerta».

«Tal vez». El médico evaluó a Lucy con una mirada. «Puede estar experimentando los síntomas del shock, señora. No es de extrañar después de lo que ha pasado hoy». Él le dio unas palmaditas en la mano de una manera paternal. «Ya tenemos lo peor bajo control. ¿Por qué no va a buscar un asiento y se da un gusto con un tazón de esa buena sopa que huelo?».

Ante la mención de la comida, el estómago de Lucy hizo los gruñidos más poco apropiados de una dama. Le dedicó al médico una sonrisa avergonzada. «Creo que será mejor que siga su receta, señor».

Mientras se sentaba en un taburete de la esquina, con las manos agarrando agradecidamente una taza caliente de caldo de cordero, Lucy solo podía hacer eco de la convicción de Alice Leadbitter. Nunca se perdonaría si algo le hubiera pasado a Drake. Era cierto que era orgulloso, antagónico y estaba completamente preocupado por sus asuntos comerciales. Pero era un hombre de palabra, un hombre que se tomaba en serio sus responsabilidades. Lucy incluso había comenzado a sospechar que él se preocupaba por la gente de esa manera suya distante e impersonal.

En resumen, Drake era todo lo contrario de su hermano y ella no había podido perdonarlo por eso, hasta ahora. Había sido injusta al esperar que él fuera una réplica de Jeremy al igual que él había sido injusto al esperar que ella fuera un duplicado de Lady Phyllida. Él le había hecho un servicio invaluable al rescatar su reputación, brindándole a su hijo un nombre y un futuro. ¿Cómo le había pagado? Con petulancia y despecho infantil.

Ojalá Dios le concediera una oportunidad más para que todo saliera bien. Lucy suspiró. Como hija de un clérigo, conocía la inutilidad de tratar de hacer tratos con el Todopoderoso.

Poco a poco, mientras intentaba armarse de valor para preguntar por Drake, Lucy escuchó fragmentos de conversaciones a su alrededor. Varios hombres del grupo de rescate, aquellos con heridas leves, estaban acurrucados cerca del fuego devorando sopa y sándwiches mientras se pasaban una botella del coñac de Drake.

«La cosa más maldita que he visto...».

«... cavando como un hombre poseído».

«¿Quién dijo que era?».

«Ant'ny Brown, afirmó que es el nuevo propietario».

«Supongo que Ant'ny ha estado disfrutando del tarro de cebada». El orador bebió un trago de coñac.

«John Leadbitter dice que es una personalidad prominente de Mayeswater», dijo el siguiente hombre, tendiéndole la mano a la botella. «Un lord o conde o algo así».

Los otros hombres respondieron con risitas escépticas. «Nunca vi a ningún lord o conde empuñar una pala o levantar una carretilla como esa. Sea quien sea, sabe trabajar y eso es un hecho».

«Me siento un poco culpable sentado aquí cálido y alimentado mientras él todavía está en eso». Los demás se retorcieron en sus asientos, acariciando sus vendajes como preciadas insignias de privilegio.

Lucy quería arrojarle sobre estos hombres bruscos y mugrientos con un alivio encantado. Se conformó con cerrar los ojos y exhalar una oración silenciosa de agradecimiento. Puede que Dios

no haga tratos, pero sí dispensaba gracia. Indigna como se consideraba, se le había concedido una segunda oportunidad.

DRAKE APRETÓ los labios en una línea tensa y sombría para sofocar la exclamación de dolor que le subía a la garganta cada vez que levantaba la pala. Había atravesado la lluvia de rocas y tierra sin heridas visibles, alentado más desesperadamente que nunca para sacar a los mineros atrapados. Habían estado tan cerca antes del último deslizamiento de rocas. Drake había sentido una leve corriente de aire cálido en su rostro. Ahora tenían que mover estos nuevos escombros antes de que cayeran más, con la mitad de la cuadrilla demasiado lastimada para continuar.

Una punzada de dolor en la espalda, más o menos a la mitad del costado izquierdo, se había intensificado gradualmente hasta su actual tono agonizante. Además de eso, su cabeza palpitaba con un dolor latente y vertiginoso. Se tambaleó cuando arrojó su pala de tierra en el carro que esperaba. Drake aspiró una bocanada de aire puro de la noche a través de sus dientes apretados. Con una fuerza feroz, clavó la punta de su pala en la pared de tierra que tenía delante. A la luz parpadeante de las antorchas, podía imaginar el rostro aceitoso y engañoso de Janus Crook burlándose de él.

En verdad, su orgullo dolía a Drake casi tanto como su espalda o su cabeza. Durante horas, mientras se dedicaba a su trabajo con implacable singularidad de propósito, había escuchado lo suficiente como para darse cuenta de que el supervisor lo había engañado. Drake no encontraba consuelo en saber que ni el propietario anterior ni siquiera los mineros sospechaban de Crook hasta que fue demasiado tarde.

Con duplicidad melosa, les había dicho a los propietarios y a los trabajadores lo que esperaban escuchar. Jugando con sus prejuicios naturales y alimentando su desconfianza mutua, todo el tiempo había defraudado a la mina de carbón de High Head de una pequeña fortuna. A Drake no le habría extrañado que el villano hubiera causado esta crisis para cubrir su escape. Si encontraba un solo fragmento de evidencia para respaldar tal posibilidad, Drake prometió que procesaría al canalla con todo el rigor de la ley... siempre que pudieran encontrarlo.

«No puedo seguirle el ritmo». Uno de los otros hombres se apoyó en su pala. «Necesito un minuto para recuperar el aliento».

Tras reconocer el comentario con un breve asentimiento, Drake continuó con la rutina mecánica de excavar, estremeciéndose levemente cada vez que levantaba la pala cargada. Si se detenía a descansar ahora, temía no poder volver a empezar.

«¿Cree que llegaremos a ellos antes de que se les acabe el aire?».

Aunque gruñó algo vagamente afirmativo, Drake sintió que un garrote letal de miedo se apretaba alrededor de su garganta en respuesta a las palabras del compañero. Cuando era niño, uno de los castigos favoritos de su cruel tutor había sido encerrarlo en un armario. Conocía esa sensación aterradora de las paredes cerrándose lentamente, la oscuridad amenazando con asfixiarlo. Incluso ahora, pensar en eso hacía que sus piernas se debilitaran. Eso era lo que lo impulsaba a seguir cavando mucho después de que su cuerpo gritara que se detuviera, porque esos hombres eran su responsabilidad y porque sabía lo que debían estar sintiendo.

«¿Taza de sopa o café, muchachos?», apareció el pequeño manco con su cesta. «¿Algo para usted, señor Strickland?».

Drake sacudió la cabeza obstinadamente. Varias gotas de sudor resbalaron por su frente, pero no se atrevió a romper el ritmo deteniéndose para sacárselas de los ojos.

«Tal vez debería volver colina abajo conmigo, señor», dijo el hombre. «No se ve bien. Ha estado en esto durante horas. Es hora de que descanse».

«Una vez que saquemos a los hombres», gruñó Drake, cada palabra le costaba un gran esfuerzo.

«Si usted lo dice, señor. Su esposa ha hecho un trabajo de primera al cuidar de todos. Si no fuera por ella, la gente todavía estaría afuera esperando en el frío. Dios sabe lo que ustedes habrían hecho por la comida, y mucho menos por cuidar a los heridos».

Drake no tenía fuerzas de sobra para responder, pero dejó que sus pensamientos se dirigieran a Lucy. Lentamente, la opresión en su garganta comenzó a aliviarse. ¿Qué estaba haciendo ella aquí? ¿Su severo sermón le había causado alguna impresión después de todo? Drake lo dudaba. Recordó las chispas doradas de desafío que destellaban provocativamente en sus ojos castaños. Ella había jurado que nunca cambiaría.

Quizás no lo había hecho.

El pensamiento le robó a Drake el poco aliento que tenía. Había tenido la persistente sensación de que Janus Crook le recordaba a alguien. En ese momento se dio cuenta de quién... Phyllida. ¿Por qué nunca se le había ocurrido que ella no ganaría nada haciéndose amiga de Lucy? ¿Sería posible que Phyllida lo hubiera enfrentado con su esposa de la misma manera que Crook había enfrentado a los propietarios con los mineros? Cuanto más pensaba en las últimas semanas en Silverthorne, más probable le parecía.

Nada irritaba tanto a Drake como quedar en ridículo. Phyllida pagaría por su intromisión, lo prometió cuando su pala asestó un golpe particularmente salvaje. Encontró mucha menos resistencia de la habitual, enterrándose a sí mismo a la mitad del mango. Cuando Drake lo retiró, una vez más sintió el roce del aire cálido y viciado contra su mejilla. Antes de que pudiera jadear la maravillosa noticia de que finalmente se habían abierto paso, escuchó una voz aguda desde más allá de la barricada de piedras y tierra.

«¡Odio esta oscuridad!», gritó la voz de un niño. «¡Quiero salir! ¡Me está ahogando!».

Esas fueron las mismas palabras que había gritado cuando era niño, incluso después de haber aprendido la inutilidad de pronunciarlas. Drake retrocedió tambaleándose y cayó pesadamente sobre una carretilla cargada de tierra. El sonido de la angustia de ese niño motivó a los otros rescatistas. Atacaron el resto de la caída con renovada energía, animando a gritos a los mineros que estaban dentro. Mientras Drake se sentaba paralizado en la carretilla llena de tierra, comenzó a temblar.

SORPRENDIDA al darse cuenta de que se había quedado dormida, Lucy se despertó y se encontró desplomada en un asiento de la esquina. Se frotó los ojos y se estiró. Cada músculo de su cuerpo protestó por cómo los había sobrecargado en las últimas veinticuatro horas.

El fuego se había extinguido y se había convertido en un lecho de brasas que brillaban débilmente y arrojaban una tenue luz anaranjada sobre la habitación. Dos mujeres de mediana edad se habían quedado dormidas desplomadas sobre la mesa donde estaban sentadas. Cuatro personas más, aún despiertas y expectantes, se agrupaban en un círculo cerrado cerca de la ventana. Los rescatistas heridos habían dejado su lugar frente a la chimenea en favor de sus propias camas. Avergonzados por el ejemplo incansable de Drake, uno o dos podrían haber regresado a la mina.

Al pensar en Drake, vivo e ileso, Lucy respiró hondo. Luego sacudió la cabeza por encima de

su propia locura. Qué ridículo preocuparse por la seguridad de un hombre de mármol como lord Silverthorne. En este mismo momento probablemente estaba manejando su pala con el poder implacable de la máquina de vapor del Sr. Watt, inmune al frío, el hambre o la desesperación. Una vez que terminara, bajaría la colina para darle una reprimenda completa por su conducta impropia de una vizcondesa.

Se había prometido a sí misma tratarlo con mayor paciencia de ahora en adelante. No sería fácil.

En ese momento, una de las mujeres junto a la ventana rompió a sollozar en silencio. Lucy entendió. Según sus cálculos, la hora debía ser las tres de la madrugada. Era una hora que Lucy detestaba. Demasiado temprano para que incluso los más madrugadores se levantaran. Demasiado tarde para cualquiera excepto para los noctámbulos más libertinos. Una hora en que el espíritu y la energía humanos estaban en su punto más bajo. Los problemas siempre se veían peor entonces.

Lucy sintió que sus propios ojos hormigueaban con lágrimas de simpatía. En este día, tan lleno de trabajo y angustia, se había acercado a la gente de High Head. Podía nombrar a cada minero atrapado abajo. Conocía todas las razones por las que tenían que vivir: una nueva novia, un bebé en camino, una madre enferma, una familia en crecimiento. Se necesitaría más que el incansable esfuerzo de Drake para liberar a esos hombres. Al final, no había garantía de que encontraran a alguien con vida. Lucy se estremeció ante ese pensamiento.

Fuera lo que fuera lo que pudiera traer este día, no tenía intención de enfrentarlo llorando en un rincón. Levantó su cuerpo cansado del taburete, encendió un nuevo fuego en la chimenea y puso a calentar una tetera. Un vistazo rápido a sus reservas de alimentos le aseguró que pronto tendría que enviar al carro de regreso a Silverthorne para obtener suministros adicionales. Caminó en silencio para no despertar a los que dormían o entrometerse en las vigiliadas privadas de los demás, hizo sus rondas para ver cómo estaban los hombres heridos. Al encontrar a su padre dormitando en un sillón, buscó una manta de repuesto y lo cubrió con ella.

John Leadbitter gemía inquieto en sueños. Su esposa se acercó y le acarició la mejilla con la mano para calmarlo. Pobre alma. Este día había grabado líneas profundas en su frente. A Lucy le dolía el corazón por la preocupación compartida.

Su mirada se desvió hacia la ventana y las antorchas distantes y parpadeantes que iluminaban los esfuerzos de rescate. *Por favor, Drake*, le pidió en silencio a su esposo. *Saca al chico a salvo. Al menos, sácalo a él.*

¿Sus ojos cansados le estaban jugando una mala pasada? Lucy se los frotó de nuevo y se acercó a la ventana. Las antorchas se movían, descendiendo la colina. Su estómago se contrajo. No podía ser otro deslizamiento de rocas. Eso paralizaría peligrosamente los esfuerzos de rescate.

Entonces, el viento húmedo de las tierras altas, captó el retumbo distante de gritos emocionados y vítores ronc.

«Alice», susurró ella, su voz tensa por la emoción. «Están bajando la colina. ¡Creo que son buenas noticias!».

La Sra. Leadbitter salió volando de la habitación antes de que hubiera terminado de pronunciar las palabras. Lucy la siguió, deteniéndose solo para agarrar su chal y alertar a las otras mujeres. Salió de la puerta principal del capataz a un patio que bullía de un tumulto jubiloso. En el centro de todo había una figura pequeña y robusta encaramada en el hombro de un hombre. Lucy vio que Alice Leadbitter se arrojaba sobre el hombre y el niño, llevándose al niño a sus brazos expectantes. Sus delgados hombros se agitaron por el esfuerzo de exorcizar las

lágrimas acumuladas de un día en el espacio de unos pocos minutos.

Lucy esquivó a la multitud y subió por el sendero que conducía a la mina. Sus pies y su corazón, que solo momentos atrás se sentían tan pesados, de repente parecían más ligeros que el aire. Prácticamente voló por el camino, deteniéndose solo para confirmar lo obvio: todos los mineros habían salido con vida.

«¿Es usted la señora Strickland?».

Lucy notó una figura delgada y nervuda que se acercaba al final de la alegre procesión. «Sí, señor Brown». Ella estrechó su mano cálidamente. «¿No es maravilloso?».

«Sí, señora, cerca de un milagro, se podría decir. ¿Está buscando a su marido, por casualidad?».

Lucy asintió. No se había dado cuenta hasta ese instante de lo que la había impulsado a venir aquí.

«Eso es bueno», Anthony Brown sacudió la cabeza con sombría perplejidad. «Él todavía está allá». Sacudió su cabeza hacia el túnel. La apertura no parecía demasiado sólida. «Solo se quedó sentado. Sin decir palabra. Si me pregunta, se esforzó demasiado tratando de sacar a esos hombres».

«Pero los sacó. A cada uno. Con vida». Lucy apenas podía contener su admiración y asombro por lo que había hecho Drake. «Siga usted. Yo me ocuparé de mi marido».

Lucy se estremeció involuntariamente al pasar por la boca del túnel. El aire se sentía sorprendentemente cálido. El apagado resplandor de las antorchas que desaparecían apenas penetraba en el pasadizo atestado de escombros. Lucy se sobresaltó al escuchar el sonido de una roca cayendo por una pendiente de tierra. Luego escuchó otro sonido muy cerca: la respiración rápida y áspera de un hombre.

Tanteando hacia la fuente, tropezó con Drake.

Obligada por algún remanente de euforia, le echó los brazos al cuello. «Estoy tan orgullosa de ti. Haber ayudado a rescatar a todos esos hombres».

Él no respondió al principio, recibiendo su abrazo con pasividad cansada. Sin embargo, cuando ella trató de retroceder, él la estrechó contra él con una fuerza tan desesperada que la dejó sin aliento.

«Había niños en esa mina». Sus palabras raspaban con la emoción sondeada desde las profundidades tormentosas de su alma. «Niños pequeños atrapados en la oscuridad».

Lucy sintió que sus anchos hombros se estremecían cuando un áspero sollozo tras otro salió de él. La presión de su mejilla contra la carne hinchada de su pecho era casi tan dolorosa como oír llorar a un hombre fuerte. En lugar de alejarlo, Lucy acunó su cabeza entre sus brazos y lo abrazó aún más.

Así que después de todo, Drake Strickland no estaba hecho de frío mármol, sino de carne y hueso vulnerable. Con una punzada, Lucy experimentó el nacimiento de un nuevo y extraño sentimiento por él. Ella inclinó la cabeza hacia adelante, hasta que su mejilla rozó su cabello. Olía a sudor, polvo de carbón y valor.

CAPÍTULO OCHO

«Ya, tranquilo. Todo está bien».

En respuesta a las palabras de consuelo de Lucy, Drake luchó por controlar sus emociones alborotadas. Por alguna razón inexplicable se sintió aliviado y en paz, incluso seguro dentro del delicado círculo de sus brazos. Su voz y su toque eran suaves y cálidos, como el refugio que había estado buscando toda su vida, sin lograr tener éxito. Al mismo tiempo, Drake se odiaba a sí mismo por su demostración de debilidad. Perversamente, también estaba resentido con Lucy por haberlo presenciado.

«Tú no lo entiendes». Él se apartó de ella, aunque su corazón clamaba por enterrarse más profundamente en el dulce nido de su abrazo. «Es *mi* culpa que esos niños estuvieran en esta maldita mina. Si hubieran muerto, nunca habría podido vivir conmigo mismo».

«Escúchame, Drake Strickland». Lucy agarró con fuerza su brazo, restableciendo la conexión entre ellos. Por más que lo intentó, no se atrevió a alejarse. «Tú no enviaste a esos niños a la mina. Apuesto a que ni siquiera sabías que estaban allí hasta hace media hora».

Dado que parecía exigir algún reconocimiento, Drake asintió. Luego, recordando que ella no podía verlo, murmuró una breve palabra de acuerdo.

«Eso pensé». Parecía vindicada en su confianza en sus buenas intenciones. «Gracias a ti, el niño Leadbitter y todos los demás han salido con vida. Sé que harás todo lo que esté a tu alcance para evitar que este tipo de cosas vuelvan a suceder».

«Por su puesto que lo haré».

«En ese caso», Lucy aflojó el agarre de su brazo y dejó que su mano se deslizara hacia abajo para agarrar la de él, «no tienes nada que reprocharte». Tiró de la mano de Drake. «Si te da lo mismo, me gustaría salir de este túnel infernal antes de que se derrumbe sobre *nosotros*».

«Tienes razón. No es seguro estar aquí».

Cuando Drake se levantó de su asiento en la carretilla, un dolor punzante en el costado lo hizo gritar.

«¿Qué pasa? Estás herido, ¿verdad?», Lucy le pasó el brazo por encima del hombro, preparándose para sostener su peso, como si pudiera. Por un instante, Drake se olvidó de su herida, maravillándose de lo bien que encajaba bajo su brazo. Su mente hambrienta de sueño conjuró imágenes absurdas de Eva, creadas a partir de la costilla de Adán.

«Costillas», gruñó. «Puede que me haya roto alguna».

«¿Estás seguro de que eso es todo?». Ella no sonaba muy segura de su veracidad. Avanzaron a tientas hacia la boca del túnel. Drake se encontró apoyándose pesadamente en ella.

«Me siento mareado», admitió. «Me golpeé la cabeza con una roca».

«Es una lástima que tengas un cráneo tan bueno y grueso», lo regañó Lucy suavemente.

«¿Por qué no viniste al puesto de socorro para que te curaran como a los otros hombres heridos? Varios de los que se nos acercaron tenían menos problemas que tú, por lo que parece».

«Te lo dije. Tenía que sacar a esos hombres», murmuró Drake entre dientes. Cada paso sobre el suelo irregular le sacudía las costillas y le hacía sentir como si lo estuvieran apuñalando repetidamente con un cuchillo sin filo.

«Por supuesto. Era tu deber». Podía captar la exasperación en la voz de ella.

«Sí. ¿Es tan difícil para ti entenderlo? ¿Qué te hizo venir hasta aquí para atender a personas que nunca antes habías conocido?».

«¿Podemos parar y descansar un minuto?», Lucy resopló.

«Si quieres. Hemos superado lo peor». Drake se dejó caer al suelo con la ayuda de Lucy, dejando escapar un agudo silbido de dolor mientras sus costillas protestaban.

El apagado alboroto de la celebración se elevaba desde el pie de la colina en el aire frío y quieto. Arriba, el cielo brillaba con la luz helada de las estrellas. Drake se estremeció. Inmediatamente, sintió que Lucy lo envolvía con su pesado chal.

«¡No seas ridícula!», él chasqueó. «Coloca esto sobre tus propios hombros. No es la primera vez que tengo frío. Puedo soportarlo».

«Bueno, si así es como vas a comportarte, criatura obstinada...». Se arrodilló detrás de él y Lucy acercó los gruesos pliegues de lana para envolverlos a ambos. Pronto Drake pudo sentir el calor de su cuerpo sobre su espalda, el suave redondeo de sus pechos acolchando su cuello. Se imaginó cómo sería si ella estuviera arrodillada frente a él. De repente, Drake se sintió incómodamente excitado y sus calzones incómodamente apretados.

Saltó como si ella hubiera encendido un fuego debajo de su trasero, jadeando cuando el abrupto movimiento sacudió sus costillas. «¿Puedes continuar el resto del camino?».

Lucy volvió a ocupar su lugar a su lado.

«Yo puedo si tú puedes», anunció ella desafiante.

«Nunca me respondiste», presionó Drake. Aunque hablar era un esfuerzo, necesitaba hacerlo. Alejar su mente del dolor y del placer de tener a Lucy acomodada firmemente bajo su ala.

«¿Cuál fue la pregunta?».

«¿Por qué viniste a High Head? No fue una idea sensata».

«Lo sé», interrumpió ella. «Está por debajo de la dignidad de una vizcondesa asociarse con mineros comunes».

Drake casi se rió a carcajadas mientras imitaba el tono pedante de Phyllida. Así que había acertado. Phyllida le había estado llenando la cabeza con todas estas tonterías de la vizcondesa. Por lo que parecía, Lucy desdeñaba todo el asunto con tanto entusiasmo como él.

«¡Qué montón de basura!», ella continuó. «Si un vizconde puede rebajarse a empuñar una pala y empujar una carretilla, no veo por qué su esposa no puede ayudar también. En qué lío tan lamentable te hubieras metido si no hubiera venido. No hubiera habido comida para el grupo de rescate. Nadie que atendiera a los hombres que resultaron heridos en ese segundo deslizamiento de rocas».

«Es verdad».

«¿Es verdad? ¿Qué quieres decir? ¿Qué es verdad?». Estaban cerca de la oficina del capataz. A la luz de las antorchas, Drake pudo distinguir la expresión desconcertada de Lucy mientras lo miraba fijamente.

«Todo. No podríamos haberlo logrado sin ti». Hizo un gesto con la cabeza hacia la multitud, que seguía aumentando a medida que la noticia de la liberación de los mineros circulaba por el pueblo.

Lucy solo lo miró. La luz de las antorchas, la luz de las estrellas y el brillo de un nuevo amanecer brillaban en sus suaves ojos marrones. Cualquiera que había sido el arreglo ceñido y remilgado con el que se había sujetado el cabello ayer por la mañana, se había soltado en rizos y delicados zarcillos dorados, enmarcando suavemente su rostro. El aire de la noche le había rozado las mejillas con un tono rosa saludable y tenía una mancha de polvo de carbón en la nariz de haber acariciado su cabello cubierto de hollín.

Drake nunca había imaginado una criatura tan hermosa.

PREPARADA PARA UNA SEVERA REPRIMENDA, Lucy apenas sabía qué hacer con la franca aceptación de Drake de que él... ellos... la habían necesitado. Él la miraba de la manera más desconcertante. Sin duda, ella se veía asustada. Habría muerto de mortificación si Jeremy la hubiera visto alguna vez en ese estado.

«Necesitamos llevarte a Silverthorne y que un médico te revise». Mientras se adentraban en la ardiente multitud, Lucy tuvo que gritar directamente al oído de Drake. Incluso entonces, no estaba segura de que él la hubiera escuchado.

«Pero primero, hay algo que debo decirles a todos», gritó Drake.

Con una mezcla de admiración y simpatía, Lucy observó sus inútiles esfuerzos por hacerse oír por encima del alegre tumulto que los rodeaba. Cada vez que respiraba hondo, se estremecía. Cualesquiera que fueran sus heridas, no quería que las empeorara con tanto esfuerzo.

Al ver a Anthony Brown cerca, ella estiró su mano libre y tiró de los faldones de su abrigo. Él se dio la vuelta, mostrándole una amplia sonrisa de reconocimiento.

Cuando se inclinó hacia ella, Lucy le gritó: «¡Su señoría tiene algo que decir a todos! ¿Puedes hacer que todos pongan atención?».

El hombre respondió con un guiño. Tensando los labios con dos dedos, emitió un silbido tan estridente y penetrante como nunca había asaltado los oídos de Lucy. El ruido de la multitud se silenció tan rápida y completamente que se preguntó si habían inhalado su júbilo con gran expectación.

«El nuevo propietario tiene algo que decir», resonó la voz de Anthony Brown en el silencio expectante. «Escúchenlo, ahora».

Drake asintió en señal de agradecimiento. «Tengo la intención de enviar de inmediato al alguacil a investigar este *accidente*. Espero que le brinden su total cooperación. Cuando se complete la investigación, haremos las reparaciones y reabriremos la mina. Haré todo lo que esté a mi alcance para ver que eventos como este nunca más se repitan en High Head».

Al ver las miradas afligidas en los rostros de varias mujeres, Lucy supo exactamente lo que estaban pensando. La mina cerraba indefinidamente. Había varios hombres heridos. El invierno casi estaba aquí. Le susurró una sugerencia a Drake.

Él asintió con la cabeza en acuerdo. «Todos los relacionados con la mina cobrarán salarios completos hasta que vuelva a abrir».

Una alegría irregular recibió el anuncio de Drake.

«Hasta que pueda nombrar un nuevo capataz...». Un ataque de tos se apoderó de él antes de que pudiera completar su oración. El dolor que le causaba cada espasmo estaba claramente grabado en su rostro. Lucy sabía que no debía perder tiempo en llevarlo a casa.

«Hasta que llegue un nuevo capataz», ella alzó la voz, para superar la voz grave de Drake, «Anthony Brown estará a cargo».

Nadie pareció más sorprendido por este anuncio que el propio Sr. Brown. Se quitó la gorra de tela y la sostuvo sobre su corazón como si hiciera un juramento. «Haré lo mejor que pueda por usted, señora. Seguro que lo haré».

Aunque la tos de Drake se había aliviado, Lucy podía sentirlo apoyándose más en ella. «Estoy segura de que lo harás espléndidamente. Me considero una muy buena conocedora del carácter y la habilidad. Ahora, debo llevar a mi esposo a casa».

Inmediatamente varios hombres entraron en acción. Antes de que Lucy se diera cuenta, el tálburi estaba enganchado y listo para el viaje de regreso a Silverthorne.

Al ver a su padre cerca, lo llamó: «¿Volverás con nosotros?».

Corriendo al lado de Lucy, el vicario Rushton le dio unas palmaditas en el brazo. «A menos que me necesites, creo que me quedará un tiempo. Me gustaría realizar un breve servicio de acción de gracias».

Varias personas al alcance del oído asintieron o murmuraron su acuerdo con la sugerencia del vicario.

«Qué buena idea». Lucy dejó caer un cálido beso en la rubicunda mejilla de su padre y luego miró hacia el asiento del conductor del coche. De alguna manera, Drake se las había arreglado para subir. Se sentó rígidamente erguido. A la luz creciente, su rostro y sus manos parecían casi tan negros como su cabello. ¿Qué esfuerzo le costó sentarse allí, herido y cansado como debía estar? Mirándolo, ¿quién adivinaría el tormento privado que había alimentado su esfuerzo sobrehumano para sacar a esos mineros atrapados? Con esas preguntas aguijoneando su conciencia, Lucy trepó a su lado.

Drake dio un jalón a las riendas y se pusieron en marcha, dejando High Head menos de veinticuatro horas después de su llegada. A Lucy le pareció más como si hubiera pasado un mes. Una parte de ella deseaba haberse quedado en el pueblo minero, tan sencillos como el señor y la señora Strickland, en lugar del vizconde y su señora atrapados por el protocolo en la majestuosa Silverthorne.

Mientras el tálburi traqueteaba por el camino empinado, Lucy escuchó detrás de ellos: «¡Tres hurras por Strickland, todos!».

Lucy miró a Drake, pero él no dio ninguna señal de lo que podría estar pensando o sintiendo. Cuando finalmente estuvieron fuera de la vista del pueblo, le pasó las riendas a ella con un suspiro de cansancio. Durante un rato, el carruaje de dos ruedas trotó por la sinuosa carretera que iba de High Head a Nicholthwait. El metal de los arneses y los cascos del caballo tocaban una especie de relajante música pastoral, interrumpida ocasionalmente por el balido de las ovejas de Herdwick que pastaban perezosamente junto al camino.

Una franja de niebla matutina se cernía sobre el valle de Mayes. Después de esos pocos minutos sofocantes en el pozo de la mina, Lucy disfrutó del aroma del aire fresco del otoño. Tras esas largas y tensas horas rodeada de gente, saboreó esta tranquila soledad y la poco exigente compañía de Drake. Por el rabillo del ojo, ella lo miró. Iba sentado muy erguido con los ojos cerrados. Las firmes líneas cinceladas de su perfil ennegrecido por la suciedad parecían más que nunca haber sido talladas en mármol negro.

Lucy se aclaró la garganta. Se había hecho una promesa a sí misma y tenía la intención de cumplirla. Algo le decía que sería más fácil comenzar aquí y ahora, en lugar de esperar hasta que estuvieran de regreso en Silverthorne. Pero, ¿por dónde empezar?

«Hoy me enorgullecí de llamarme tu esposa. Lo hiciste bien». Sus palabras surgieron como un murmullo apagado. ¿Drake había escuchado siquiera su obertura tentativa? «Me he portado muy mal contigo últimamente. Las razones no importan ahora. Lo que importa es que prometo

enmendarme, si me perdonas y podemos empezar de nuevo. Me gustaría que al menos fuéramos amigos... por el bien del niño».

«Muy bien». La respuesta retumbó desde lo más profundo de su pecho y no se molestó en abrir los ojos. «Amigos».

Lentamente, a medida que se acercaban a Nicholthwait, Drake comenzó a inclinarse hacia Lucy hasta que su cabeza se posó sobre su hombro. Allí permaneció mientras el carruaje avanzaba de regreso a Silverthorne.

CAPÍTULO NUEVE

Drake luchaba por recobrar la conciencia, como un nadador ahogándose desesperado por salir a la superficie del agua. Todo estaba oscuro. La razón dictaba que debía estar de regreso en Silverthorne, en su propia cama. Sus sentidos contradecían rotundamente esa suposición. Escuchaba el suave crepitar de un fuego en la chimenea, sentía su calor envolvente, percibía el dulce acre del humo de leña. Pero, eso no era todo lo que olía. Un sabroso aroma de cordero y cebolla. Un ligero soplo de... ¿lavanda?

Todo conspiraba para producir una atmósfera de *comodidad*. Esa no era una palabra que Drake hubiera considerado alguna vez para describir su dormitorio. La espaciosa y aireada habitación ocupaba una esquina del ala este. Tenía grandes ventanales en dos paredes que permitían una magnífica vista de la región de los lagos. En el centro de la tercera pared, un amplio arco se abría a un vestidor de generosas proporciones.

Escasamente amueblada, incluso para los estándares de buen gusto de la época, su dormitorio contenía un pequeño escritorio y una silla, una mesita de noche y una cama. Esta última era una curiosa estructura moderno sin los habituales postes altos y cortinas. Dado que pasaba tan poco tiempo allí, Drake rara vez encendía un fuego en la chimenea.

Hasta ese momento, nunca había pensado que a su dormitorio le faltara algo. Acostado allí, suspendido en la frontera de los sueños y la realidad, Drake se dio cuenta de repente del lugar frío y desnudo que era. Frío y desnudo como su vida. Ese era un pensamiento en el que no podía soportar detenerse.

Deseando que su cuerpo respondiera, Drake trató de sentarse. Oleadas de dolor lo retuvieron. Escuchó a alguien gemir. ¿Era él quien emitía ese sonido? El olor a lavanda se acercó, acompañado por el susurro sordo de las faldas de una mujer. Algo fresco y suave se posó suavemente sobre su frente.

«Drake, ¿estás despierto? ¿Cómo te sientes?», murmuró Lucy.

Al escuchar el susurro de Lucy, Drake se dio cuenta de que, después de todo, debía estar de regreso en Silverthorne. Cauteloso por el dolor que le provocaba su intento de sentarse, levantó los párpados hasta convertirlos en rendijas.

El rostro de Lucy flotaba en su campo de visión, luminoso en el resplandor apagado de la luz del fuego, enmarcado por un etéreo halo dorado. Sus finas y doradas cejas se juntaron en una expresión de tierna preocupación. La vista trajo una agradable oleada de calor que recorrió las entrañas de Drake. La rechazó intensamente, como lo había hecho ante el dolor.

«¿Cómo crees que me siento?». Él apartó la cabeza del toque de su mano, jadeando cuando otra ardiente punzada atravesó su cráneo.

«Más muerto que vivo, debería pensar, después de lo que has pasado. Supongo que es una

buena señal que te hayas recuperado lo suficiente como para quejarte». Cogió un cuenco y una cuchara del borde de la mesita de noche. «Quédate quieto y toma un poco de esta sopa. La Sra. Maberley la hizo especialmente para ti».

Cuando Drake abrió la boca para protestar que no podía simplemente tirarse en la cama durante días, Lucy le empujó la cucharada. No tuvo más remedio que tragar el caldo más delicioso que jamás había probado. De repente, consciente del hambre que le carcomía el estómago, Drake decidió que sería mejor comer algo para ayudar a recuperar las fuerzas. Durante un rato no dijo nada, abriendo obedientemente la boca cada vez que Lucy le ofrecía una cucharada de sopa. Solo cuando las punzadas del hambre comenzaron a calmarse, él la desafió.

«¿Qué hora es?». Entrecerró los ojos hacia el reloj de la repisa de la chimenea. Apenas podía distinguir su rostro en la penumbra. ¿Era su imaginación o su visión estaba un poco borrosa?

«La hora del té», dijo Lucy. «Has estado dormido desde que regresamos de High Head, ayer por la mañana. Temía que nunca despertaras».

Recuerdos irregulares de High Head destellaron en la mente de Drake. «Debo levantarme». Luchó contra el dolor y el mareo. «Hay asuntos urgentes que requieren mi atención».

«Como cuáles...?», Lucy lo empujó suavemente, pero con firmeza, colocando una mano en su pecho. Su pecho *desnudo*.

¿No habían tenido la decencia de ponerle un camisón? Drake se enfureció al sentir que su rostro se llenaba de color. El toque de Lucy no pretendía ser en lo más mínimo provocativo, lo sabía. De igual forma, había tenido un efecto de lo más provocador.

«No seas necia, mujer», espetó. Odiaba no tener el control de su propio cuerpo rebelde. «Para empezar, hablar con el alguacil. Debo informarle sobre la situación en High Head y enviarlo a investigar».

«Ya está hecho». Lucy acomodó la colcha de forma segura alrededor de él.

Drake lanzó una mirada al retrato de su madre que colgaba sobre la repisa de la chimenea. No recordaba que ella ni nadie más lo hubiera metido en la cama. De hecho, podría haber permanecido completamente ignorante de tales rituales domésticos íntimos, de no haber sido por Jeremy. Cuando el muchacho llegó a Silverthorne después de la muerte de la madrastra de Drake, insistió en que su hermano lo metiera en la cama todas las noches. De mala gana, torpemente, Drake lo había hecho. Las demostraciones de ternura nunca le habían resultado fáciles, pero hasta que Jeremy se fue a la escuela nunca se había perdido una noche de hacerlo.

El gesto tuvo un significado desproporcionado para Drake. Como nunca había estado en el lado receptor, no estaba seguro de que le gustara. Particularmente si venía de Lucy.

«¿Qué quieres decir con que está *hecho*?».

Su esposa rodó los ojos. «Ahora, ¿quién está siendo necio? Mandé llamar al alguacil tan pronto como llegamos a casa. Le expliqué lo que había sucedido en tu mina y le pedí que lo investigara. ¿Supuse bien?», preguntó con un dejo de bondadosa ironía en su voz.

«Así lo creo», Drake se maravilló de que ella hubiera mostrado tal perspicacia. «El tiempo era esencial. Lo hiciste bien. Simplemente nunca se me ocurrió que tú... Pero, mira, la mina es solo la más apremiante de mis obligaciones. ¿Qué pasará con mis otras preocupaciones? ¿La curtiduría? ¿Los molinos? También requieren mi supervisión».

«¿A esta hora?», Lucy lo engatusó con otra cucharada de sopa. «Yo creo que no. Además, creo que subestimas a tus capataces al igual que me subestimas a mí. Dudo que pueda ser bueno para ellos depender de ti con cada problema menor, buscando tu dirección en cada decisión. ¿Qué habría sido de ellos si te hubiera ocurrido un daño más grave en High Head? Confusión. Caos», respondió a su propia pregunta retórica y luego planteó otra a Drake. «¿Es eso lo que

quieres?».

Levantó la barbilla desafiante. «Por supuesto que no. ¿Qué estás sugiriendo? ¿Que renuncie a toda responsabilidad por las empresas que he construido de la nada?».

«En absoluto». La mirada exasperada de Lucy se suavizó de repente. «Solo digo que tus preocupaciones comerciales son como niños que maduran. Debes dejarlas crecer, permitirles cometer errores si es necesario, pero aprender a confiar en su propio juicio y solo que pidan tu orientación en asuntos verdaderamente críticos. De esa manera, podrán continuar operando bien incluso si algo te sucede, Dios no lo quiera».

«Eso tiene sentido», concedió Drake a regañadientes, pensando en la buena madre que sería con esa actitud.

«¿Estoy oyendo bien?». Lucy sacudió la cabeza con una expresión divertida en su rostro que hizo que Drake olvidara todo menos las ganas de reír. «¿El imperioso vizconde Silverthorne negando su alardeada infalibilidad?».

Sus labios se torcieron y soltó una risita. «Solo admito que reconozco un buen consejo cuando lo escucho».

Lucy le ofreció otra cucharada de sopa. «Verdaderamente, la era de los milagros no ha terminado».

Mientras más risas lo invadían, Drake se atragantó con el caldo. Con cada espasmo de tos, sus costillas heridas palpitaban. Lucy se cernía ansiosamente sobre él, repitiendo una y otra vez cuánto lamentaba haberlo hecho reír mientras intentaba comer.

«Pensé que querías que fuéramos amigos», jadeó Drake cuando su tos finalmente se calmó. «¿Es esta tu idea de amistad: fastidiar a un pobre inválido en su cama?».

En respuesta a su broma, la tez blanca de Lucy adquirió un tono rojo furioso. «No pensé que recordarías eso. Además, solo te estoy fastidiando por tu propio bien. Será mucho peor para tus asuntos comerciales si terminas enfermándote gravemente porque no te has cuidado adecuadamente».

Una voz grave y retumbante sonó desde la puerta. «Estoy totalmente de acuerdo, su señoría. Quizás entre los dos podamos convencer a este testarudo de que lo mejor para todos es que se tome la vida con calma por un tiempo».

El médico, amigo y primo lejano de Drake, Charles Varoy, entró en la habitación. Mechones de su cabello gris acero se habían soltado de su atadura y volaban en todas direcciones.

«¿Así que nuestro paciente por fin es sensato?», le preguntó a Lucy.

Drake apenas captó el murmullo irónico de ella. «Eso cree él».

«Mi esposa piensa lo contrario, Charles». Drake le dirigió al médico un guiño exagerado.

«¿De verdad? Por Júpiter». El Dr. Varoy buscó el pulso en la garganta de Drake. «Estás de un cómico humor para ser un hombre que casi se convierte en gelatina. ¿Tienes mucho dolor?».

Drake se encogió de hombros. «Soportable».

«Siempre el estoico. Bueno, echemos un vistazo adecuado a tus lesiones. Ayer, solo las revisé para asegurar a tu esposa que ninguna de las dos representaba un peligro inmediato. Sabía que mi tratamiento solo interferiría con el sueño que realmente necesitabas. ¿Puedes sentarte?».

«Lo intenté, pero... mi esposa no lo permitió». Apretando los dientes, Drake se incorporó. El dolor no era tan malo como la primera vez.

Lucy se levantó abruptamente. Se acercó a la chimenea y añadió más carbón al fuego, removiendo las brasas con el atizador.

«Ahora tienes una esposa». El médico volvió a reírse. ¿Qué encontraba tan descabellado que le resultaba divertido? «Será mejor que prestes atención a su consejo».

«No me casé con ella para recibir consejos», espetó Drake antes de que pudiera detenerse. Miró a Lucy, que se había quedado inmóvil por un instante en el acto de volver a colocar los hierros de la chimenea. Drake maldijo su propia imprudencia. Después de High Head, quería arreglar las cosas con ella, empezar de nuevo. De alguna manera, había caído en este abominable hábito de oponerse a ella y estaba resultando difícil de romper. Especialmente cuando su pulso se aceleraba cada vez que la miraba.

«¿Vas a continuar con tu examen?», le gruñó al médico.

Suavemente, Charles palpó un punto sensible en la espalda de Drake. No lo suficientemente suave. Antes de que Drake pudiera armarse de valor para contenerlo, una exclamación de dolor salió de sus labios.

«No me extraña que duela», dijo el médico. «La costilla está rota, está claro, pero supongo que es el hematoma lo que te duele». Sacó un rollo de algodón blanqueado de su bolsa y lo envolvió con fuerza alrededor del pecho de Drake. «Listo. Eso sostendrá la costilla mientras se cura, es todo lo que podemos hacer, me temo».

Drake respondió con un rígido asentimiento. El vendaje ajustado alrededor de su pecho era un instrumento de tortura. No trató de hablar mientras el médico limpiaba la herida de su cabeza con poca gentileza, ordenando a Lucy que le trajera agua y sostuviera la palangana.

«Bueno, eso está hecho», pronunció el médico finalmente. «Ahora, echemos un vistazo rápido al resto para asegurarnos de que no haya nada más mal». Tiró del edredón, que cubría a Drake hasta la cintura. Agarrando el borde de la colcha para evitar que el médico la quitara, Drake miró a Lucy. Con la palangana apretada con fuerza en sus manos, miró fijamente la colcha con horrorizada fascinación.

«Todavía tengo hambre», soltó Drake. «¿Podrías traerme más sopa de la señora Maberley?».

Lucy se sobresaltó con sus palabras. Mientras tambaleaba la palangana, varias gotas de agua se derramaron al suelo. «¿Perdón? Oh, caldo. Sí, claro». Rápidamente devolvió la palangana, mientras parloteaba con voz aguda y sin aliento. «La señora Maberley tiene una enorme sopera hirviendo a fuego lento, suficiente para alimentar a toda la casa. Se alegrará de saber que tienes apetito para comerla».

Lucy recuperó su tazón de sopa de la mesa de noche. «Si me disculpa, doctor Varoy».

«Por supuesto, señora». El médico le sonrió mientras continuaba el forcejeo con Drake sobre la colcha. «Descanso y alimentación adecuada, la medicina más eficaz del mundo».

Cuando Lucy salió corriendo por la puerta, Drake relajó su agarre en la colcha. El médico se la arrancó.

«Tanta modestia en un hombre recién casado». Él rió. «No tienes por qué avergonzarte de dejar que tu esposa vea el efecto que tiene en ti... a pesar de tus heridas. Si quieres, puedo decirle que sea suave contigo hasta que sane tu costilla».

Ignorando el dolor en sus costillas, Drake agarró la esquina de su almohada y la agitó, golpeando a su viejo amigo con fuerza. El médico se rió con más ganas que nunca, un sonido que estaba empezando a irritar los nervios de Drake.

Después de una breve mirada a las extremidades inferiores sanas de su paciente, el Dr. Varoy tiró de las sábanas para cubrirlo. «Si te atrapo fuera de la cama en menos de una semana, vizconde Silverthorne, insistiré en examinarte a fondo de arriba a abajo... con tu querida señora como mi asistente».

Por un momento, Drake estaba demasiado indignado para responder. Para cuando pensó en una docena de razones sólidas por las que debía estar despierto y ocupado en sus asuntos, el médico había empacado su instrumental. Salió con una amplia sonrisa y una alegre despedida.

LUCY huyó del dormitorio de Drake agarrando su tazón de sopa con tanta fuerza que casi esperaba que se rompiera en sus manos. Sus mejillas hormiguearon furiosamente y no por su reciente proximidad al fuego. Por mucho que hubiera tratado de distraerse, su mirada se había desviado una y otra vez hacia Drake, sentado desnudo en su cama para el examen del médico con solo la colcha cubriéndolo por debajo de la cintura. Lanzando miradas subrepticias a su torso duro y delgado, recordó la sensación de su pecho desnudo bajo las yemas de sus dedos.

La carne suave y tensa y la inesperada sedosidad de la mata de vello oscuro en su pecho, provocó que la boca de Lucy se secara al pensar en ello. No se podía negar que el vizconde Silverthorne era un excelente espécimen de hombría. No fue vergüenza ni pudor lo que la hizo salir corriendo cuando el médico empezó a quitarle las sábanas. Era el temor de que pudieran atraparla mirándolo con una fascinación poco femenina.

Absorta en tales pensamientos, Lucy casi choca contra lady Phyllida.

«Lucinda, querida, ¿adónde vas con tanta prisa?», Phyllida recuperó el equilibrio. «¿Es por Drake?». Sus ojos claros se abultaron más de lo habitual. «¿Ha empeorado?».

«Oh, no, prima Phyllida» jadeó Lucy. «Ahora se encuentra despierto y parece estar lúcido. El doctor Varoy lo está revisando en este momento. Voy camino a la cocina para traerle otro tazón de sopa. Puedes imaginarte lo hambriento que está».

«Claro», Phyllida miró el cuenco en las manos de Lucy con cortés horror, como si fuera un orinal rebosante de una letrina. «¿Es necesario que corras por la casa como una común criada de cocina? Su señoría emplea cualquier número de sirvientes. Ninguno sobrecargado de trabajo por lo que puedo ver. Seguramente, ¿no querrás atenderlo tú misma?».

Lucy abrió la boca para expresar precisamente esa intención. Entonces se dio cuenta de que oponerse a Phyllida solo serviría para mantenerla perdiendo el tiempo en el pasillo, enfrascada en una discusión inútil.

«Me temo que tendrás una batalla muy ardua para convertirme en una vizcondesa adecuada, prima». Por una vez Lucy no trató de censurar la impaciencia en su voz. Iba a necesitar toda su fuerza de voluntad para forjar una relación más amistosa con su marido. No había hecho tal voto con respecto a lady Phyllida Strickland. «Si me disculpas, debo ir a buscar ese caldo. Estoy segura de que no le hará ningún bien al temperamento de Drake esperar la comida cuando apenas ha comido en dos días».

«Drake está de mal humor, ¿dices?». Una sonrisa astuta arrugó las comisuras de los finos labios de Phyllida. «No me extrañaría después de la forma en que corriste por todo el condado para entregar la mitad del contenido de la despensa de Silverthorne a una horda de mineros mugrientos».

«Da la casualidad, prima Phyllida, que Drake estaba muy...», la expresión de alegre expectación en el rostro de Phyllida detuvo a Lucy en seco. Esta criatura empalagosa y servil estaba tramando algo, aunque Lucy no pudo averiguar de inmediato qué podría ser.

Sin embargo, una cosa estaba clara para ella. Reparar las relaciones con Drake sería mucho más difícil con Phyllida al acecho. De alguna manera debía desalojar a la prima de Drake de Silverthorne y Lucy solo podía ver una forma segura de hacerlo.

«¿Y bien?», inquirió Phyllida, audiblemente impaciente. «¿Drake estaba muy qué?».

«Enojado», Lucy volvió en sí. «Tenías razón. Estaba muy enojado conmigo. Sin embargo, salió algo bueno de eso».

Las cejas altas y delgadas de Phyllida se arquearon interrogativamente.

«Aparentemente, mi esposo ahora ve la urgencia de llevarme a Londres». Lucy rezó para que no la castigaran por una mentira tan flagrante. «Insiste en que debemos ir tan pronto como esté en condiciones de viajar».

«¿Por qué no lo dijiste antes?». Los ojos de Phyllida brillaron, y sus labios delgados se estiraron en la primera sonrisa sincera que Lucy había visto en ella. «¡Esa es una noticia maravillosa!».

«Pensé que estarías complacida». Eso era más de lo que podía esperar de Drake una vez que supiera lo que había hecho. Oh, bueno, una mentira más no podría meterla en un problema peor. «Drake me pidió que te preguntara si podrías volver a Londres para preparar la casa para nuestra llegada».

«¿Te importa?», Phyllida soltó una andanada de carcajadas estridentes. «Habré empacado en una hora». Puso una mano de largos dedos sobre su pecho plano. «Esto es un gran alivio. Los caminos siguen despejados, gracias a Dios, y podremos celebrar la Navidad en casa. ¿Podríamos partir tan pronto como mañana?».

Lucy trató de mantener una nota vertiginosa de alivio en su propia voz. «Cuanto antes mejor, supongo. El clima es tan voluble en esta época del año».

«Mantendré a las criadas empacando toda la noche si es necesario. Envía a una o dos de ellas de la cocina para que me ayuden».

«Enviaré a alguien de inmediato, prima Phyllida», gritó Lucy por encima del hombro mientras se dirigía a las escaleras. Murmuró en voz baja: «Cualquier cosa para acelerar tu partida».

Saltando escaleras abajo, Lucy se encontró tarareando una alegre melodía. Sin embargo, en el fondo, su alegría por la inminente partida de Phyllida se vio atenuada por un escalofrío de temor. ¿Cómo reaccionaría Drake cuando descubriera lo que había hecho?

CAPÍTULO DIEZ

«¿Londres?», Drake miró fijamente a Phyllida, ataviada con una capa con adornos de color burdeos y un gorro a juego. Apenas se atrevía a esperar haberla oído correctamente. «¿Reggie y tú se van a Londres hoy?».

Con fiereza, contuvo sus labios para que no se curvaran en una anhelante sonrisa. La principal razón por la que había estado tan ansioso por ocuparse de sus asuntos era el temor de que sería un blanco fácil para Phyllida, si estaba confinado a quedarse en la cama. Durante semanas había sido su mayor deseo desalojarla de Silverthorne. De repente, sin que él hubiera levantado un dedo, estaba ocurriendo.

«Tal vez sea lo mejor». Intentó sonar arrepentido pero resignado. «No estoy en condiciones de ser una compañía agradable». Se tocó la cabeza vendada en lo que esperaba fuera un gesto lastimoso. «Por supuesto, Lucy estará demasiado ocupada atendiendo a su pobre marido inválido para hacer de cortés anfitriona».

Al mencionar el nombre de Lucy, le lanzó una mirada furtiva. Estaba de pie cerca de la puerta de su dormitorio en una actitud de tímida vigilancia.

«¡Drake, eres una molestia!», Phyllida desestimó su último comentario con un gesto de una mano enguantada. «Tienes muchos sirvientes para atenderte. Lady Silverthorne no es una chica contratada». Su largo rostro cetrino se iluminó. «Acabo de tener el pensamiento más inteligente. Lucinda podría acompañarnos a Reggie y a mí de regreso a Londres y tú puedes unirte a nosotros una vez que te hayas recuperado».

«Unirme a ustedes...?».

Acercándose rápidamente a la cama de Drake, Lucy le entregó una taza de agua en su mano. Con una mirada inquieta hacia Phyllida, jadeó: «No debe importarte que repita todo lo que dices. El médico advirtió que su ingenio podría perder el juicio durante unos días».

A Drake, le habló en voz alta y lentamente. «¿Recuerdas, querido? Dijiste que deberíamos ir a Londres una vez que pudieras viajar. Me dijiste que la prima Phyllida debería adelantarse para preparar la casa para nosotros».

«No dije nada de...», se apresuró a decir él.

La presión de los delgados dedos de Lucy sobre su mano detuvo la protesta de Drake. Su rostro se había puesto pálido y sus ojos tenían una súplica inconfundible. ¿Cuál era el motivo?, no estaba seguro. ¿Perdón? ¿Permiso? Drake tenía sentimientos encontrados. Una parte de él quería poner la mayor distancia posible entre él y esta mujer que constantemente provocaba sentimientos tan insondables en él. Otra parte quería acercarla aún más, tan cerca como había estado en el túnel de High Head.

«Er... qué agradable de tu parte partir tan rápido, Phyllida». Drake no estaba seguro de lo que

debía decir sobre la salida de Lucy hasta que tuvo una noción más clara de su preferencia. «En cuanto a mi esposa, ella está en libertad de ir contigo... si así lo desea».

Ella apretó aún más su mano como si se anclara a Silverthorne. «Creo que mi lugar está aquí contigo».

Con una señal tan clara de sus deseos, Drake se sintió bien armado para declarar: «Así es. Una casa llena de sirvientes está muy bien, pero un hombre en mi condición necesita a su esposa. Además, Phyllida, sé lo ansiosa que estás por presentar a Lucy en sociedad. Imagina los chismes si la envió a Londres tan pronto después de nuestro matrimonio».

Phyllida miró a Lucy con irritación apenas disimulada. «Solo estaba pensando en la pobre chica y en lo aburrida que será la Navidad para ella. Debes recuperarte muy pronto, Drake, para que puedas llevar a Lucinda a Londres a tiempo para las celebraciones».

Justo en ese momento, apareció Talbot para anunciar que todo estaba listo para la partida de Lady Phyllida. Después de varios minutos de despedidas efusivas y demandas insistentes de que partieran hacia Londres en el momento en que Drake estuviera en condiciones de viajar, Phyllida se fue por fin de Silverthorne.

Aturdida por el alivio, Lucy lanzó sus brazos alrededor del cuello de Drake. «¡Gracias por no delatarme! Siento todas las mentiras que dije, pero simplemente no podía pensar en otra forma de deshacerme de ella. Sé que es parte de tu familia y crees que es la dama perfecta, pero...».

Suavemente, Drake se liberó de su impulsivo abrazo. «No necesitas disculparte. Ojalá me hubiera dado cuenta de que una falsa promesa de visitar Londres era todo lo que necesitaba para acelerar la salida de Phyllida y Reggie. Lo habría hecho yo mismo, hace semanas».

«¿Lo hubieras hecho?», Lucy se preguntó si el vendaje alrededor de la cabeza de Drake estaría demasiado apretado. «La última vez que mencioné el tema de Londres, casi me arrancas la cabeza de un mordisco».

«Lo sé y lo siento. La verdad es que Phyllida nos ha tomado el pelo como a dos tontos. Yo fui el mayor tonto, ya que la conozco y debería haber adivinado sus motivos».

«¿Motivos?», preguntó Lucy. Fuera lo que fuera de lo que Drake estaba hablando, sonaba sinceramente apenado. «No entiendo».

Respiró hondo. «Estoy seguro de que Phyllida ha estado provocando sentimientos negativos entre nosotros desde el día de nuestra boda. Por ejemplo, me hizo creer que estabas desesperada por ir a Londres. También afirmó que solo se quedaba en Silverthorne porque no podías soportar separarte de ella».

«¡Qué sarta de tonterías!», Lucy saltó de su posición en el borde de la cama de Drake y comenzó a caminar por la habitación. «No quería tener nada que ver con Londres. Simplemente cedí ante sus constantes presiones sobre el tema cuando me di cuenta de que sería la única forma de deshacerme de ella».

Al detenerse abruptamente, señaló con un dedo acusador a Drake. «Fuiste *tú* quien insistió en que Phyllida se quedara». Sintió que comenzaba a sonrojarse, aunque no podía entender por qué. «Para instruirme en el decoro adecuado y asegurarte de que no me relacionara con *compañías menores* a mi posición».

«¡Qué absurdo!», Drake se sentó en su cama, una mueca de dolor cruzó momentáneamente su rostro. «Puras tonterías, todo eso. La única que quería que Phyllida se quedara en Silverthorne era la propia Phyllida. Trató de hacernos creer a cada uno de nosotros que era por el otro».

Fragmentos de la conversación de Phyllida de las últimas semanas resonaron en los pensamientos de Lucy. «¿Por qué querría crear problemas entre nosotros? ¿Es porque ella desaprueba que te cases con alguien por debajo de tu posición?».

«Para nada», Drake se rió entre dientes. «Podrías ser la Princesa Real y aun así no ser del agrado de Phyllida». Se acomodó de nuevo sobre sus almohadas. «Sin Jeremy, y hasta que tengamos un hijo, Reggie, el hijo de Phyllida heredará Silverthorne. Después de Neville, por supuesto, pero diría que hay muy pocas posibilidades de que él me sobreviva o tenga herederos legítimos propios».

Una repugnante punzada de vergüenza se apoderó de Lucy. Y agachó la cabeza. «Oh querido. ¡Qué tonta fui al no haberme dado cuenta! Entonces, ¿no asignaste a Phyllida la tarea para que me convirtiera en una auténtica vizcondesa?».

«Nunca». La voz de Drake era suave pero firme. «Siempre me ha gustado tu forma de ser».

Rápidamente, Lucy lo miró, pero él se negó a mirarla a los ojos. Durante su breve e intenso cortejo, Jeremy le había hecho muchos cumplidos encantadores, pero ninguno la había conmovido tan profundamente como esta vacilante confesión de Drake.

«¿Así que no te molesta si monto a caballo o leo, o si visito a mis viejos amigos en el pueblo?».

Miró su cintura con una sonrisa tímida. «Quizás montar a caballo puede esperar unos meses. Ciertamente no tengo ninguna objeción a la lectura y te animaría positivamente a que cultives todas tus viejas amistades. La pobre señora Sowerby ha estado completamente desolada sin ti».

«Oh», Lucy dio un pequeño grito ahogado. «Iré a verla hoy mismo. ¿Qué debe pensar de mí por haberme mantenido tan alejada?». Se le ocurrió una idea igualmente angustiada. «¿Qué debes haber pensado tú? Por eso te enfadaste tanto conmigo, ¿no? ¿La noche que nos peleamos en mi habitación? Porque pensaste que me volvería muy engreída y abandonaría a mis viejos amigos».

«En parte sí». Drake se encogió de hombros. «Debo disculparme por mi comportamiento grosero estas últimas semanas. Además de la presencia constante de Phyllida, debió haber hecho intolerable la vida en Silverthorne para ti».

Lucy arrugó la nariz. «Nada agradable, lo admito. Eso todavía no excusa las cosas que te dije y la forma en que actué».

«Pero, quisiste decir en serio lo de que provoqué que Jeremy se uniera al ejército, ¿no es así? No podía entender por qué lo hizo. Ahora veo que fue mi culpa todo el tiempo». Parecía tan afectado que Lucy deseó con todo su corazón poder recordar esa hiriente acusación.

«Jeremy era un hombre adulto. Tomó sus propias decisiones, por motivos propios. Tal vez quise culparte en lugar de creer que eligió dejarme».

Sus palabras tranquilizaron a Drake. Ella se dio cuenta, porque él se permitió sonreír. Sus rasgos oscuros y afilados parecían irradiar un brillo desde lo más profundo. Hizo que Lucy se quedara sin aliento en su garganta.

Una extraña sensación de pánico la asaltó, aunque no podía pensar por qué: la necesidad de escapar de su presencia. De la manera más informal posible, dijo: «Creo que celebraré mi liberación de tus primos visitando el pueblo». Una nueva punzada de culpa por abandonarlo la hizo agregar: «Trata de descansar un poco mientras no estoy. ¿Hay algo que pueda traerte antes de irme?».

Con una lenta sacudida de su cabeza, Drake le indicó que siguiera su camino. «Disfruta de tu libertad y envía a la señora Sowerby mis mejores deseos».

Estaba a medio camino de la puerta cuando él la llamó. «Lucy».

Ella miró hacia atrás.

Ante su mirada inquisitiva, él respondió tímidamente: «Regresa pronto».

¿Era su imaginación o algo perdido y solitario la miraba desde el fondo de sus ojos

tormentosos? Actuando por un impulso que no entendió, Lucy se llevó dos dedos a los labios y le lanzó un beso.

CUANDO LLEGÓ al final del capítulo de *War With Hannibal* de Livy, Lucy dejó que su voz se apagara. Los únicos sonidos en la habitación eran el suave crepitar del fuego de la chimenea y la respiración profunda y regular de Drake. Ella lo miró expectante. Dos veces antes había hecho una pausa en su lectura. Cada vez que se movía, abría los ojos y le pedía que continuara. Esta vez se quedó quieto, su pecho subía y bajaba lentamente bajo su camisón. Lucy casi se había quedado dormida más de una vez con esta árida historia romana.

Dejó el pesado volumen de Livy en la mesita de noche de Drake. Volviendo a su asiento en silencio, lo vio dormir. Relajado en el sueño, sus rasgos habían adquirido una vulnerabilidad inesperada, completamente en desacuerdo con su apariencia de vigilia. Al verlo tan desprotegido, con solo la luz parpadeante del fuego jugando sobre su rostro, era casi posible imaginarlo como un niño. Hambriento, con muñecas y tobillos huesudos con ojos oscuros y atormentados demasiado grandes y demasiado viejos para su rostro demacrado.

Como aquel del que la señora Sowerby le había contado esa misma tarde.

Ofreciendo sus más humildes disculpas por no haberla visitado antes, Lucy había resistido noblemente el impulso de culpar a Lady Phyllida. Después de todo, nadie la había tenido prisionera en Silverthorne. Debería haber mostrado más espíritu y defender lo que era importante para ella. Sin una palabra de reproche, la señora Sowerby le había recibido con agrado.

Mientras tomaba una taza de té fuerte, Lucy planteó con cautela el tema de Drake. «¿Recuerda la conversación que tuvimos justo antes de mi boda, señora Sowerby?».

«Sí. Metí mi vieja nariz puntiaguda tratando de hacerte ver lo afortunada que fuiste de conseguir un buen hombre como su señoría».

Lucy sonrió con tristeza. «Hay cosas que no se pueden hacer ver a la gente, señora Sowerby. Hay cosas que la gente tiene que descubrir por sí misma». Con eso, se lanzó a un brillante relato del heroísmo de Drake en High Head. Su vieja amiga escuchó con gran atención y una sonrisa de satisfacción.

«Mencionó que su señoría tuvo una infancia difícil», dijo Lucy al concluir su relato del rescate de la mina. «Él nunca habla de eso. ¿Me dirá lo que sabe?».

Después de reflexionar sobre lo que Lucy pedía, por un momento, la anciana finalmente asintió. «No creo que haga ningún daño, ya que tú eres su señora y todo eso. No mucha gente conoce la verdad, ¿sabes? Todos piensan que lo criaron en gran lujo. Pero nuestra Susan solía atenderlos en la casa grande, antes de casarse. Las historias que ella llevaba a casa partían el corazón de una madre, en verdad. Su madre murió dándolo a luz. Era una buena dama y muy querida por la gente de por aquí. Fue muy triste».

Reflexionando sobre la historia de la Sra. Sowerby, Lucy miró el retrato de Elizabeth Strickland que colgaba sobre la repisa de la chimenea de Drake. No era bella, tenía rasgos oscuros y definidos que le había legado a su hijo, pero la anterior lady Silverthorne tenía ojos amables y un toque de humor en la boca. Qué pena que Drake nunca la hubiera conocido.

«El muchacho era una criaturita frágil y enfermiza», le había informado la señora Sowerby a Lucy. «Los médicos le dijeron al antiguo dueño que probablemente no viviría mucho tiempo sin su madre. ‘Dejen al niño en el campo’, decían. Eso lo endurecerá, si no lo mata. Así que eso es lo que hizo su señoría. Dejó al chico aquí en Silverthorne y se fue a Londres a olvidar su pena en

las mesas de juego. Cuanto más dinero malgastaba, peor era la ruina en que caía la propiedad. La mayor parte de la casa estaba cerrada, húmeda por las goteras del techo, mohosa y fría como la caridad en invierno. Audrey Maberley y nuestra Susan hicieron lo que pudieron por el joven amo Drake».

«El tutor que su señoría contrató para el niño era un auténtico demonio. Decía que tenía la intención de endurecer al amo Drake con comida sencilla, aire fresco, largas caminatas, baños fríos y cosas por el estilo. Mientras tanto, gastaba el poco dinero que su señoría enviaba en bebida y mala compañía. Susan juró que el pobre niño nunca tuvo un solo juguete ni un poco de diversión en toda su vida. Me hervía la sangre, en verdad».

No era de extrañar que el vizconde fuera un hombre tan severo y frío, reflexionó Lucy mientras lo miraba dormir, sin un solo día feliz para recordar de toda su infancia. Tampoco es sorprendente que pasara todo su tiempo en aburridos asuntos de negocios, ya que nunca aprendió a divertirse. Aunque seguramente lo negaría, Lucy sabía que necesitaba desesperadamente a alguien que lo cuidara, alguien que le diera un poco de sol a su vida. Qué triste que se empeñara en ser un tonto galante y casarse con una mujer que nunca podría amarlo como se merecía.

Lucy se reprendió a sí misma por tal pensamiento. Después de todo, el bienestar de su bebé residía en la gallarda locura de su tío. Apoyando una mano sobre su vientre, ahora tenso como el parche de un tambor, Lucy alargó la otra y la pasó suavemente por el cabello de Drake. Extraños sentimientos melancólicos se agitaron en su corazón. Apenas sabía qué hacer con ellos. ¿Era el niño que crecía dentro de ella lo que la hacía anhelar proteger y cuidar incluso a un hombre tan seguro como el vizconde Silverthorne?

Alisando las sábanas de Drake, las colocó firmemente alrededor de él. Con una última mirada a sus tranquilos rasgos, recogió la vela y salió de puntillas de la habitación. En algún momento de las últimas horas, había tomado una decisión importante. Tal vez ella no podría amar al hermano malhumorado e insular de Jeremy, pero al menos podría cuidarlo y tratar de traer un poco de felicidad a su vida. ¿No le debía tanto?

DRAKE SE SENTÓ en su cama, con la colcha apilada de hojas de papel como montones de nieve. Una multitud de hombres se agolpaba a su alrededor, cada uno tratando de hacerse oír por encima de los demás. Era la primera vez que Lucy permitía una audiencia a sus supervisores. Todos clamaban por su atención, exigiendo decisiones y soluciones a sus problemas. Lucy había tenido razón. Necesitaban aprender a asumir más responsabilidades. Drake apenas podía oír sus propios pensamientos.

«Milord, sobre esa orden de Lichfield...».

«... esa nueva hiladora giratoria no ha sido más que un problema para nosotros desde que la obtuvimos...».

«... aunque nuestro tonelaje bruto ha aumentado con respecto al del mes pasado, hemos perdido...».

«Son esos barcos de Nueva Escocia, su señoría...».

Drake aprovechó ese comentario. Había sido un proyecto favorito suyo. Había evitado los astilleros británicos, que se dedicaban a llenar contratos navales, para comprar pequeñas embarcaciones baratas de las colonias de América del Norte.

«¿Qué hay de los barcos de Nueva Escocia, señor Stokes?», Drake hizo un gesto de silencio a los demás.

«Lloyd's no los calificará por más de siete años, milord. Constitución tosca, le atribuyen».

«Eso no es sorprendente. Por lo que entiendo, los constructores son pequeños agricultores y pescadores. Construyen una barca o bergantín durante los meses de invierno para ganar algo de dinero. Tengo plena confianza en que su habilidad mejorará con la experiencia. Además, incluso a los siete años, las embarcaciones son lo suficientemente baratas como para convertirlas en una inversión rentable».

Con una expresión dudosa en su rostro ruborizado, el Sr. Stokes se acarició sus impresionantes patillas. «Así es como puede ser, señor. Ganamos bastante dinero con la madera y el pescado que nos traen. Después de eso, se envían a casa con las bodegas vacías. No es rentable, milord, y no es seguro. Un barco con poco peso en la bodega se balancea como un corcho en un mar embravecido».

«¿Cómo sugiere que abordemos ese problema?».

«Un intercambio de tres vías, milord, en lugar de ida y vuelta. Nuestros barcos traen madera y pescado a Inglaterra, envían mercancías a las Indias Occidentales y luego recogen un cargamento de azúcar, ron y esclavos...».

«¡Nunca!». La palabra resonó incluso en la sala llena de gente. Drake golpeó el colchón con el puño, pero no logró producir un ruido satisfactorio. «Veré mis empresas en bancarota antes de permitir que obtengan ni medio penique de ganancia de ese infame comercio».

En el instante de silencio que siguió a su declaración, sonó un enérgico aplauso y la voz de Lucy se escuchó. «Suficiente. Caballeros, ¿han prestado atención al tiempo?».

La multitud alrededor de su cama se abrió como el Mar Rojo para dejar que Lucy se acercara a su lado. «Estoy segura de que muchos de ustedes tienen esposas esperándolos en casa. Ya es hora de la cena de su señoría también. No dejaré que lo molesten mientras se recupera de sus heridas».

Drake se removió incómodo en su cama. De hecho, no había sentido ni una sola punzada en días, excepto su conciencia.

¡Farsante! ¡Enfermo fingido!, se reprendió a sí mismo en silencio. Sus preocupaciones comerciales requerían su atención personal urgente. Sin embargo, aquí estaba, cómodamente acurrucado en su cama, quejándose de dolores de cabeza fantasma e imaginando sensibilidad alrededor de sus costillas. Todo para poder seguir disfrutando de la amable y devota atención de Lucy.

Ella lo despertaba cada mañana con una alegre pregunta sobre cómo había dormido y un abundante desayuno de sus comidas favoritas. Apenas se apartaba de su lado en todo el día. Se habían comprometido con el material de lectura, dejando de lado a Livy a favor de “*Rasselas*” del Dr. Johnson. Incluso esa obra maestra literaria no tenía el encanto de la conversación de Lucy. Riendo entre dientes con la historia de un pretendiente odioso que la había acosado en Bath, Drake se dio cuenta de que se había reído más en una sola quincena con ella que en toda su vida.

Todas las noches ella insistía en sentarse con él hasta que se durmiera. Más de una vez se había despertado del pozo infernal de una pesadilla para encontrarse en el cielo fragante del abrazo de Lucy. Cuando se había calmado y regresado a un reposo más pacífico, a veces volvía a despertarse cuando los labios suaves y cálidos de ella rozaban su frente.

De repente, consciente de que había caído en la sonrisa confundida de un simplón, Drake compuso sus rasgos de nuevo en la severidad apropiada.

«Escucharon el edicto de su señoría, caballeros». No pudo evitar que una nota jocosa se filtrara en sus palabras. «Incluso un vizconde debe someterse a la tiranía conyugal. Revisaré los

papeles que han dejado y comunicaré mis respuestas dentro de uno o dos días. No duden en tomar decisiones por iniciativa propia. Ahora soy un hombre de familia. Ya es hora de que me aleje de las operaciones diarias de mis asuntos comerciales».

Sus sobrios y testarudos supervisores le devolvieron la mirada a Drake como si todos hubieran sido golpeados en el estómago. Obviamente, todavía no estaban listos para ser dejados la deriva. Tenía una responsabilidad con ellos que prevalecía sobre sus inclinaciones personales, sin importar cuán fuertes fueran.

«Márchense». Les indicó que siguieran su camino. «Estaré en mis rondas habituales en una semana a más tardar. Vuelvan a llamar si surge algo urgente mientras tanto».

Salieron en fila de la habitación, aún luciendo aturdidos, aunque algo más tranquilos. Cuando el Sr. Stokes llegó a la puerta, Drake lo llamó. «Me alegro de que haya planteado el problema de los barcos de Nueva Escocia. Tiene razón acerca de que la carga humana hace un buen lastre».

Stokes se rascó la coronilla lisa y calva de su cabeza, con sus pobladas cejas juntas en evidente perplejidad. «¿Pero si está tan en contra de embarcar esclavos...?»

«No me opondría al transporte de pasajeros», respondió Drake.

«Estos son barcos de carga, mi señor», objetó el hombre. «No hay camarotes ni nada que los pasajeros puedan esperar».

«No el pasajero de clase alta, se lo aseguro, sino algunos del tipo ansioso por emigrar. Gente pobre es la que está dispuesta a enfrentar las dificultades de una nueva tierra por el bienestar del futuro de sus hijos. Podemos construir literas sencillas, hacer que la gente se aprovisione y mantener nuestras tarifas bajas».

«Sí». Los ojos hundidos de Stokes brillaron con las posibilidades. «Incluso si solo cobramos unos cuantos chelines, es mejor que tener una bodega vacía».

«Esa es la idea», Drake asintió. «Además, significará un aumento de la población en las colonias para proporcionar un mercado creciente para nuestros productos comerciales».

El supervisor sonrió. «Ya lo he dicho antes, su señoría. Nunca conocí a un caballero con su habilidad para el comercio, y eso es un hecho. Lo vi desde que entró por primera vez a mi oficina, siendo un chico alto y delgado con apenas una patilla para afeitar. Ahora que lo pienso, apenas ha tenido un día de descanso desde entonces. No apresure su recuperación. Me atrevería a decir que seguiremos adelante e intentaremos no hacerle perder demasiado dinero mientras tanto».

Haciendo una reverencia de despedida a Lucy, siguió a los otros gerentes, cerrando la puerta suavemente detrás de él. Drake miró a Lucy y la encontró mirándolo a él, claramente sumida en sus pensamientos.

«¿Por qué *trabajas* tan duro?», ella preguntó. «Tienes más dinero del que podrás gastar en diez vidas... o eso es lo que he oído».

Drake se encogió de hombros. «Un hombre debe hacer algo con su tiempo. No soy muy bueno en nada más».

Los ojos de Lucy lo seguían mirando. «No hay necesidad de ser impertinente conmigo, Drake Strickland».

Había tratado de explicárselo a los demás. Neville, Phyllida, incluso Jeremy habían reaccionado con diversión y burla. Por alguna razón, a Drake le molestaba sobremanera que Lucy se riera o se burlara de su razón de ser.

Un destello de simpatía en su mirada inquisitiva arrancó las palabras de él. «No sabes cómo era aquí... cuando yo crecía. Una y otra vez me juré a mí mismo que viviría a pesar de lo que dijeran los médicos. Juré que cuando obtuviera mi herencia, me ocuparía de ayudar a mi gente a

alimentar y vestir a sus familias. Proporcionarles a sus hijos una educación digna y oportunidades para el futuro».

«¿Tu gente?». Esas palabras susurradas fluyeron tan cálidas, dulces y reconfortantes como una taza de chocolate en un día frío. «Debería haber sabido. Por eso te casaste conmigo, ¿no? Neville y Reggie nunca cuidarán de tu gente como tú lo haces. Pero un niño que críes podría continuar lo que comenzaste».

«En parte. También sentí una responsabilidad contigo y con el niño después de la forma vergonzosa en que Jeremy te usó».

«¿Me uso?». Los delicados rasgos de Lucy se pusieron rígidos y sus ojos brillaron con una furia dorada. «Me haces sonar como un pañuelo... o un orinal. Jeremy era un hombre honorable. Él me amaba y yo lo adoraba. No hice nada en contra de mi voluntad para concebir a nuestro hijo. Si tuviera que hacerlo de nuevo, no lo dudaría».

Un pequeño gemido estrangulado salió de sus labios. Drake ansiaba tomarla en sus brazos y devolverle el consuelo que ella le había ofrecido una y otra vez. La furia feroz en sus ojos lo detuvo en seco. De alguna manera últimamente se había engañado pensando que ella le pertenecía. Al presenciar su angustia, entendió que ella siempre sería de Jeremy. Abrió la boca para ofrecer una disculpa, pero ella lo interrumpió antes de que pudiera encontrar las palabras.

«No malgastes tu compasión conmigo, vizconde Silverthorne». Se lanzó hacia la puerta. «Guárdalo para *tu gente*».

CAPÍTULO ONCE

Lucy hizo una pausa en su ansioso consumo de una generosa porción del pastel de liebre y perdiz de la señora Maberley. Mirándola a lo largo de la mesa del comedor, Drake comenzó a sonreír a pesar de sí mismo. Con la marcha de Phyllida y la mejora del apetito de Lucy, no se volvió a hablar de que la cocinera podría marcharse.

«¿Qué haremos en la Navidad?», levantando la vista de repente, Lucy lo atrapó mirándola.

Obligando a su incipiente sonrisa a fruncir el ceño, Drake miró hacia otro lado, fingiendo una concentración absorta en su propia cena.

«Falta menos de quince días», agregó en un tono que expresaba elocuentemente su duda de que él estuviera al tanto del hecho.

Drake vaciló, sin saber cómo debería responder. Durante la última semana había estado sopesando cuidadosamente cada una de sus palabras con Lucy. Después de todo, su comentario irreflexivo sobre Jeremy le había costado la continuación de su agradable convalecencia. A la mañana siguiente, se levantó temprano y volvió al trabajo, algo en lo que era bueno.

«¿Qué *haremos* en la Navidad?». Aunque fingió una respuesta casual, la mera mención de ese día lo hacía sentir como una perdiz durante la temporada de caza.

Por razones que no podía comprender, todos los demás en el mundo parecían contemplar la Navidad con un espíritu de alegría. Drake siempre se había sentido como un extraño. Peor aún, tenía la desconcertante sensación de que no estaba bien sucumbir a su soledad y melancolía durante una época tan sagrada.

«Lo que quiero decir es...», la paciencia luchaba contra la aspereza en la voz de Lucy. «Cada familia celebra la Navidad a su manera. Ahora que soy parte de tu familia, debo seguir tus tradiciones».

«¿Tradiciones?», Drake soltó una risa amarga. «Elige tu opción. ¿El ritual largamente acariciado de esconderse en el descansillo del ático para evitar a mi tutor y su manada de juerguistas borrachos? ¿O tal vez la alegre costumbre de quedarse en la escuela después de que todos los demás chicos se han ido de vacaciones?».

Al ver la mirada afligida en el rostro de Lucy, comprobó su efusión de bilis. No tenía sentido esperar que ella comprendiera que él no envidiaba la alegría de los demás. Como empleador, era aclamado por la generosidad de su caja navideña. Si un hombre tenía amigos y familiares con quienes celebrar la festividad, Drake no deseaba verla estropeada por la simple falta de dinero.

Todo lo que deseaba en esta época del año era que lo dejaran solo para pasar el día a su manera tranquila. Leyendo la lectura en los maitines de Navidad, preocupándose por una porción del enorme budín de ganso y ciruelas que la Sra. Maberley siempre preparaba y luego yendo a dar un paseo solitario para no infligir su mal humor a los demás. En sus rondas solitarias en el

crepúsculo temprano del invierno, si acaso se detenía y miraba con anhelo alguna casa de campo hogareña, esforzándose por captar el eco de una música metálica o una risa levemente ebria, contemplando el escurridizo misterio de la felicidad humana, ¿de quién era asunto sino el suyo propio?

Con un sobresalto, Drake volvió en sí y encontró a Lucy arrodillada junto a su silla, sus delicadas manos agarrando el puño de su abrigo. «Perdóname, Drake. Debería haberme dado cuenta...».

¡Maldita y confusa mujer! Él frunció el ceño. ¿Por qué tenía que persistir en hacer todo lo contrario de lo que él esperaba? Se había armado de valor contra su burla. Esta compasión, ni anticipada ni deseada, lo desarmó de una manera que no podía soportar.

«¡Levántate!», gruñó. «Vuelve y termina tu cena». Recordó sus palabras de despedida la noche en que se pelearon por Jeremy. «Guarda tu piedad».

«Muy bien». Ella respondió en voz baja, pero se mantuvo firme. «Prefiero pensar en ello como compasión. Hay otros que necesitan tanto la tuya como la mía».

Aunque quería repetir su brusco desprecio, la curiosidad venció a Drake. No podía confiar en sí mismo para hacer más que levantar una ceja inquisitiva.

Lucy le dirigió una mirada escrutadora. «Si no tienes tradiciones navideñas apreciadas de Silverthorne, tal vez podamos seguir una de las de mi familia».

«Siéntete libre de celebrar la Navidad de la forma que elijas». Drake sacudió su brazo con el pretexto de regresar a su cena. «Solo que no esperes que yo...».

«High Head». Con esas breves palabras, Lucy interrumpió su protesta. «Me gustaría que fuéramos allí para traer un poco de alegría navideña. Ha sido un año difícil para ellos y me gustaría ver por mí misma cómo les está yendo».

Drake no estaba seguro de lo que esperaba que ella estuviera sugiriendo, pero ciertamente no era eso. Ella lo había tomado con la guardia baja, otra vez.

«A mi padre y a mí nos gustaba visitar uno de los asentamientos demasiado pequeños para tener su propia iglesia. Mi padre celebraba un servicio en la casa de alguien y llevábamos comida para la fiesta de Navidad. Lo iniciamos el año después de la muerte de mamá, para que no nos quedáramos sentados en casa lamentando las malas Navidades que tendríamos sin ella».

«Por todos los medios, continúa con tu costumbre». El tono de Drake se agudizó.

Sabía que Lucy no tenía la intención de que su historia fuera una acusación de su propio comportamiento. Sin embargo, le produjo un sentimiento de culpa. Mientras él reflexionaba sobre un pasado que no podía cambiar, los Rushton habían mirado más allá de su propio dolor para hacer que la Navidad fuera más feliz para los demás. Había tenido razón todo el tiempo en su estimación de Lucy: era una criatura excepcional ¿Jeremy había apreciado algo de eso? ¿O es que el chico no había visto más allá de su rostro luminoso y su exuberante y atractivo pecho?

Habiendo soltado su abrigo, Lucy ahora agarró la mano de Drake. «Entonces ¿vendrás?».

Los finos rasgos de su rostro se iluminaron con un brillo de anticipación. ¿Qué corazón impermeable debía tener un hombre para negarle algo cuando le mostraba esa expresión?

Drake armó su resistencia.

«Mi presencia no agregaría nada a las festividades», le aseguró con firmeza. «Puedes creer en mi palabra. Nunca he aprendido el truco de la alegría navideña. Sin embargo, sigue adelante y agota la despensa y la taberna. Que mi comida y mi bebida me representen».

Lucy se puso de pie y lo miró fijamente. «Preocuparse por las personas es más que trabajar hasta la muerte para proporcionarles un gran salario».

Sus ojos muy separados brillaron con una belleza provocativa tan irresistible como la mirada

melancólica de súplica que le había dado momentos antes.

Drake tragó un enorme nudo que inexplicablemente se le subió a la garganta.

«Además, no hay *truco* para la alegría de la Navidad». Lucy suavizó su voz. «Nuestro Señor vino a la tierra para vivir como una de sus criaturas más humildes para poder compartir nuestras necesidades y perplejidades. Para mí, *eso* es una maravilla digna de celebración».

De alguna manera, Drake sintió que ella quería decir más de lo que expresaba, pero lo confundía al intentar entenderlo.

«Muy bien», gruñó él. «Iré, pero terminaré estropeándolo para todos. Ya lo verás».

«Estoy dispuesta a arriesgarme», dijo Lucy, con una sonrisa burlona que torció una esquina de sus hechizantes labios. «Si tú estás dispuesto a correr el riesgo de divertirme, después de todo».

«Prácticamente, no tengo temor por eso». Drake se permitió una leve sonrisa mordaz, fugaz como un latido del corazón.

EL CORAZÓN de Lucy latía de forma extraña mientras estaba sentada sola en el banco la capilla de Silverthorne la mañana de Navidad. Latía rápidamente en lo alto de su pecho, dejándola mareada y sin aliento. Ridícula por sentirse así, se reprendió a sí misma. Jeremy llevaba muerto casi cuatro meses. A decir verdad, en todo ese tiempo ella no había pensado mucho en él. ¿Por qué, en esta de todas las mañanas, había caído sobre ella todo el peso de su pérdida?

Tal vez porque en los últimos años había pasado muy poco tiempo en Silverthorne, razonó. Hasta ahora había sido posible imaginar que simplemente él se encontraba en Londres o en España con su regimiento, dispuesto a presentarse de permiso en cualquier momento. ¿Pero la mañana de Navidad en Saint Mawe, sin Jeremy? ¡Era inimaginable!

Durante más años de los que quería recordar, Lucy se había acurrucado en el banco de un balcón con corrientes de aire, contemplando con adoración su perfil puro y exquisito. Esa fugaz hora de adoración había sido el único regalo que había pedido en Navidad. Ahora el banco del balcón estaba vacío, excepto por el fantasma de su tímido anhelo, y ella ocupaba el lugar donde Jeremy Strickland nunca volvería a sentarse.

En un aturdimiento de dolor renovado, recitó las respuestas familiares del Libro de Oración Común: sentarse, ponerse de pie, arrodillarse, inclinar la cabeza, mover los labios por inercia. Entonces, Drake se acercó al atril y comenzó a leer la lección. Como cabeza de familia que financiaba la vida del vicario, leer las lecciones era el privilegio y el deber de Drake. En todos los años de su relación, aunque había sido distante, Lucy nunca había visto a Drake eludir su deber. Y en todos esos años, apenas se había dado cuenta de que lo estaba haciendo. Desde luego, nunca en Navidad, cuando solo tenía ojos para su apuesto y joven medio hermano.

Tal vez esta mañana fue la ausencia de Jeremy lo que la hizo darse cuenta de su hermano, de repente y con fuerza. O tal vez fue la conciencia de una nueva vida que crecía dentro de ella lo que hizo que Lucy escuchara las lecciones de la Natividad cargadas de un profundo significado personal. Cualquiera que fuera la razón, se encontró prestando atención a la lectura de Drake con gran concentración.

Lord Silverthorne se veía muy distinguido con su sobrepelliz blanca y fresca, se dio cuenta Lucy con una desconcertante sacudida. Resaltaba su feroz apariencia oscura de la manera más cautivadora. Siempre había reconocido a Drake Strickland como un hombre poderoso. A diferencia de las lujosas galas o las túnicas de armiño de un par, la absoluta sencillez de la sobrepelliz hacía comprender que el suyo no era un poder de riqueza o rango, sino de carácter y

honor.

“En el sexto mes, el ángel Gabriel fue enviado por Dios”, leyó Drake con voz firme y resonante, “a una ciudad de Galilea, llamada Nazaret”.

Mientras continuaba leyendo las palabras familiares del Evangelio de Lucas, Lucy imaginó vívidamente la escena. Gabriel, un elocuente ángel dorado de perfección varonil, anunciando a una virgen reverentemente adoradora su privilegio y carga de dar a luz al Niño Jesús. Instintivamente, Lucy presionó una mano enguantada debajo de la cintura de su pelliza. No podía detectar la primera hinchazón sutil de su vientre bajo el grueso y cálido terciopelo.

«Leeremos ahora del Evangelio de San Mateo», anunció Drake, interrumpiendo el ensueño de Lucy. Levantando la vista de las páginas de la enorme Biblia, le lanzó una mirada rápida y penetrante.

“El nacimiento de Jesucristo fue así: estando desposada María su madre con José, antes de unirse a él, se halló que había concebido del Espíritu Santo. Entonces José, su esposo, siendo hombre justo y no queriendo hacer de ella una vergüenza pública, se acordó de repudiarla en secreto”.

Joseph, ese trabajador rudo y práctico con su aspecto oscuro y modales de granjero. ¡Qué contraste con Gabriel! Sin embargo, debía haber habido más en este carpintero nazareno de lo que se veía a simple vista. En primer lugar, había sido un hombre amable, tal como lo llamaba San Mateo, reacio a ver a la pobre María desacreditada públicamente. Él le había hecho un servicio inigualable, brindándole a su vulnerable hijo un padre terrenal para protegerlo y nutrirlo. Un hombre especial, en verdad, al que Dios le encomendó tal tarea. Una tarea no exenta de penas.

“Entonces José, despertándose del sueño”, concluyó Drake, “hizo, como el ángel del Señor le había mandado, y tomó para sí a su mujer; y no tuvo relaciones hasta que ella dio a luz a su hijo primogénito, y llamó a su nombre Jesús. Aquí termina la lectura de la segunda lectura”.

Mientras observaba a Drake retirarse del atril, un leve suspiro escapó de sus labios. ¿María había llegado a apreciar todas las excelentes cualidades de su esposo? Lucy se preguntó, con la esperanza de que así fuera. ¿Había llegado a amarlo por fin? ¿O se había aferrado al brillante recuerdo de su encuentro con un ángel?

UN ÁNGEL.

Drake la miró mientras sostenía sus brazos para ayudar a bajar a Lucy del trineo. Parecía un ángel a toda regla. Qué apropiado que esos seres celestiales aparecieran en azul, blanco y dorado, una combinación de cielo, nubes y sol. Lucy se había envuelto un suave chal blanco sobre los hombros de su pelliza azul. En la frente y la nuca de su gorro azul a juego, finos zarcillos rizados se agrupaban, como filamentos de oro resplandeciente.

Sus manos se cerraron alrededor de su cintura, casi capaces de abarcarla incluso a través de la gruesa tela de su pelliza. Se sintió ligera en sus brazos cuando él la depositó en el suelo, alarmanamente liviana.

La preocupación debió mostrarse en su rostro porque Lucy le dedicó una sonrisa alentadora. «No será tan malo como crees, Drake. Verás».

Apenas habían salido las palabras de sus labios cuando de repente se quedó sin fuerzas en sus brazos.

«¡Lucy! ¿Qué pasa? ¿Estás bien?». La tomó en brazos, sosteniéndola cerca de su pecho como

lo había hecho la noche en que la encontró llorando en el cementerio.

Con una débil risa de disculpa, se llevó una mano enguantada a la frente. «Solo un mareo. Estaré bien». Para que solo él pudiera escuchar, agregó: «Las mujeres embarazadas son propensas a tenerlos, ¿sabes?».

El tono de su confianza susurrada fue cálido, pero por alguna razón sus palabras congelaron a Drake. ¿Por qué de repente había considerado oportuno recordarle que estaba embarazada del hijo de otro hombre?

«Oh, bueno, si eso es todo...». Abruptamente la puso de nuevo sobre sus pies.

Ella se aferró obstinadamente a su brazo, asintiendo hacia el camino. La nieve ligera había sido pisoteada repetidamente y el resultado era un charco congelado debido al viento helado de las tierras altas. «Parece resbaladizo». De nuevo bajó la voz confidencialmente. «Estoy segura de que no querrías arriesgarte a que me caiga y ponga en peligro a tu futuro heredero».

Ella le lanzó una mirada traviesa, junto con una sonrisa cautivadora que se enroscó alrededor del corazón de Drake. «Además, hace más frío de lo que esperaba. Necesito que me protejas del viento». Con un movimiento tan rápido y elegante como un paso de baile, se acomodó justo debajo de su hombro.

Instintivamente, le pasó el brazo por la espalda y se dobló para sujetarla con seguridad bajo su brazo. Imágenes espontáneas destellaron en sus pensamientos. De esa hora oscura antes del amanecer, cuando ella había sostenido su cuerpo dañado desde la mina High Head. Ahora era su turno de apoyarla.

«Ya está, estoy abrigada y me siento segura», Lucy se acurrucó con fuerza contra él.

Por un instante, a Drake se le ocurrió lo resbaladiza que era la pendiente emocional que estaba pisando en sus sentimientos por esta mujer. Resueltamente, desterró el pensamiento, comprometido a honrar su promesa de que la ayudaría a celebrar la Navidad.

«Sr. Talbot. Sra. Maberley», llamó al cocinero y al mayordomo mientras luchaban por quitarse las batas de lana. «La casa del capataz está allí. Dejaremos que ustedes y los demás se encarguen de preparar las festividades de esta noche mientras hacemos nuestras visitas por el pueblo».

«Fue muy amable de su parte ofrecer su ayuda», intervino Lucy. «Estoy segura de que esta será la celebración navideña más espléndida que High Head haya visto».

La Sra. Maberley sonrió. «Será un placer, milady, estoy segura. Me gusta cocinar para una multitud en Navidad. Me recuerda los viejos tiempos. Los pequeños enclenques gansos que he asado en los últimos años no valían la pena».

Le lanzó a Drake una mirada de leve reproche. «Vamos, Sr. Talbot», le dijo al mayordomo. «Debo poner a hervir una tetera si quiero cocer al vapor esos pudines, como debe hacerse».

«Nosotros también debemos ponernos en camino, Drake», dijo Lucy, «si queremos hacer todas nuestras visitas e invitar a todos a nuestra pequeña fiesta de esta noche».

Miró a su alrededor a los sirvientes jóvenes, descargando provisiones de su pequeña flota de trineos. «Ahora, ¿dónde crees que está papá? Pensé que quería venir con nosotros».

«Ya sabes cómo es él». Drake esperaba sonar convincentemente inocente. «Se ha de haber puesto a hablar con alguna anciana sobre su reumatismo y se olvidó de nosotros. Vamos, decidamos seguir adelante. Nos alcanzará tarde o temprano».

En su interior, Drake se preguntó si su despistado suegro seguiría adelante con su plan cuidadosamente trazado. Si lo hiciera, ¿Lucy lo aprobaría? No había mostrado ningún signo de decepción cuando no había recibido regalos en el desayuno o el almuerzo. Él podría no haber pensado en un regalo, si la Sra. Maberley no hubiera hecho una pregunta inocente al respecto.

Drake había pasado varios días pensando en lo que podría comprar para su esposa.

Finalmente, se le ocurrió que, a diferencia de las pocas mujeres que conocía muy bien, Lucy siempre parecía más feliz de dar que de recibir. A partir de esa realización había nacido su plan para hoy. Durante toda una semana entera, había sido bastante inútil en asuntos de negocios, ya que más se había preocupado por visitas secretas a tiendas en Kendal y conferencias clandestinas con el vicario Rushton. Drake nunca se había acercado a la temporada navideña con tanta anticipación. Ahora que había llegado el momento, sintió cierto recelo acerca de cómo reaccionaría Lucy.

Un escalofrío la recorrió, comunicándoselo a Drake. «Sigamos nuestro camino. El viento aquí hace que se sienta mucho más frío que en Silverthorne».

Al parecer, la noticia de su llegada al pueblo había corrido, ya que fueron recibidos en la puerta de su primera parada con un cordial y ruidoso saludo y rápidamente fueron llevados adentro para sentarse junto al fuego y tomar una taza de sidra caliente.

Drake, agradecido, curvó los dedos alrededor de una taza, calentada por la introducción del atizador caliente del anfitrión en la sidra. Observó con tranquila gravedad cómo Lucy se lanzaba a un diálogo animado con la familia. Ella preguntó por la solidez del tobillo de su anfitrión, que se había lesionado en su valiente esfuerzo por sacar a los mineros atrapados. Felicitó a la señora de la casa por su incansable ayuda en el puesto de socorro esa noche. A los niños, por su tamaño, belleza e inteligencia. Disfrutando de la calidez de este intercambio, Drake se preguntó si necesitaban el fuego del hogar que chisporroteaba alegremente para defenderse del frío invernal.

Mientras saboreaba la última gota de sidra suave y especiada, el bebé de la familia se tambaleó y se aferró a su rodilla. Un niño robusto, que aún no usaba pantalones, prodigó a Drake con una amplia y húmeda sonrisa, casi desdentada. Un impulso misterioso llevó a Drake a levantar al niño sobre la punta de su bota y lo rebotó arriba y abajo varias veces. El chico respondió con una risa contagiosa a la que se unió Drake.

De repente se le ocurrió que dentro de un año podría estar jugando con uno de los suyos. Un hijo que juntara los dedos en un puño regordete, sonriera con adoración y lo llamara *papá*. El pensamiento calentó e intoxicó a Drake más profundamente que su copa de sidra. Apenas era consciente del silencio que había caído en la habitación.

«¡Miren eso!». La madre del niño habló en un tono de asombro. «Por regla general, nuestro Colly es muy huraño con la gente. Cuando viene mi propia madre, entrecierra los ojos y se pone a llorar en el momento en que ella atraviesa la puerta».

Drake trabajó duro para mantener un rostro sobrio. Claramente, la abuela de este pequeño muchacho estaba cortada con la misma tijera que la suya.

Ignorando el asombrado interés causado por su comportamiento, el pequeño se subió al regazo de Drake. Allí se acomodó satisfecho, llevándose un pulgar regordete a la boca. Poco a poco, Drake se dio cuenta de la mirada de Lucy fija en él. Sus ojos brillaban con un resplandor que alguna vez debió haber vuelto hacia Jeremy con un efecto seductor. ¿Qué podría significar? ¿La visión de un niño pequeño en sus brazos la había golpeado con la realidad del que crecía dentro de ella? Fuera lo que fuera lo que le había parecido, Drake solo sabía que lo hacía desear besarla.

En ese momento sonó un fuerte golpe en la puerta y una profunda voz masculina retumbó desde fuera de la cabaña. «¿Hay buenos niños y niñas en esta casa?».

«¡Santa Claus!» Los niños se abalanzaron hacia la puerta, luchando con buen humor por el honor de abrirla.

Una figura baja y corpulenta entró. Los niños se aferraron con entusiasmo a su túnica roja

con adornos de piel, asegurándole repetidamente su comportamiento impecable.

«Veo que he venido al lugar correcto». Acarició sus cabezas pequeñas y estrechó sus diminutas manos.

Drake esperaba que sus ansiosos admiradores no arrancaran la barba de vellón cepillado de la barbilla de su invitado. Vio a Lucy admirando al Santa Claus con una alegre sonrisa de reconocimiento. Cuando ella le lanzó una mirada inquisitiva, Drake solo pudo apartar la mirada tímidamente.

La familia exclamó en voz alta y agradecida por sus regalos. Soldados de juguete para el hijo mayor. Un abanico delicadamente pintado para una chica a punto de convertirse en mujer. Muñecos y libros para los más pequeños. La madre recibió una linda canasta de trabajo y el padre, una fina bolsa de cuero para tabaco. El pequeño Colly inspeccionó la escena con sospechosa solemnidad desde su santuario, en el regazo de Drake. Por fin condescendió en aceptar un trompo de colores brillantes. Cuando sus hermanas lo hicieron girar, soltó una carcajada de deleite.

A medida que cada paquete alegremente envuelto salía del abultado saco de Santa Claus, la sonrisa de Lucy se ensanchaba y sus ojos se volvían más brillantes. Una sensación de satisfacción creció en el pecho de Drake.

Resultaba lo mismo en todas las casas que visitaron esa tarde: una cálida bienvenida, modesta hospitalidad, entusiastas saludos para Santa Claus y ardiente aprecio por su generosidad. Después de todas sus visitas, los aldeanos se apiñaron en la oficina del supervisor para un breve servicio de lecturas y villancicos. Si alguno de los niños mayores veía un parecido entre el pequeño y rubicundo vicario que leía las lecturas y la alegre figura de Santa Claus, con mucho tacto se abstenía de compartir esta intrigante información con los más pequeños.

Siguió una alegre cena de la mejor mesa de la señora Maberley, coronada por los más selectos budines de ciruelas. Gemidos de saciedad se escuchaban y los comensales ayudaban a despejar los pisos para bailar, mientras las madres llevaban a sus pequeños a la cama bajo la atenta mirada de un abuelo o un niño mayor de confianza.

Solo cuando se detuvieron para recuperar el aliento después de una sucesión de bailes en línea, Lucy pudo arrinconar a Drake para hablar en privado.

«Papá me dijo que financiaste su pequeña interpretación de Santa Claus», comentó en voz baja mientras estaban de pie en la puerta. «Tenía la esperanza de que pudiéramos hacer algo así, pero no me atreví a preguntarte después de todo lo que ya has hecho por mí».

Drake mantuvo sus ojos cuidadosamente fijos en los bailarines. «No sabía qué regalo de Navidad darte».

Se encogió de hombros, incapaz de formular las palabras adecuadas para explicar sus intenciones. Sin duda, Jeremy habría encontrado la joya perfecta para deleitarla y se la habría entregado con la elegancia adecuada. De repente, su propia sorpresa navideña le pareció a Drake el colmo del ridículo sentimentalismo.

«No tenías por qué haberte tomado tantas molestias», insistió Lucy. «Papá me dijo que tienes una lista de todos los aldeanos de Anthony Brown, con su estimación de edades. Dijo que merodeabas por las tiendas de kilómetros a la redonda buscando los regalos adecuados para todos».

«Disfruté haciéndolo». Drake fingió dedicar a su conversación solo una migaja de su atención. «Este es el primer año que he esperado con ansias la Navidad». Por mucho que lo intentara, no podía sonar indiferente.

A su lado, Lucy se rió entre dientes. «Como mi regalo de Navidad para ti, prometo

abstenerme de decir 'te lo dije'».

«Un regalo raro de cualquier esposa», bromeó Drake con ironía, aventurándose el peligroso lujo de mirarla de soslayo.

Las notas finales de la música se desvanecían. Sabía que sería su deber como buen anfitrión volver a tomar la palabra cuando los músicos entonaran su siguiente melodía. Sin embargo, apenas podía soportar romper el hechizo de tranquila intimidad entre ellos.

«No podría estar más complacida». Sus ojos brillaban como gemas leonadas y Drake percibió una trémula densidad en su voz. «Ni, aunque me hubieras colmado de diamantes. Escuchar a esos niños reírse, ver sus rostros brillar... esta ha sido la Navidad más feliz de mi vida».

Antes de que Drake pudiera confiar en sí mismo para responder, señaló el marco de la puerta sobre ellos. Alguien había colocado allí una ramita marchita de muérdago. Las hojas casi rozaban la parte superior de su cabeza. ¿Cómo no se había dado cuenta hasta ahora?

Lucy se estiró y curvó una mano alrededor de la nuca de él, atrayendo su rostro hacia el de ella con gentil insistencia. Mientras ella lo besaba, Drake se mantuvo severamente inmóvil. Fue un beso suave, absolutamente casto.

Por un maravilloso instante, Drake se sintió dotado con un tesoro de inexpressable dulzura.

Entonces, cuando sus labios se demoraron en los de él, inocentemente encendieron una llama bajo su anhelo latente, una que albergaba de mucho tiempo atrás.

CAPÍTULO DOCE

La Navidad más feliz de su vida.

¿R ealmente había pronunciado esas palabras? Lucy se preguntó a sí misma mientras se agitaba inquieta en su cama unas noches más tarde. Por supuesto, había estado ansiosa por asegurarle a Drake cuánto apreciaba todo lo que había hecho por ella. Aun así, haber llamado a una Navidad sin Jeremy la más feliz era el equivalente romántico del sacrilegio.

Sin embargo, incluso después de la inquisición más rigurosa de sus sentimientos, Lucy no pudo decidirse a retractarse de la herejía. Había sido un raro día dulce, uno cuya tierna magia permanecería en su memoria en los años venideros. Sin embargo, esa magia inocente había generado otro tipo de encantamiento, uno oscuro y potente. Desde el momento en que sus labios se encontraron con los suyos, Lucy se había encontrado consumida por los anhelos carnales de Drake.

Mientras cenaba, ella siguió cada movimiento de sus grandes y hábiles manos. Se imaginó cuán magistralmente podrían despachar la ropa de una mujer en un momento de pasión. Cuando él levantó la vista y la vio boquiabierta, ella agachó la cabeza con la esperanza de ocultar el rubor ardiente que cubría sus mejillas.

Más de una vez, cuando él estaba lo bastante cerca para atraparla, ella fingía desmayarse. Las sensaciones contradictorias de sus fuertes brazos envolviéndola y el suave aleteo de su aliento sobre su cabello hacían que todo el cuerpo de Lucy se estremeciera de deseo. El mero sonido de sus pasos firmes y veloces hacía que su corazón se acelerara. ¿Qué le estaba pasando?

No era amor. De eso estaba segura. Esta extraña fascinación que había concebido repentinamente por Drake no se parecía en nada a la delicada y soñadora devoción que había albergado en su corazón por Jeremy. Cada libro que había leído, cada poema, cada balada romántica afirmaba que tales sentimientos eran verdaderos y eternos, experimentados una vez en la vida.

Lo que sentía por Drake era solo un interés físico, sensual, como una sed insaciable o una picazón en ese punto difícil de alcanzar entre los omoplatos. Persistente. Imposible de ignorar. Sin embargo, qué bien se sentiría saciar esa sed. Para poder rascarse esa molesta picazón.

«¡DEJA DE RASCARTE, NEVILLE!», espetó su abuela. «Si vas a frecuentar esas tabernas de mala muerte y los infiernos de juego, te agradeceré que no traigas tus bichos a mi casa». Miró a

Neville y Phyllida con recelo. «Están aquí por dinero, supongo. Sé que no puedo esperar una visita de ustedes bajo cualquier otra circunstancia».

«Bueno, ya que lo mencionas...», comenzó Neville.

«Todo lo contrario, abuela», Phyllida le dio un tremendo corte en las costillas con su puntiagudo codo. «Neville y yo estamos aquí para desearte felices fiestas».

«Me imagino». La marquesa llamó pidiendo té con aire de mala gana. «Según mis cálculos, es casi la Noche de Reyes, un poco tarde en la temporada navideña para que ustedes dos se sientan repentinamente llenos de sentimientos familiares».

Neville incitó a Phyllida con una mirada expectante. Este tipo de adulación era su especialidad.

«¿Tarde? Sí. Bueno, de hecho...». Ella buscó a tientas una excusa cortés. Si sus propios intereses no hubieran estado en juego, Neville habría disfrutado viéndola retorcerse.

«¡Drake y su esposa!», declaró por fin, sus pálidas mejillas sonrojadas por el triunfo.

«¿Qué hay de ellos?». La marquesa sonaba escéptica.

«Los esperábamos para Navidad», respondió Phyllida. «Cualquier día. Naturalmente, Neville y yo queríamos esperar hasta que pudiéramos celebrar juntos como familia».

En ese momento apareció una criada con la bandeja del té. Mientras su abuela se ocupaba de su disposición, Neville obsequió a Phyllida con una sonrisa encubierta de aprobación. Se las había arreglado para aplacar a la anciana, al mismo tiempo que presentaba la verdadera razón de su visita. Aunque ella podría irritarlo más allá de lo soportable, sin duda, la viuda de Clarence claramente tenía sus usos.

«Drake vendrá a Londres por su propia voluntad», dijo la marquesa. «¿Estás segura?».

Phyllida tomó un sorbo de su té, que estaba cargado con suficiente azúcar para hacer que la boca de Neville se frunciera. «Él mismo me lo aseguró, justo antes de que yo regresara a casa. No puedo pensar qué los ha detenido, aunque me temo que su esposa puede estar detrás de esto».

«¿La esposa de Drake no está ansiosa por venir a la ciudad?», la marquesa parecía sorprendida.

Phyllida suspiró. «Ella trató de fingir que lo estaba, pero yo lo sabía mejor. Me temo que la chica tiene poco gusto por la clase de compañía que debería cultivar. Es una esposa totalmente inadecuada para un vizconde».

«Ya veo». Su señoría sirvió más pastel a ambos. «Tal vez sea mejor que me digan cómo están las cosas».

Mientras Phyllida contaba alegremente el comportamiento indecoroso de Lucy en High Head, Neville observaba a su abuela asimilar la noticia con tristeza. Apenas pudo evitar sonreír. Desde el principio, la marquesa había estado en contra del matrimonio de Drake. Ella podría ser una aliada formidable en su búsqueda para derribarlo. Aun así, debían andar con cuidado, ya que la anciana no deseaba verlo heredar Silverthorne.

«Así que ya ves», concluyó Phyllida sin aliento, «es imperativo que llevemos a los dos a Londres, para que tú y yo podamos tomar a Lucy con firmeza».

«¿Cómo propones que hagamos eso?», preguntó la marquesa. «Es poco probable que Drake haga caso a cualquier convocatoria de mi parte».

«Tal vez, no deba ser una convocatoria», dijo Neville mientras devoraba una empanada de carne. «Dudo que ignore una carta que diga que estás enferma y que desees verlo».

Su abuela miró largamente a Phyllida, luego a Neville de una manera enigmática que casi lo hizo sudar de nervios. Ella podría ser más vieja que Matusalén, pero la anciana tenía intactas sus facultades mentales. ¿Sería posible que ella adivinara su plan?

«Muy bien», estuvo de acuerdo finalmente. «Enviaré una carta en la semana. Aunque tengo mis dudas de que Drake venga, a pesar de todo».

Respirando tranquilo por primera vez desde que habían llegado, Neville reunió suficiente descaro para pedirle a su abuela un trago de algo más fuerte que el té. Para su gran sorpresa, ella accedió y tuvieron una visita inusualmente agradable durante una hora más.

Cuando partieron, Phyllida le susurró a Neville: «Enviaré mi propia carta para dar más detalles sobre la de la abuela. Me temo que ella no será lo suficientemente enfática».

Neville asintió con aprobación. «No queremos correr ningún riesgo».

Desde la ventana de su salón, la marquesa los vio marchar.

¿De qué estaban hablando?, ella se preguntó.

No hacía falta un oráculo para adivinar que estaban tramando algo. ¿Qué podría ser?

DRAKE FRUNCIÓ el ceño con expresión severa de concentración y examinó los libros de contabilidad de la empresa en la oficina de contabilidad de Harold Stokes en Ullswater. Por primera vez que recordaba, las meticulosas columnas de cifras no significaban nada para él. Por lo general, podía echar un vistazo a una página y detectar un centavo faltante o los ingresos del proyecto para el próximo trimestre. Hoy no se fiaba de sí mismo para sumar uno más uno.

«¿Hay algo mal, señor?», Stokes se recostó contra el alféizar de la ventana y lo miró con preocupación paternal.

En los primeros años de su asociación, cuando no era más que un niño larguirucho con olfato para el comercio y una necesidad ardiente de probarse a sí mismo, Drake había apreciado la respetuosa deferencia de su gerente de envíos. Mientras él pasaba de un triunfo comercial a otro, su relación había sufrido un cambio sutil.

«¿Mal?», Drake se puso tenso. «Por supuesto que no. Estoy ansioso por volver al trabajo después de todas esas tonterías navideñas». Echó un vistazo a la entrada de gastos de dique seco, con la esperanza de extraer algún significado del número suelto, a fuerza de pura concentración.

Por el rabillo del ojo, vio al Sr. Stokes dar una larga calada meditativa a su pipa, luego expulsar el humo por un lado de su boca en un chorro largo y constante.

«Lo que hizo en High Head esta Navidad no fue una tontería», murmuró solemnemente. «Muestra a un hombre que le importan él y su familia, que no es solo otro nombre en el libro de salarios, y devolverá el dinero con el tipo de lealtad que los altos mandos no pueden comprar. Créame: cuando la mina en High Head vuelva a estar en producción, será más rentable de lo que pueda imaginar. Esos hombres se romperán la espalda excavando ese carbón para usted y todo porque trajo sonrisas a los rostros de sus hijos».

«Eso es lo que dijo Lucy», Drake se sorprendió al encontrarse reflexionando en voz alta.

«Una buena cabeza sobre sus hombros que tiene su pequeña señora», Harold Stokes se rió entre dientes. «Una férrea personalidad, sin duda. Me di cuenta de eso el día que nos echó a todos de Silverthorne, porque pensó que lo estábamos agotando».

Todo lo que Drake pudo lograr en respuesta fue una débil sonrisa. No podía discutir la admiración del Sr. Stokes sobre su esposa. Ciertamente tenía una buena cabeza y una fuerte personalidad. Pero últimamente, esos no eran los atributos físicos que habían llegado a preocuparle hasta que ya no pudo concentrarse en su trabajo o dormir bien por la noche.

Con los rigores iniciales de su embarazo, Lucy había florecido recientemente como una dulce rosa silvestre. Afortunadamente, los vestidos de talle alto actualmente de moda ocultarían el

signo más evidente de su condición durante algunos meses.

Desde Navidad, cuando probó por primera vez su beso, Drake había encontrado a menudo que su mirada se detenía en Lucy, tentado por el seductor balanceo femenino de su forma de caminar. No se atrevía a permitirse ese comportamiento cuando ella lo estaba mirando. Si hubiera tenido la oportunidad de dejar que sus ojos se posaran en el dorado resplandor de su cabello, la dulzura madura de sus labios o la suave hinchazón de su pecho, su rostro podría haber traicionado el anhelo melancólico que amenazaba con devorarlo. Su lengua podría haber salido como la de un pobre perro hambriento.

Incluso en la atmósfera estéril de la oficina de contabilidad, tales pensamientos hacían que su cuerpo anhelara a Lucy.

«Ha estado presente desde el *inicio*, por demasiado tiempo», interrumpió el Sr. Stokes las fantasías provocativas de Drake. «Domado el yugo desde joven, se podría decir. No tuvo la oportunidad de sembrar sus salvajes avenas y disfrutar un poco de diversión».

«¿Diversión?», Drake repitió la palabra como si fuera una vulgaridad. «En mi experiencia, ese es un título que suena inocente para todo tipo de disipación y vicio. Le aseguro que nunca sentí que me estaba perdiendo algo que valiera la pena por aplicarme en mi deber».

«El deber es un buen ideal», reconoció Stokes. «El mundo sería un lugar mejor si más personas atendieran a los suyos. Pero también hay todo tipo de placer en el mundo, y no todo es pecado. Considero que el secreto de una buena vida es lograr el equilibrio adecuado entre el deber y el placer. Un poco como hornear un pastel. Si es demasiado rico en mantequilla, huevos y especias, será difícil de digerir. Si los deja fuera, entonces apenas valdrá la pena comerlos».

Este sabio pequeño consejo estaba impregnado de un respeto obvio, incluso de un afecto, tan evidentes que Drake no se atrevió a resentirse por la intrusión injustificada en su privacidad.

«No tenía idea de que fuera tan filósofo, viejo amigo. ¿Cómo sugiere que sazone este pastel mío que se ha vuelto tan rancio?».

Pareciendo muy aliviado de que Drake no se hubiera ofendido por su consejo no solicitado, el Sr. Stokes dio varias bocanadas breves a su pipa. Su sonrisa se extendía por la considerable anchura de su amplio rostro. «Bueno, ya que lo pregunta...».

Ambos hombres rieron.

«Diría que debería pasar cada minuto libre con esa atractiva muchacha con la que se ha casado. Muy pronto tendrá una guardería llena de jóvenes Strickland para mantenerla ocupada, no debería sorprenderme. Disfruten este momento mientras solo están ustedes dos».

Drake sintió que sus rasgos se congelaban en una sonrisa tensa que ya no reflejaba su estado de ánimo. No había tal unidad como Lucy y él, solo ellos dos. Desde el principio había habido un tercero en su matrimonio: el niño por nacer, que representaba indirectamente a su padre.

Incluso eso no era del todo exacto, reflexionó Drake con amargura. Era el tercero en el triángulo. El intruso. El entrometido. Un sustituto insatisfactorio del hombre que Lucy quería a su lado y en su cama. La sola idea de reclamar su lugar en la cama de Lucy despertó el cuerpo de Drake de nuevo, lo que le molestaba amargamente. Era un invitado a regañadientes en un banquete. No solo se le prohibía probar las delicias dispuestas ante él, sino que tampoco podía tocar, oler ni siquiera mirar.

«Llévela a Brighton o a Bath, para el invierno», continuó el Sr. Stokes, sin darse cuenta del cambio en el estado de ánimo de Drake. «Disfrute un poco de la sociedad. Sus supervisores han probado las operaciones sin usted. Pueden arreglárselas durante un mes o dos. El comercio siempre se ralentiza en invierno, de cualquier manera».

«Supongo...», se aventuró Drake. Quizá les haría bien a los dos alejarse de Silverthorne,

abarroto de recuerdos de Jeremy. «Tengo la idea de hacer una aparición en la Cámara de los Lores para recordar a nuestros nobles colegas lo que está costando a este país su maldito bloqueo americano, particularmente a aquellos que trabajan para ganarse la vida».

«¡Excelente, joven! Pero tenga en cuenta que, si piensa ir, hágalo pronto. Hemos tenido un invierno suave hasta ahora, pero solo será necesaria una tormenta fuerte y quién sabe, es posible que se quede varado aquí hasta la primavera». El señor Stokes se inclinó hacia delante para darle una palmadita en el brazo. «Ahora, deje de fingir que ve algo interesante en ese libro mayor y acompáñeme para tomar una pinta rápida antes de regresar a Nicholthwait».

Mientras Drake cabalgaba a casa desde Ullswater en el crepúsculo invernal, las dudas comenzaron a acosarlo.

¿Londres? Durante años había evitado la ciudad, cerrando sus negocios en cada viaje poco frecuente lo más rápido posible. Había tomado poca parte en las actividades sociales de sus compañeros aristócratas, sin importar cuán numerosas e insistentes habían sido las invitaciones. ¿Qué hombre en su sano juicio se dejaría acechar por madres ambiciosas, ansiosas por imponerle a sus hijas reticentes? Además, Drake no tenía ninguna inclinación a exponer sus habilidades sociales dolorosamente inadecuadas a la burla de las personas que otorgaban un valor tan alto a la elocuencia y el encanto.

Intercambiando un saludo desganado con Talbot a su regreso a Silverthorne, Drake se dirigió a sus habitaciones para bañarse y cambiarse para la cena. Mientras realizaba las acciones de su arreglo personal, continuó reflexionando sobre el problema. Incluso si pudiera resignarse a pasar el invierno en Londres, ¿cómo persuadiría a Lucy?

Fue solo cuando miró su correo que la respuesta se hizo obvia.

«¿SEÑOR TALBOT?», Lucy interceptó al mayordomo de camino a sus habitaciones para vestirse para la cena. «Por favor, infórmeme cuando regrese su señoría». Apretó con fuerza una carta arrugada en una mano. «Hay un asunto de cierta urgencia que me gustaría...».

«El amo está en casa, señora». Talbot logró dejar escapar este anuncio cuando Lucy se detuvo para jadear. «Lleva aquí casi media hora. Espero que se esté bañando en este momento».

«Ya veo», Lucy podía sentir cómo se ruborizaba en un agonizante tono escarlata. «En ese caso, supongo que tendrá que esperar hasta la cena».

Mientras Talbot se dirigía casi en silencio hacia las escaleras, Lucy dio unos pasos vacilantes en dirección a sus habitaciones. Una vez que el mayordomo estuvo fuera de la vista, corrió por el corredor hacia el ala este. Ni un solo segundo de reflexión cruzó por su mente mientras se apresuraba por la galería tenuemente iluminada. Alguna fuerza desconocida la animaba, impulsándola en contra de su voluntad, ciertamente en contra de su buen juicio.

En el umbral de la alcoba de su esposo, finalmente vaciló. Su parte racional comenzó a protestar por sus acciones instintivas y sin sentido. ¿Qué esperaba lograr interrumpiendo a Drake en medio de su baño? Estaba a punto de darse la vuelta cuando notó que la puerta de él estaba ligeramente entreabierta. Todas las inhibiciones sensatas se ahogaron en una voraz ola de curiosidad.

Conteniendo la respiración, Lucy miró a través del estrecho espacio entre la puerta y el marco. El dormitorio de su marido estaba a oscuras. Solo un suave parpadeo de la luz del fuego iluminaba el vestidor más allá. Fue más que suficiente para mostrarle a Lucy lo que anhelaba ver. Tal vez debido al clima más frío, la tina de baño se había colocado cerca de la chimenea

directamente en su estrecha línea de visión.

Volutas de vapor se elevaban del agua del baño cuando Drake se inclinó hacia adelante, salpicándose la cara con la palma de la mano. Se sacudió la humedad del pelo y las patillas, como un sabueso ágil y flaco. De repente, salió del agua, desnudo como Adán. Lucy aspiró una fuerte bocanada de aire. Todos sus sentidos se tambalearon ante la vista.

El agua resbalaba sobre los músculos largos y tensos de su costado. Las últimas gotas se deslizaban más lentamente, en una caricia sinuosa que las yemas de los dedos de Lucy anhelaban seguir. Cuando se giró ligeramente hacia ella, pudo ver las gotas de humedad que brillaban en su pecho. Se adherían al oscuro mechón rizado entre dos pezones de bronce. Con anticipación renuente, dejó que su mirada se deslizara más abajo. Siguiendo el pliegue de fino vello negro que comenzaba debajo de su ombligo, descendía hasta el denso nido en la parte superior de sus duros y delgados muslos.

Antes de que pudiera contemplar adecuadamente el resto, Drake agarró una toalla del respaldo de una silla cercana. Empezó a secarse con movimientos rápidos y vigorosos.

Con un sobresalto, Lucy recobró el sentido. Se encogió ante la inquietante rapacidad que surgió dentro de ella mientras observaba a Drake. Ella lo deseaba, al menos su cuerpo traidor lo deseaba. Lo deseaba con una necesidad profunda y salvaje que nunca había sentido por ningún otro hombre. Ni siquiera por Jeremy.

¡No!

Había jurado fidelidad a la memoria de Jeremy. Incluso si no lo hubiera hecho, Drake Strickland era el último hombre por el que se atrevía a tener tales deseos. Lucy apartó la mirada de la visión seductora e inquietante de su cuerpo desnudo. Se dio la vuelta y huyó por la galería como si los sabuesos del infierno le estuvieran aullando tras ella.

LUCY SINTIÓ la nueva intensidad que cargaba sus sentimientos por ella, Drake podía decirlo. A juzgar por su actitud, era obvio que no aprobaba el cambio. Durante los primeros tres platos de la cena, Lucy apenas se había atrevido a decir una palabra. Acostumbrado como estaba a dejar que ella dirigiera la conversación en la mesa, Drake no tenía idea de cómo abordar el tema de Londres. El silencio entre ellos se extendió casi imperceptiblemente, como el hielo delgado y quebradizo de finales de otoño que se deslizaba desde las orillas de Mayeswater.

Cada vez que él la miraba, ella parecía decidida a evitar sus ojos. Drake deseó por todo el mundo que el Dr. Varoy o el padre de Lucy hubieran podido aceptar sus invitaciones para cenar esa noche. Desafortunadamente, había habido un brote de difteria en una parte más pobre del pueblo. Tanto el médico como el vicario habían sido convocados. Drake no pudo evitar sentirse como un general que se lanza a la batalla con su batallón desertando en masa detrás de él.

Se fortaleció con un trago poco caballeroso de su vino.

«Escucha, querida».

«Drake, tengo un gran favor que pedirte».

Sus palabras abruptamente pronunciadas chocaron en la quietud resonante del comedor.

Ambos comenzaron a reír. A Drake le gustó la armonía de sus voces mezcladas con alegría. Alta, clara y dulce, la risa de Lucy trino un agradable contrapunto a su propia risa profunda, algo oxidada por el desuso. Levantando la mano para reclamar el derecho a hablar primero, se sintió extraordinariamente complacido cuando Lucy lo miró a los ojos sin apartar la mirada de manera nerviosa.

«Menciona tu favor».

Ella miró hacia otro lado entonces, mordiéndose el labio de una manera que Drake interpretó como una muestra de nerviosismo. «Hoy he recibido una carta de lady Phyllida, instándonos a ir a Londres mientras el tiempo lo permita. Dice que tu abuela está enferma».

«Esa parte es bastante cierta», respondió Drake. «Tengo un mensaje de la abuela misma. Ella minimiza su enfermedad, pero puedo leer entre líneas. ¿Te importaría mucho si fuéramos a Londres? La abuela y yo no nos despedimos en los mejores términos y ella está en sus años avanzados».

«Por supuesto que debemos ir». El alivio infundió las palabras de Lucy, pero también ansiosa titubeó, lo cual dejó a Drake desconcertado y sin poder explicar.

«Muy bien, entonces. Empieza a empacar. Nos vamos a Londres».

«Supongo que tendremos que quedarnos con lady Phyllida». La nariz de Lucy se arrugó expresivamente.

«No puedo decir que me agrade mucho la perspectiva. Sería bastante extraño que alquiláramos un local cuando ya soy dueño de la casa en Grafton Square. Una vez que lleguemos allí, espero que Phyllida no pierda el tiempo tratando de enfrentarnos de nuevo. Cuando pienso en todas sus travesuras este otoño, me encantaría devolverle el favor».

Reclinándose en su silla, Drake tomó un sorbo de vino, reflexionando sobre las posibilidades. Mientras se desarrollaba una idea particularmente divertida, una lenta sonrisa se dibujó en sus labios.

«¿Has pensado en algo?», Lucy lo incitó.

«Tal vez, pero necesitaría tu cooperación para realizarlo».

Un alegre brillo ámbar danzó en los grandes ojos marrones de Lucy. «Si puedes garantizarme que molestará a Lady Phyllida, estoy a tu disposición».

«No te apresures hasta que escuches lo que tengo en mente», le advirtió Drake. «Mi prima parece decidida a sembrar conflictos entre nosotros. Por lo tanto, dudo que algo la irrite más que vernos como una pareja de enamorados empalagosos. Propongo que interpretemos a los adorables recién casados, adulándose el uno al otro de una manera bastante repugnante de contemplar. ¿Qué dices de mi idea? ¿Están tus habilidades actorales a la altura de la empresa?».

CAPÍTULO TRECE

¿Eran sus habilidades de actuación iguales a interpretar a la esposa enamorada de Drake? Esa pregunta resonaba en los pensamientos de Lucy mientras miraba por la ventana del carruaje hacia la ondulada campiña de Derbyshire. Robó una rápida mirada a Drake sentado frente a ella. Quizás una pregunta más acertada sería si podría seguir fingiendo indiferencia por un hombre cuya presencia física la cautivaba cada día más.

Al menos en Londres habría distracciones bienvenidas. Esa era la razón principal por la que lo había instado a hacer el viaje: necesitaba todas las distracciones disponibles. Su impactante comportamiento al espiar a Drake mientras se levantaba de su baño la había convencido de que no podía confiar en sí misma a solas con él en Silverthorne.

Además, la sociedad londinense podría no ser tan aterradora después de todo. No si el resto de la alta sociedad la trataba con tanta amabilidad como sus anfitriones de las últimas noches. Para romper su largo viaje hacia el sur, se habían detenido en el camino para visitar a los familiares de Drake. Estaban ahora a una hora de Chedworth, donde el joven duque de Derbyshire les había dado una calurosa bienvenida.

Como si sus silenciosas reflexiones se hubieran comunicado de alguna manera a Drake, él habló. «Nunca debí dejar que el joven Derbyshire nos presionara para quedarnos ese día extra. Nos estarán buscando en Anstice, Prees y Blenheim, en todos los lugares. Tampoco me agrada mucho el aspecto de ese cielo».

Nubes densas de color gris pizarra se cernían amenazadoras sobre las cumbres de Derbyshire y unos cuantos copos de nieve bailaban en las ráfagas de viento cortante de las tierras altas. La expresión de Drake parecía igualmente sombría, aunque Lucy no podía entender por qué. Había comenzado su visita a Chedworth con bastante amabilidad, pero su estado de ánimo se había deteriorado cada hora. Cuando se despidieron, su despedida brusca mortificó a Lucy.

«Seguramente no puedes culpar al duque por el clima», ella pensaba por qué el duque se había molestado en ofrecer su hospitalidad a un invitado tan poco amable.

«Por supuesto que no lo culpo por el clima». Drake sonaba tan impaciente con ella, como ella con él. «Solo por detenernos».

«Nunca me importaría estar detenida en una compañía tan encantadora y en un entorno tan espléndido», replicó Lucy.

Drake no respondió durante un cuarto de hora completo. El tiempo se sintió mucho más largo para Lucy. El silencio creció entre ellos, interrumpido solo por el sordo paso de los caballos y el traqueteo del carruaje.

Finalmente, Drake se estiró y frotó un trozo de escarcha de la ventana del carruaje. «Te mostraste tan cautivada por el dueño, como por su casa».

Miró por el círculo de cristal que había despejado.

Incluso desde su asiento frente a Drake, Lucy podía ver la nieve cayendo a un ritmo alarmante. «También podría estarlo. Chedworth se encuentra entre las mejores casas de Inglaterra. El duque es un caballero encantador y un anfitrión atento. Qué pena que haya tenido que asumir las responsabilidades de su título a una edad tan temprana».

«¡Ejem!». Las expresivas cejas oscuras de Drake se juntaron en una mezcla de disgusto y preocupación. «El niño era cinco años mayor que yo cuando recibí mi herencia. La herencia de Derbyshire también es considerablemente más solvente de lo que mi padre dejó en Silverthorne. No es que tenga mucha confianza en que siga siendo así».

«Tonterías», dijo Lucy antes de que pudiera contenerse. El joven duque le había recordado mucho a Jeremy con sus elegantes cumplidos y sutiles galanterías. Su compañía había aliviado temporalmente su estúpido enamoramiento por Drake. Ella no se quedaría de brazos cruzados escuchando a nadie menospreciarlo.

Drake apartó la mirada de la ventana, mirándola fijamente a los ojos por primera vez en varios días. «Dame crédito por al menos entender las finanzas. Toda esa charla sobre renovaciones en la finca: una nueva ala para la casa, mejorar los terrenos, fuentes. Ninguna fortuna es inagotable. Recuerda mis palabras, terminará vendiendo algunas de esas finas pinturas para pagar sus extravagancias».

«Drake Strickland, creo que estás celoso». Ella mentía, por supuesto, ella no creía tal cosa. Sin embargo, de alguna manera, sintió que lo pondría a la defensiva.

«¿Celoso? ¿Yo? ¿De ese cachorro de Derbyshire?», Drake parecía como si quisiera marcharse indignado. Si hubieran estado cenando en Silverthorne en lugar de conducir por algún camino rural en Derbyshire, tal vez lo habría hecho. «Ahora, ¿quién está diciendo tonterías?».

«Celoso», repitió Lucy, obligada por razones que no podía comprender a incitarlo a una exhibición de pasión, aunque solo fuera una negación apasionada. «No puedes soportar que nadie haga una comparación desfavorable entre Chedworth y tu amado Silverthorne. Qué actitud tan ridícula. Silverthorne no tiene que estar a la sombra de ninguna otra mansión en el reino».

Cuando las palabras salieron de sus labios, Lucy supo que eran verdad. Cuando se despidieron de Nicholthwait, ella estaba tan absorta con la aprensión acerca de su viaje que apenas había pensado en lo mucho que extrañaría Silverthorne. Una punzada inesperada de nostalgia se apoderó de ella.

«No tengo ningún interés en malgastar mi fortuna en un lugar de exhibición, por la que pasarán todos y cada uno con sus seis peniques para darle propina a la ama de llaves», dijo Drake.

Tan pronto como hubo hablado, el carruaje se detuvo en seco. Por encima de ellos, Lucy oyó una andanada de gritos de ansiedad entre el cochero y los lacayos.

Drake se acercó y dio un golpe perentorio en el techo del carruaje. «¡Hey! ¿Qué está pasando ahí fuera?».

Lucy escuchó al conductor bajar de su sitio elevado. Unos segundos más tarde se oyó un golpe cortés en la puerta del carruaje. Cuando Drake la abrió, Lucy se quedó boquiabierta al ver el exterior. El cielo, las colinas y el camino eran todos un borrón indistinguible de blancura. Lucy apenas podía ver la librea azul del cochero bajo un abrigo de nieve. En la parte superior de su sombrero, los copos se habían acumulado a una altura de varios centímetros.

«¿Qué es todo ese alboroto?», preguntó Drake.

«Disculpe, milord». El hombre asintió con la cabeza enviando una ráfaga de copos de nieve cayendo en cascada desde la parte superior de su sombrero. «Hemos pasado de largo nuestro

desvió a Anstice, lo erramos debido a la nieve. Este tramo de camino en el que estamos está empeorando cada minuto».

«¿Dónde estamos exactamente?», Drake entrecerró los ojos contra el resplandor de la nieve mientras miraba por la puerta del carruaje.

«No estoy seguro, milord. Este podría ser el camino a Nottingham».

«Seguramente no habrá posada ni casa de importancia entre aquí y Nottingham», Drake murmuró. «Hemos quedado varados en el Bosque Sangriento de Sherwood».

«No me atrevería a presionar los caballos más de un par de kilómetros en un clima como este, mi señor», dijo el cochero. «Pasamos una posada un kilómetro atrás. Con suerte podríamos llegar allí antes de que el carruaje termine en una zanja o los caballos se rindan».

«Muy bien», Drake sonaba resignado a regañadientes. «No tiene sentido quedar tumbados en el camino abierto cuando podemos capear la tormenta bajo techo».

«Muy bien, mi señor». El cochero parecía estar respirando tranquilamente por primera vez en horas.

«Tenías razón», dijo Lucy mientras Drake cerraba la puerta del carruaje. «No deberíamos habernos demorado en Chedworth, siendo enero y sin esperar pagar el precio. Deberíamos haber seguido adelante hacia Londres mientras el clima estaba bien».

Drake se encogió de hombros. «Lo hecho, hecho está».

«Puede que no sea tan malo». Trató de aliviar la tensión ansiosa que veía en sus ojos. «Una posada campestre difícilmente puede compararse con Chedworth en comodidades, pero espero que podamos soportar cualquier cosa por una noche o dos».

Drake parecía dispuesto a estar de acuerdo con ella. Antes de que pudiera decirlo, el carruaje dio una sacudida hacia atrás y envió a Lucy a sus brazos. Un instante de conmoción palpitante dio paso a una excitación igualmente palpitante. Sus patillas le acariciaron la mejilla. Sus fosas nasales se dilataron para inhalar su olor. El tiempo se hizo más lento para ella, alargando cada latido frenético y cada respiración errática durante muchos minutos. Tentativamente, ella comenzó a mover sus labios a lo largo del plano bien definido de su mejilla, buscando su boca.

«Lucy, ¿estás bien?». Agarrando la parte superior de sus brazos, Drake la apartó y la depositó en el asiento a su lado. El carruaje se inclinaba peligrosamente hacia atrás y hacia la izquierda. «Debemos haber dejado caer una rueda en la zanja tratando de dar la vuelta. ¿Estás herida? Te has puesto blanca como la nieve».

«Solo asustada, eso es todo». Luchó por recuperar la más mínima compostura.

«Si estás segura», dijo Drake. «A los hombres probablemente les vendría bien mi ayuda con los caballos».

El estridente sonido de un relincho asustado confirmaba su suposición.

«Estoy bien», Lucy le hizo señas para que se alejara. «Ve».

Sola en el interior, podía escuchar a los hombres llamándose unos a otros mientras los caballos seguían protestando. Varias veces, el carruaje se balanceaba hacia delante y hacia atrás. Lucy se aferró para evitar estos golpes. Apenas se comparaba con la tempestad emocional que rugía dentro de ella. Se había equivocado al afirmar que podía soportar cualquier cosa durante un día o dos.

Apenas podía aguantar uno o dos segundos en los brazos de Drake sin perder su autocontrol.

«ME TEMO que esto es lo mejor que pudo hacer nuestro posadero», dijo Drake mientras abría la

puerta de una diminuta habitación a dos aguas para que Lucy pudiera entrar. «Normalmente, la sirvienta suele dormir aquí», continuó disculpándose. «Cuando me escuchó rogar a su amo por alojamiento, ella se ofreció a dejarnos usarla».

Como no había ningún otro lugar en la habitación para sentarse, Lucy se dejó caer en la estrecha cama de la esquina, mientras Drake se quitaba el abrigo empapado y lo colgaba en un gancho junto a la puerta.

Aunque era estrecha, con corrientes de aire y de dudosa limpieza, incluso los alojamientos de los sirvientes de una posada indiferente proporcionaban un bienvenido refugio de la ventisca del exterior. Mientras luchaba por animar a los caballos en medio de un viento aullador, Drake casi había perdido la esperanza de llegar a un refugio. Los había forzado, impulsado por una imperiosa necesidad de proteger a Lucy y a su hijo.

Cuando finalmente llegaron al patio de la remota posada de campo, entumecidos por el frío y la fatiga, Drake pensó que nunca había visto un espectáculo más acogedor. De sólida construcción con vigas y tornos, la modesta y antigua casa señorial, fácilmente databa de la época de los Tudor, si no antes.

Su alivio pronto se convirtió en consternación al encontrar que *The Black Cygnet* estaba repleto con otros huéspedes, que también buscaban refugio de la tormenta. Cuando las súplicas y amenazas no conmovieron al propietario, Drake había comenzado a sobornar. Una suma escandalosa de soberanos de oro cambió de manos antes de que su grupo recibiera una bienvenida tardía.

Lucy olfateó el aire. «Me pregunto qué habrá para comer. Estoy hambrienta».

«Yo también. Una pregunta más acertada será ¿qué *queda* para comer? Apuesto a que esta posada alberga a más huéspedes en este momento que en el último mes».

Un gruñido muy poco femenino salió del estómago de Lucy. Ella gimió.

«Comería cualquier cosa: pan y jugos. Lo que daría por probar los restos de la cena de anoche en Chedworth».

«¡Chedworth! ¡Por supuesto!». El ánimo de Drake se elevó. «El cocinero de Derbyshire nos preparó una cesta para el camino. Iré a buscarla antes de que alguien más se apodere de ella».

«Mientras regresas, intentaré buscar una vela». El estómago de Lucy volvió a gruñir aún más insistentemente que antes, lo que los hizo reír a ambos. «Ve lo más rápido que puedas», le rogó ella.

Drake logró poner las manos sobre el cesto, afortunadamente sin que este hubiera sido tocado. Al encontrarlo bien provisto, repartió parte de su contenido a su agradecido cochero y lacayos. Habían encontrado alojamiento para dormir en la taberna de la posada. Para cuando Drake regresó a su pequeña habitación, Lucy había conseguido una vela. Parpadeó precariamente cuando una corriente helada silbó en las grietas alrededor del marco de la ventana. El sonido hizo temblar a Drake.

«Para una covacha tan pequeña, no es precisamente cómoda, ¿cierto?». Dejó el cesto junto a la cama y se inclinó para inspeccionar la ventana. «Dudo que esta ventana haya sido sellada correctamente desde la Restauración».

«Podemos preocuparnos por eso más tarde», Lucy rebuscó en el cesto, deteniéndose de vez en cuando para exclamar sobre su generosidad. «El cocinero de Su Gracia debe haber tenido la intención de aprovisionarnos durante todo el camino a Londres. Aquí hay un poco de ese queso Derbyshire... y manzanas secas... medio pudín. Tenemos que comer eso de inmediato. Mira, Drake. Me las arreglé para sonsacar una pequeña tetera de agua caliente. Esto parece... bueno, sí, lo es... una caja de té».

Sentados en la cama, comiendo vorazmente las delicias de Chedworth, se reían de las desventuras del día. De alguna manera, la comida sabía mejor que la noche anterior, muy caliente y servida en porcelana china en el comedor formal del Duque. Esta noche, Drake tenía a Lucy para él solo, un lujo que disfrutaba.

Después de que comieron hasta saciarse, Lucy volvió a empacar el cesto con suficiente para que les durara varios días más. Mientras tanto, Drake rellenó las grietas alrededor de la ventana con tiras de lino arrancadas de una de las servilletas. El sonido apagado de un canto lujurioso se elevó desde la taberna de abajo.

Drake y Lucy intercambiaron sonrisas. «No parece que los hombres vayan a dormir mucho esta noche».

La diversión brillaba en los ojos de Lucy. «Cuando finalmente lo hagan, espero que sea un sueño muy profundo».

«Espero que su alboroto no te mantenga despierta. Sé que todavía es temprano, en comparación con las horas que manteníamos en Chedworth. Si las velas son tan escasas como todo lo demás por aquí, deberíamos conservar esta y acostarnos a dormir».

«Supongo que tienes razón». Una mirada extraña y melancólica cruzó momentáneamente el rostro de Lucy. «Trata de no igualar la cantidad de bebida de tus sirvientes, por favor».

«¿Disculpa?».

«*Estás planeando dormir abajo con los hombres, ¿no es así? Pensé que habías dicho que esta era la última habitación disponible*».

«Así es». Drake sacó su abrigo del perchero donde había estado colgado. Aunque todavía un poco húmedo, serviría. Se lo echó sobre los hombros. «Sin embargo, esta puerta no tiene cerradura. No es que sirva de mucho con tablas tan endeble. No tengo intención de dejarte sola aquí toda la noche». Al ver las mejillas de Lucy inundarse de color, agregó bruscamente: «No te preocupes. Me enrollaré en mi abrigo y dormiré en el suelo».

Lamiéndose el pulgar y el índice, apagó rápidamente la vela.

Lucy habló desde la oscuridad. Ella sonaba diferente ahora que él no podía verla, el tono de su voz era alto y claro. «Si crees que pretendo dejarte dormir en ese suelo frío y duro, piénsalo de nuevo, Drake Strickland. Es posible que tus costillas rotas no se hayan unido por completo. Debes haberlas presionado hoy empujando nuestro carruaje fuera de la zanja y guiando a los caballos».

«Me he recuperado». Drake se dejó caer al suelo. En verdad, podía sentir que sus músculos comenzaban a ponerse rígidos. El sitio de su herida punzaba.

Unos pasos vacilantes y arrastrados se acercaron hasta que...

«¡Demonios, mujer! ¿Quieres romperme las costillas otra vez, pateándome así en la espalda?».

«Si no hubieras apagado la vela con tanta prisa...», Lucy agarró su brazo con fuerza. «Arriba. No pretendo aceptar un no por respuesta. Si debes dormir en esta habitación, compartiremos la cama. Podría evitar que ambos nos congelemos».

«Si tienes frío, puedo buscarte una manta de repuesto», ofreció Drake. «Esa colchoneta apenas parece lo suficientemente grande para uno, mucho menos para dos».

«Te puedo asegurar que esta noche no hay una manta de repuesto en este establecimiento a ningún precio, pregunté mientras buscaba la vela y el agua. El propietario se rió en mi cara. En cuanto al tamaño, no ocupo mucho espacio. A pesar de toda tu longitud, no eres muy ancho. Siempre que no te muevas mucho mientras duermes, deberíamos arreglárnoslas lo suficientemente bien. No debes temer por tu virtud tomada por mi cuenta. Te doy mi palabra de

que no transgrediré tu persona».

¡Se estaba riendo de él, la pequeña descarada! Drake podía oírlo en su voz. Si ella supiera. No era la posibilidad de su transgresión lo que le preocupaba, sino la suya propia. ¿Podría soportar la tentación de pasar una noche entera en su cama sin sucumbir a sus deseos?

De repente, el agotamiento del día se apoderó de él. Bostezó profundamente. Acomodándose, comenzó a quitarse las arpilleras de sus pies fríos y rígidos.

«Me alegro de que hayas decidido ser sensato». Lucy sonaba sorprendida de que se hubiera rendido con tan poca lucha. «¿Qué te parece si extendemos tu abrigo y mi manto sobre esta fina colcha?».

Pasaron unos minutos incómodos tratando de encontrar una posición viable para dormir. Terminaron acostados de lado, como dos cucharas en un cofre de plata. Drake miró hacia afuera, con las rodillas dobladas debido a lo corto de la cama, mientras Lucy se acurrucaba a su espalda.

Para su sorpresa, no se quedó despierto palpitando de pasión por ella. Eso vino a la mañana siguiente cuando se despertó y encontró el brazo de ella sobre su cadera, su mano flácida posada tentadoramente sobre la parte delantera de sus pantalones.

SI LUCY HUBIERA NECESITADO MÁS pruebas de la indiferencia de Drake, su comportamiento a la mañana siguiente la habría convencido sin lugar a dudas. Mientras ella yacía allí, envuelta en un profundo sueño que siguió a una noche inquieta, él saltó como si lo hubieran rociado con agua helada.

«¿Ya es de mañana?». Saltaba torpemente por la habitación con un pie tratando de forzar el otro en su bota. «Debe ser cierto lo que dicen: si un hombre está lo suficientemente cansado, puede dormir en cualquier lugar».

Lucy se deslizó hacia el parche del colchón delgado y lleno de bultos que aún estaba caliente por el cuerpo de Drake.

«Te felicito», se quejó con sarcasmo tirando de la pila de mantas y abrigos a su alrededor. «Ojalá pudiera decir lo mismo. Ahora, si me lo permites, me gustaría mantener mis ojos cerrados un rato más».

«Como gustes», Drake recuperó la tetera del suelo. «Con tanta gente aquí, probablemente habrá una competencia considerable por el desayuno, el agua caliente y todo lo demás. Tengo la intención de ser el madrugador».

«Disfruta tu festín de gusanos». Lucy se dio la vuelta y le dio la espalda deliberadamente.

Después de que él se fue a hacer sus mandados, ella dejó escapar un profundo suspiro de alivio. ¡Nunca en su vida había pasado una noche tan inquieta! Acurrucada contra la espalda de Drake sintiendo el suave ritmo de su respiración, había absorbido con avidez su calor. Incluso a través de las muchas capas de ropa que ambos usaban, ella podía sentir la fuerza firme y esbelta de su cuerpo.

Una y otra vez revivió los momentos más íntimos de su, por lo demás, casto matrimonio. Mirando con avidez su cuerpo desnudo, humeante del baño. Tocar su pecho desnudo mientras atendía sus heridas. Apretándolo contra su pecho en una mina oscura como boca de lobo. Con cada recuerdo, su anhelo físico por él había crecido. Un extraño hormigueo le había latido en las muñecas, en la garganta y en las puntas sensibles de los senos. Latía con más insistencia en el vértice de sus muslos, esforzándose en vano por un poco de alivio.

Solo dos veces se había acostado con un hombre y los dos encuentros no podrían haber sido

un mayor contraste. Acurrucada bajo sábanas mohosas en esta pequeña y fría habitación, a Lucy le resultaba casi imposible imaginar el claro moteado por el sol donde Jeremy le había hecho el amor. Había sido como un sueño rosado y lírico, uno del que se había despertado con brutal brusquedad.

Había cambiado esa ilusión luminosa por una realidad mucho más dura, aferrándose desesperadamente a un hombre que prometía seguridad, incluso calidez. Uno que le daba la espalda en cada oportunidad, dejándola fría y sola. ¿Por qué? Lucy se preguntó una vez más. ¿Por qué la seducción tierna y elocuente de Jeremy no había logrado despertar el deseo tempestuoso que Drake se esforzaba por desalentar?

La noche anterior había necesitado toda su moderación para evitar deslizar su mano debajo de su camisa y conocer íntimamente su torso desnudo con las yemas de los dedos. Lucy se estremeció al imaginar la reacción de Drake si se hubiera despertado y la encontrara acariciándolo. Sin duda, él la habría sacado de la cama por los cabellos y la habría sometido a un sermón sumario sobre el pecado de la lujuria desenfrenada.

Aunque él protestaba lo contrario, ella sabía que él la consideraba una mujer impura por haber concebido un hijo fuera del matrimonio. Si no, ¿por qué rehuía o arremetía con justa ira cada vez que ella intentaba acercarse a él? No podía permitirse alienar más al hombre. El futuro de su hijo dependía de ello.

¿Cómo se suponía que iba a soportar otra noche en esta pequeña habitación con él, sin caer presa de sus imprudentes impulsos? Debía concentrarse en Jeremy, decidió finalmente Lucy. Piensa en él. Habla de él. Anima a Drake a hablar de él. Tal vez su espíritu galante ayudara a someter a los demonios licenciosos que amenazaban con dominarla.

Pasos de botas resonaron en el pasillo, deteniéndose ante la puerta. Con un ligero toque, Drake llamó: «¿Estás presentable?».

Eso, reflexionó ella con una mueca irónica, era una pregunta muy discutible. «Todavía estoy en la cama, si eso es lo que te estás preguntando. Sin embargo, estoy presentable. Puedes entrar».

Entró, mostrando una sonrisa triunfal y llevando un brasero de hierro achaparrado. «Esto puede evitar lo peor del frío, si puedo buscar suficiente carbón para alimentarlo».

Lo colocó en la esquina más alejada de la cama y luego comenzó a transportar otros artículos desde el pasillo.

«Esto no debería ocupar mucho espacio». Deslizó un pequeño baúl, parte de su equipaje del carruaje. «Puede funcionar como un asiento o una mesa. Puede que encuentres una muda de ropa en él».

Aunque sabía muy bien que solo contenía su ropa interior y su ropa de dormir, Lucy no lo dijo.

Tras el baúl venía una tetera, de la que salía vapor. A continuación, le siguió una palangana esmaltada abollada pero útil, junto con las mantas del carruaje.

«Anoche, dejé que los hombres tuvieran esto». Apiló las pesadas mantas a los pies de la cama. «Me temo que mi caridad estuvo fuera de lugar. Esta mañana me aseguraron que la taberna estaba bastante cálida. Unas cuantas jarras de cerveza caliente pueden mantener a un hombre tan abrigado como cualquier manta».

Lucy nunca había oído a Drake parlotear así. Tampoco estaba segura de qué hacer con la cordialidad forzada en su voz. La inquietó.

Emergiendo de su caparazón de abrigos y mantas, inspeccionó su modesta generosidad. «Fue una expedición rentable, por lo que veo».

Dejó la palangana encima del baúl y luego vertió una medida frugal de agua caliente de la

tetera. «¿Ha disminuido el frío desde anoche, o simplemente me he acostumbrado?».

Drake miró por la diminuta ventana enrejada. «El viento se ha desviado hacia el suroeste y ha convertido la nieve que cae en lluvia. Si sigue así, podríamos escapar de este lugar en uno o dos días más.

No podía disimular el entusiasmo en su voz, aunque lo intentara.

«Cuanto antes, mejor», murmuró Lucy en voz baja. Con un día de crecimiento de bigotes oscuros aún sin afeitar, Drake parecía peligrosamente atractivo. Era mejor que siguieran su camino, alojándose en casas majestuosas que ofrecieran las comodidades civilizadas de habitaciones separadas para marido y mujer.

Desesperada por distraerse de la idea de pasar otra noche en la cama con Drake, Lucy se lavó la cara con agua que se enfriaba rápidamente. «Cuéntame de Jeremy. ¿Cómo era de niño?».

Drake giró bruscamente desde la ventana. «No llegué a verlo mucho cuando era un niño pequeño. Yo estaba fuera en la escuela». Su voz adquirió un tono bien afinado. «¿Por qué lo preguntas?».

«No hay razón», Lucy se encogió de hombros, tratando de mantener su tono convincentemente casual. «Lo admiré desde lejos durante tanto tiempo, pero estuve cerca de él por tan poco tiempo. ¿No es natural que yo quiera saber sobre el padre de mi hijo? Eres la única persona que me puede proporcionar esa información. Cualquier otra persona podría sospechar de mis preguntas».

Ansiosa por desviar la atención de sus verdaderos motivos, preguntó: «¿Tu internado no tenía vacaciones para que no pudieras pasar tiempo con tu único hermano?».

«Oh, teníamos vacaciones. Simplemente, nunca me invitaron a pasarlas en Londres». Casi para sí mismo añadió: «Mi madrastra tenía poco interés en mí».

Durante todo ese largo y aburrido día mientras la lluvia derretía la nieve en las colinas de Derbyshire, Lucy insistió en preguntarle a Drake sobre su hermano. Cada vez que se le acababan las preguntas, recurría a contar la historia de su breve noviazgo con Jeremy. Como una distracción de sus deseos impúdicos, resultó ser un éxito mixto en el mejor de los casos.

CAPÍTULO CATORCE

Tal vez porque se había agotado durante la noche anterior, Lucy se quedó dormida antes de que la presión del cuerpo de Drake abrumara todos sus escrúpulos. Ahora era turno de él de retorcerse en la rejilla del deseo.

En el aumento de su tortura estaba su estado de desnudez. El tiempo se había vuelto templado y las brasas ardientes calentaban aún más la habitación. No había habido excusa para que durmieran completamente vestidos. Lucy sacó un camisón de su pequeño baúl, y le había dicho a su marido que le diera la espalda mientras ella se cambiaba para acostarse. Una vez que apagó la luz, Drake se quitó a regañadientes su chaleco, pantalones y las botas, para dormir con su camisa larga.

Ahora la maldita prenda seguía subiendo, exponiendo su trasero desnudo al roce ocasional de la mano de Lucy, una sensación que lo excitaba insoportablemente. Incluso a través del fino lino de su camisa, podía sentir el calor de su aliento cada vez que exhalaba. Su propia respiración se hizo más rápida. Pero el tormento más exquisito fue la presión suave y constante de su pecho deliciosamente maduro en la base de su caja torácica.

Cómo deseaba volverse y enterrar su cara en la hendidura entre los pechos de ella, llenando sus fosas nasales con su exuberante aroma femenino. Le dolían las manos por explorar cada delicioso centímetro de su cuerpo. Su paladar ansiaba el embriagador néctar de sus labios. Al amanecer, cuando ya no pudo soportarlo más, deliraba de necesidad.

¿Para qué fin? Podía sufrir, sangrar... incluso perecer por falta de ella. Lucy había dejado muy claro que prefería a su hermano muerto a cualquier hombre vivo. Especialmente él.

Nunca había hablado tanto de Jeremy como durante el día anterior. Tal vez él había estado constantemente en sus pensamientos durante todas estas semanas, pero se había abstenido de hablar de él al alcance del oído de los sirvientes de Silverthorne. Desde que se eliminó ese impedimento, le había mostrado a Drake dónde estaba su corazón, dónde siempre estaría.

En las profundidades más secretas de su propio corazón, ¿había abrigado la absurda esperanza de que ella pudiera olvidarse de Jeremy con el tiempo y volverse hacia él? Si era así, ¡había sido un tonto patético! Drake se reprendió a sí mismo mientras se vestía apresuradamente a la débil luz de un amanecer gris de invierno. ¿Veinticinco años no le habían enseñado nada? No había un alma en el mundo que no hubiera preferido a su apuesto y atractivo medio hermano antes que a él. Empezando por su padre... y terminando por su hijo, sin duda. De alguna manera, Drake supo, con amarga previsión, que no importaba cuán diligentemente trabajara para criar al hijo de Lucy, el niño inevitablemente llegaría a venerar la memoria de su supuesto tío.

Drake salió furtivamente de la posada y caminó sin rumbo fijo durante varias horas en medio de una niebla fría, hasta que su cuerpo febril se sintió benditamente entumecido. Al regresar a

The Black Cygnet pasado el mediodía, se unió a la compañía en la taberna, decidido a apagar las últimas brasas de su pasión por Lucy con la potente sidra del propietario.

Pero como cualquier hombre sabio sabe, las bebidas alcohólicas solo avivan el fuego.

LA VELA chisporroteó hasta su último suspiro intermitentemente en un charco de cera fundida. La habitación quedó sumida en la oscuridad, excepto por las últimas brasas brillantes en el brasero. Con un suspiro, Lucy reconoció lo obvio. Drake había decidido abandonarla en la noche en favor de una compañía más agradable.

Se había preocupado enfermizamente después de despertar y descubrir que él se había ido, cuando no había señales de él al mediodía. Mirando por la ventana, lo vio regresar a la posada. Se armó de valor para darle la reprimenda que se merecía por haberla asustado tanto, pero él no volvió a la habitación. Varias horas más tarde, desde la taberna de abajo, reconoció su distintiva voz de barítono resonante uniéndose al coro de una canción. Aún así, había asumido que él regresaría por la noche.

Moviéndose de lado a lado en la estrecha cama, Lucy se dijo a sí misma que se sentía bien tener espacio para moverse. Cuánto mejor dormiría sola, como solía hacer. No se vería obligada a luchar contra sus caprichosos deseos. Hacer que Drake durmiera en otro lugar era un arreglo mucho más satisfactorio, con la excepción de un detalle menor.

Lo deseaba más que nunca.

La pequeña y estrecha cama se sentía cavernosa y vacía sin Drake. A regañadientes, Lucy se admitió a sí misma cuánto había anhelado una última oportunidad de estar cerca de él.

Una pregunta inquietante se abrió paso en sus pensamientos. ¿Dónde estaría durmiendo Drake esta noche, si no con ella?

Si él estaba en la taberna, roncando en una silla de la esquina, ella podría aceptarlo. Pero, ¿y si había encontrado su camino hacia la cama de otra mujer? Era rico, con títulos y ferozmente atractivo a su manera. Muchas mujeres agradecerían incluso una relación fugaz con un hombre así.

¿Quizás era con la joven y elegante viuda varada aquí de camino a visitar a unos amigos en Melton Mowbray? ¿O la exuberante hija del posadero? A pesar de la afirmación de Drake de que le importaban poco las mujeres y su persistente falta de interés por ellas, Lucy sabía que los hombres tenían necesidades físicas que no podían negar por mucho tiempo. ¿Su contacto corporal durante las últimas dos noches había despertado un hambre adormecida dentro de él, como había despertado los deseos en ella?

Por fin cayó en un sopor irregular que no era del todo sueño. Pensamientos e imágenes pasaron por su mente en una espiral desconcertante. Varias veces despertó de las garras de un sueño tentador en el que Drake se acostaba y comenzaba a hacerle el amor.

Cuando escuchó pasos inseguros acercándose por el pasillo, una parte racional de su mente insistió en que debía estar soñando de nuevo, esta vez más vívidamente que nunca. Solo cuando la puerta se abrió para revelar la figura esbelta de Drake recortada contra la débil luz del pasillo, Lucy creyó que realmente estaba allí.

Entró a trompicones en la habitación, emanando vapores de sidra que Lucy podía oler incluso desde la cama. Temiendo que pudiera patear el brasero con su torpeza, salió de debajo de las cobijas.

«Ten cuidado», lo reprendió en un susurro, empujando la puerta para cerrarla. «¿En qué

estado estás!».

«Ah, Lucy.». Sus palabras arrastradas eran apenas inteligibles. Se apoyó en ella con tanta fuerza que casi cedió bajo su peso. «¿Me extrañaste en tu cama, mujercita?».

¿Lo había escuchado bien o estaba escuchando lo que quería escuchar en sus embriagantes divagaciones? No podía haber ninguna duda de las sensaciones que la invadieron cuando sintió sus manos a través de la ligera tela de su camisón. Durante los últimos dos días y noches, el deseo había saturado su ser como el aceite impregnando la yesca seca. La había dejado vulnerable a la más mínima chispa.

«Necesitas dormir». Se esforzó con todas sus fuerzas por ignorar las súplicas de su cuerpo. Su respiración era rápida y superficial. Sus extremidades temblaban para contener sus desenfundadas inclinaciones. «Vamos a quitarte el abrigo y las botas y aflojar tu cuello, para que no te estrangule».

De alguna manera se las arregló para despojarlo de su abrigo. Cuando él se tambaleó, ella lo atrapó en sus brazos, llevada al extremo por el delicioso cosquilleo de su barba sin afeitar contra su frente. Recordó el sabor de su beso en la noche de Navidad.

Ese no era el tipo de beso que ella quería de él ahora.

Sus dedos jugaron con la tela de su cuello mientras él se estabilizaba agarrándola por las caderas. Animada por alguna fuerza que desafiaba la lógica y el decoro, su mano temblorosa rozó su cuello al descubierto. Siguió hasta su esternón.

«¡Dios mío, Lucy, no me tientes!». Una súplica salió de sus labios. ¿O era una advertencia?

De repente, a ella no le importó. Había dejado atrás la piedad y las precauciones, atrapada en las potentes corrientes profundas del deseo prohibido. Su mano se deslizó hacia atrás por su cuello, enredando sus dedos en su cabello. Lo sintió aferrarse convulsivamente a la carne redondeada y sensible de su trasero.

Agarrando su cabello con fuerza salvaje, empujó su rostro hacia el de ella, asaltando sus labios. Él respondió, venciendo a un beso profundo y explorador que sabía a sidra caliente, dulce y embriagadora.

«Por favor», gimió incluso cuando sus labios asediaban su rostro. «Entiende... un hombre tiene necesidades... los derechos de un esposo».

Aunque escuchaba sus divagaciones apenas coherentes, Lucy estaba sorda a todo menos al rápido silbido de su respiración y al galope acelerado de su propio pulso. Él podría haberla tirado hacia abajo o ella podría haberlo empujado. Quizás ambos colapsaron bajo su imprudente asalto el uno al otro. Mientras Drake caía, agarró el cuello de su camisón. La tela se rasgó desde el cuello hasta el dobladillo con un chirrido agudo y extático.

Lucy jadeó cuando el aire fresco lamió su piel ardiente. Volvió a jadear cuando aterrizó encima de Drake y su muslo desnudo rozó el hierro tenso de su excitación. Lucharon el uno con el otro, rodando de lado hasta que él se cernió sobre ella. Su barbilla trazó un rastro incendiario sobre la plenitud dolorida de su pecho. Sus labios se abrieron y su lengua salió, deslizando sedientamente sobre el pico receptivo. En una oleada de urgencia angustiada y placer salvaje, Lucy gritó.

En ese instante, no podía imaginar mayor satisfacción que rendirse a su fuerza. Su cuerpo resonando con las sensaciones desatadas por sus voraces atenciones, se empujó contra él, devolviéndole beso tras voraz beso.

Como desde una gran distancia, Drake escuchó el grito frenético de Lucy. Por un momento, solo lo animó en su urgente búsqueda de liberación. Entonces, vagamente, sintió su lucha desesperada debajo de él. Incluso mientras inflamaba un antiguo impulso de dominio, una débil

voz en lo profundo de su corazón susurraba pidiendo moderación. ¿Y si lastimaba a Lucy o a la frágil vida que crecía dentro de ella? Ese pensamiento lo hizo retroceder del precipicio. Por mucho que deseara a esta mujer, no podía arriesgarse a hacerle daño a ella o al niño. Haciendo acopio de su última pizca de autocontrol, se liberó de ella. Mientras él salía de la habitación, los sollozos aterrorizados de ella perseguían sus pasos.

Los oídos de Drake no lo habían engañado.

Mientras se alejaba de ella, Lucy yacía en la cama, expuesta y vulnerable, llorando las lágrimas más amargas de su vida. En parte, eran lágrimas de miedo. Miedo de que ella podría haber dañado a su hijo por nacer mientras estaba presa de su pasión salvaje. En parte, eran lágrimas de disgusto consigo misma por traicionar la memoria de Jeremy. Más de lo que le importaba admitir, eran lágrimas de frustración.

Había estado corriendo hacia el borde de algún deleite inimaginable, lista para volar. Ahora, estaba vacía y sola, frustrada en su deseo. Acurrucándose en una bola apretada y protectora, mientras gemía el nombre de Drake.

Esta noche, por primera vez, había sucumbido a las demandas de la masculinidad lo suficiente como para admitir que ella lo *tentaba*. ¿Era así como él la veía, como una tentadora? Una que había atraído a su hermano a una alianza imprudente, y luego aprovechó el resultado de esa relación para obtener una unión ventajosa con él.

Qué maravilla que el vizconde rigurosamente moral considerara ensuciarse a sí mismo para acostarse con una mujer así, aunque fuera su esposa.

Sin embargo, había estado dispuesto, francamente ansioso, de hecho. Hasta que ella traicionó sus verdaderos valores respondiendo a sus avances con un deseo desenfrenado. Luego la apartó con repugnancia. Ahora nunca experimentaría la dicha que había vislumbrado vagamente en sus brazos.

¿Cómo diablos podría volver a enfrentarlo de nuevo?

A LA MAÑANA SIGUIENTE, su propio escalofrío sacudió la conciencia de Drake. Mirando a través de los párpados que no pudo abrir más que una rendija, se preguntó exactamente dónde estaba y cómo había llegado allí. El olor acre del estiércol de caballo fue su primera pista.

Trató de calmar el castañeteo de sus dientes, Drake se envolvió algo más apretado alrededor de la parte superior de su cuerpo. Evidentemente, eso había evitado que se congelara en la noche. Drake reconoció el tejido áspero de una manta de caballo: su segunda pista. La manta apestaba a sidra rancia y bilis. El olor hizo que su garganta se contrajera ominosamente. Drake recordó vagamente que la bilis probablemente era suya.

Así que había pasado la noche en el tosco suelo del establo, protegido únicamente por una apestosa manta de caballo. ¿Dónde estaba su abrigo? ¿Cómo había llegado al establo en primer lugar? Lo último que recordaba era haber pedido una sidra en la taberna. Drake trató de levantarse, pero la repentina explosión de dolor en su cabeza lo hizo caer de rodillas nuevamente. Madre de misericordia, ¿lo habrían asaltado y golpeado en su camino a la cama?

Cama.

El pensamiento envió un escalofrío a través de Drake más intenso que cualquiera causado por la helada de enero. Su estómago se revolvió mucho más que por su borrachera. Su cabeza giraba y latía alternativamente con recuerdos que hubiera preferido mantener a raya. Se negaban a retirarse dócilmente.

Recordó vagamente haber subido tambaleándose por la estrecha escalera trasera de la posada, el fuego en sus ingles conquistando toda razón. La habitación había estado a oscuras y Lucy dormía. Sin embargo, se había despertado y aproximado a él. Sus siguientes recuerdos eran una maraña caótica de sonidos, caricias... y sabores. Cuando el recuerdo de haber acariciado el pecho desnudo de Lucy volvió a él con provocativa claridad, Drake sintió que se endurecía.

Por un momento se concentró en recuperar cada sensación de su breve y frenético encuentro. Sin importar cuánto intentara saborear cada detalle sensual, no se podían negar los hechos sórdidos. Borracho como estaba, la había forzado, le había rasgado el camisón y la había arrojado sobre la cama. A pesar de su apasionada resistencia, había estado a punto de tomar a Lucy en contra de su voluntad. Incluso Jeremy, quien casualmente la había seducido y abandonado, no había sido un canalla tan asqueroso.

Oleadas de vergüenza apretaron las entrañas de Drake. Allí, en el suelo del establo de una posada rural de tercera categoría, el vizconde Silverthorne vomitó las últimas gotas de bilis de su estómago agitado.

«Un desperdicio de buena sidra, si no le importa que lo diga, mi señor», retumbó una voz alegre.

«Me importa que lo digas». Drake escupió, pero el sabor acre de la culpa se aferró a su lengua. «Me importa que alguien diga algo a ese volumen y con tan irritante buen humor. ¿Por qué no pareces afectado por lo de anoche?».

El imponente joven lacayo se quitó el abrigo y lo envolvió alrededor de su tembloroso amo. «No es que no estuviera agradecido por su hospitalidad. El posadero podrá retirarse con lo que le cobró. ¿Qué está haciendo aquí afuera en el frío, señor? ¿No pudo encontrar un recipiente para vomitar?».

«Si es algo de tu incumbencia, me equivoqué de camino hacia la cama. Pasé la noche aquí afuera».

«¿Debería ir a decirle a su señoría que lo encontré?», ofreció el chico con entusiasmo. «Seguro que se habrá preocupado de que no hubiera llegado a la cama».

«No te molestes». Drake se dirigió al patio a paso cauteloso. Sin duda, la única preocupación de Lucy era que él pudiera regresar en la noche para abalanzarse sobre ella de nuevo como una bestia enloquecida por el calor.

«Es hora de que salgamos de aquí. Dile a los demás que nos iremos tan pronto como pueda estar presentable».

El vestíbulo de entrada de *The Black Cygnet* hervía de actividad cuando Drake se aventuró a entrar. Claramente, los otros invitados no estaban de humor para quedarse cuando se presentaba una oportunidad de escapar. Montones tambaleantes de equipaje se apoyaban torpemente contra el revestimiento de madera, mientras sus dueños gritaban instrucciones a los sirvientes y molestaban al posadero para que les preparara sus cuentas.

Al ver a la esposa del posadero bajando las escaleras, Drake avanzó para encontrarse con ella. Con cada paso discordante, sus sienes palpitaban. Tanto como cualquiera de los huéspedes que luchaban por llamar la atención del propietario, quería alejarse de *The Black Cygnet* y sus vergonzosos recuerdos. Sin embargo, no podría aparecer en su próxima parada en su estado actual.

«Disculpe, señora». Se inclinó levemente ante la mujer de aspecto agobiado. «¿Puedo molestarla con el uso temporal de una habitación vacante?».

Se quitó un mechón de cabello deslucido de su amplia frente. «Haga su elección, milord, por supuesto. A este ritmo, toda la posada quedará vacía al mediodía».

Dicho eso, descendió hacia el bullicio en el vestíbulo de entrada.

Drake se volvió hacia su lacayo. «Trae mi maletín de cuero marrón del carruaje. Luego ve si puedes traerme un poco de agua caliente. Necesito lavarme, afeitarme y ropa limpia antes de volver al camino».

Eso era precisamente lo que necesitaba: jabón y agua hirviendo para purgar el hedor de la lujuria ebria de su cuerpo. Una cuchilla afilada como una navaja para afeitarse y dejar de parecer una devastadora bestia negra. Ropa limpia que no exudara un ligero olor tentador al aroma de Lucy. Tal vez si hiciera todo eso, podría empezar a olvidar lo que había hecho la noche anterior.

Tal vez incluso podría convencer a Lucy de que no recordaba sus acciones. Podría ser su única esperanza de retenerla.

Drake se estremeció ante la idea de volver a enfrentarse a ella y de la intimidad forzada de su viaje en carruaje en los días venideros.

Le devolvió al lacayo su abrigo. «Una vez que hayas hecho todo eso, ve y dile a mi esposa que se prepare para nuestra partida en dos horas».

Si el muchacho se preguntó por qué el vizconde Silverthorne no decidió entregar ese mensaje él mismo, tuvo el suficiente sentido común como para morderse la lengua.

CAPÍTULO QUINCE

Mientras su carruaje avanzaba por la carretera del Rey hacia Londres, Lucy sintió que el nudo de aprensión en su garganta aumentaba con cada kilómetro. Le robó una mirada a Drake, quien se recostó en el asiento frente a ella con los ojos cerrados. Solo estaba fingiendo dormir, sospechó. Posiblemente por la misma razón que había fingido una intensa curiosidad por leer las noticias del *The Spectator*. Ambos eran trucos útiles para evitar la conversación.

Apenas habían intercambiado una docena de palabras desde su abrupta partida de *The Black Cygnet*. En ese primer día, se había paralizado de terror ante cada mirada suya. Sabía que pronto la castigaría por su comportamiento licencioso. Tal vez iría aún más lejos. ¿Podría decidir que una criatura tan lasciva no tenía por qué criar a su heredero?

Desde el momento en que se dio cuenta de su condición, Lucy había evocado una imagen vívida de su futuro hijo. Sería rubio, como su padre, regordete y con hoyuelos, con suaves rizos dorados y una risa fácil. Durante un tiempo se había aferrado a esa visión como el único consuelo para su dolorido corazón. A medida que el dolor se aliviaba, había comenzado a amar al bebé de sus sueños por su propio bien.

Se imaginaba a sí misma radiante de orgullo pasándoselo a su abuelo en la pila bautismal de San Mawe. Sosteniéndose de los cordones de su abuelo mientras daba sus primeros pasos vacilantes en la guardería de Silverthorne. Manteniendo un paso lento en su caballo, mientras él trotaba a su lado en un robusto pony. Todavía faltaban meses para su nacimiento, pero ella ya lo cuidaba con feroz afecto maternal.

Últimamente, Drake había comenzado a figurar en sus dulces cavilaciones sobre el futuro, pero ahora se perfilaba como una posible amenaza. Sus entrañas se contrajeron cuando se dio cuenta de cuánto poder tenía él sobre ella y su hijo. Tres palabras volvieron a perseguir a Lucy. Palabras que apenas había escuchado presa de la pasión, con la única intención de aquietar los labios de Drake con los de ella.

Derechos de esposo.

En el calor de su deseo, podrían haber sonado como una invitación más seductora. A la fría luz del día, Lucy los reconoció como una terrible amenaza. Un esposo tenía derechos sobre la propiedad de la mujer, sobre su cuerpo, sobre sus hijos. Una esposa no tenía ninguno. Incluso el penoso derecho de disolver un matrimonio pertenecía únicamente al marido. Sin importar si abusaba de ella, la descuidaba o la traicionaba, ella era suya mientras él quisiera. Si ya no la deseaba, podía divorciarse de ella bajo cargos falsos de adulterio.

Lanzando una mirada furtiva al semblante cerrado y oscuro de Drake, Lucy deseó poder leer sus pensamientos. Cualquier cosa, para tener una idea de dónde estaba ella con él.

Gradualmente, la escena fuera de la ventana del carruaje captó su atención. Los edificios

ahora se agrupaban más densamente a lo largo de la carretera y el tráfico se había vuelto más pesado, particularmente en la dirección opuesta. A medida que la luz del día invernal se desvanecía y caía el crepúsculo, los vendedores del mercado y los ambulantes habían comenzado a regresar a sus casas, a pequeñas granjas en la periferia de la ciudad.

Drake abrió los ojos por fin, se ajustó la corbata y se aclaró la garganta.

Bajando la mirada con modestia, Lucy trató de tragarse el sabor cáustico del miedo en la boca. ¿Llegaría ahora, el estallido de ira que había estado temiendo durante los últimos tres días? En las majestuosas casas donde se habían detenido, sus anfitriones habían llevado la conversación con solo respuestas ocasionales de ella y Drake. Por miedo a despertar cualquier recuerdo dormido que pudiera tener de su última noche en *The Black Cygnet*, Lucy se había mordido la lengua. Solo podía adivinar lo que mantenía a Drake sin hablarle.

Su voz rompió el silencio con un tono ronco. «¿Confío en que no has olvidado tu promesa?».

Lucy se sintió palidecer. ¿Su promesa de nunca amarlo? Le había dado a Drake amplias razones para sospechar que había roto ese voto. ¿Cómo podría explicar que no fue el amor lo que la había hecho arrojar sobre él esa noche? Solo confirmaría su peor opinión sobre el carácter y la moral de ella.

Mientras buscaba desesperadamente las palabras, su carruaje se detuvo frente a una elegante casa en Grafton Square.

«¿Bien?», Drake sonaba impaciente por decir lo menos. «¿Todavía estás dispuesta a ayudarme a pagar a Phyllida por su intromisión jugando a los tortolitos?».

«¡Oh, esa promesa!». Una ola de alivio se apoderó de Lucy, casi tan intensa como la anterior ola de pánico. «Sí, claro».

Él tomó su mano mientras ella bajaba del carruaje, metiéndola de forma segura en la curva de su codo mientras subían los escalones hacia la entrada.

«Tendrás que soportar más que tu parte en todo esto», murmuró, de reojo. «No soy hábil en charlas de amor y cosas por el estilo. No tengo práctica».

«No será tan malo», Lucy finalmente encontró su voz. «Si te metes en problemas, finge que eres Jeremy y di lo que crees que diría».

«¿Qué harás cuando te encuentres en problemas?», Drake preguntó.

Lucy sintió que sus órganos vitales se anudaban. Su mayor problema sería mantener sus sentimientos por este hombre en el ámbito de la actuación.

Esforzándose por mantener su tono casual, respondió: «Voy a fingir que tú también eres Jeremy».

«¿TODAVÍA no hay señales de los recién casados?», Neville Strickland inspeccionó el salón de la casa de Drake a través de su monóculo, como si pudiera conjurarlos a fuerza de pura concentración. «¿Estás segura de que están en camino?».

Le dirigió a Phyllida una mirada levemente sospechosa.

«Tengo la carta de Drake». Agarró el papel como un talismán. «Está fechada hace más de quince días y escribió que planeaban partir de inmediato».

«¿No crees que les ha sucedido algo malo?». A pesar de su esfuerzo por fingir preocupación familiar, Neville no pudo censurar por completo una nota de alegre cálculo en su voz.

«Tal como estaban las cosas entre ellos cuando me fui de Silverthorne, no me sorprendería que se hicieran pedazos antes de llegar a Londres».

Por su sonrisa tonta, Neville tuvo la sensación de que Phyllida quería que él le diera una palmadita en la cabeza por un trabajo bien hecho. Forzó una sonrisa seca en respuesta. Su propia cabeza todavía latía en retribución por una alegre derrota en *Randall's* la noche anterior, agravada por las preocupantes atenciones de sus acreedores. Ante los informes del repentino matrimonio de su primo, la mayoría de ellos no ocultaban que consideraban sus expectativas como transitorias, en el mejor de los casos. Ya les enseñaría.

«Sigo diciendo que fue endiabladamente irresponsable de tu parte regresar a Londres sin ellos». Aunque se recordó a sí mismo que eran aliados, Neville no pudo resistir pinchar el aire hinchado de autosatisfacción de Phyllida.

Ella arrugó su larga nariz. «Eso está muy bien que tú lo digas. No fuiste tú el desterrado a ese desierto dejado de la mano de Dios, sin una pizca de sociedad adecuada y el grupo de sirvientes más ocioso e insolente. El pobre Reggie se estaba desvaneciendo por culpa de la espantosa comida».

Neville puso los ojos en blanco. ¿Podría su parcialidad maternal realmente considerar a esa especie de bollo con patas como la criatura frágil y sensible que ella decía que era?

«Además», Phyllida se volvió hacia la repisa de la chimenea y se ocupó de varias curiosidades, arreglándolas y reorganizándolas, «cuando me despedí de Silverthorne, Drake y Lucy apenas podían soportar verse el uno al otro. Con él enfrentando una convalecencia prolongada de sus heridas, puedes imaginar el estado de su temperamento. Como un tejón al que le duele la cabeza».

«En efecto». Neville esbozó una sonrisa, solo imaginando la escena. Su propio dolor de cabeza comenzó a disminuir. Quizás no todo estaba perdido.

«He hecho mi parte». Abandonando su preocupación por los objetos de la repisa, Phyllida se volvió hacia él. «Ahora, ¿no crees que es hora de que me cuentes sobre la tuya? ¿Qué brillante plan has tramado para enviar a nuestra joven vizcondesa huyendo al Continente?».

¿Podría confiarle esa información? Neville se preguntó mientras miraba dudoso a la viuda de su primo. Sus ojos saltones eran de un azul tan suave como siempre, pero él detectó una ligera inclinación de resolución en su pequeña barbilla puntiaguda.

«Con una condición. Tráeme un trago de coñac. Estoy sediento».

Con un suspiro de reproche, Phyllida se acercó a una mesa baja junto a la ventana y abrió una botella. Vertiendo una gota parsimoniosa en un vaso no más grande que un dedal, se lo entregó como lady Bountiful dispensando generosidad a los pobres.

Neville inhaló el aroma del coñac e hizo una mueca. Un brebaje de tan poca calidad apenas merecía que le dijera la hora del día.

«Oh, muy bien», espetó él en respuesta a su mirada expectante. «Si están tan enfrentados como dices, no debería ser difícil separarlos para siempre. Primero dejaré algunas insinuaciones bien ubicadas para asegurarme de que su señoría reciba una recepción muy fría en la sociedad londinense».

«¿Eso es todo?», Phyllida resopló. «La hija de un párroco rural logra atrapar a uno de los caballeros con título más ricos de Inglaterra y ¿crees que tú necesitarás instigar para que la eviten?».

Neville apuró su pequeña porción de coñac de un solo trago. «No dije que no sería difícil, pero debemos proceder con cautela. Ya sabes cómo a Drake le encanta defender a los desvalidos. Si se da cuenta de que su esposa está siendo perseguida, se quedará con ella a pesar de la *alta sociedad*. No. Debemos incitarla sutilmente para que cometa varias faltas de etiqueta. Quizás entonces nuestro querido primo vea cuán imprudente fue por su parte precipitarse en un

matrimonio con tal disparidad de cuna y fortuna».

«¿Podemos hacerle la vida lo suficientemente desagradable a Lucy como para que abandone la seguridad de un matrimonio rico?», Phyllida sonaba escéptica.

«Ahí es donde entra en juego la segunda fase de mi plan. Habiendo hecho que la vida con Drake sea bastante intolerable, debemos presentarle una alternativa superior».

«¿Qué tipo de alternativa?».

«Una alternativa joven, guapo y encantador, por supuesto. Mientras todos los demás la tratan con un desprecio helado, encontraremos un valiente caballero para darle a Lucy una recepción muy cálida».

Por un momento, Phyllida se quedó en blanco, como si sus palabras tuvieran dificultades para penetrar en su mente aletargada. Entonces una mirada de transparente admiración se apoderó de ella. «¡Oh, eso es ingenioso! ¿Tienes a alguien en mente?».

Neville no pudo resistir acicalarse un poco. La admiración, incluso de personas como Phyllida Strickland, era algo embriagador. La joven novia de Drake pronto lo descubriría, para su detrimento.

Inflando su corbata, respondió: «De hecho, yo ...».

El sonido de voces y pasos en la entrada detuvo sus palabras. Después de un golpe apresurado, el mayordomo apareció para anunciar la llegada del vizconde y de lady Silverthorne.

«Toma sus abrigos y muéstrales el camino, Moss. Luego, hazle saber a la cocinera que tendremos compañía para la cena». Phyllida miró a Neville. Una ceja pálida y fina se alzó y una sonrisa de regodeo se dibujó en la comisura de sus labios exangües. «¿Te nos unes?».

«¿Para dar la bienvenida a nuestros queridos primos a Londres?». Aunque su estómago se rebeló ante la mera noción de comida, Neville no pudo resistirse. «No perdería la oportunidad bajo ningún concepto. Creo que esto requiere una celebración. Moss, ¿por qué no registras el sótano en busca de una botella de clarete decente?».

Cuando el mayordomo miró a Lady Phyllida, ella asintió, aunque no antes de obsequiar a Neville con un ceño petulante. «Por favor, haz pasar al vizconde y a su esposa, Moss, *antes* de que vayas a hurgar en la bodega».

«Muy bien, señora».

Los viajeros pronto entraron sin verse peor por su largo viaje, por lo que Neville podía ver. Él y Drake intercambiaron un viril apretón de manos, mientras las damas se tocaban las mejillas con cautela.

«Qué tiempo han tardado en llegar aquí», se quejó Phyllida con Drake. «Estábamos empezando a preocuparnos».

Para un hombre que supuestamente estaba en desacuerdo con su esposa, Drake se mantenía cerca de ella mucho más de lo que a Neville le hubiera gustado. «Debo disculparme, prima Phyllida. ¿Mi carta creó la impresión de que llegaríamos directamente? Interrumpimos nuestro viaje visitando familiares en el camino».

Puso una mano en el hombro de Lucy. «Logramos tener una luna de miel retrasada».

«Oh», dijo Phyllida.

Cuando Drake comenzó a retirar la mano de su hombro, Lucy la atrapó y la sujetó entre las suyas. «Una tormenta de nieve nos dejó varados en Midlands durante unos días, pero no tuvimos ningún daño».

Volvió a mirar a su esposo y ambos intercambiaron una mirada que Neville no pudo descifrar. Sin embargo, notó el rubor que subió a las mejillas de Lucy. Notó algo más también. La novia de Drake era una potranca tremendamente atractiva. No lo había pensado así en el

momento de su boda. En ese momento, se había visto demasiado flacucha y pálida. Aunque todavía no estaba a la altura de su ideal rechoncha y coqueta, había adquirido un brillo indefinible, del tipo que podría derretir incluso un pilar de granito tan implacable como el vizconde Silverthorne.

Una oleada de pánico surgió en Neville.

«¿Hay tiempo para que nos lavemos y nos cambiemos antes de cenar?», Drake preguntó.

«¿Qué?». La pregunta despertó a Phyllida de su estupor. «Oh, por supuesto». Se afirmó su vida entera de halagar y ser anfitriona. «Ustedes son nuestros invitados de honor. Cenaremos a su conveniencia».

«Te olvidas, querida», espetó Neville. Toda su irritación acumulada con Phyllida estalló en llamas abiertas. «Drake es el amo de esta casa. Reggie y tú son los que viven aquí gracias a su tolerancia».

Ella le lanzó una mirada venenosa, sus delgados labios se dibujaron en una línea tan apretada que eran casi invisibles. «¿Nunca olvidas lo mucho que dependes *tú* de la caridad de Drake, Neville?».

«Vamos, primos». Drake se rió entre dientes con una cálida nota de diversión genuina, como nunca antes Neville había escuchado de él. «Puedo tener el título de propiedad. Sin embargo, dado que apenas vengo aquí una vez al año, incluso yo lo considero el hogar de Phyllida. Durante la duración de nuestra estadía, ella es nuestra anfitriona y nosotros somos sus invitados».

«Sus invitados de honor». Los ojos de Lucy brillaron con una especie de alegría que a Neville no le gustó ni entendió. Era como si los dos estuvieran al tanto de alguna broma que nadie más compartía.

«Si desean cambiarse para la cena, sus habitaciones están listas, como lo han estado durante casi quince días». Claramente, Phyllida no pudo resistirse a agujonearlos más en ese sentido. «He empapelado tu habitación desde la última vez que estuviste aquí, Drake. Lucy, te he asignado el dormitorio de la esquina oeste. Tiene una linda vista a la plaza».

«Supongo que los cuartos separados son una buena idea», Drake sonaba decepcionado. «Lucy se queja mucho de que me robo la mayor parte de las sábanas».

«¡Drake Strickland!». Su esposa le dio una palmada en el brazo con horror juguetón. «¿Qué cosa tan poco delicada de decir en compañía!».

Agarrándola por detrás, Drake envolvió sus brazos alrededor de Lucy apoyando su barbilla en la coronilla de su cabeza. «Neville y Phyllida son familia, cariño. Además, todo el mundo disculpa a los recién casados por su empalagoso cariño».

Neville apenas podía creer lo que veía. Sabía que la gente del campo supersticiosa hablaba de hadas que robaban niños y dejaban a los mutantes en su lugar. Se preguntó qué horda de elfos habría hecho falta para secuestrar a su primo. El hombre en esta habitación debía ser un impostor. Ninguna otra explicación podría dar cuenta de su comportamiento actual.

Acariciando la oreja de Lucy, Drake murmuró lo suficientemente fuerte como para que Neville lo captara: «No temas, mi ángel. No desconozco tanto esta casa como para no poder encontrar el camino en la oscuridad».

Presionando sus dedos en sus labios, Lucy protestó, «Debo sacarte de aquí, antes de que me avergüences más allá de la recuperación. La habitación del oeste suena bien, prima Phyllida. Gracias por venir antes a Londres y prepararnos una bienvenida tan cálida».

Ambos se alejaron cogidos del brazo, mirándose profundamente a los ojos. Susurrando y riendo juntos.

Cuando Neville consideró que estaban fuera del alcance del oído, se volvió hacia Phyllida.

«¡Me sorprende que no se hicieran pedazos el uno al otro en el viaje desde Nicholthwait, en un ataque de pasión! Si esa es tu idea de una pareja en desacuerdo, odiaría ver una pareja enamorada».

Phyllida se desplomó en el sofá, abanicándose la cara con la mano. «No eran así cuando me fui, eso te lo puedo asegurar. Apenas hablaban. No puedo pensar en lo que les ha pasado. Nunca he visto a Drake...».

«¿Sonreír?», siseó Neville. «¿Bromear? ¿Comportarse como un colegial enamorado? Quizá el golpe en la cabeza que recibió en esa mina le haya trastornado el juicio».

«¿Qué haremos ahora?», Phyllida gimió en su pañuelo. «¡Todo está perdido!».

«Estaré condenado si lo está». Neville paseaba furiosamente sobre la alfombra persa.

«Sé sensato», Phyllida se limpió la nariz rojiza. Era un espectáculo repugnante con esos ojos pálidos e hinchados y su tez cetrina llena de manchas. «Hemos perdido, si alguna vez tuvimos la oportunidad de ganar, en primer lugar. Estamos de vuelta donde empezamos antes de que Jeremy muriera».

«No exactamente. Hasta que esa potranca dé a luz, sigo siendo el heredero de mi prima. No es momento de perder los nervios. Debemos redoblar nuestros esfuerzos, aferrarnos a nuestro plan y llevarlo a cabo».

«¿Plan?». La palabra brotó de Phyllida como un hipo. «¿Conseguir que la alta sociedad la desaire y enviar a algún bribón para que la corteje?».

«No cualquier bribón». Neville jugueteó con su monóculo dándole vueltas y vueltas con los dedos mientras rebuscaba en su memoria caras y nombres. «Necesitamos al mismísimo príncipe de los bribones. Sin embargo, no será barato, si es que se deja tener. ¿Puedes echar mano de algo de dinero?».

«Eres tonto, Neville, si crees que voy a invertir medio centavo en este ridículo complot tuyo». Phyllida se sonó la nariz con bastante fuerza como para señalar el final de su discusión.

Neville se hundió en el sofá a su lado.

«Encontrarás el dinero», predijo en un suave tono burlón, «porque no podrás soportar la idea de que Reggie se incline y rinda pleitesía a los hijos de esa mujer y viva de su caridad».

Sus suaves rasgos se endurecieron. La piel de su rostro se tensó. Apretando su inocente pañuelo con fuerza, mantuvo sus ojos apartados de Neville, mirando al frente. Permaneció en silencio durante un rato, mientras él esperaba pacientemente la respuesta que sabía que llegaría.

«¿Cuanto necesitarás?».

DRAKE Y LUCY apenas habían subido la mitad de las escaleras cuando ella se llevó una mano a los labios en un vano esfuerzo por sofocar una carcajada incontrolable.

«¡Sssshh!», Drake señaló hacia la espalda rígida de la criada que caminaba varios pasos rápidos por delante de ellos.

«No puedo evitarlo», susurró Lucy. «¿Viste sus caras? Temía que a tu primo Neville le diera un ataque de apoplejía».

De repente, a Drake le resultó difícil contener su propia risa. Su corazón se alivió por primera vez en semanas. Se sintió bien.

«Los ojos de Phyllida, ¿alguna vez viste un sapo aplastado?».

Lucy casi se dobló en dos con un regocijo silencioso, tal vez sin darse cuenta de que él todavía sostenía su mano. Por un momento fugaz, el miedo siempre presente había desaparecido

de sus ojos. Drake sintió como si su corazón se hubiera escapado de algún lugar oscuro y sofocante. Casi se entusiasmó con Phyllida y Neville por hacer necesaria esta artimaña.

«Tuviste una actuación de lo más convincente». Cuando se inclinó para susurrar el cumplido, un mechón suelto del cabello de Lucy le rozó la mejilla. Drake nunca había sido alcanzado por un rayo, pero en ese momento pudo imaginar cómo se sentiría.

Ella volvió su mirada hacia él, sus ojos brillando con alegría traviesa y un toque de calidez que lo atravesó hasta el centro. «Tú, en cambio, exageraste demasiado. Puede que me sonroje de nuevo al recordarlo: ¡probar las sábanas de la cama!».

«Me parece recordar que te quejaste de algo así después de nuestra primera noche en *The Black Cygnet*». En el instante en que las palabras salieron de su boca, Drake deseó recordarlas.

Lucy se puso rígida y desvió la mirada.

Afortunadamente, en ese momento llegaron a su dormitorio. Después de un breve intercambio de coqueteos organizado en beneficio de la criada de Phyllida, se despidieron para vestirse para la cena.

Mientras Drake se lavaba y se cambiaba de ropa, su pulso se aceleró en anticipación a la comida. Lucy podría estar preparada para ignorar o excusar su escandalosa conducta en *The Black Cygnet*, pero claramente no lo había olvidado. En las próximas semanas, debía hacer todo lo que estuviera a su alcance para persuadirla de que no representara una amenaza.

Se pasó un dedo por la mejilla, donde el simple roce de su cabello lo había marcado. ¿Sería capaz de enfrentar este desafío?

CAPÍTULO DIECISÉIS

Desde su asiento en la esquina de una tranquila sala de recepción en *Almack's*, Lucy levantó su abanico y lo agitó con desánimo.

El propósito de su acción era doble. Primero, para enfriar un rubor brillante que ardía en sus mejillas. En segundo lugar, hacerla lo más discreta posible. Esta noche era su primera *salida* verdadera desde que llegaron a Londres. Si fuera una muestra de lo que podía esperar durante la duración de su estadía, este sería un invierno muy largo.

Drake había presentado su atento espectáculo de antemano para el beneficio de Phyllida. A su llegada, él la había presentado obedientemente a las Damas Patronas, quienes la recibieron con una cordialidad efusiva que apenas ocultaba sus ojos depredadores. Después de un solo baile rígido, él se alejó para hablar con un conocido político, y la abandonó al acompañamiento de lady Phyllida.

En la hora que siguió, Lucy había descubierto el castigo por atreverse a entrometerse en una clase en la que no había nacido. Todo el mundo había sido infaliblemente cortés. Sin embargo, detrás de su fachada educada, la habían hecho pasar por una serie de preguntas que parecían inocentes calculadas para hacerla tropezar y bromas que ella no comprendía. Todo el tiempo habían observado y juzgado, declarando su opinión sobre ella sutilmente con una ceja levantada o el destello de una aristocrática nariz.

Más que nada, deseaba huir de sus civilizados acosos y no aventurarse nunca más en la sociedad londinense. Todo lo que la detuvo fue el pensamiento de su hijo... y su marido. Estas personas representaban el futuro de su hijo y ella tenía la intención de ganárselas. Esta noche no era el momento de empezar. Dejaría que se hartaran de mirar, reír y criticar a sus espaldas. Si se comportaba modestamente, algunos de ellos podrían ceder más adelante.

«Mi querida lady Gaveston, buenas noches». Una voz suave y masculina saludó a la antigua relación de Drake, a quien Lucy se había unido. «¡Qué agradable sorpresa encontrarla en la ciudad! Confío en que Godfrey y Horace estén bien».

«¿Eh? ¿Qué dices?». Su señoría inclinó una oreja poco receptiva al caballero que se había sentado a su lado.

«Sus sobrinos». Pronunció las palabras lentamente y a gran volumen. «Godfrey y Horace, ¿están bien, espero?».

Mirando al interrogador con una mirada acuosa, lady Gaveston respondió bruscamente: «Floreciendo, como todos los bribones».

Él recibió su comentario irritable con una ráfaga de risa libre y amable. «¡Querida señora, tan ingeniosa como siempre!».

Bajando su abanico uno o dos grados, Lucy examinó al caballero que tan agradablemente

había logrado entablar una conversación con una anciana abandonada. Primero vio una bien arreglada cabellera rubia ceniza y cejas expresivas en un tono más oscuro. Luego, un atractivo par de claros y sinceros ojos azules.

Mientras Lucy observaba, él miró en su dirección, atrapándola con una mirada de evidente admiración.

Sonrojándose, levantó bruscamente el abanico y agachó la cabeza.

«Juro, Lady Gaveston, que el inesperado placer de nuestro encuentro ha alterado bastante mis modales. Me temo que he escapado a la felicidad de una presentación a su encantadora compañera».

«Oh, esta chiquilla. Es la novia de Silverthorne».

Respondió en voz tan baja que Lucy supo que no tenía la intención de pronunciar las palabras para lady Gaveston. «¿Tiene la nueva vizcondesa un nombre propio?».

Dejando caer de nuevo su abanico, marcó su nariz recta y esbelta y su amplia y franca sonrisa.

«Lucy», murmuró ella.

«Lucy», repitió él, demorándose en su nombre como si saboreara su sabor en la lengua. «*Más alegres que el rubor de las rosas son las glorias en su rostro.* Considero una grave desgracia para la compañía que nuestro más bello adorno se oculte en un rincón sombrío y silencioso. ¿Me concedería el honor de un baile? Siento que es mi deber exhibir más sus encantos».

Lucía vaciló. «Soy una mujer casada, señor. ¿No debería estar bailando con las debutantes?».

«Al contrario, querida señora». Una sombra de tristeza melancólica oscureció sus ojos azul claro. «Verá, recientemente he sufrido una gran decepción en el amor».

Su corazón se llenó de simpatía por el pesadoso tono de su voz.

«Este es mi primer compromiso social desde que sucedió», continuó. «No podría soportar arriesgar mis afectos vulnerables tan pronto otra vez».

Sonrió él con valentía. «Sin embargo, disfruto un baile. Una mujer casada como usted sería la pareja ideal».

«Supongo...», Lucy miró a Lady Gaveston, lista para preguntarle si se opondría a que la abandonara.

Ella descubrió que su compañera se había sumido en un tranquilo sueño. El sentido común sugería que sería prudente no molestar a su señoría.

«Se lo suplico encarecidamente, querida señora. Tenga piedad de un hombre con el corazón roto. Dispénsese el favor de brindarle unos momentos preciosos de distracción de su dolor».

Extendiendo su mano, Lucy sonrió. «Considero su invitación tan valiosa, como considere mi aceptación, señor».

«Entonces, sea tan amable como hermosa, lady Silverthorne. Su esposo es un hombre afortunado en verdad».

Lucy se mordió el labio. «Usted puede ser la única persona presente que tiene esa opinión, señor».

Notando las miradas de censura que siguieron su progreso hacia la pista de baile, explicó: «Quizás no ha oído hablar de mis orígenes. Mi padre es un simple vicario rural en el Distrito de los Lagos. Estoy bastante desprovista de fortuna o conexiones aristocráticas. No tengo nada que me recomiende como esposa de Su Señoría».

Se detuvieron un momento antes de unirse a los otros bailarines que se agrupaban para el baile grupal de “Sir Roger de Coverley”. [Nota de la T.: *El baile de Sir Roger de Coverley, es un baile de origen inglés realizado en línea o en círculos, donde siguen patrones específicos de*

pasos y cambios de pareja]

«¡Disparates! No reconozco fortuna sino abundante ingenio y ninguna nobleza, excepto la del entendimiento superior».

Respaldada por las encantadoras palabras tranquilizadoras de su pareja, Lucy se adentró en la pista con la cabeza en alto. La nueva ligereza de su corazón pronto se transmitió a sus pies. Casi antes de que se diera cuenta, había ejecutado tres bailes diferentes con una confianza y una alegría cada vez mayores. Cuando la música concluyó para el tercero, protestó por la necesidad de sobresalir y tomar una bebida antes de continuar.

«¡Qué desconsiderado por mi parte, querida lady Silverthorne! Por favor, déjeme traerle una copa de ponche. No puedo recordar cuándo fue la última vez que cometí tal falta de modales. Solo puedo alegar que disfruto de su compañía y que me enorgullece acompañarla durante este breve tiempo».

Lucy se apresuró a asegurarle que ella también había disfrutado de sus bailes. No prestó la menor atención a lady Phyllida hasta que la prima de Drake apareció de repente justo frente a ella.

«Disfrutando de tu primera noche en sociedad por lo que veo. Pensar en cómo te resististe a venir a Londres. No tenía idea de que fueras una bailarina tan talentosa».

«Hay salones de baile incluso en las tierras salvajes de Westmorland, prima Phyllida», respondió Lucy con un tono bromista nacido de su nueva confianza.

«Supongo que sí, pero ¿encuentras muchas parejas tan agradables como la actual? No creo que nos hayamos conocido. ¿Me harías la amabilidad de presentarme?».

«Por supuesto. Lady Phyllida Strickland, ¿puedo presentarle a...?». Saqueando su memoria en busca de un nombre, Lucy se dio cuenta con horror de que no tenía la menor idea de la identidad de su pareja. «Yo... este...».

Ese instante de mortificación se alargó interminablemente. ¿Cómo podía haber cometido semejante locura? ¿Bailar, no una sino tres veces, con un hombre al que no le habían hecho una presentación adecuada?

Mientras Lucy tartamudeaba y enrojecía, tratando desesperadamente de contener un estallido de lágrimas que completaría su humillación, su pareja habló. Sus palabras fueron las más dulces que había escuchado en mucho tiempo.

«Me temo que la emoción de la noche ha afectado la memoria de lady Silverthorne. Soy mucho menos importante que la mayoría de las personas que ha conocido esta noche. Mi vieja amiga, lady Gaveston tuvo la amabilidad de presentarnos. Soy Eugene Dalrymple. Quizás haya oído hablar de mi tía, la duquesa de Swansea».

El caballero miró a Lucy mientras se inclinaba sobre la mano de Phyllida. La alegría brilló en sus ojos azules. Intercambiaron una mirada de tal intimidad que Lucy no se atrevió a sostenerla.

«Señor Dalrymple, por supuesto», exclamó Phyllida. «¿Quién no ha oído hablar de su tía? ¿Está en el extranjero, creo?».

«Ciertamente, lady Phyllida. Qué amable de su parte preguntar. Se ha instalado en Nápoles, donde el clima se adapta mejor a su delicada salud. Estoy en Londres temporalmente para supervisar sus asuntos, pero espero reunirme con ella pronto».

«La duquesa es afortunada de tener un sobrino tan devoto».

El Sr. Dalrymple asintió hacia Lucy. «Su familia es afortunada de haber ganado una adición tan encantadora».

Lady Phyllida le dio una sonrisa fugaz y poco sincera incluso para sus estándares habituales. «¿Adónde se ha metido Drake, Lucy? Ha sido negligente en sus deberes como novio atento».

Una vez más, el galante Sr. Dalrymple saltó al rescate de Lucy. «¿El vizconde Silverthorne? Vaya, lo vi hace un rato, enfrascado en una conversación con lord Lonsdale. Asuntos parlamentarios urgentes por lo que parece. Su señoría me pidió que lo sustituyera en la pista de baile, hasta que pudiera salirse de la conversación».

Lucy estaba segura de que Drake no había hecho nada por el estilo. Sin embargo, la explicación pareció apaciguar a Phyllida, así como a varios intrusos descarados cercanos. Mientras bebía su ponche y se reía con admiración de las divertidas historias del Sr. Dalrymple, le llamó la atención su similitud con Jeremy en apariencia y modales. ¿Por qué entonces su corazón se aceleró solo cuando Drake apareció detrás del hombre más joven, como un cuervo que se cernía sobre un jilguero?

«Es hora de que nos vayamos», anunció. Solo para los oídos de Lucy, murmuró: «Te has convertido en un espectáculo suficiente por una noche».

Ignorando el brazo que él le tendía con rigidez, Lucy se volvió hacia Eugene Dalrymple. «Gracias por tomarse tantas molestias para hacerme sentir bienvenida, señor. Espero que podamos encontrarnos de nuevo mientras ambos estemos en Londres».

Él se llevó la mano de ella a sus labios durante un segundo más de lo que dictaba el decoro. «Lo espero con el mayor placer, querida señora».

Mientras Lucy y Drake se acomodaban en el carruaje para su viaje de regreso a Grafton Square, un controvertido silencio cayó entre ellos.

Entonces Drake habló. «No tendrás nada más que ver con ese hombre».

«¿Disculpa? Incluso tú no podrías ser tan insensible como para advertirme que me aleje de la única persona en Londres que me ha dado una sincera bienvenida».

«¿Sincera?», Drake exhaló un suspiro burlón. «No confiaría en él para deletrear la palabra».

«¿Qué cínico eres!», Lucy se erizó. «Si quieres saberlo, bailé con el señor Dalrymple por lástima. El pobre hombre ha sufrido recientemente una decepción romántica y no podía soportar bailar con ninguna de las damas elegibles tan pronto».

«¡Tonterías!», Drake miró fijamente el abdomen de Lucy. Su ligero abultamiento era más notorio cuando se sentaba. «Harías bien en el futuro no tragarte todas las historias que te cuenta cualquier galán».

Su malintencionado comentario encendió semanas de emociones hirvientes y combustibles dentro de ella. «Harías bien en no actuar como un marido celoso. La pose no te sienta bien».

«¿Celoso?», Drake exclamó. «¡De todos los absurdos!».

«Precisamente», Lucy luchó por apagar un atisbo de decepción por el hecho de que él hubiera negado su acusación con tanta fuerza. «Hicimos un voto, si recuerdas, un acuerdo previo de nunca estropear nuestra relación con celos infundados. Bajo esos términos creo que estoy en mi derecho de disfrutar de un baile inocente con un caballero tan agradable cada vez que nuestros caminos se crucen. No es como si estuviera concediendo ningún favor que ansías de mí».

Lo que fuera que Drake pretendiera responder, no tuvo la oportunidad. En ese momento su carruaje se detuvo ante el número 17 de Grafton Square. Para el beneficio de los sirvientes que pudieran estar mirando, Lucy lo tomó del brazo cuando se apearon del carruaje.

Cuando por fin llegaron a la puerta de su dormitorio, Lucy vaciló. «¿Quieres...? ¿Tú...?».

Desde su llegada a Londres, Drake había tenido la costumbre de visitarla un rato antes de retirarse a su propia cama. Según había declarado, la expresión en el rostro de Phyllida valía cualquier precio en sueño perdido. A pesar de la persistente tentación de lanzarse sobre él, Lucy había llegado a disfrutar de estas conversaciones tranquilas en la habitación a oscuras. Esta

podría ser la oportunidad perfecta para resolver su tonta disputa sobre el Sr. Dalrymple.

Con sus rasgos oscuros como una máscara impenetrable, Drake negó con la cabeza con decisión. «He tenido suficientes dramatizaciones para el resto de mi vida».

Con eso, giró sobre sus talones y se alejó a grandes zancadas.

DRAKE APENAS LLEGÓ al santuario de su dormitorio cuando sus miembros comenzaron a temblar violentamente. Era tan malo que no podía desatar su culata ni quitarse las botas. Incapaz de desvestirse, se paseó por la habitación. Recordó vívidamente cómo Lucy le había abofeteado en su noche de bodas. Ese pinchazo momentáneo no fue nada comparado con el golpe que acababa de darle.

“*No es como si estuviera concediendo ningún favor que ansías de mí*”. Sus palabras desgarraron su corazón como las puntas anudadas de un látigo.

¿No tenía idea de lo que él anhelaba después de su tumultuosa noche en *The Black Cygnet*? La anhelaba en cuerpo, corazón y alma. Como un famélico ansía pan o un hombre que se ahoga anhelando su próxima bocanada de aire. Ese anhelo lo carcomía más ferozmente con cada día que pasaba... y cada noche. Esa noche, mientras contemplaba al suave dandi Dalrymple, se deleitaba en una mesa de la que apenas había probado una migaja, Drake temió que ese deseo lo devorara por completo.

LUCY SE ASOMÓ desde la alcoba de la sala de estar, entrecerrando los ojos en el reloj de la repisa. Pronto sería el momento de vestirse para la fiesta de teatro de esta noche. Una buena marmita de pescado en la que ella misma se había metido, como diría la señora Maberley.

Ocupada en escribir una carta a su padre, apenas había escuchado a Phyllida y sus amigas entrar en la parte principal de la habitación. Temiendo que la invitaran a unirse a ellas si se presentaba, Lucy siguió escribiendo. Le preocupaba poco que el suave rasgueo de su bolígrafo se escuchara por encima de su estridente parloteo.

Sin embargo, a medida que avanzaba la tarde, habían llegado más invitados. Mucho tiempo después de haber terminado su carta, Lucy ahora estaba demasiado avergonzada para salir y admitir que había estado allí todo el tiempo, escuchando a escondidas algunos chismes bastante escandalosos. Poco a poco, Phyllida había pedido que les sirvieran una copa de clarete. El nivel de la conversación se hundió aún más.

«Escuché que Lady Hargreaves finalmente está embarazada», dijo una de las mujeres. «En “White’s” están apostando cinco a uno que la descendencia no es de su señoría».

«Pronto tendré que retirarme de la sociedad... otra vez», suspiró otra miembro del grupo.

Su comentario provocó algunas risas y muchos ruidosos comentarios de comprensión.

«¿Spenser no te da paz?», preguntó alguien, con sus palabras claramente entrecortadas. «Simplemente debes encontrarle una amante».

«¡Bah, son una molestia!».

Más risas.

«Espera a que nazca este, por lo menos. Si eres como yo, es posible que disfrutes más de sus atenciones».

Hubo uno o dos jadeos de fingido horror ante la falta de delicadeza del comentario. Uno de los cuales, Lucy estaba segura de que provenía de Phyllida».

«Debo decir», se rió entre dientes la futura madre. «Soy bastante descarada. ¡Si mi marido se ausenta más de un día o dos, empiezo a lanzar miradas codiciosas a los lacayos!».

No pasó mucho tiempo antes de que todas comenzaran a contar historias sobre el desenfreno provocado por sus embarazos. Incluso Phyllida, para sorpresa de Lucy. Todavía estaban hablando del tema cuando el reloj del campanario de una iglesia cercana dio la hora.

«Oh, ¿escucharon eso?», Phyllida chilló. «Son las seis ya y esta noche iremos al Covent Garden».

Las otras damas también exclamaron sobre lo tarde de la hora. Uno eructó ruidosamente.

Antes de que Lucy se diera cuenta, estaba de nuevo sola en la sala de estar. Después de esperar un momento para asegurarse de que nadie regresaría, se fue rápidamente a su dormitorio donde comenzó a vestirse para el teatro.

Se quitó el camisón y dejó que su mano descansara un momento contra la suave curvatura de su vientre. Una sonrisa astuta ondeó en sus labios.

En un susurro, se dirigió a su hijo por nacer. «Así que eres responsable de los sentimientos traviesos que he desarrollado hacia tu papá».

Ella se detuvo. Drake no era el padre de su hijo. ¡Qué tontería decir eso! Este bebé era todo lo que le quedaba de Jeremy. Viviría en su hijo. ¿Cómo podía negarle en el secreto de sus pensamientos más privados, el único lugar en el que tenía la libertad de reconocer la verdadera paternidad de su bebé?

Aun así, fue un alivio comprender por fin el origen de su peligrosa preocupación por Drake. Si lo que había oído por casualidad era cierto, sus deseos desenfrenados eran simplemente otro molesto síntoma de su embarazo. Como la bilis de esos primeros meses o las ansias de alimentos extraños que aún la acosaban por momentos. Deslizándose apresuradamente en un vestido nuevo, se rió de su propia estupidez. ¿Cómo podía haber imaginado que era algo más serio que eso?

Casi volvió a reírse cuando encontró a Drake en la entrada, esperándola con impaciencia.

«Llegué a casa hace menos de veinte minutos desde Westminster», se enfureció, tamborileando con los dedos sobre la balaustrada. «Sin embargo, me las he arreglado para lavarme, afeitarme y ponerme ropa de noche. Mientras que ustedes, señoras, han tenido todo el día para ponerse sus cursilerías, y ahora corremos el peligro de que lleguemos tarde».

Ni una sola palabra recibió sobre su vestido nuevo o cómo las cintas amarillas del cabello resaltaban el color de sus ojos. Lucy reprimió una sonrisa mientras Drake sostenía rígidamente su abrigo. ¿Cómo había podido imaginarse ella misma albergando tiernos sentimientos por este hombre brusco y taciturno? Sin embargo, cuando el dorso de su mano rozó la carne sensible de la parte superior de su brazo, una extraña energía al rojo vivo surgió entre ellos.

Para consternación de Lucy, esa noche apenas podía mantener la vista en el escenario de Covent Garden para una animada producción de *“A School for Scandal”*. Una y otra vez descubrió que su mirada se desviaba hacia el perfil nítido de Drake o se detenía en sus manos fuertes y bien formadas. Con la certeza de que su interés no tenía un significado más profundo, aprovechó esta rara oportunidad para disfrutarlo por completo.

Recordó el contraste sensual de la barbilla sin afeitar de Drake raspando la carne sensible de su pecho, seguido por el cosquilleo embriagador de sus patillas. Sus pensamientos errantes se detuvieron en el primer momento en que se sintió levantada en los brazos de Drake. Aunque apenas lo notó en ese momento, Lucy ahora recordó que nunca se había sentido tan

completamente vulnerable, pero tan perfectamente segura.

Cuando el público estalló en aplausos al final del tercer acto, Lucy se sobresaltó. Afanosamente, agitó su abanico para enfriar el rubor lascivo que le escocía en las mejillas. No se dio cuenta de que el ujier entraba en su palco hasta que sostuvo una tarjeta doblada frente a ella.

Antes de que pudiera tocar el papel, Drake se lo arrebató. Después de una simple mirada, lo arrojó sobre su regazo sin una palabra ni una mirada.

«Es del caballero de enfrente, con cumplidos». El ujier asintió hacia un palco en el lado opuesto del escenario.

Al levantar la vista, Lucy vio que el señor Dalrymple intentaba ansiosamente llamar su atención. Cuando se dio cuenta de que había tenido éxito, sonrió ampliamente e hizo una reverencia. Ella asintió brevemente en respuesta y luego miró su nota.

Su vibrante belleza eclipsa incluso lo mejor que Covent Garden tiene para ofrecer, declaraba en un guion con elegante caligrafía.

De alguna manera, Lucy no pudo evocar la emoción que un cumplido tan galante debería haber provocado. En verdad, se había vuelto un poco impaciente con las constantes atenciones del Sr. Dalrymple. Al fin y al cabo, era una mujer casada con una reputación a tener en cuenta. No es que hubiera sobrepasado los límites de la decencia... todavía. Esta nota estaba peligrosamente cerca.

Si tan solo Drake no hubiera jugado al tirano y le hubiera advertido que se alejara del caballero, ella nunca lo habría alentado en primer lugar. Lucy reprimió un suspiro de exasperación. Por lo que ella podía decir, a Drake ya no le importaba con quién se relacionaba. Pasaba todo el día fuera de casa, por negocios o en la Cámara de los Lores, había dejado de fingir afecto, incluso por el gusto de provocar a Phyllida.

Durante sus veladas en los diversos salones y bailes que precedían a la temporada, él la dejaba sola. Si Eugene Dalrymple no hubiera acudido en su rescate tan continuamente, habría pasado por un momento muy triste. Lucy se reprendió a sí misma por no apreciar su amabilidad. Mirando de nuevo al joven, le dedicó su más cálida sonrisa.

Cuando se reanudó la obra, notó que la mirada de Drake nunca se apartaba del escenario. Poco a poco, se dio cuenta de algo más. Una actriz seguía mirando su palco.

«Prima Phyllida», susurró Lucy. «¿Quién interpreta el papel de lady Teazle?».

«Dios mío, ¿no sabes nada? Esa es la Sra. Beaumont. Es la actriz más célebre del país después de la Sra. Siddons».

«Es muy hermosa».

«Vaya que lo es. Dicen que tiene su elección de caballeros. Se arremolinan a su alrededor como polillas a una vela».

Una vez más, Lucy atrapó a la actriz mirándolos... a Drake. Se obligó a sonreír y agitar su abanico. En realidad, era una idea demasiado ridícula incluso para considerarla. Aun así, un escalofrío de aprensión se alojó en su corazón.

CAPÍTULO DIECISIETE

Una semana después de la fiesta del teatro, Drake vaciló para entrar en el umbral del dormitorio de su abuela, dejando que sus ojos se acostumbraran a la penumbra.

«¿Estás despierta, abuela? Puedes dejar de fingir que estás enferma. Estoy solo aquí».

Aspiró varias bocanadas rápidas del denso y viciado aire, ligeramente perfumado con el aroma de los pétalos de rosa disecados. Al no recibir respuesta a su pregunta susurrada, retrocedió hacia la puerta.

«¿Francis?». Las sombras más profundas en la cabecera de la cama se agitaron ligeramente. «¿Eres tú, querido?».

Tal vez después de todo no había estado haciendo una actuación, reflexionó Drake. Nunca había escuchado la voz de su abuela tan suave, tan cariñosa. Y en toda su vida, nadie se había atrevido a llamarlo por su nombre de pila.

Con pasos vacilantes, se adentró en la habitación. Habría dado la mitad de su fortuna por la libertad de recorrer las cortinas y levantar el marco de la ventana. «Sí, abuela. Soy Drake. He venido a visitarte. Solo».

Desde su llegada a Londres, Lucy y él venían a visitarlo al menos una vez por semana, a menudo acompañados de Phyllida o Neville. Drake se dio cuenta desde el principio de que la marquesa no estaba enferma en lo más mínimo. Por eso había venido solo hoy, decidido a descubrir qué había detrás de su farsa.

«¿Drake? Sonabas tan parecido a tu abuelo. Solo por un momento...». Sus palabras se desvanecieron melancólicamente, pero pronto se recuperó. «Bueno, me alegro por fin de tenerte solo para mí. Tenemos que hablar, tú y yo».

Esto sonaba más como la mujer que conocía. Acercando una silla a la cama, Drake tomó asiento.

Antes de que pudiera plantear alguna de las preguntas que había venido a hacer, su abuela lo desconcertó con una propia. «¿Cómo te va con este honesto acuerdo comercial que llamas matrimonio?».

Sus palabras golpearon a Drake como un sólido golpe en el estómago. Durante sus visitas anteriores, su abuela había mantenido una fachada fría pero dolorosamente correcta. Aunque apenas reconocía la presencia de Lucy, al menos se había abstenido de abierta hostilidad. Debería haber sabido que no podía durar.

«No es lo que esperaba». No era mentira. Entonces, ¿por qué le resultaba tan difícil encontrarse con la mirada perspicaz de su abuela?

«Pero no por desagradable», se apresuró a añadir.

«No por desagradable». La marquesa se rió entre dientes, como un susurro seco como una

brisa de otoño que agita las hojas caídas. «Eres como tu abuelo y te pareces más a él cada día. Nunca encontré a otro como él, aunque no por falta de intentos. Es muy hermosa esta esposa tuya».

No era una pregunta, pero Drake se sintió obligado a responder de todos modos. «Eso es un eufemismo».

«¿Lo es? ¿Cómo la describirías entonces?».

«Le estás preguntando al hermano equivocado», respondió Drake con un suspiro triste. «Jeremy podría haber encontrado las palabras adecuadas para hacerle justicia. No tengo esa alegre facilidad».

La marquesa extendió una diminuta e indomable mano y la posó sobre la de Drake. «No, no la tienes, muchacho. Y no es nada malo, tampoco. En estos días, el mundo está lleno de jugadores y poetas y se necesitan más hombres de corazón y hechos».

Esto realmente dejó a Drake sin palabras. Su abuela nunca le había hablado con tanta aprobación, casi con cariño. Saboreó la suavidad desacostumbrada de su toque.

«Así que, mis viejos ojos llenos de deseos no me han engañado. Has llegado a amar a esta chica. Eso es lo que no esperabas del matrimonio».

Todas las defensas de Drake se erizaron. Saltó de su asiento y comenzó a caminar por la habitación.

«¿Por qué te importa?». La atmósfera lo sofocaba más con cada respiración que tomaba. «Después de la forma en que te opusiste a mi matrimonio, lo último que esperaba de ti era un interrogatorio completo sobre el tema. ¿Por qué fingiste esta enfermedad para atraernos a Londres?».

«¡Siéntate y compórtate, Francis Drake Strickland! Por supuesto que desaprobé que salieras corriendo de la mesa de la cena y aparecieras en el desayuno comprometido. ¿Qué iba a pensar, sino que habías caído presa de una cazadora de fortunas? Cuando me enteré del carácter de tu novia, naturalmente quise ver la verdad por mí misma y cerrar la brecha entre nosotros. Puede que no lo creas, querido muchacho, pero quería verte formar un matrimonio por amor».

«Lamento decepcionarte en ese aspecto, abuela», Drake se dirigió a la puerta.

Había sido una decepción para todos en su vida desde el momento en que nació. Una decepción para su padre, que quería una esposa viva y un heredero saludable. Una decepción para Jeremy, que se había irritado por su rígido paternalismo. Una decepción para Lucy, que quería un apuesto y encantador marido.

«Has tenido muy poco amor en tu vida». Las palabras detuvieron a Drake en seco. «Por lo cual asumo mi parte de culpa. No me decepcionas, aunque creo por tu tono que te decepcionas a ti mismo. Sentí que algo no estaba bien entre tú y tu novia, por todo el espectáculo que diste para molestar a Phyllida. Ven y cuéntamelo todo».

A regañadientes, Drake se dio la vuelta.

Cualquier otra mujer tan frágil y pequeña podría haber parecido perdida en esa cama cavernosa. Sin embargo, su abuela, con su bata y su gorro de dormir, parecía tan dueña de sí misma como cualquier emperatriz en su trono.

Ella le tendió la mano. «¿Estás seguro de que ella no puede amarte? Si eso es así, entonces ella es un poco tonta. ¿Reconocerías el amor si ella te lo ofreciera?».

Algo en esa franca pregunta atravesó la armadura de Drake y se alojó en su corazón con tanta seguridad como la flecha de Cupido.

«Tal vez no lo haría, abuela». Volvió a tomar asiento y reclamó su mano. «Sin embargo, has tenido mucha experiencia con el matrimonio. Te hablaré de Lucy y de mí, y veré lo que piensas».

Una sonrisa tímida revoloteó en los labios resueltos de su abuela. «Ahora estás hablando con sentido».

«Y cuando termine», la voz de Drake se hizo más cálida, «te contaré una noticia que debería hacerte muy feliz».

«POR FIN ESTÁS EN CASA», le dijo Lucy a Drake, mientras el mayordomo tomaba su sombrero y guantes. «¿Olvidaste que hoy el primo Neville tomará el té con nosotros?».

Volviéndose hacia ella con ojos que parecían realmente verla por primera vez en semanas, Drake la tomó del brazo. «Debo admitir que se me había pasado por alto. Pero *estoy* en casa, por fin. Dudo que Neville se ofenda mucho si no me cambio de ropa. Además, ¿no tenemos un compromiso esta noche?».

Algo en su tono casual y relajado inquietó a Lucy, al mismo tiempo que la reconfortaba. ¿Era su imaginación o su abrigo olía vagamente a un perfume de mujer, como a rosas secas?

«¿Compromiso? Claro, sí. ¿No digas que también lo has olvidado? Estamos invitados a un baile en la casa Henley».

«Una codiciada invitación de Lady Henley, ¿cómo podría olvidar tal golpe social?», Drake la condujo a través de la puerta de la sala de estar donde Phyllida ya estaba sirviendo el té. «¿A qué le debemos el honor, crees tú?».

Lucy no pudo evitar sonreír, a pesar de las ridículas sospechas que zumbaban insistentemente en sus pensamientos. Este humor sarcástico sonaba tan parecido al viejo Drake de los días de Silverthorne. ¿Regresarían alguna vez a su amado Lake Country?

«No puedo imaginar por qué lord y lady Henley nos han invitado». Acomodándose en el sofá, tomó la taza y el platillo que Phyllida le tendió. «Apenas somos elogiados por la *alta sociedad*... al menos yo no lo soy».

«Tal vez esa sea nuestra entrada». Drake cogió un delicado trozo de pan untado con mantequilla y se lo devoró en dos bocados rápidos. «Según recuerdo, lady Henley también era una especie de paria cuando ella y su señoría regresaron de Florencia recién casados. En los últimos quince años, la mayoría de la gente ha olvidado convenientemente que ella era una divorciada».

El monóculo de Neville cayó de su asombrado ojo. «Seguramente, no consideras a tu encantadora novia en el nivel social de una divorciada, ¿verdad Drake? La prima Lucy se ha ganado muchos admiradores, como ese joven sobrino de la duquesa de Swansea, por ejemplo».

Phyllida asintió. «Si la querida Lucy no fuera una mujer casada, diría que el señor Dalrymple está enamorado de ella».

Al ver una sombra de oscuridad en la expresión de su esposo, Lucy dejó escapar el primer comentario que se le pasó por la cabeza. «¿Cómo estuvo tu día, Drake? ¿Un animado debate en la Cámara de los Lores?».

Antes de que su esposo pudiera responder, Neville habló. «Fui a Westminster esta tarde, primo. No te vi por ninguna parte. ¿No has estado haciendo novillos, espero?».

Mordisqueando un poco de pastel, Lucy escuchó atentamente la respuesta de Drake. Si no estaba en la Cámara de los Lores, ¿dónde había estado hasta tan tarde?

«Di mi discurso antes del mediodía y dejé que lo digirieran», dijo Drake. «Los Lores lo encontrarán difícil de comprender, sin duda. Exigí la suspensión inmediata de este maldito bloqueo estadounidense antes de que paralice la industria británica y empobrezca a la mitad del

país».

Le lanzó a su primo una mirada sospechosa. «Por cierto, ¿qué diablos estabas haciendo allí, Neville? ¿Te has interesado repentinamente por la política?».

«¡Dios mío, no!», Neville movió su muñeca con desdén. «De vez en cuando, a algunos de los muchachos les gusta apoderarse de la galería para abuchear al Primer Ministro. ¡Perceval es un pedante tan sobrio que hace un buen espectáculo!».

«He terminado con todos ellos, francamente», dijo Drake. «Hice lo mejor que pude y creo que me las arreglé para ganar cierto apoyo en las últimas semanas. Va a hacer falta más que una razón para que este gobierno cambie de rumbo. Tal vez una turba hambrienta asaltando Westminster como los parisinos asaltaron la Bastilla. Preferiría estar lo más lejos posible de Londres cuando estalle la tormenta. Todo lo que puedo hacer ahora es regresar a Silverthorne y ocuparme de mis propias empresas».

«¿Regresar a Silverthorne?», Phyllida se lamentó. «¡Pero la temporada apenas ha comenzado! Habrá muchas más cosas divertidas que hacer ahora que la primavera está aquí».

«Piensa en los caminos», intervino Neville. «Estarás hundido hasta los ejes en el barro todo el camino hasta Nicholthwait».

Fuera lo que fuese lo que había puesto tan nerviosos a los primos de Drake, Lucy solo pudo tomar un sorbo de té con recato y hacer todo lo posible por contener su alegría. Su corazón se llenó de placer ante la idea de un pronto regreso a su querido hogar y la gratitud a Drake por hacerlo posible.

«Si esperamos una semana, me temo que podrías tener razón, Neville». Drake se metió un bocado de tarta de grosella en la boca y bebió lo que le quedaba de té. «El clima frío se ha prolongado mucho más allá de lo habitual y tengo la intención de aprovecharlo. Partiremos mañana».

«¿Por qué tan pronto?». La barbilla de Phyllida comenzó a temblar. «Han estado aquí tan poco tiempo. ¿Pueden al menos quedarse el tiempo suficiente para que organice una adecuada despedida?».

Drake se encogió de hombros. «Este evento en la casa Henley tendrá que servir como nuestra despedida. Podría ser peligroso para nosotros demorarnos más».

«¿Peligroso?», Neville y Phyllida hablaron juntos, mirándose de Drake a ellos.

Lucy también se preguntó a qué se refería. Ella estaba tan asombrada como los primos cuando él se acercó y tomó su mano.

«Si esperamos a que los caminos se descongelen y el lodo de primavera se seque, me temo que mi querida esposa estará demasiado cerca de su momento para poder hacer un viaje tan largo y agotador».

«¿Su momento?», Neville graznó.

Phyllida le clavó un fuerte codazo en las costillas. «El primo Drake quiere decir que Lucy está esperando un bebé. Qué... noticias emocionantes. Felicidades a ambos».

Lucy permaneció en silencio mientras Drake sonreía tan orgulloso como cualquier padre primerizo y sus primos balbuceaban sus buenos deseos sin entusiasmo. Sabía que en algún momento tendrían que anunciar la noticia, antes de que su abultado vientre superara incluso las modas que ocultaban el embarazo de la época. Ojalá Drake le hubiera dado una pequeña advertencia.

«Así que...», Phyllida se volvió hacia ella. «¿Cuánto tiempo hace que lo sabes?».

«Un... un tiempo». Ahora era el turno de Lucy de tartamudear. «Debería haberlo adivinado mucho antes... pero no tengo experiencia en tales asuntos...».

«Esto merece un brindis», declaró Neville, con forzada cordialidad. «¿Queda algo bebible en tu bodega, Drake? Esta promete ser una noche de celebración de verdad».

Durante las semanas que siguieron, Lucy recordaría esas palabras una y otra vez con gran claridad.

EN EL VESTÍBULO de entrada de la casa de Londres donde nunca se había sentido dueño, Drake esperó a que Lucy y Phyllida se unieran a él. Tres veces volvió a atarse su corbata. Dos veces se sacudió motas invisibles de polvo de sus pantalones grises. Unas semanas antes, ante la insistencia de Phyllida, había visitado a un sastre de moda de Bond Street para renovar completamente su guardarropa. Su vieja ropa familiar estaba raída y pasada de moda desde hacía diez años; ella se había quejado hasta que él accedió a ir. A pesar de la molestia de las pruebas, Drake tuvo que admitir que los nuevos estilos le sentaban bien. Con líneas estilizadas, varoniles y elegantes, los pantalones largos y los abrigos cortados eran infinitamente preferibles a los estilos quisquillosos y afeminados de su juventud.

Por razones que Drake no podía comprender, desde la conversación con su abuela había sentido que una sensación de confianza comenzaba a brotar dentro de él. Tal vez había sido el descubrimiento inesperado del cariño y el respeto que ella le tenía. O tal vez fue su salado sentido común que en una larga vida había visto muchas tempestades y se había sacudido un poco.

«¿Así que tu novia cree que su corazón está enterrado con su primer amor?», la marquesa se había reído en privado, recordando una época en la que estaba llena de idealismo ingenuo. «¡Que el cielo le libre a cualquier mujer el dolor de casarse con su primer amor! Esas cualidades que hacen que el tonto corazón de una chica se acelere no son del tipo que resisten incluso la prueba más leve del tiempo».

«No lo entiendes, abuela», protestó Drake, ansioso por no traicionar demasiado la verdad. «Ese hombre era todo lo que yo no soy. Si bien es cierto que sus encantos podrían haber palidecido si hubiera vivido, ahora está más allá de las críticas. Más allá de toda competencia».

«¡Bah! Tienes los triunfos en la mano, muchacho. Tu Lucy parece una chica demasiado sensata para aferrarse a un fantasma cuando puede tener un hombre vivo de carne y hueso. Hazle saber que tus sentimientos han cambiado y que ya no te conformarás con las migajas de su afecto. Apuesto a que la encontrarás más que dispuesta a intentar este matrimonio, si tú lo estás».

Él había prometido que lo intentaría. El primer paso debía ser sacarlos a ambos de Londres y llevarlos de regreso a Silverthorne, donde podrían estar solos, sin la presencia constante de Phyllida y ese vago ignorante, Dalrymple. Una vez que estuvieran de regreso en Silverthorne, comenzaría a mostrarle a Lucy cómo sus sentimientos habían cambiado y...

Un susurro de muselina.

Drake levantó la vista a tiempo para ver a Lucy descendiendo la escalera, una visión con el vestido más impresionante que jamás había contemplado. De un color rosa suave con la cintura alta de moda que ocultaba cualquier signo de su condición, tenía una sobrefalda rosa transparente bordada con capullos de rosa. Si había una diosa de la primavera, Drake solo podía imaginar que debía verse así.

Al verlo, Lucy se mordió el labio sonriendo con incertidumbre. Drake se dio cuenta de que se había quedado boquiabierto.

«¿Estoy presentable para asistir a la casa Henley?», murmuró, bajando la mirada y luego lo

miró a través de sus exuberantes pestañas.

Drake sintió que su lengua se convertía en piedra y sus entrañas en gelatina temblorosa. No cabía esperar a que regresaran a Silverthorne. Debía ponerse a ganar a esta mujer esta misma noche. Nada en su vida se había sentido tan imperativo.

«¿Y bien?», Lucy lo miró expectante. «¿Estoy presentable para nuestra última noche en Londres?».

«Sí». Se sentía como un asno. Por la forma en que se veía, la forma en que lo hacía sentir, debería estar soltando poesía digna de Shakespeare. Ni una palabra de más de una sílaba entraba en su cabeza. «Bastante», se las arregló para añadir, reprendiéndose mentalmente. «Tu vestido es muy... nuevo, ¿verdad?».

«¿Crees que costó demasiado? Me desmayé cuando la costurera me dijo el precio, pero Phyllida dice que todas las damas de Londres gastan...».

Desconcertado por su avalancha de palabras, Drake lamentó que su estúpida torpeza la hubiera llevado a llegar a tal conclusión. Ahora, incluso las declaraciones más simples lo abandonaron. A falta de otro recurso, la hizo callar con la presión más suave de su dedo índice contra sus labios.

Solo cuando la carne tierna tembló ligeramente bajo la punta de su dedo, Drake se dio cuenta de su error. Lucy le temía, y él le había dado motivo. Ahora, si esperaba hacer algún progreso con ella, tendría que moverse lenta y deliberadamente. No podía permitirse el lujo de desatar de nuevo su tensa pasión y correr el riesgo de asustarla de nuevo.

Retorciendo su mano como si sus labios le hubieran quemado la piel, tartamudeó, «Gasta... lo que quieras. Dios sabe... tenemos suficiente dinero. El vestido es... encantador».

Se estremeció al oír sus propias palabras. ¿*Encantador*? Qué palabra tan tibia, común y corriente para describir el aspecto de ella. Por primera vez, Drake anheló con todo su corazón siquiera una pizca del ingenioso encanto de su difunto hermano.

Pero no para lo último.

A pesar de su resolución de conquistar a Lucy, o tal vez debido a eso, sus esfuerzos fracasaban a cada momento. Los compañeros de baile se agolpaban a su alrededor hasta que Drake se vio apartado. Echaba humo en silencio mientras la observaba deslizarse por los pasos, una sonrisa de genuino placer iluminando sus labios y ojos. Cuando la música concluyó y un grupo de pretendientes se apresuró a reclamar el honor del próximo baile, Drake se abrió paso a empujones entre la multitud.

Miró fijamente, con el estilo legendario de Silverthorne, a los importunos caballeros. «¿Se considera en estos tiempos de mala educación que un hombre baile con su *propia* esposa?».

Los admiradores de Lucy se dispersaron como una bandada de codornices perseguida por un perro de caza.

«¿Quieres bailar?». Diversión reprimida brilló en los ojos de ella. «Pensé que te estaba ahorrando la obligación de hacerlo».

«Bailaremos». Las palabras salieron como una orden cortante, para nada en absoluto como él pretendía.

Se movió torpemente a través de los pasos. Si se permitía mirar demasiado a Lucy o saborear el toque de su mano, podría perder la concentración y tropezarse con sus propios pies. En el momento en que, a través de dos piezas, pisoteó al menos una vez los dedos de los pies de Lucy, estaba a punto de explotar con disgusto consigo mismo.

«Me vendría bien un poco de ponche», dijo ella. Parecía ansiosa por cualquier excusa para alejarse del peligro de su torpe baile.

«Ponche. Por supuesto». Ansioso por redimirse haciendo lo que ella le pedía, se apresuró a regresar antes de que las posibles parejas la acosaran una vez más. En su prisa, Drake empujó al corpulento conde de Weymouth. Luchando por recuperar el equilibrio, se tambaleó hacia Lucy. Todo el contenido del vaso de ponche se derramó por la parte del frente de su vestido nuevo.

Ella jadeó, mirando su falda empapada. Un rubor furioso subió a sus mejillas. Sus ojos mantuvieron a Drake con una mirada de perplejidad herida que lo hizo sentir mil veces más culpable.

«Lo siento... mi... querida». Buscó a tientas su pañuelo, intentando secar su vestido. «Malditamente torpe de mi parte. ¿Solicito nuestro carruaje?».

Cuando Lucy pasó junto a él, habló lo suficientemente alto para que él la oyera. «Si deseabas volver a casa, podrías haberlo pedido en lugar de someterme a esta humillación».

Con la barbilla en alto, caminó hacia la escalera y subió los escalones con deliberada dignidad.

Una grosera blasfemia subió a los labios de Drake. Volvió a tragarla cuando su mirada se encontró con la sonrisa triunfante y la ceja arqueada con insolencia de Eugene Dalrymple. Con lánguida gracia, el joven dandi giró sobre la punta de su zapato con hebilla plateada y caminó hasta el pie de la escalera. Allí se recargó, bebiendo su ponche y mirando pacientemente las escaleras esperando el regreso de Lucy.

Drake maldijo en voz alta.

Cuando la remilgada condesa de Weymouth emitió un sonido de protesta, él la fulminó con una mirada penetrante y se dirigió a grandes zancadas para ocupar un puesto frente a Dalrymple. Sabía que era un gesto inútil, pero que exigía el honor Silverthorne.

ALIVIADA DE ENCONTRAR la sala de descanso benditamente desierta, Lucy tomó una toalla de lino del lavabo y la presionó contra su falda húmeda. Alternativamente, la pasaba por la humedad y luego sacudió la tela para intentar que se secara.

Mirándose a sí misma con una mirada crítica en el espejo, Lucy se rió entre dientes. Si Drake había tenido que mojarla con la bebida, gracias a Dios que había elegido un ponche de champán. Y gracias a Dios que su vestido nuevo estaba hecho de muselina, no de seda.

¿Qué le había pasado a Drake esta noche? Pocas veces lo había visto tan rígido y conscientemente solícito, como si estuviera tratando de calmar su conciencia. La familiar helada de sospecha heló el corazón de Lucy. Al mismo tiempo, su orgullo femenino creció.

Si había hecho algo de lo que se avergonzara, que lo enmendara sin estropear su última noche en Londres. Dada la elección entre su habitual negligencia distante y la incómoda atención de esta noche, Lucy se preguntó si no preferiría lo primero.

Sacudiendo la cabeza, exhaló un suspiro de exasperación y se deslizó detrás del biombo para hacer sus necesidades. Acababa de terminar cuando escuchó que se abría la puerta y entraban dos señoras que hablaban en voz alta. Como no tenía ganas de que la atraparan de nuevo como lo había hecho durante la fiesta de té improvisada de Phyllida, Lucy comenzó a aclararse la garganta para señalar su presencia, cuando un comentario de una de las mujeres la detuvo.

«¿Lo viste? ¡El vaso entero de ponche en la parte delantera del vestido de su esposa! Los años no han curado a Silverthorne de su rudeza. ¿No te alegras de no haberte casado con él después de todo?».

Lucy se quedó paralizada. Si estas damas la descubrían ahora, sería diez veces más

vergonzoso que en la otra ocasión.

«Ay, no lo sé». La segunda mujer reflexionó sobre la idea. «Quién hubiera imaginado que se volvería tan rico. Apuesto también lo es, a pesar de su falta de refinamiento».

«¿Estás diciendo que lamentas haberte fugado con Lucius?».

«Por supuesto que no. Lucius era tan divertido, siempre el perfecto caballero. Es cierto lo que dicen de Drake Strickland, no es más que un comerciante con título».

Ambas damas estallaron en carcajadas agudas por el malicioso comentario. Después de satirizar a varios de sus conocidos y asegurarse de que sus enaguas no se veían, la atolondrada pareja dejó a Lucy sola. Después de un intervalo decente ella las siguió, con sus pensamientos agitados.

No era de extrañar que Drake hubiera estado tan reacio a casarse después de que su orgullo, y posiblemente su corazón, fueran heridos por esa mujer de garras afiladas. No era de extrañar que actuara tan incómodo en la sociedad aristocrática.

Comerciante con título. Ciertamente, Drake tenía poco en común con la mayoría de los nobles que no mostraban interés en nada más allá que en su propio placer. Había sido mucho más cordial con sus capataces y las familias de los mineros en High Head que entre los parásitos aristocráticos de la alta sociedad.

En lo alto de las escaleras, Lucy se detuvo para respirar profundo. En el salón de baile de abajo podía ver a Drake y al Sr. Dalrymple posicionados como un par de centinelas a ambos lados de los escalones. Por un momento, su corazón se aceleró al ver a Eugene Dalrymple. Sin duda él tendría alguna broma lista para desviar los chismes y disipar su vergüenza.

Al notar la mirada negra que Drake dirigió al hombre más joven, Lucy recordó la conversación que acababa de escuchar. De repente adivinó el motivo de su animosidad hacia el señor Dalrymple. Probablemente, había sido precisamente un hombre amable y entretenido como el que le había robado al joven Drake su prometida y lo había convertido en el hazmerreír de la alta sociedad hasta el día de hoy.

Seguramente él no podía creer que alguna vez ella lo humillaría de esa manera, ¿verdad? Con un toque de pesar, Lucy admitió a regañadientes que podría haberle dado motivos para dudar de ella.

Bueno, ya no más.

Aparentando una sonrisa despreocupada, se deslizó escaleras abajo, preparándose para enfrentar el desafío de las cejas levantadas y las sonrisas disimuladas. Mientras que paró en el último escalón, el señor Dalrymple se volvió hacia ella. Tomando su mano, le hizo una reverencia exagerada.

«Me arrodillo con asombro ante su aplomo, Reina Lucy. Hermosamente recuperada, por cierto. ¿Participamos en el baile y mostramos a la compañía que se necesita algo más que un pequeño empapado para saciar su gracia y vivacidad?».

Aunque sonaba completamente sincero, Lucy no pudo evitar pensar que un sutil cambio de inflexión podría convertir su impecable cumplido en un sarcasmo mordaz.

La frialdad infundió su respuesta. «Por muy tentadora que pueda encontrar su invitación, señor, me temo que debo rechazarla».

Retirando la mano de su agarre, se volvió hacia Drake. «Mi esposo todavía me debe un trago de ponche y tengo la intención de cobrar la deuda».

Ignorando la mirada estupefacta de Drake, lo tomó del brazo y habló en tono burlón. «¿Te ayudo a conseguir un vaso, querido esposo? Prometo abstenerme de mojarte, siempre que no te atrape lanzando miradas de admiración a las otras damas».

Podía sentir que la tensión fuertemente acumulada en el cuerpo de Drake comenzaba a aliviarse.

«Una hazaña bastante simple cuando te tengo a ti para contemplar».

No era un cumplido muy elocuente comparado con las confecciones verbales del Sr. Dalrymple... o de Jeremy. Sin embargo, la misma economía de las palabras de Drake y el tono de tierna sinceridad con el que las pronunció hicieron que su tributo fuera precioso para Lucy. Una extraña y dulce calidez la recorrió.

Revoloteando sus pestañas para disipar un escozor inexplicable en sus ojos, trató de hablar más allá de la desconcertante constricción de su garganta. «¡Adulador! No pretendo dejarte ir tan fácilmente. Esta es nuestra última noche en Londres y me debes el pasar un buen rato. He sido muy paciente estas semanas mientras te escondías para hablar de política, dejándome en compañía de cualquier caballero que pudiera ofrecerme un baile por lástima. Así que te doy una advertencia: eres mío por la noche».

Con exagerado cuidado, la sirvió otro vaso de ponche. Luego inclinó su propio vaso hacia ella. «Estoy enteramente a tu servicio, milady».

El calor en la mirada oscura de Drake reavivó un anhelo salvaje que había ardido en Lucy esa noche en *The Black Cygnet*. ¿Haría tal oferta, se preguntó ella, si tuviera alguna idea de hasta dónde podría presionarla?

CAPÍTULO DIECIOCHO

Drake podría haber sospechado que estaba soñando esa noche en la casa Henley, excepto por una cosa. Nunca en su vida había soñado algo tan maravilloso. Estaba más allá de los límites de su práctica y limitada imaginación. Se había preparado para que Lucy lo rechazara cuando regresara a su empresa. Él esperaba que ella disfrutara de los elocuentes elogios de Dalrymple y luego aceptara bailar con él tomada de su brazo.

Nunca se habría atrevido a esperar que ella se volviera hacia él con un gesto amable y el improbable regalo de una segunda oportunidad. Fuera cual fuera el ángel que había intervenido en su nombre, Drake solo podía agradecer a la providencia desde el fondo de su corazón.

A medida que avanzaba la noche, se hizo cada vez más claro que su esposa había decidido pensar bien en cualquier cosa que pudiera decir o hacer. Ella elogió su baile apenas adecuado, incitándolo a bailar con ella una y otra vez. Ella se aferró a sus declaraciones más banales, riéndose alegremente de sus bromas más débiles. Lo más placentero de todo, era que lo sostuvo del brazo en cada oportunidad, como si nunca tuviera la intención de dejarlo ir. Lo que todo eso significaba, lo tenía tan desconcertado y abrumado de felicidad para descifrarlo.

¿No había ninguna bendición tan rara que el destino se la negara esta noche? ¿Y se atrevería a probar los límites finales de cualquier encanto benévolo que lo había invadido?

Drake estaba tan reacio a arriesgarse a romper el hechizo que estuvieron entre los últimos invitados en abandonar la casa Henley. Después de que se fueron, su anfitriona se volvió hacia su esposo, sus ojos brillaban con cariño. «No sé cuándo he visto a una pareja tan devota. Debemos asegurarnos de invitarlos nuevamente cada vez que vengan a Londres».

DRAKE ESTABA AÚN MÁS callado que de costumbre en su viaje en carruaje de regreso a casa, pero Lucy percibió una cualidad diferente en su silencio. No tenía el antagonismo frío y mudo de las noches anteriores cuando regresaban de sus compromisos sociales. Compromisos en los que había estado en compañía del Sr. Dalrymple. Esta noche él parecía contento de escucharla mientras parloteaba un poco nerviosa sobre la excelente compañía y el entretenimiento en la casa Henley.

Estaba consciente de que él la observaba con aprobación y admiración a la vez más sutil y más sincera que la mirada abierta del señor Dalrymple. Aunque apenas sabía qué hacer con eso, Lucy no pudo evitar saborear su escrutinio apreciativo, después de tantas semanas de censura tácita. Liberada por el conocimiento de que su atracción hacia él no era más que un curioso capricho de su embarazo, se permitió imaginar haciendo el amor con su esposo.

Imágenes convincentes destellaron en sus pensamientos como relámpagos. Se sintió cada vez más excitada. Gradualmente, el esfuerzo por mantener su tono de voz casualmente animado se volvió demasiado grande y se sumió en el silencio. Incluso entonces tuvo dificultades para evitar que su respiración acelerada traicionara su deseo reprimido.

El joven lacayo que les hizo entrar en la casa de Grafton Square parecía a punto de quedarse dormido de pie. No faltaban muchas horas para un temprano amanecer de primavera.

«Ve a la cama, muchacho», ordenó Drake, después de que el lacayo les hubiera tomado sus abrigos.

«¿No desea su oporto en la biblioteca, milord?». El chico trató de sofocar un bostezo.

Drake negó con la cabeza. «Ya he bebido demasiado ponche de vino por hoy. Me temo que el oporto no me sentaría bien encima de eso. Odiaría poner fin a una velada agradable ‘disparando gatos’».

El lacayo hipó de risa ante el uso de Drake de la jerga de moda para las arcadas.

Lucy también sonrió, aunque ni por un momento le creyó a su marido. Desde aquella noche de borrachera en *The Black Cygnet*, había sido estrictamente moderado en su consumo de licores. Esta noche no había sido una excepción. Sin embargo, en las últimas semanas se había aficionado a quedarse abajo bebiendo una copa de oporto mientras ella se iba a la cama. Tal vez había querido evitar una despedida incómoda en la puerta de su dormitorio.

Esta noche él la siguió escaleras arriba.

Con cada paso, Lucy era dolorosamente consciente de su presencia tan cerca detrás de ella. ¿No podía él sentir la emanación de la cruda necesidad que latía a través de ella? Le lamía las extremidades y provocaba que su boca se humedeciera y se secara alternativamente. En el cuarto escalón contando desde arriba, su zapatilla se enganchó en el dobladillo de su vestido y perdió el equilibrio. Siguiéndola tan de cerca, Drake estuvo encima de ella antes de que pudiera detenerse.

«Lo siento. ¿Te lastimé?».

Enderezándose, se aferró a él. «Fue mi culpa. Estoy bien, en serio».

De alguna manera se las arreglaron para subir los últimos tres escalones, con sus cuerpos entrelazados.

Si no obtenía algún alivio pronto, Lucy temía que pudiera estallar en llamas. Con la garganta repentinamente seca como un pergamino, trató de extraer las palabras que mantendrían a Drake con ella.

Antes de que pudiera dominar sus caprichosos órganos vocales, él habló. Su voz era apenas más que un susurro, ronco por su propio deseo. «Déjame quedarme, Lucy. Te lo ruego».

Antes de que ella pudiera responder con su propia súplica, él se apresuró como para contrarrestar una protesta esperada. «No pretendo volver atrás en nuestro acuerdo original. Sé que la memoria de Jeremy siempre tendrá el primer lugar en tu corazón. En cuanto a mí...».

Ella presionó sus dedos en sus labios como él lo había hecho con ella unas horas antes. En ese momento no pudo soportar oír pronunciar el nombre de Jeremy, apenas podía soportar pensar en él.

«Un hombre tiene necesidades». Terminó su oración, odiándose a sí misma por el peor tipo de hipócrita. Era su propia necesidad, no la de Drake, la que la impulsaba.

Con manos temblorosas y torpes, giró el pomo de la puerta de su dormitorio y atrajo a su marido al interior. Un fuego agonizante en la chimenea bañaba la habitación con un brillo suave y acogedor. La colcha había sido retirada y su camisón extendido. Condujo en silencio a Drake hacia la cama, Lucy luchaba con una sensación de vergüenza que amenazaba con asfixiarla.

Esto no era una traición a Jeremy, insistió severamente para sí misma y casi lo creyó.

Simplemente buscaba alivio del deseo carnal provocado por su embarazo, además de someterse a las demandas de su esposo. Por la ley de la Iglesia y el Estado, tenía todo el derecho a su cuerpo. Olvidando convenientemente lo cerca que había estado de suplicarle antes, Lucy se absolvió, decidida a no rechazarlo esta vez con un entusiasmo impropio.

Nada la había preparado para el deliberado y moderado acto sexual de Drake.

Con movimientos medidos, él se quitó el abrigo, aflojó su corbata, desenrolló el cuello blanco de alrededor de su garganta bronceada. Uno a uno, desabrochó los botones del chaleco y luego de la camisa. Lucy observó las ágiles manipulaciones con celosa atención. Se quitó las botas ajustadas hasta la rodilla de cuero fino y flexible. Se despojó de sus prendas superiores, quedando de pie vestido solo con sus pantalones de piernas estrechas. Verlo era casi demasiado para ella. Delgado, ágil y oscuro, parecía un depredador peligroso pero cautivador.

Ahora volvió sus atenciones hacia ella, quien apenas pudo evitar que se le doblaran las rodillas. Hábilmente, liberó cada diminuto botón de perla que aseguraba la parte de atrás de su vestido. Luego, de pie detrás de ella, puso una mano sobre cada uno de sus hombros con la misma presión que una polilla lo hace sobre un pétalo de rosa. Sus labios encontraron la exquisitamente sensible piel de su cuello. Deslizándose hacia arriba en una delicada caricia hasta la base de su oreja, comenzaron de nuevo en el otro lado.

Con languidez, le quitó las ligeras mangas de los hombros y las bajó por los brazos. El corpiño escotado de su vestido se separaba de sus pechos. En silencio, le pidió a Drake que los tocara. Ella anhelaba que él tomara cada montículo de marfil en sus cálidas manos oscuras y moviera sus pulgares sobre los pezones marrones rojizos, erectos y suplicando su atención.

Pero él no hizo movimiento alguno para hacerlo.

Cuando las mangas de su vestido se deslizaron sobre sus manos, Drake permitió que la naturaleza terminara la tarea que había comenzado. La prenda siguió cayendo con gracia pausada, hasta que quedó en suaves pliegues alrededor de sus tobillos junto con su camisola. Tragando un inmenso nudo en su garganta, Lucy cerró los ojos. Aparte de sus medias y pantuflas, estaba bastante desnuda, más expuesta de lo que nunca había estado en su vida. Su pulso se aceleró en sus oídos y todo su cuerpo se estremeció, anticipando el toque de Drake.

Sintió sus movimientos detrás de ella mientras él se quitaba lentamente los pantalones. Luego volvió a concentrar su atención en ella. En la base de su cuello, le otorgó un beso prolongado que hizo que su corazón se encogiera en su pecho. Lentamente, enloquecedoramente, sus labios trazaron un camino sinuoso por su espalda. Podía sentir el calor húmedo de su aliento. Su ritmo irregular traicionó un entusiasmo feroz en marcado contraste con su seducción pausada. De vez en cuando, se asomaba su lengua, haciendo temblar sus sentidos.

Cayó de rodillas, sus labios viajeros explorando más al sur. Lucy se armó de valor para la sensación de sus labios o sus manos en la redondeada y receptiva carne de su trasero. Pero él se detuvo antes de eso.

En lugar de eso, giró la cara, presionando su mejilla y sus sedosas patillas en la parte baja de su espalda. Lucy apretó los labios para sofocar un gemido de placer y un anhelo casi intolerable, pero no hizo ningún movimiento. Había jurado controlar sus impulsos desenfrenados y hacerlos como se debía. Si alejaba a Drake ahora, cuando él la había engatusado hasta tal punto de excitación, ¿cómo soportaría la tortura de tal frustración?

Ella jadeó cuando él tocó sus tobillos, sus manos viajaron hacia arriba hasta que alcanzaron la parte superior enrollada de sus medias. Con una delicadeza apenas imaginable en unas manos tan grandes y poderosas, le deslizó la seda transparente por las piernas, quitándole las pantuflas y las medias. Completamente desnuda por fin, Lucy esperó con impaciencia lo que vendría a

continuación.

Privada repentinamente de su toque, se esforzó por escuchar lo que estaba haciendo Drake. Incapaz de soportar el suspenso, abrió los ojos. Allí estaba él, perfilado contra el tenue resplandor de las brasas en su chimenea, una criatura magnífica de fuerza tensa, delgada y potencia oscura y melancólica. Aunque deseaba explorar su cuerpo con las manos y los labios, no confiaba en sí misma.

Con una intensidad ardiente en su mirada, él asintió hacia la cama. Lucy se hundió agradecida sin saber cuánto tiempo más podrían haberla sostenido sus piernas temblorosas. Extendió los brazos hacia Drake, rogándole sin palabras que saciara el deseo voraz que él había encendido. Se estiró a su lado, ahuecando su cabeza con una mano, mientras la otra jugaba sobre su cuerpo a voluntad. Se preparó para un beso profundo y exigente como los que recordaba de su noche salvaje en la posada. Nunca llegó.

En lugar de eso, su boca quedó casi fuera de su alcance. Él la sedujo con besos fugaces y superficiales que la hacían estirarse hacia él. ¡Sus yemas de los dedos, esos dulces y caprichosos atormentadores!

Casi ignorando aquellas partes de su cuerpo que suplicaban más desesperadamente su atención, susurraban sobre su piel, convirtiendo el hueco de su hombro o la base de su costilla inferior en el vértice del deleite sensual. Más y más alto la engatusó hasta que sus mismos huesos palpitaron con una necesidad insoportable.

Olvidando la promesa que se había hecho a sí misma, olvidándose de todo en el mundo, separó las piernas, suplicándole que la tomara. Y él lo hizo, en un movimiento hábil y fluido, deslizándose dentro de ella en un solo empuje suave. En el mismo instante, su boca se cerró sobre la de ella, ahogando un grito que de otro modo habría despertado a toda la casa. Porque cuando Drake se metió en ella, Lucy se perdió en un éxtasis embelesado y devastador.

Gradualmente recuperó la plena conciencia y la dichosa pero desconcertante sensación de ser transportada por una brisa cálida, como una brizna de cardo. Se encontró acostada de lado, acurrucada en los brazos de Drake. Presionó la mejilla contra su pecho donde podía escuchar su corazón latir aceleradamente. ¿Por qué se había detenido? Se preguntó somnolienta. A menos que ella se hubiera dejado engañar por su escasa experiencia con los hombres, él no había recibido ninguna satisfacción de su unión. Sin embargo, él no hizo el más mínimo movimiento, como si nada más que *su* placer hubiera sido su objetivo todo el tiempo.

Quería decir algo, darle a Drake una señal que reconociera el precioso regalo que le había concedido. Pero no pudo discernir las emociones contradictorias que competían por el control de su corazón. Tampoco podía entender por qué Drake le había pedido permiso para hacerle el amor, solo para dejar sus propios deseos sin satisfacer.

Qué criatura tan enigmática era, casi tan insondable como los sentimientos que provocaba en ella.

Todavía estaba reflexionando sobre ello cuando una profunda y suave somnolencia se apoderó de ella.

SOLO CUANDO ESTUVO seguro de que ella se había quedado dormida, Drake se movió para jalar las sábanas sobre ambos. Todavía enterrado dentro de ella, estrechó a Lucy contra él. En la oscuridad, sonrió para sí mismo. A menos que todo lo que había oído y lo poco que había experimentado sobre el amor físico fuera completamente erróneo, acababa de llevar a Lucy a un

lugar al que pocas mujeres se aventuraban. Ciertamente, era *terra incognita* para él.

La parte más extraña era que no había tenido la intención de hacerlo. Aunque no del todo privado de experiencia, nunca se había considerado un amante consumado. La seducción moderada, casi casta, de Lucy había surgido de un deseo de no asustarla. Sin ropa destrozada. Sin lucha salvaje. Nada que despertara recuerdos desagradables de su primer encuentro abortado.

También se había abstenido de hablar, por temor a que cualquier cosa que pudiera decir los estropeará a ambos. Más tarde, cuando Lucy yacía en silencio y agotada, él la estrechó contra él, satisfecho de que su cuerpo había hablado elocuentemente por él.

A pesar de su deleite por haber despertado y saciado a la mujer que adoraba, su propia hambre, negada por mucho tiempo, ahora amenazaba con devorarlo. En la tenue luz de ese amanecer de primavera, pudo distinguir los suntuosos contornos del cuerpo de Lucy. La tentadora plenitud de su pecho subía y bajaba suavemente mientras dormía. El sutil aroma de su deseo llenó sus fosas nasales. El apretado y húmedo abrazo íntimo lo llevó al borde de la locura... y más allá, en un clímax silencioso, casi inmóvil, de una intensidad devastadora.

CAPÍTULO DIECINUEVE

Lucy se despertó alrededor del mediodía, o eso pensó, despertada por el canto de una alondra fuera de su ventana. El pajarito sonaba como si estuviera a punto de entonar sus gorjeos de alegría por regresar a Inglaterra después de un exilio invernal en climas más cálidos. Por un momento, Lucy se preguntó por qué su corazón resonaba con la misma alegría ilimitada y la misma exultante sensación del regreso a casa.

Mientras yacía allí, disfrutando de un aura de satisfacción sublime, sintió que el bebé se movía dentro de ella por primera vez. Su frágil paz mental se hizo añicos como una esfera de vidrio destrozada contra un suelo de mármol. Lágrimas de culpa le ardieron en sus ojos y la incertidumbre volvió a agitar su corazón.

Los recuerdos adormecidos de la concepción de su hijo se agitaron, recuerdos que había reprimido hasta este momento. Jeremy había tratado de ser gentil con ella, sabiendo que era una doncella. Al final, fue vencido por su propia necesidad. Lloviendo besos en su rostro, susurró con voz ronca que la amaba y que pronto terminaría. Había mentido. En el momento en que le dio un último empujón gruñendo, se apartó de ella, ella sollozaba como un animal herido.

Durante meses había arrojado una cortina rosa sobre esos recuerdos. Ahora volvían a la vida, crudos y vergonzosos. Una y otra vez, le había insistido a Drake y a sí misma que nunca se arrepentiría de lo que le había permitido hacer a Jeremy. Ahora ya no estaba segura de eso ni de otras viejas certezas.

¿Era posible que ella hubiera llegado a amar a su brusco y pensativo esposo, completamente opuesto a su medio hermano infantilmente simpático? ¿Y cuáles eran los sentimientos de Drake por ella? ¿Habían cambiado también desde el día en que los dos habían hecho su estúpido pacto de nunca cargarse el uno al otro con afecto no deseado?

Mientras Lucy luchaba con esas irritantes preguntas, sonó un golpe rápido e insistente en la puerta de su dormitorio. Por un instante su corazón saltó, pensando que podría ser Drake. Entonces se dio cuenta de que el golpe seco y entrecortado no podía provenir de él. Lucy casi gritó para pedirle a la persona que entrara. Las palabras quedaron atrapadas en su garganta cuando se dio cuenta de que estaba desnuda debajo de las sábanas.

Recogió su camisón y se lo puso por la cabeza. «Un momento por favor. Acabo de despertar».

Se puso una bata cálida y pantuflas y luego le abrió la puerta a Phyllida.

La prima de Drake miró su cabello despeinado con un interés mal disimulado. Lucy sintió que se sonrojaba. Como la mayoría de las damas de la época, hacía un ritual de cepillarse y trenzarse el cabello para ir a la cama, sin importar lo tarde que fuera. Siguiendo la mirada de Phyllida hacia la pila de ropa de noche desechada junto a la cama, se sonrojó aún más.

Mezclados con su vestido de baile y ropa interior, estaban la camisa y el chaleco de Drake.

Con los ojos fijos en las prendas, la boca de Phyllida se abrió y cerró varias veces. Finalmente, logró balbucear: «¿A qué hora regresaron esta mañana? Cuando no bajaste a desayunar, pensé que debería ver si estabas enferma».

«Aparte de estar un poco cansada, estoy bastante bien, gracias». Lucy se recordó severamente a sí misma que la ropa de Drake en su piso no debería ser motivo para sonrojarse. Llevaban meses casados y durante ese tiempo se habían esforzado por convencer a sus primos de que eran físicamente íntimos.

Pero eso había sido una actuación. Esto no era así. A pesar del anillo de matrimonio en su dedo, se sentía furtivo e ilícito.

«Solo pensé...», Phyllida continuó mirando la reveladora pila de ropa. «Es decir, Drake dijo que se irían hoy. Y no tienes nada empacado».

Lucy se encogió de hombros. «Tal vez esperaremos hasta mañana».

Al ver la pequeña sonrisa tensa de triunfo de Phyllida, no pudo evitar agregar: «O tal vez arrojaré algo de ropa de viaje en un baúl y tú podrás enviar el resto de nuestro equipaje más tarde».

«Supongo que dependerá de cuánto tiempo Drake tarde en su entrevista». Una nota de astuto triunfo resonó en la respuesta de Phyllida.

«¿Entrevista?», Lucy sabía que no debía morder el anzuelo, pero no pudo evitarlo.

«Pensé que quizá lo sabías».

«No». Apartándose de la prima de Drake, Lucy empezó a recoger la ropa del suelo y a doblarla. «Sin duda, es un asunto parlamentario u otro que tiene que terminar antes de que nos vayamos».

Phyllida se rió entre dientes, un sonido que puso la piel de gallina a Lucy. «No conozco mujeres que se sienten en la Cámara de los Lores». Cuando Lucy insistió en ignorarla, ella agregó: «¿No vas a preguntarme con quién está?».

Lucy fingió estar ocupada eligiendo ropa de viaje. «¿Para qué preguntar cuando sé que me lo dirás de todos modos?».

«Siento que es mi deber ya que te tengo mucho cariño», dijo Phyllida, sin rastro de calidez. «Es esa actriz, ¿recuerdas? De la que preguntaste aquella noche en Covent Garden».

Una fría daga de pavor acuchilló las entrañas de Lucy. «Lo recuerdo».

«Llegó de la nada hace media hora, exigiendo ver a lord Silverthorne. Han estado juntos en la biblioteca desde entonces, con la puerta cerrada».

«Entonces, por favor, ve y presiona tu oreja contra la puerta, Phyllida. Yo estaré contenta de esperar hasta que mi esposo me informe lo que quería la Sra. Beaumont».

«Pero, Lucy, solo pensé...».

«Solo pensaste que era una lástima desperdiciar esta oportunidad de crear problemas entre Drake y yo antes de que regresemos a Silverthorne. Ahórrate el aliento, Phyllida. Mi esposo es el hombre más honorable que conozco y confío plenamente en él. Sin duda hay una razón perfectamente inocente para la visita de la Sra. Beaumont. Ahora, si me disculpas, debo vestirme y empacar».

Casi empujó a Phyllida que farfullaba al salir de la habitación. Entonces Lucy se hundió en la cama, luchando por hacerse creer sus propias protestas vehementes. Si a ella no le importaba Drake, ¿por qué diablos debería importarle lo que estaba pasando en la biblioteca?

«¿ESTÁ COMPLETAMENTE SEGURA DE ESTO?», dividido entre la incredulidad y la indignación, Drake miró a la mujer sentada frente a él.

«Tan segura como cualquier mujer puede estarlo, lord Silverthorne». Rosalind Beaumont se permitió el fantasma de una sonrisa. Estaba vestida demasiado a la moda para una visita matutina, con un vestido verde pálido y una chaqueta verde más oscura que resaltaban perfectamente su tez clara. Un diminuto trozo de sombrero escondía poco de su abundante cabello oscuro. «El hijo que estoy esperando pertenece a su difunto hermano».

«Medio hermano». Drake nunca antes había hecho esa distinción de distanciamiento. «Perdóneme, señora, pero debe comprender que tengo dificultad para creerlo».

Ella inclinó la cabeza ligeramente para reconocer su punto. «No vine aquí para hacer afirmaciones descabelladas que no pueda respaldar, su señoría. Puedo proporcionarle pruebas de todo lo que he dicho».

«Dadas las circunstancias no veo cómo eso es posible».

Rebuscando en su bolso, sacó varias cartas muy arrugadas y se las pasó. «¿Confío en que reconocerá la escritura?».

Drake asintió convulsivamente, sin confiar en sí mismo para hablar. Fue una sensación inquietante ver palabras desconocidas escritas en una mano familiar, ahora muerta. De alguna manera trajeron momentáneamente al escritor a la vida. No cabía duda de que la escritura era de Jeremy. La caligrafía puntiaguda y juvenil y la fluidez sin esfuerzo lo delataban a simple vista. El joven tonto se había enamorado de Rosalind Beaumont, dirigiéndose a ella en un término inquietantemente íntimo y le hacía una serie de promesas imprudentes, incluido el matrimonio. ¿De verdad había creído Jeremy que su hermano aprobaría un matrimonio con una actriz varios años mayor que él?

La exasperación con Jeremy agudizó el tono de Drake. «Estoy dispuesto a conceder que mi hermano estaba enamorado de usted, señora Beaumont. En cuanto al resto...».

Con evidente desgana, le entregó una última carta. Enviada desde España, tenía fecha de pocos días antes de la muerte de Jeremy. Mencionaba su *noche especial juntos* y una vez más insinuaba el matrimonio, sin pedirle la mano, en realidad. Drake sintió que su fular se apretaba cada vez más alrededor de su cuello. Entre Lucy y la señora Beaumont, la última licencia de su hermano había sido de lo más... productiva.

De alguna manera, su practicidad testaruda se afirmó. «Muy bien. Estaba enamorado y usted lo llevó a su cama».

«¿Qué otra prueba puede necesitar?».

«Como mínimo, necesito estar seguro de que lo que dice sobre su condición es cierto».

Con los ojos en llamas, la actriz se levantó de su asiento. Drake asumió que tenía la intención de marcharse con gran enfado. Cuando se dio cuenta de que ella se estaba levantando el dobladillo del vestido, quedó demasiado asombrado como para apartar la vista. Por un momento se quedó allí con el vestido recogido hasta el pecho y el vientre redondeado al descubierto. Junto con muchas otras cosas.

Al escuchar un grito ahogado, Drake asumió que era suyo.

«¿Convencido?». Se arregló la ropa en su lugar y volvió a sentarse.

«¿Y.... y está segura de que ningún otro hombre pudo haber engendrado a su hijo?».

Por primera vez durante su entrevista, su autocontrol parecía en peligro de flaquear. «Por derecho, debería abofetearle por esa pregunta, lord Silverthorne. Desafortunadamente, no puedo permitírmelo. Me temo que solo tiene mi palabra de que no tuve más amantes que Jeremy. A pesar de lo que haya oído sobre las actrices, no tenemos menos moral que otras mujeres».

«Me considero un buen juez de carácter, señora Beaumont. Retiro la pregunta con mis disculpas».

Drake creyó detectar un temblor momentáneo en el mentón de la mujer.

«¿Qué necesita de mí?», preguntó.

Volvió a meter la mano en su bolso, esta vez sacando un pañuelo. «No estoy acostumbrada a pedir caridad, señor. Nunca me rebajaría a ello por mi propia cuenta. Pero por el bien del hijo de Jeremy, estoy dispuesta a tragarme mi orgullo».

«Puedo entender eso», Drake se contuvo en un suspiro. Tenía que admirar el gusto de Jeremy por las mujeres y envidiar la devoción que inspiraba. Casi tanto como aborrecía la forma en que su hermano los había tratado.

Los ojos verdes de Rosalind Beaumont buscaron los suyos y parecieron aprobar lo que encontraron. «Quiero criar a este niño, lord Silverthorne. Había perdido la esperanza de tener uno. Cuando me di cuenta de mi condición, fue como si su hermano me hubiera dejado un regalo de despedida».

Drake reprimió un comentario sardónico. ¿Quién era él para despojar a esta mujer de sus ilusiones románticas?

«Me niego a que otros críen a mi bebé y apenas verlo. Sin embargo, criar abiertamente a un hijo ilegítimo significaría el final de mi carrera teatral. Tengo un poco de dinero ahorrado, pero no lo suficiente para retirarme», explicó ella.

«Tranquilícese, señora Beaumont». Ahora que estaba convencido de su historia, al menos podría evitarle la humillación final de pedir su ayuda. «No permitiré que el hijo de mi hermano carezca de nada. Elogio su decisión de criarlo usted misma».

Se volvió hacia el escritorio detrás de él y anotó un número en un trozo de papel. «¿Esta suma de capital en fideicomiso proporcionará un ingreso suficiente?».

Cuando se lo entregó, la mujer miró fijamente el papel con los ojos muy abiertos. «No tenía intención de pedir tanto, lord Silverthorne. No es mi deseo usar a mi hijo para obtener ganancias financieras».

«Por supuesto que no. Pero los precios siguen subiendo. Quiero que el hijo de Jeremy disfrute de una crianza cómoda y de la mejor educación posible. También siento que debería ser compensada por renunciar a su carrera teatral. ¿Ha pensado dónde ir?».

«Tengo la intención de quedarme en Londres hasta que nazca el niño y pueda arreglar el alquiler de mi casa. Entonces encontraré un tranquilo pueblo rural en Devon o en los Cotswolds, donde nadie me conozca. Diré que soy la viuda de un oficial».

«Lo suficientemente cerca de la verdad». Drake asintió. «Me sentiría honrado si usted y su hijo deciden llevar el apellido Strickland».

Entonces se derrumbó, tan abrupta y completamente que Drake no pudo resistirse a acercarse a ella. Arrodillado en el suelo junto a su silla, sostuvo a la mujer llorando sobre su hombro hasta que sus lágrimas se calmaron. Antes de Lucy, nunca se habría atrevido a hacer un gesto tan personal. Su esposa había alimentado un lado de él que Drake nunca había sospechado, y mucho menos se había esforzado por cultivar. Sin embargo, sabía que era un hombre mejor y más feliz por ello.

Cuando finalmente dominó sus turbulentas emociones, la Sra. Beaumont parecía ansiosa por concluir la entrevista. Drake prometió posponer su partida de Londres hasta que hubiera consultado a sus abogados y arreglado un acuerdo mutuamente aceptable. Mirando por la puerta de la biblioteca, se aseguró de que el pasillo estuviera vacío. Trató de no traicionar su prisa por sacar a la señora Beaumont de la casa.

Al salir, se dio la vuelta y le tomó la mano. «Bendito sea, señor». Ella habló en un susurro ahogado. «Su generosidad es legendaria, pero esos informes apenas le hacen justicia. Su permiso para usar el nombre de Strickland es más valioso para mí que todo el dinero del mundo. Su esposa es una mujer verdaderamente afortunada».

Su esposa. Aquí estaba su oportunidad de arrebatarse a Lucy de su hermano de una vez por todas. Podría presentarle a Rosalind Beaumont. Podía mostrar cómo Jeremy la había usado, yendo directamente de sus brazos a la cama de otra mujer, haciéndole pasar falsas promesas de matrimonio como su moneda romántica.

La actriz le dirigió una mirada extraña. «Lo siento, su señoría. ¿Fue algo que dije?».

Drake sacudió la cabeza para disipar el impulso precipitado. Sabía de otros capitanes de la industria que se habían abierto camino hasta la cima destruyendo sin piedad toda competencia. Esa nunca había sido su forma de actuar. Ya sea en los negocios o en los asuntos del corazón, Drake quería tener éxito por sus propios méritos, no eliminando a sus rivales.

Además, ¿cómo podría enfrentarse a sí mismo si ganara el amor de Lucy a costa de sus frágiles ideales románticos? ¿Cómo se sentiría ella consigo misma sabiendo que el hombre al que había adorado la había explotado con una indiferencia tan casual?

«Solo agregaré una condición a nuestro acuerdo, señora Beaumont».

«¿Sí?». Parecía cautelosa, como si la inquietara la repentina intensidad de su voz.

«Mi esposa no debe saber nada de esto».

«Tiene mi palabra».

CUANDO LUCY SUBIÓ al segundo escalón por encima del rellano de la escalera, sus pensamientos resonaron con las palabras de despedida de Drake a la señora Beaumont.

“Mi esposa no debe saber nada de esto”.

¡Hablando de cerrar la puerta del establo después de que el caballo se hubiera escapado!

Era su propia culpa por escuchar a escondidas. Los oyentes rara vez escuchaban algo bueno. No es que ella hubiera tenido la intención de espiar a Drake. En su camino a buscar un pequeño baúl para empacar, escuchó a un par de criadas chismeando.

«Acabo de echar un rápido vistazo por el ojo de la cerradura y pensé que me desmayaría. ¡Allí estaba ella levantándose el vestido en nuestra biblioteca a plena luz del día!».

«¡Jamás haría eso!».

«Lo juro por mi vida».

Cuando las chicas se alejaron del alcance del oído, Lucy no pudo evitar sentarse en el rellano de la escalera. Desde allí tenía una vista clara de la puerta de la biblioteca, mientras permanecía prácticamente oculta. Aunque no habrían pasado más de diez minutos antes de que Drake y esa mujer salieran de la habitación, a Lucy le parecieron horas mientras tomaba una decisión y la cambiaba cien veces.

Estaba tan absorta en el debate consigo misma, que el sonido de la puerta de la biblioteca abriéndose la hizo sobresaltarse con culpa. Se metió más atrás en las sombras ocultas de la escalera superior. Aunque no pudo distinguir mucho del intercambio entre su esposo y la actriz, la urgencia de su tono era inconfundible. Las últimas palabras de Drake flotarón hasta ella, claras y enfáticas, la última acusación condenatoria para influir en su veredicto.

Sin embargo, frente a todas las demás pruebas, había una esperanza débil pero tenaz. Si Drake se preocupaba por la actriz y ella no significaba nada para él, ¿cómo pudo haberle hecho

el amor tan exquisitamente solo unas horas antes?

De repente, Lucy podía soportar cualquier cosa menos adivinar y preguntarse. Después de lo que había pasado entre ellos la noche anterior, no podía soportar mirar los ojos llenos de arrepentimiento de Drake ni escuchar las duras palabras de confirmación de sus labios.

Cualquiera que fuera la desagradable verdad que tuviera que enfrentar, lo haría mejor viniendo de un extraño.

Mientras se ataba el sombrero, Lucy se preguntó cómo podía pedir un carruaje y una escolta sin alertar a su marido. En ese momento, escuchó un toque cortés en la puerta principal.

Pensando que la Sra. Beaumont podría haber regresado, no sabía si sentirse consternada o aliviada.

Lucy tiró de la puerta para abrirla.

Allí estaba Eugene Dalrymple, elegante con un sombrero de castor alto, pantalones de color ante y un abrigo bien cortado.

«¡Lady Silverthorne!». Pareció sorprendido y divertido al encontrar a una vizcondesa abriendo su propia puerta.

Sin embargo, no tardó mucho en recuperar la compostura. Le hizo una reverencia cortés y le ofreció un ramo de flores.

«Por favor, acepte esta humilde muestra de mi más abyecta disculpa y garantía de mi respeto continuo».

«¿Disculpa?». Mirando nerviosamente detrás de ella, Lucy tomó las flores y salió, cerrando silenciosamente la puerta principal detrás de ella. «¿Qué ha hecho que podría requerir una disculpa?».

«Entonces, ¿no está enojada conmigo?». El conjunto ansioso de sus cejas se relajó visiblemente. «Tal vez he sido tontamente sensible. Después de que anoche rechazara mi invitación al baile y luego se esforzara por evitarme... llegué a la conclusión de...».

Lucy estrechó su mano. Después de lo que había visto esta mañana, no podía soportar la idea de causar angustia emocional a alguien más. «Por supuesto que no estoy enojada con usted. Por qué usted ha sido amable conmigo desde que llegué a Londres».

«Ha sido un honor y un placer, querida señora. Nada podría darme más alegría que serle de la más mínima ayuda». Él levantó su mano enguantada a sus labios.

Ver su carruaje en la acera le dio a Lucy una idea. «Podría prestarme un servicio vital en este mismo momento, señor Dalrymple. Tengo una cita en Covent Garden y no tengo carruaje a mi disposición. ¿Podría aprovecharme de usted para dar un paseo en coche?».

Sus hermosos rasgos florecieron en una expresión de absoluta felicidad. A Lucy le recordó el aspecto que tenía Jeremy el día que accedió a una cita en los bosques cerca de Silverthorne. Por alguna razón eso la inquietó.

Sus dudas en ciernes se disiparon cuando el Sr. Dalrymple respondió: «Estoy completamente a su disposición, querida señora».

Después de unas breves palabras a su conductor, partieron.

«Qué afortunada coincidencia», dijo el Sr. Dalrymple. «Me hace preguntarme si lady Fortuna pudo haberme tomado de la mano».

«¿Cómo dice?», Lucy enterró la cara en las flores para evitar la intensidad de su mirada.

«Había esperado tener una conversación privada con usted», respondió, «¿y qué podría ser más privado que esto?».

Lucy miró alrededor del elegante interior del carruaje. De repente se dio cuenta de la grave falta de decoro que estaba cometiendo al conducir sola con un hombre que no era su marido.

Armándose de valor contra tales pensamientos, decidió que no era mayor indiscreción que Drake *entreteniéndola* a una actriz en su biblioteca.

«Tendrá que hablar rápido», dijo. «Pronto llegaremos a Covent Garden».

Cuando el carruaje giró repentinamente a la derecha en King Street, Lucy le lanzó una mirada inquisitiva al señor Dalrymple. «Este no es el camino. Por favor, señor Dalrymple, es urgente que llegue al teatro».

«Todo a su debido tiempo, mi querida lady Silverthorne». Él desechó sus objeciones con un gesto. «Le di instrucciones a mi conductor para que tomara un pequeño desvío a través de Hyde Park. Confío en que no me negará diez minutos de su tiempo cuando es posible que no nos volvamos a ver por quién sabe cuánto tiempo».

Lucy trató de convocar la indignación que sabía que debería surgir fácilmente, pero parpadeó y murió en el rostro de esa encantadora sonrisa melancólica y ojos suplicantes.

«Oh, muy bien». Ella dio un suspiro indulgente. «¿Qué tiene que decir en su defensa?».

«Algo que he anhelado decir desde el momento en que nos conocimos. Sin embargo, primero debo contarle algunas cosas importantes. Hace una hora he recibido noticias de Florence de que mi tía, la duquesa de Swansea, ha muerto. Espero zarpar hacia el Mediterráneo mañana a más tardar».

Aunque parecía lejos de estar desconsolado por la noticia, Lucy expresó sus condolencias por su pérdida.

«Echaré de menos a la anciana, pero no fue inesperado. De lo más fortuito, de hecho. Como único heredero de mi tía, ahora poseo una fortuna al menos igual a la de su marido».

«Qué suerte para usted. Confío en que su nueva riqueza aliviará su dolor». Lucy no pudo censurar por completo una nota de desprecio en su voz.

«¿No lo ves, Lucy?» Arrodillado en el suelo del carruaje, le tomó la mano. «Ahora que he recibido mi herencia, soy libre de decirte cuán ardiente y apasionadamente te amo. Di que mañana navegarás conmigo y viviremos como la realeza en las cortes de Europa».

Después de un instante de total conmoción, Lucy finalmente encontró su voz. «Levántese del suelo, señor Dalrymple».

Ella apartó su mano. «Y tenga la amabilidad de abstenerse de dirigirse a mí de esa manera. Le agradeceré que recuerde que soy una mujer casada».

Él no hizo ningún movimiento para levantarse. «Un matrimonio sin amor con esa incómoda excusa de vizconde. Sé lo miserable que eres con él. Él ni siquiera puede comenzar a merecerte».

«No tiene idea de lo que merece mi esposo, señor. Ahora, deje de decir tonterías y lléveme a casa de inmediato».

En cambio, el Sr. Dalrymple tomó su rostro entre sus manos y la besó. Un beso tan completo, practicado y experto podría haber convertido las rodillas de otra mujer en agua. Solo hizo que la garganta de Lucy se elevara tanto como su temperamento.

«Suélteme, Sr. Dalrymple y detenga este carruaje para que pueda encontrar mi propio camino a casa. ¡Conductor! ¡Deténgase ahora!».

El caballero retrocedió un poco, aunque no volvió a sentarse. El remordimiento y la afrenta luchaban claramente por el control de sus hermosos rasgos. «Debo disculparme, querida señora. Nunca se me ocurrió que tal vez no correspondiera a mis sentimientos. Ahora me temo que está alterada. Tenga, tome mi pañuelo».

La tela blanca revoloteó ante el rostro de Lucy seguida de una explosión de dolor y oscuridad.

CAPÍTULO VEINTE

«¿Se fue?», Drake balbuceó. «¿Qué quieres decir con que se ha ido?».

«Es una palabra bastante común», respondió Phyllida con un tono extraordinariamente agudo. «Quiero decir que no se encuentra por ninguna parte y nadie tiene la menor idea de dónde podría estar Lucy».

Drake sintió como si alguien acabara de sacar una silla muy cómoda de debajo de él. Aún así, trató de sonar casual. «Tal vez pensó en algunas compras de última hora que necesitaba hacer antes de partir hacia Silverthorne. ¿Comprobaste si tomó uno de los carruajes?».

«Fue lo primero que pensé», Phyllida sacudió la cabeza, negando esa posible explicación.

«¿Cuándo fue la última vez que alguien la vio?».

Phyllida pensó por un momento antes de responder. «Martin los vio a ustedes dos cuando regresaron de Henley House, pero ninguno de los sirvientes la vio esta mañana. Debo decir que eso te convierte en el último en verla. ¿No crees que salió antes de que los sirvientes se levantaran esta mañana?».

«Todavía estaba aquí a las seis». Se negó a dar más detalles, aunque la mirada descaradamente curiosa de Phyllida casi lo exigía.

A las seis se había deslizado fuera de la cama de Lucy y se había escapado. No había sabido qué decirle cuando despertó. Temía que todo lo que dijera estuviera mal.

«¿Me estás diciendo que nadie en esta casa ha visto a Lucy desde entonces?», exigió bruscamente.

«He preguntado a todos».

«No me preguntaste a mí». El joven Reggie intervino desde la escalera. Rastros de mermelada manchaban su boca.

Su madre levantó las manos con horror. «¡Reggie, cariño, vuelve a la guardería ahora mismo!».

«Oh, mamá, estoy demasiado grande para la guardería. Quiero ir a la escuela como otros niños de mi edad».

Phyllida negó con la cabeza enérgicamente. «Sabes que tu constitución es demasiado delicada para los rigores de la escuela. Además, las buenas son muy caras».

Drake podría haberse reído de su intercambio, si no hubiera estado tan ansioso por Lucy. «El chico tiene razón, Phyllida. Ya es hora de que vaya a la escuela. Cubriré sus gastos».

El ceño petulante de Reggie se transformó en la sonrisa más sincera que Drake jamás había visto en su cara redonda.

«Ahora, Reggie, yo te pregunto, ¿viste a la prima Lucy hoy?».

El chico asintió con la cabeza. «Antes del mediodía. Un hombre de pelo amarillo se acercó a

la puerta. La prima Lucy se fue con él en su carruaje», con tranquilidad agregó, «el hombre le dio flores».

«¿Viste en qué dirección se fueron?», Drake logró preguntar con la garganta dolorosamente apretada.

«Por allá», el chico levantó el pulgar en dirección al centro de Londres.

«¿Algo más que recuerdes?».

«Los caballos eran marrones».

«Has sido de gran ayuda, Reggie. Gracias».

El muchacho estaba apenas fuera del alcance del oído cuando estalló Phyllida. «¡Dalrymple! ¡Se ha escapado con el señor Dalrymple y mi pobre e impresionable Reggie tuvo que verlo todo!».

«No sabemos que fue Dalrymple», espetó Drake. «Y ciertamente no sabemos que Lucy se haya escapado».

Phyllida lo contempló con una mirada de lástima reservada normalmente para los imbéciles inofensivos. «¿A quién más conoce lo suficientemente bien en Londres como para aceptar un viaje en coche? El hombre ciertamente responde a la descripción del Sr. Dalrymple».

«Es posible que solo hayan tenido la intención de intercambiar unas pocas palabras de despedida». Concediendo en silencio la identidad de la compañía de Lucy, Drake se preguntó si esta sugerencia sonaba tan hueca para los oídos de Phyllida como para los suyos.

Aparentemente sí, porque asintió hacia el reloj en la esquina este de la biblioteca. Mostraba la hora como las tres y media. «Si ese es el caso, se están tomando bastante tiempo».

Drake no podía soportar continuar con esta conversación. Mientras trataba desesperadamente de fingir que todo estaba bien, su corazón gritaba que algo andaba terriblemente mal.

«Ve a revisar su habitación. A ver si llevó algo con ella. Pregúntale a Reggie si llevaba equipaje cuando la vio».

Después de que Phyllida se apresuró a salir, balbuceando y alborotando, Drake cerró la puerta de la biblioteca y se hundió en su silla. ¿Era posible que Lucy se hubiera fugado con ese elegante dandi? ¿Lo habían planeado de antemano? ¿Fue por eso que lo dejó entrar en su cama anoche, para disipar sus sospechas? ¿O había huido por impulso, porque él había insistido en reclamar sus derechos maritales?

Si él la hubiera orillado a los brazos de un pícaro como Eugene Dalrymple, Drake sabía que nunca se lo perdonaría.

LUCY SE DESPERTÓ en la pálida luz de un amanecer de primavera con el sonido de una alondra que cantaba fuera de su ventana. Por un instante se escondió debajo de las mantas, riéndose del sueño vívido pero ridículo que había estado teniendo.

Entonces sintió la dura palpitación en su cabeza y percibió un olor húmedo y mohoso que Lady Phyllida nunca permitiría en el número 17 de Grafton Square.

Con cautela, Lucy abrió los ojos. Estuviera donde estuviera, no se parecía en nada a su espaciosa habitación en la esquina de la elegante casa de Drake. Las dimensiones de las dos habitaciones casi eran comparables, pero toda similitud terminaba ahí. En lugar de estar tapizada con ramitas de flores, este espacio había sido revestido con paneles de madera oscura que, de acuerdo con el aspecto completamente astillado, seguramente había sido hecho en tiempos de los Tudor. En lugar de su diván tapizado en cretona brillante, había un sillón de madera maciza de

antiguo pedigrí. La ventana solitaria parecía solo la mitad del tamaño de la de Grafton Square. En lugar de cortinas de damasco suave, ostentaba un conjunto de fuertes barras de hierro, el elemento más nuevo en la habitación.

Sujetándose la cabeza y balanceándose por el mareo, Lucy trastabilló desde la estrecha cama con dosel hasta la puerta. Estaba cerrada desde el exterior. En la base de la puerta se había cortado recientemente una ranura y se le había colocado una escotilla. Lucy se arrodilló para inspeccionar las dimensiones del agujero. Un niño pequeño o un perro podrían haber podido escabullirse, decidió. Una mujer adulta, particularmente una embarazada, no tendría ninguna esperanza en el mundo.

Lucy se abrió camino hacia la ventana, pasando junto a la derruida chimenea y un viejo lavabo, y miró hacia el exterior. Su corazón se hundió.

Incluso sin las rejas, la caída de tres pisos hasta el suelo habría convertido la ventana en una vía de escape improbable. El edificio que albergaba su habitación en la prisión estaba bastante alejado de un camino rural a la vista, y fuera del alcance del oído. No había otras viviendas cercanas. Nadie a quien pudiera llamar para pedir ayuda.

Lentamente, Lucy se desplomó en el suelo, lágrimas de rabia impotente y autorreproche ardían en sus ojos. ¿Cómo pudo haber sido tan imprudente como para confiar en un sinvergüenza como Dalrymple, a pesar de la advertencia de Drake? Se había dejado engañar por su buena apariencia y fácil galantería.

No era la primera vez que se dejaba engañar por las apariencias. ¿Cómo podía haberse imaginado enamorada de un hombre al que apenas conocía? Se había sentido atraída por la belleza dorada y el encanto fácil de Jeremy. En todos los sentidos que contaban, él había sido un extraño para ella. Si él hubiera sido la mitad del caballero incomparable que ella imaginaba, nunca la habría presionado para hacer el amor antes de que ella estuviera lista.

¿*Hacer el amor*? Un hipo de risa llorosa e irónica salió de los labios de Lucy. Jeremy Strickland no le había hecho el amor en aquel claro apartado de la finca Silverthorne. Él había hecho uso de su cuerpo para satisfacer sus propias necesidades sin pensar en absoluto en sus sentimientos.

Drake le había hecho el amor sin consideración por sí mismo. En los meses de su matrimonio había llegado a vislumbrar su verdadero valor. Conociendo a Drake, probablemente había mucho más por descubrir, todo bueno. Había sido una tonta al no prestar atención a su advertencia sobre Dalrymple. Se había equivocado al sospechar que algo andaba mal entre él y la señora Beaumont. Si tan solo pudiera encontrar el camino de regreso a él...

El sonido de pasos acercándose se entrometió en los pensamientos de Lucy. Limpiándose apresuradamente las lágrimas, examinó la habitación en busca de algo que pudiera usar como arma. Sus opciones eran deprimentemente limitadas. Con cuidado de hacer el menor ruido posible, sacó una piedra de buen tamaño de la argamasa desmoronada del hogar. Retorciéndolo en una esquina de su chal, deseó tener un tiro claro en la coronilla dorada de Eugene Dalrymple. Por el cielo, ella le devolvería el golpe por el tierno chichón que palpitaba detrás de su oreja izquierda.

Los pasos se detuvieron al otro lado de la puerta. La escotilla con bisagras se levantó para admitir una pequeña canasta de comida. Lucy se mantuvo inmóvil como una estatua hasta que los pasos comenzaron a retroceder nuevamente.

Aunque deseaba regañar a su captor en el lenguaje más grosero posible, gritó con una voz tan suave y atrayente como pudo fingir. «Señor Dalrymple, ¿es usted? ¿No quiere entrar para que podamos hablar?».

Los pasos se acercaron, pero Lucy no oyó el repiqueteo de las llaves ni el movimiento del pestillo.

«Querida señora, se encuentra despierta por fin», dijo la voz repugnantemente familiar. «Confío en que haya dormido bien».

Si hubiera podido llegar a su garganta, felizmente lo habría estrangulado. Aún así, él representaba su medio más fácil de escapar.

Con buen ánimo, que esperaba que no sonara demasiado forzado, respondió. «Muy bien, gracias. Si me trajo aquí para considerar su propuesta con mayor tranquilidad, lamento haberlo molestado. Tenía toda la intención de aceptarlo, finalmente. Solo protesté al principio por temor a perder su respeto si accedía con demasiada facilidad. Me halaga que estuviera preparado para tomar medidas tan extremas para ganarme».

«Buen intento, querida señora». Dalrymple se burló de ella con exagerada cortesía. «Fingirá fugarse conmigo solo para escapar de mí en Dover».

Lucy maldijo en silencio. ¿Cómo podía haber esperado engañar al maestro de la falsedad?

«Me gustaría creerle, aunque solo fuera para salvar mi vanidad herida», continuó Dalrymple. «Aunque para ser perfectamente sincero, su respuesta de ayer no habría influido en sus circunstancias actuales. Este ha sido nuestro destino todo el tiempo. Su reticencia simplemente me obligó a emplear tácticas menos sutiles para asegurarme de su cooperación».

Su simulada cortesía aceitosa provocaba a Lucy incluso más que su total descaro. Como un resorte demasiado enrollado, su compostura se quebró. «¡Villano! ¿Cómo se atreve a secuestrarme y retenerme contra mi voluntad? ¿Cuánto tiempo piensa tenerme aquí? ¿Está consciente de que me encuentro... en un estado delicado?».

«¿En serio? Si cree que eso influirá en mis acciones, lamento decepcionarla. De hecho, su... condición es una ventaja para mí, en todo caso. Dudo que desee poner en peligro a su hijo por nacer en algún tonto esfuerzo por escapar. Puedo asegurarle que estamos a kilómetros de cualquier lugar. Incluso si encontrara una forma de salir de esta casa, no podría caminar mucho antes de que la recuperara. En cuanto a la duración de su estadía, eso depende de cuánto tiempo le tome a lord Silverthorne obtener un Acta de Divorcio.

«¿Drake?», Lucy casi se atragantó con su nombre. «¿Quiere decir que él está detrás de todo esto?».

Después de una breve pausa, Dalrymple respondió: «Muy inteligente, querida señora. Se las ha arreglado para sacarme más información de la que pretendía divulgar. Sin embargo, dado que lo ha hecho, también podría decirle que he estado al servicio de su esposo desde el momento en que nos conocimos. Él está muy ansioso por romper su desacertada unión».

«¡Mentiroso! Drake me advirtió que me alejara de usted. Dijo que no confiaría en usted para deletrear la palabra *sincero*».

Dalrymple soltó una risita. «También debería saberlo, habiendo él asegurado mis servicios. Su esposo es un actor sorprendentemente efectivo cuando está debidamente motivado. Por supuesto, fui yo quien le sugirió que le prohibiera tener una relación conmigo. Pensé que podría crear una situación represiva de la que usted podría tratar de escapar».

Lucy se atragantó con su propia réplica furiosa. ¿Cómo podría arriesgar su vida por su fe en la integridad de cualquier hombre? ¿No había demostrado ser crédula una y otra vez?

«Disfrute su desayuno, querida señora, y póngase lo más cómoda posible dadas las circunstancias. Lamento que las comodidades aquí sean tan... limitadas. Espero con ansias más de su encantador discurso cuando regrese con su cena».

Lentamente, Lucy se hundió en el suelo, absorbida por un pozo de desesperación demasiado

profundo para las lágrimas. ¿Creería su padre que había abandonado a su marido para huir con otro hombre? ¿Cómo soportaría la desilusión y la desgracia? ¿Y qué sería de su hijo? ¿Drake reclamaría al bebé y se lo quitaría tan pronto como diera a luz? Nunca vería que el niño sufriera daño, eso Lucy todavía creía. Sin embargo, ¿qué había de la señora Beaumont? ¿Podría la nueva esposa de Drake ver al niño como una amenaza para ella? Los bebés eran tan vulnerables...

Lucy no supo cuánto tiempo estuvo agazapada en el desnudo suelo de madera, golpeada alternativamente por la desesperanza y el reproche. Solo volvió en sí cuando el bebé dio varias patadas insistentes.

Poniendo una mano sobre su vientre, lo frotó en amplios círculos. «Debes tener hambre, pequeño».

Rebuscando en la cesta que Dalrymple había dejado, descubrió cuatro rebanadas de pan grueso, una manzana deshidratada, queso, un huevo duro frío y una pequeña jarra de leche fresca. Al menos, su captor no tenía la intención de matarla de hambre. Lucy comió el huevo, la manzana y la mitad del pan, acompañando su desayuno con la leche. Apartó dos piezas de pan con el queso. Necesitaría un suministro de alimentos de emergencia, para no depender del todo de la dudosa misericordia de Dalrymple para alimentarla.

Con indiferencia, se acercó a la ventana y miró hacia afuera. Parte de su mente registró los primeros capullos hinchados en el enorme y viejo roble. Sus ramas extendidas casi rozaban la casa. En el camino, un carro de heno cargado pasó rodando. Sin duda se dirigía al mercado de forraje de algún pueblo cercano. Lucy tiró de la hoja de la ventana hinchada por la humedad y anheló pedir ayuda. Luego consideró las consecuencias.

Aunque el lejano carretero la oyera, el no tan lejano señor Dalrymple seguramente lo haría. Dependiente de él para las necesidades de la vida, no se atrevió a enemistarse con él. Además, si un transeúnte la escuchaba y venía a investigar, el empalagoso Dalrymple era muy capaz de inventar una explicación plausible que sonara inocente. Frustrada más allá de lo soportable, Lucy golpeó el marco de la ventana con el puño. La madera húmeda y podrida se astilló bajo la fuerza salvaje de su golpe.

Un débil rayo de esperanza cobró vida en su corazón.

Sin nadie más que ella misma a quien considerar, podría haberse acostado en la cama y darse por vencida. Podría haberse revolcado en la angustia de la traición de Drake y la brutal destrucción de todos sus ideales románticos. Pero ella no estaba sola.

Algún instinto le advertía que no se atrevía a arriesgarse a dar a luz a su hijo en esta casa. Como ya no estaba segura de en quién podía confiar, *sabía* que no podía hacerlo en su captor. Mientras ella estuviera en su poder, su hijo nunca estaría a salvo. Sin importar cuán difícil o peligroso fuera, escapar era imperativo.

Sin embargo, no podía permitirse abordarlo con su impetuosidad habitual. Necesitaba cultivar la practicidad, la vigilancia y, sobre todo, la paciencia. Solo tendría una oportunidad, por lo que su plan debía ser infalible. Con cada día que pasaba de su tranquilo y monótono cautiverio, Dalrymple bajaría la guardia hasta que ella estuviera lista para hacer su movimiento.

«¿ESTÁS SEGURO DE TODO ESTO?», Drake levantó la vista del informe que había estado leyendo. Incluso en este templado día de abril, el hielo de enero se apoderó de su corazón.

«Tan seguro como puedo estar, milord», respondió el autor del informe. Era un hombre pequeño, con un aire ágil e inquisitivo que probablemente le había servido bien en el cuerpo de

los Bow Street Runners. «El rastro estaba lo suficientemente claro para que lo siguiera un ciego». [Nota de la T.: “*Bow Street Runners*”, nombre popular del cuerpo de policía existente en Londres entre 1749 y 1838, percusores de la policía metropolitana]

«Veo que preguntaste al conductor del carruaje. ¿Cómo te las arreglaste para localizarlo?».

«Por medio de un aviso en los periódicos, milord, prometiendo una pequeña recompensa por información. Eso los hace salir de sus escondites cada vez. Un tipo me proporcionó correctamente detalles omitidos deliberadamente en el aviso del periódico».

«Entiendo. Y los condujo por Hyde Park antes de continuar hasta el río. ¿No le pareció extraño?».

El hombre se encogió de hombros. «Cuando se lleva tanto tiempo en este negocio como yo, descubre que la gente hace cosas raras. A menudo por razones que ninguno de nosotros puede entender. Creo que ese conductor está diciendo la verdad acerca de que sus pasajeros abordaron una barcaza con bandera portuguesa».

Una vez más, Drake miró el informe, escrito con una letra apenas legible y desordenada. «El *Santa Inez*, con destino a Florencia, que zarpó poco después de que embarcaran».

Neville había estado escuchando el intercambio con una moderación inusual. Ahora no podía guardarse su opinión ni un momento más. «¿Qué más pruebas necesitas, Drake? Se escapó con Dalrymple en un barco con destino a Florencia...».

«Donde él tiene parientes adinerados», intervino Phyllida, «estoy segura de que eso será una amplia evidencia para el Parlamento».

«¿Qué asunto de mi vida privada, exactamente le concierne al Parlamento?», Drake se esforzó por controlar su temperamento. Si sus primos seguían así por mucho más tiempo, estaría muy tentado a golpearles la cabeza. Había sufrido días de regodeo mal disimulado, y dudaba que pudiera soportar un minuto más.

Neville lo miró como si le hubiera crecido una segunda cabeza. «Es la Cámara la que decidirá si obtiene o no tu Acta de Divorcio, por supuesto. Será un caso abierto y cerrado. La mayoría de los Honorables Miembros tuvieron la oportunidad de ver a tu novia divirtiéndose por todo Londres con Dalrymple».

«No recuerdo haberte pedido tu opinión sobre nada de esto, Neville». Al ver a Phyllida acicalarse con aire de superioridad moral, Drake amplió su mirada para incluirla. «Ni la suya, señora. ¿Qué se necesita para clavarles en la cabeza que no tengo intención de ventilar mi vida privada ante el Parlamento?».

El estrecho labio inferior de Phyllida tembló y sus ojos llorosos se llenaron de lágrimas. «Solo estamos pensando en ti y en el nombre de la familia».

Colocando su brazo con cautela alrededor de su hombro, Neville le ofreció su pañuelo. Le lanzó a su prima una mirada de reproche usando las lágrimas de Phyllida como excusa para dar un último golpe. «Ella tiene razón, viejo amigo. En algún momento, vas a tener que divorciarte de Lucy. ¿Por qué no ahora, mientras la simpatía del público por ti es grande y la prensa se mantiene extrañamente callada sobre todo el asunto? Si lo dejas pasar y luego presentas un proyecto de ley más adelante, lo sacará todo de nuevo a la luz. Más rápido reparado, más pronto olvidado, ¿no? Tienes que dejar esto atrás y seguir con tu vida».

«¡No!», Drake solo se dio cuenta del volumen al que había gritado cuando Phyllida saltó hacia atrás, emitiendo un chillido estrangulado. Con cada pizca restante de autocontrol, continuó en un tono más tranquilo, pero no menos amenazador. «No tengas el descaro de *sermonearme* sobre cómo debo vivir mi vida. No habrá divorcio. El tema está cerrado. Ahora me gustaría hablar en privado con el señor Langstroth».

Los dos abandonaron la biblioteca, aprovechando descaradamente el malestar de Phyllida en beneficio del investigador. Cuando la puerta finalmente se cerró, Drake intercambió una mirada con Langstroth. Los dos hombres negaron con la cabeza.

«Me complace el trabajo que hasta ahora has hecho en el caso», dijo Drake. «Te has mostrado minucioso, discreto y digno de confianza. Esas son virtudes difíciles de conseguir solas y mucho menos juntas».

«Solo trato de dar un buen valor por la paga, milord».

«Una política que apoyo plenamente. Tengo otra misión que me gustaría que llevaras a cabo en mi nombre, si estás dispuesto. ¿Qué te parece la primavera en Italia?».

«Siempre he tenido ganas de viajar, milord. ¿Qué tipo de misión tiene en mente?».

Drake le entregó un sobre pesado, bien sellado con cera. «Quiero que encuentres a mi esposa y le des esto. La colonia inglesa en Florencia no es muy grande. No deberías tener muchos problemas para localizarla a través de la tía de Dalrymple».

«Muy bien, milord. Me iré tan pronto como pueda reservar un pasaje». Langstroth le dio la vuelta al sobre varias veces en sus manos. Si se preguntó acerca de su contenido, no preguntó.

«No regreses de inmediato después de haberlo entregado», agregó Drake. «Hazle saber a lady Silverthorne que te quedarás un tiempo y avísale dónde puede localizarte. Si ella solicita tu ayuda, debes brindarle la asistencia que pueda necesitar. Te compensaré generosamente por tus molestias».

«Así que, si ella lo pide, ¿la traigo a casa de nuevo con usted?», Langstroth parecía dudoso, como si no pudiera imaginarse a un hombre dispuesto a recuperar a su descarriada esposa.

Drake negó con la cabeza. «Si ella lo pide, debes llevarla a donde quiera ir».

Cuando su agente se fue, Drake se dejó caer pesadamente en la silla más cercana y se pasó una mano distraídamente por el pelo. La carta que le había confiado a Langstroth, acompañada de una gran suma en oro, había sido la más difícil que jamás había escrito. Había trabajado en ella día y noche, enviando al fuego borrador tras borrador. De alguna manera, desde lo más profundo de su corazón, había sacado a relucir las palabras para decirle algo de lo que ella significaba para él.

Suplicando perdón por lo que le había hecho, juró que nunca volvería a suceder. Y quería decir cada palabra. Por maravilloso que hubiera sido estar en comunión con ella físicamente, eso no era más que una pequeña parte de su amor hacia ella. Aunque mantenerla a distancia podría costarle un precio extenuante, eso es lo que estaba dispuesto a hacer si ella regresaba. Su presencia en su vida era todo lo que pedía.

Drake rezó para que cuando su agente llegara a Florencia, Lucy hubiera descubierto el verdadero carácter de Dalrymple. Tal vez cuando él se diera cuenta de que ella estaba esperando el hijo de otro hombre, su pasión se enfriaría y ella vería que no era el padre adecuado para su bebé. Entonces, tal vez, regresaría a Silverthorne.

Con esa chispa de optimismo contra todo sentido común, Drake regresó a Nicholthwait una semana después. Allí se sumergió en los negocios, trabajando tenazmente para no pensar. Después de cada largo día, montaba durante una o dos horas, galopando por los caminos empinados como si intentara dejar atrás las dudas que le perseguían.

A medida que cada semana daba paso a la siguiente y la primavera se convertía en verano en el Distrito de los Lagos, Drake esperaba noticias de su agente. Con cada día que pasaba y sin recibir noticias, su esperanza sufría una muerte dolorosa y prolongada.

CAPÍTULO VEINTIUNO

«D ate prisa, Dalrymple, patán sinvergüenza», murmuró Lucy para sí misma mientras yacía en la cama escuchando el sonido de sus pasos acercándose.

Habiendo pasado tres interminables meses como prisionera en ese destartalado desván, dudaba que pudiera tolerar una hora más sin volverse loca. Además, sus oportunidades de escapar estaban disminuyendo rápidamente. Según sus propios cálculos inexpertos, el bebé pronto insistiría en hacer su aparición. Afortunadamente, su cuerpo aún no se había vuelto demasiado difícil de manejar, pero no podía contar con que eso pudiera continuar así. Tampoco podía correr el riesgo de que los esfuerzos de su huida provocaran el parto.

Se habían necesitado casi dos meses de preparación lenta y minuciosa para tener todo listo para su escape. Había utilizado hasta la última gota de humedad disponible para mantener la madera podrida del marco de la ventana constantemente húmeda. Con paciencia, había ido arrancando trozos del frágil marco alrededor de esas robustas barras de hierro. Ahora, con un solo empujón debería enviarlo a toda velocidad al suelo.

Había desgarrado las sábanas de su cama en tiras. Trenzándolas juntas para darles fuerza y atando las longitudes en una cuerda útil, esperaba poder descender a salvo por ellas. Desde el primer día de su encierro, solo había comido los alimentos perecederos de sus comidas. Cualquier alimento que pudiera conservar de manera segura durante uno o dos días, lo había guardado, comiendo lo que había retenido de los días anteriores. De esa manera siempre tendría raciones de emergencia a mano.

La observación había sido la clave final de su plan. Sabía que Dalrymple tenía razón al jactarse de que nunca podría llegar a un lugar seguro a pie. Con un poco de carbón de la chimenea, había dibujado un tosco calendario en una esquina del suelo. Durante días había vigilado junto a la ventana para ver si pasaba algo de tráfico con regularidad. Su diligencia había sido recompensada. El carro de heno que había visto pasar en su primera mañana de cautiverio era un elemento fijo semanal. Todo lo que tenía que hacer era arreglar salir de la casa un martes por la mañana a tiempo para tomar un viaje a la ciudad escondida en la pila de heno.

Eso había demostrado ser una hazaña bastante difícil.

Dos semanas antes, estaba lista para poner su plan en acción. Pero Dalrymple había llegado tan tarde con su desayuno que el carro de heno había pasado hacía mucho tiempo. La semana siguiente, había estado lista temprano, pero una fuerte tormenta había disuadido a Lucy de intentarlo.

El clima esta mañana era perfecto para su propósito. Una ligera niebla enmascararía sus actividades de cualquier transeúnte curioso. No es que importara si ese canalla de Dalrymple no viniera pronto...

Lucy no pudo reprimir un chillido de frustración.

«¿Sucedee algo, querida señora?».

Las palabras de Dalrymple la tomaron tan por sorpresa que casi se olvidó de lo que pensaba hacer a continuación. Casi.

«¡Oooh!», ella dio un profundo gemido bilioso.

Los pasos se acercaron.

«¿Qué ocurre?», el preguntó. «¿Qué está pasando ahí dentro?».

«¿Qué crees tú, tonto? ¡Ya viene mi bebé, por supuesto! ¡Oooh! Los dolores han estado empeorando durante horas. Pensé que nunca vendrías». Esa parte era cierta, al menos. «Por favor, ve a buscarme una partera. Prometiste que lo harías. Por favor. ¡Oooh!».

Sacó un gemido más impresionante de las profundidades de sus entrañas.

Lucy escuchó el sonido de algo golpeando el suelo, su desayuno sin duda. Por un momento temió que Dalrymple se aventurara a entrar para atenderla él mismo. Ella redobló sus golpes y gemidos.

«Sí. Sí. Quédate ahí».

Durante las últimas semanas, Lucy había tenido el dudoso placer de conocer bien a su captor. Lo que había descubierto la asustaba profundamente. En cierto modo, le recordaba a un niño malcriado. Detrás de su máscara de cortesía exagerada acechaba un temperamento vicioso, que estalló cuando su voluntad se vio frustrada. Sus semanas de aislamiento lo habían empeorado. Sin embargo, a pesar de toda su sangre fría, había revelado una inquietante aprensión sobre la maternidad que desconcertaba a Lucy.

Por el momento, agradeció al cielo por su debilidad explotable.

«¡Aguántalo adentro!», gritó. «Volveré con la partera antes de que te des cuenta».

Sonaba tan apanicado que Lucy apenas pudo evitar que sus fingidos sollozos de dolor se convirtieran en una risa histérica.

Siguió con su farsa del parto todo el tiempo mientras se arrastraba hasta la ventana y observaba cómo Dalrymple se alejaba montado en su caballo. Tan pronto como se perdió de vista, ella entró en acción. Atando un paquete de comida en un cabestrillo sobre su hombro, aseguró el extremo de la cuerda trenzada a un sólido poste de la cama. Usando el lavabo como un ligero ariete, empujó las barras de hierro para liberarlas del marco podrido de la ventana. Cayeron al suelo con un ruido sordo pero satisfactorio.

Cuando Lucy salió por el enorme agujero donde una vez había estado la ventana, su valor casi la abandonó. Era un largo camino hasta el suelo y ella no tenía cabeza para las alturas. Pero ya era demasiado tarde para dudar.

Inhalando como si fuera su último aliento, agarró con fuerza la gruesa trenza de lino con las manos y las rodillas. Lentamente comenzó a descender. Con los dientes apretados y cada músculo de su cuerpo anudado por la tensión, mantuvo los ojos fijos en el muro de piedra que tenía delante mientras descendía.

Después de un momento de infarto en el que temió que la cuerda se rompiera, Lucy llegó al suelo sana y salva. Cuando cruzó corriendo el campo abierto hasta el seto, estaba jadeando, en parte por los esfuerzos de su huida, en parte por los nervios agudizados y en parte por una sensación de triunfo inminente.

Pronto la carreta de heno traquetearía lentamente y ella subiría a bordo sin que el conductor se diera cuenta. Pasaron algunos minutos antes de que un escalofrío inquieto se deslizara en su corazón.

¿Dónde estaba el carro? ¿Podría haber calculado mal el día? Mientras una multitud de dudas

la asaltaban, Lucy escuchó el golpeteo distante de cascos. Por un instante su estómago revuelto se asentó. Luego se dio cuenta de que el caballo que se acercaba era demasiado ligero y veloz para ser el pesado carruaje del granjero.

Sus peores temores cobraron forma cuando Dalrymple pasó cabalgando sobre una mazorca de castaños con la comadrona en el asiento trasero. Un sollozo de irritación brotó de los labios apretados de Lucy. No podía ser cuestión de quedarse donde estaba. Pronto Dalrymple estaría tras ella.

¿Pero adónde ir? Lucy miró hacia el camino. Debía haber una ciudad por allí, una lo suficientemente grande como para albergar un mercado de heno semanal. ¿Tenía alguna esperanza de llegar antes de que Dalrymple la alcanzara? No era probable. Volviendo la cara en la otra dirección, se puso en marcha. En algún lugar de esta manera encontraría la granja que sería el hogar de su carro de heno ya familiar.

¿La encontraría Dalrymple antes de que ella lo encontrara?

DRAKE LEVANTÓ la vista de un libro mayor para ver la figura compacta del Sr. Langstroth entrando en la oficina de contabilidad. Por un momento su pulso se aceleró y la habitación se tambaleó vertiginosamente en su visión. Luego notó la expresión sombría en el rostro recién bronceado del hombrecito. Sin piedad, Drake reprimió esa embriagadora oleada de esperanza.

«¿Hay noticias?», preguntó, prescindiendo de las atenciones habituales. «¿Viste a mi esposa? ¿Hablaste con ella? ¿Está bien? ¿El bebé?».

Evitando la mirada exigente de Drake, Langstroth negó con la cabeza. «Dondequiera que esté su esposa, Lord Silverthorne, puedo asegurarle que no está cerca de Florencia».

«No está cerca de...? ¡Eso es absurdo! Ese conductor contratado los vio abordar el barco». ¿Podría haber habido un naufragio? ¿Piratas bárbaros? Su sangre casi se congeló con pavor ante las aterradoras perspectivas.

«Oh, el *Santa Inez* atracó en Florencia correctamente, milord. Sin embargo, su esposa no estaba a bordo. Ni el señor Dalrymple, si ese es su verdadero nombre».

«¿Qué estás diciendo, hombre?».

«Bueno, milord, hurgué en Florencia un rato tratando de localizarlos y ni una señal. Finalmente me puse en contacto con un hombre que trabaja para la duquesa de Swansea. Resulta que Su Gracia *tenía* un sobrino llamado Eugene Dalrymple. Pero el joven murió hace dos años en Barbados».

«Entonces, ¿quién era el hombre...?».

«Disculpe, milord, pero diría que eso es lo que tenemos que averiguar a continuación. Eso y dónde descendieron los dos del *Santa Inez*. Mi conjetura es que desembarcaron tan pronto como el conductor contratado se perdió de vista. Alguien se tomó muchas molestias para que pareciera que su esposa se había fugado a Florencia. No me importa decírselo, pero huelo algo asqueroso».

Drake se sentó con fuerza en el alto taburete del despacho. Su cabeza daba vueltas con preguntas, posibilidades y un miedo desgarrador.

«¿Qué hacemos ahora?». Esta noticia inesperada lo había perturbado tanto que apenas podía pensar.

«Creo que todo lo que podemos hacer es comenzar de nuevo con los hechos que sabemos con certeza. Buscaré a ese conductor y lo interrogaré nuevamente. Averiguaré si alguien en los muelles vio algo inusual ese día. El rastró estará frío después de tantas semanas, pero es todo con

lo que contamos para poder continuar investigando. Supongo que no ha tenido comunicación con su esposa. ¿Sin demandas de rescate?».

La palabra *rescate* golpeó a Drake como un puño duro e inesperado en el estómago. Mecánicamente, sacudió la cabeza.

«¿Podría usted suspender sus actividades, milord? ¿Volver a Londres y ayudarme con mis investigaciones?».

«Tengo un día de trabajo que resolver, luego iré. Mientras tanto, quiero que vuelvas a Londres para seguir con el caso. Haz lo que sea necesario: más personal, recompensas por información, sobornos».

¿Cómo pudo haber pasado por alto la posibilidad de que Lucy no hubiera ido voluntariamente? Drake se reprendió a sí mismo. Parecía tan razonable que ella lo abandonara por un hombre tan parecido a Jeremy. «No descansaré hasta llegar al fondo de esto», dijo.

«Muy bien, milord. Lo veré en Londres». Langstroth dio varias zancadas cortas hacia la puerta antes de detenerse de repente y regresar corriendo. Del bolsillo de su abrigo sacó el sobre sellado que había llevado al Mediterráneo y de regreso a casa, la carta de amor de Drake a Lucy.

«Dadas las circunstancias, creo que será mejor que mantenga esto, milord».

Después de que el agente se hubo ido, Drake se sentó en el taburete de la oficina de contabilidad, dando vueltas y vueltas lentamente al sobre en sus manos. Por más que lo intentó, no pudo evitar que sus manos temblaran. Aunque lo había atormentado pensar en Lucy compartiendo una villa florentina con un joven sinvergüenza rico, era peor no tener idea de dónde podría estar o con quién.

LUCY SE SACUDIÓ un tallo de heno que le hacía cosquillas en la nariz, rezando para que la paja no la hiciera estornudar. Se las había arreglado para llegar a la granja, que resultaba ser un vecino mucho más cercano de lo que jamás había sospechado. Allí, en el camino, inclinado sobre una rueda rota, estaba el carro de heno cargado. Sin otra alma viviente a la vista, Lucy se zambulló en el montón de heno, cubriéndose por completo. Acunada en el capullo espinoso y de olor dulce bajo un cielo de verano salpicado de estrellas, había disfrutado de su primer sueño tranquilo en meses.

Con luz natural y temprano esa mañana, el granjero y su hijo llegaron y comenzaron a reparar el viejo carro. Obligándose a sí misma a estar completamente quieta, Lucy rezó para que terminaran pronto y estuvieran de camino a la ciudad.

«Perdone, buen hombre». Al oír la voz de Dalrymple, el miedo se apoderó de la garganta de Lucy. «¿Por casualidad ha visto a una joven vagando por aquí? Es mi hermana, pobre criatura. No ha estado bien de la cabeza desde que su marido murió luchando en España».

«No he visto a nadie». El granjero no se molestó en hacer una pausa en su tarea.

Apenas atrevida a respirar por miedo a ser descubierta, Lucy se permitió el lujo de una leve sonrisa. Claramente, algunas personas eran inmunes al cacareado encanto de Dalrymple.

Sin dejar que la brusca recepción lo detuviera, continuó. «Si la ve, le agradecería que me la devolviera en Vinelands. La pobrecita está embarazada y dará a luz cualquier día. No puedo imaginar qué la hizo salir corriendo. Me estremezco al pensar qué daño podría ocurrirle si no la recupero a tiempo».

Lucy se estremeció al pensar qué sería de ella si Dalrymple la *encontraba*. Solo cuando él se alejó y el carro de heno comenzó su pesado viaje, Lucy permitió que una lágrima silenciosa

resbalara por sus mejillas.

Un tiempo después, al ver que el campo abierto daba paso a los límites de un pueblo, exhaló un profundo suspiro de alivio. Seguramente, podría encontrar un alma bondadosa que la escondiera y la ayudara a llegar a la seguridad de la casa de su tía en Bath. ¿Podría ser tan afortunada de que estas fueran las afueras de Bath? Ciertamente, algunos de los edificios parecían familiares.

Pero... un momento.

Con un sobresalto de asombro, Lucy se dio cuenta de que no se dirigían a Bath, sino a Londres. Esta debía ser la calle Oxford. Si el heno que la ocultaba estaba destinado a llegar a Covent Garden o a Smithfield, la vieja carreta pasaría a pocos metros de Grafton Square.

Encontrarse inesperadamente de regreso en el sitio de tiempos más felices, abrumaba a Lucy con una oleada de euforia. La cordura había sido restaurada y los últimos tres meses se sintieron como nada más que una pesadilla desagradable de la que finalmente había despertado.

Antes de que supiera lo que estaba haciendo, Lucy salió de su escondite y se deslizó del carro de heno cuando se detuvo en el tráfico. Sacudiéndose la paja de su ropa y quitándose mechones largos de su cabello, se apresuró hacia el Número 17.

Solo cuando estuvo prácticamente en el umbral se dio cuenta de que podría estar caminando directamente hacia la guarida del león. Después de las medidas que ya había tomado para deshacerse de ella, ¿qué podría hacer Drake si ella aparecía de repente en su casa? ¿Encontraría a la señora Beaumont instalada en Grafton Square o Drake se habría llevado a su hermosa amante a Silverthorne?

Cuando Lucy hizo una pausa para considerar un curso de acción más inteligente, un carruaje alquilado se detuvo frente al Número 17 y un hombre se apeó apresuradamente. Lucy reconoció al instante a Eugene Dalrymple. Por una fracción de segundo se congeló como una criatura salvaje atrapada en los sitios del mosquete del cazador. Luego se zambulló en busca de refugio en el estrecho callejón que conducía a las caballerizas detrás de la casa de Drake.

Presionándose contra los ladrillos, rezó para que Dalrymple no se hubiera fijado en ella. Poco a poco, por encima de los latidos ensordecedores de su propio corazón, oyó voces, voces agitadas, enojadas. Lucy miró hacia arriba. A solo unos metros por encima de su cabeza, la ventana de la sala de estar se había abierto para dejar entrar el aire templado de junio. Resistiendo cada instinto que le gritaba que huyera, escuchó la conversación. Sus oídos se esforzaron por captar el sonido de la voz de Drake.

DURANTE ALGÚN TIEMPO, Neville Strickland había albergado la sensación de que estaba atrapado en los engranajes de una máquina enorme. Había puesto en marcha el poderoso motor. Ahora estaba humeando y agitándose fuera de su control, y no podía detenerlo ni liberarse de su atracción. Su creciente aprensión ahora se elevaba al ver a un Dalrymple desaliñado y agitado en la sala de estar de Phyllida.

La presencia de Dalrymple pareció desconcertar mucho a Phyllida. «¿Cómo te atreves a mostrarte aquí? Ese Bow Street Runner de Drake pasó por la ciudad hace solo unos días en su camino hacia el norte. Llegó haciendo más preguntas. ¿Qué pasa si uno de los sirvientes te reconoce?».

«Amordázala con algo, ¿quieres, Strickland?», Dalrymple se centró en la licorera de brandy como un halcón adiestrado que se abalanza sobre una liebre, mientras lanzaba el sarcasmo a

Neville. Desdeñando los vasos del tamaño de un dedal, inclinó toda la licorera y casi la vació.

Estremeciéndose bajo la mirada de indignación de Phyllida, Neville se dirigió a su *invitado*. «Digo, viejo amigo, eres la última persona que esperábamos ver. Pensé que estabas de travesía bajo el sol del Mediterráneo».

Él estaba mintiendo.

Durante algún tiempo, Neville había sospechado que el hombre que había contratado no era quien decía ser. La mirada de desprecio que le lanzó Dalrymple en respuesta hizo que Neville se preguntara si de repente le había brotado la cabeza de un asno.

«¿De verdad suponías que podría llegar a Florencia, y mucho menos vivir de alguna manera con la miseria que me diste? He estado hibernando en un pequeño escondite de mi propiedad, más allá de Ealing. ¿Ese primo tuyo ya se divorció? No he visto nada al respecto en los periódicos, cuando he podido conseguirlos. ¿Por qué está retrasándolo?».

La sensación de alarma de Neville se multiplicó por diez. «Drake dice que no quiere el divorcio. Es reacto a ventilar un escándalo. ¿Qué te importa eso a ti?».

«¿Y qué estás haciendo aquí?», añadió Phyllida, con la boca fruncida como una ciruela pasa.

«La encantadora lady Silverthorne se ha escapado de mi custodia», anunció Dalrymple, sus palabras educadas estaban mezcladas con una amarga dosis de sarcasmo.

«¿Escapado?», chilló Neville. «¿Quieres decir que ella no se fue contigo por su propia voluntad?».

«Podría haberlo hecho si hubiera sido paciente, pero cuando fingió desgana, la golpeé en la cabeza y la arrastré. Todo el tiempo haciendo que pareciera que nos dirigíamos a Italia. Inteligente, ¿no?».

Como uno solo, Neville y Phyllida se derrumbaron en el sofá.

Phyllida le dio un furioso golpe y estalló en lágrimas histéricas. «¡Estamos arruinados! ¡Condenados! Todo esto es tu culpa, Neville. Nunca debí haberte escuchado. ¡Ella correrá directamente hacia Drake, y luego... ¡oooh! ¡No me atrevo a pensar en lo que nos hará!». Terminó en un gemido lastimero.

Dalrymple se abalanzó y la agarró por el brazo. «Cálmate, cabeza de chorlito mojado, o te daré algo por lo que llorar. El último lugar al que probablemente correrá es Silverthorne. Le dije que él fue quien me contrató para deshacerme de ella. Afortunadamente, ella es casi tan crédula como ustedes dos. Ahora tenemos que recuperarla antes de que atraiga una atención desagradable hacia nosotros».

Con el rostro pálido como una sábana, Phyllida arrancó su brazo del agarre de Dalrymple. «A ti, querrás decir. No te pagamos por secuestrar a la mujer, solo persuadirla para que se escapara contigo».

Dalrymple acercó su hermoso rostro a centímetros del de ella. Su respuesta fue casi demasiado tranquila para escucharla, pero tenía un borde letal. «Confíe en ello, lady Phyllida. Si me presento ante un juez, usted y su querido primo aquí estarán parados a cada lado de mí. Balanceándose también si se llega a eso». Se enderezó, asumiendo su acostumbrado aire de cínica compostura. «Debemos recuperarla y ustedes me van a ayudar. De lo contrario, juro que me largaré del país y le dejaré a Lord Silverthorne un mensaje muy convincente incriminándolos a ustedes dos».

Neville sintió que su cabeza se movía furiosamente arriba y abajo en señal de aprobación. «¿Qué debemos hacer?».

«Pongan un aviso en todos los periódicos. Digamos que estamos buscando a una pobre loca mujer loca que se ha escapado de su amada familia. Digan que hay que encontrarla antes de que

sufra daños. Ofrezcan una recompensa por la información».

«Muy bien». En ese momento, Neville habría renunciado a todas sus expectativas simplemente para hacer retroceder el calendario antes de que comenzara todo esto. De su mediocre educación extrajo la vieja historia de Pandora y su caja.

ATURDIDA, Lucy se alejó de Grafton Square dando tumbos, apenas consciente de hacia dónde la llevaban sus piernas. La conversación entre Neville, Phyllida y Dalrymple resonaba en sus pensamientos. Su corazón se aceleró y su estómago vacío se cuajó, sabiendo que estaban tras su rastro como una jauría de sabuesos. De todos modos, una curiosa ligereza animaba sus pasos, ya que, después de todo, Drake *no* había sido el responsable de su secuestro.

Ella no lo merecía. A través de su locura impulsiva, una vez más había sido expuesto al ridículo público como un hombre que ninguna mujer soportaría. A pesar de todo lo que sabía sobre el honorable carácter de su marido, se había tragado las mentiras de Dalrymple, creyéndolo capaz de la traición cometida contra ella. Estaría mejor sin una esposa así.

Pero si no a Drake, ¿a dónde podría acudir?

De repente, Lucy volvió a ser consciente de su entorno. Perdida en sus pensamientos, había vagado por Covent Garden. Si tan solo hubiera sido lo suficientemente sensata como para caminar hasta aquí en ese fatídico día de marzo, en lugar de apelar precipitadamente a Dalrymple para que diera un paseo...

Con ese pensamiento vino el recuerdo de la Sra. Beaumont. Obviamente, después de todo, ella no había participado en el complot de Dalrymple. Sin embargo, sabía algo que Drake quería ocultar a su esposa. Quizás esa era toda la influencia que Lucy necesitaría para persuadirla en busca de ayuda.

Al preguntar en el teatro por la dirección de la Sra. Beaumont, Lucy recibió indicaciones para llegar a una calle lateral cercana.

«Por lo general, en estos días no ve a los visitantes», informó la asistente a Lucy. «Se ha retirado del escenario, y tiene planes de irse de la ciudad, según escuché. Es una lástima. Es tan bonita y popular entre las multitudes».

Sin una moneda de propina, Lucy le ofreció a la mujer su más cálida sonrisa de agradecimiento. Cuando llegó a la casa de la Sra. Beaumont, tenía los pies doloridos y cansada hasta los huesos. Así que la actriz estaba planeando un retiro al campo. ¿Al Distrito de los Lagos, tal vez? El hecho de que Drake fuera inocente de diseñar su secuestro no significaba que no se hubiera aprovechado de su ausencia. Aun así, si prometía alejarse, la señora Beaumont al menos podría adelantarle el billete del autobús a Bath.

Cuando llamó a la puerta de la actriz, Lucy trató de inventar una historia plausible para ganarse el ingreso.

Sin embargo, antes de que pudiera abrir la boca para hablar, un ama de llaves de aspecto severo la miró de arriba abajo y le indicó que entrara. «Por aquí. Venga».

Tragándose su asombro, Lucy siguió por un pasillo largo y oscuro y subió una estrecha escalera. Deteniéndose ante una puerta cerrada, el ama de llaves llamó suavemente y luego la mantuvo abierta para que Lucy entrara.

Cuando cruzó el umbral, la puerta se cerró casi sin hacer ruido detrás de ella.

Las delicadas cortinas de color crema filtraban la cálida luz del sol de junio y le daban a la habitación un aura luminosa. El mismo resplandor tranquilo emanaba de la mujer que se cernía

sobre una diminuta cuna. Con una bata del tono de los narcisos de Lake Country, parecía la Madonna tal como la pintarían Gainsborough o Lawrence.

Lucy se quedó paralizada, atrapada en un torbellino de emociones contradictorias.

La Sra. Beaumont la miró y sonrió. «Debes estar aquí por el puesto de nodriza».

Habló en voz baja para no molestar al bebé dormido. «Creo que ajustarás admirablemente bien una vez que te limpies un poco. ¿Qué tan pronto nacerá tu bebé?».

CAPÍTULO VEINTIDÓS

«Y o... yo daré a luz... pro... pronto», tartamudeó Lucy. «¿Puedo sentarme? He caminado un largo camino hoy y me siento un poco débil».

«Por supuesto, querida». La Sra. Beaumont la condujo a una silla cómodamente tapizada cerca de la cuna del bebé. «Qué desconsiderado de mi parte. Tampoco parece que hayas comido bien en mucho tiempo. ¿Llamo a Janet para que te traiga una galleta y un poco de té?».

«Tal vez más tarde», Lucy no pudo evitar devolverle la sonrisa a la otra mujer. Hablaba mucho del carácter de la Sra. Beaumont, la preocupación por el bienestar de un virtual extraño. Aquí había una mujer digna de Drake.

«Espero que no te opongas a responder algunas preguntas sobre tus antecedentes», dijo la Sra. Beaumont.

Lucy negó con la cabeza. Su conciencia la remordió por engañar a una dama tan amable. Sin embargo, podría ser la única forma de descubrir si este niño era el secreto que Drake deseaba ocultarle.

«¿No será un problema para ti mudarte al campo?». La actriz parecía visiblemente incómoda con esta necesaria vía de investigación. «¿No tienes lazos fuertes que te retengan en Londres? ¿Amigos? ¿Familia? ... ¿Un marido?».

«Soy viuda», respondió Lucy preguntándose si una actriz experimentada reconocería una flagrante falsedad cuando la escuchara. «No tengo amigos ni familiares de ningún tipo, por lo que este anuncio resultó un regalo del cielo».

«Pobrecita». La señora Beaumont juntó los dedos de Lucy. «Qué situación tan desesperada para cualquier mujer, especialmente con un hijo en camino. Yo también enviudé recientemente. Afortunadamente, mi hijo ha sido provisionado».

Eso tranquilizó un poco la conciencia de Lucy. Al menos ella no era la única mentirosa de las dos. ¿Significaba esto que Drake había abandonado a su amante e hijo, dejando solo dinero en efectivo para apoyarlo? Apenas sabía si sentirse complacida o desilusionada. Detectó un brillo húmedo en los ojos de Rosalind Beaumont.

«Siento mucho lo de su marido», murmuró Lucy.

Cuando estaba a punto de preguntar qué había sido del marido ficticio de la dama, el bebé soltó un pequeño gáñido, como el maullido de un gato. La Sra. Beaumont extendió la mano y suavemente comenzó a mecer la cuna. La mirada de Lucy se fijó en el niño. Su cabeza de cabello oscuro y fino y las cejas negras y espesas parecían extrañamente fuera de lugar en un bebé.

Antes de que tuviera tiempo de pensar, las palabras salieron de su boca. «Se parece a su padre».

«¿Te ruego me disculpes?».

Lucy se contuvo. «Quiero decir, ¿se parece en algo a su padre?».

«No», susurró la señora Beaumont. Miró fijamente al bebé, ahora dormido pacíficamente una vez más. Un débil sonido escapó de sus labios, una risita con la ligera captura de un sollozo detenido. «Se parece a mí por completo en su aspecto. Aunque dicen que el primer cabello del bebé suele ser oscuro, el segundo es más claro. Si eso sucede, todavía puede ser un apuesto cabeza dorada para recordarme a...».

Una lágrima escapó de su ojo y se deslizó lentamente por su mejilla.

A Lucy se le cortó el aliento en la garganta y sus propios ojos de repente se llenaron de lágrimas no derramadas. Una última pregunta y sabría la verdad que sospechaba. «¿Lo llamaré Jeremy?».

Quizá Rosalind Beaumont estaba demasiado inmersa en una mezcla melancólica de amor por su hijo y renovado dolor por su padre. Cualquiera que fuera la razón, no dio señales de reconocer el significado de la pregunta de Lucy.

Con una voz soñadora y lejana, ella respondió en voz baja: «No. No lo presumiría. Lord Silverthorne ha sido lo suficientemente generoso, permitiéndonos usar...».

Su ensoñación se hizo añicos en fragmentos de desconcierto y alarma. «¿Por qué preguntas eso? ¿Cómo lo sabes? ¿Quién eres?».

Cubriéndose el rostro con las manos, Lucy emitió suaves sollozos estremecedores. Sabía que debería estar derramando lágrimas de angustia por esta traición final de Jeremy, esta prueba de que ella no había significado nada para él más allá de una conquista pasajera. En verdad, esos sentimientos podrían haber explicado una gota o dos. Pero estaban perdidos en un océano de alegre agua salada, una ola de alivio optimista de que Drake era el caballero de honor que durante mucho tiempo había creído que era.

Tal vez su maravillosa noche de amor, la que ella había tratado en vano de olvidar, había significado tanto para él como para ella.

Poco a poco, recuperó la compostura. «Perdone mi engaño, señora Beaumont, pero tenía que averiguar sobre la paternidad de su hijo. Prometo que no les haré daño a ninguno de los dos al saber la verdad. Mi nombre es Lucy Strickland. Lord Silverthorne es mi esposo».

La bonita boca de la señora Beaumont se abrió. Miró a Lucy como si estuviera especulando si había recibido a una mujer loca en su casa.

«¿Lady Silverthorne? Pero, ¿cómo? Pensé... quiero decir, se decía que te... habías ido... con un hombre». Le pasó a Lucy un pañuelo.

Lucy se secó las últimas lágrimas y soltó una risa amarga. «Por si “*haberme ido*”, sustituye a “*haberme forzado*”, estará más cerca de la verdad».

«¿Haberte forzado? ¿Quieres decir... secuestrado?».

Lucy asintió.

«¿Contra tu voluntad?».

«Si hubiera cooperado, difícilmente sería un secuestro, ¿verdad?», Lucy se pasó una mano por el pelo y sacó varias varas cortas de paja. «Ayer me las arreglé para escapar y llegué a la ciudad en un carro de heno. Acudí a ti porque esperaba que pudieras ayudarme. No tengo dinero, ni dónde esconderme y el hombre que me secuestró me sigue la pista».

Mientras Lucy relataba los eventos de su secuestro, encarcelamiento y eventual escape, los ojos de la Sra. Beaumont se abrieron como platos y su respiración se aceleró. Cuando concluyó la historia, casi estalló: «Por supuesto que debes quedarte aquí. Haré todo lo que pueda para ayudarte. Ven ahora conmigo. Deja que te consiga una comida adecuada, luego un baño y ropa limpia».

De repente, Lucy se sintió hambrienta, despeinada y sucia.

«Gracias», ella respiró. «Eres muy amable».

«Es lo menos que puedo hacer para pagar la generosidad de tu esposo hacia mí. Debo decir que nunca entendí su insistencia en mantener todo esto en secreto para ti».

La pregunta implícita dejó a Lucy muda por un momento. Claramente, la Sra. Beaumont no sospechaba nada de su relación con Jeremy. Esa era precisamente la forma en que Lucy pretendía mantenerlo.

«Probablemente te des cuenta de que mi esposo es un hombre muy escrupuloso. Mi padre es el vicario local. Quizá su señoría pensó que podría provocarme alguna ofensa moral. Te aseguro que soy la última persona calificada para juzgar».

DRAKE REVISÓ sus alforjas por última vez. El español sacudió su melena negra y relinchó, como si estuviera ansioso por estar en el camino, recorriendo las millas entre Nicholthwait y Londres. El caballo no estaba ni un ápice más ansioso que su amo. Drake se había apresurado a hacer todos los arreglos necesarios para su ausencia, sin saber cuánto tiempo podría durar.

Lógicamente, sabía que un retraso de un día o dos no haría ninguna diferencia en esta etapa. En momentos racionales admitió que no había nada que pudiera hacer para encontrar a Lucy que su agente no pudiera lograr con mayor facilidad y habilidad. El sentido común decretaba que, en cualquier caso, Lucy no podía estar a menos de ciento cincuenta kilómetros de Londres.

Nada de eso importaba. Londres era el último lugar donde la había visto. Se culpó a sí mismo por creer lo peor de ella. Había dejado pasar un tiempo precioso antes de comenzar una investigación seria sobre su desaparición. Su tiempo estaba cerca, y él no podía vivir con la idea de que ella podría dar a luz lejos de él, asustada y tal vez en un peligro terrible.

Al escuchar un escándalo fuera de los establos, llevó al español para ver qué estaba causando todo el alboroto. Un niño interrumpió su animado intercambio con el mayordomo cuando vio venir a Drake. El chico puso un papel en su mano.

«Del magistrado de Carlyle, milord. Se han llevado a ese ladrón que hizo estallar su mina».

Drake leyó la carta con impaciencia. Las autoridades habían detenido a Janus Crook, el capataz estafador de High Head, cuando intentaba escapar del país. El magistrado necesitaba que Drake fuera al norte de inmediato para jurar una orden de arresto contra el sinvergüenza.

«¿Por qué ahora?», murmuró para sí mismo, aplastando el papel en su puño. «Ese maldito bribón ha estado prófugo durante medio año y ahora se lo llevan».

Recordando al mensajero, rebuscó en su bolsillo y le arrojó al niño un pequeño puñado de plata. El muchacho asintió con la cabeza y se fue, sonriendo de oreja a oreja.

«¿Cómo afectará esto sus planes de viaje, milord?», preguntó Talbot.

Drake suspiró. «Tengo pocas opciones en el asunto. Debo ir a Carlyle. En el momento en que haya despachado mi negocio con el Sr. Janus Crook, me dirigiré al sur nuevamente. No me apetece añadir dos días más a mi viaje, pero...».

Se encogió de hombros. A veces se preguntaba si el destino estaría conspirando contra él.

«Buen viaje, señor». Talbot sostuvo el sombrero de Drake mientras montaba al español. «¿Alguna idea de cuándo podremos volver a verlo en Silverthorne?».

Drake miró al hombre de repente consciente de la profunda preocupación impresa en esos rasgos normalmente impasibles. «Puede que me detenga aquí de nuevo en mi camino hacia el sur. Después de eso, regresaré cuando pueda llevar a mi esposa a casa, aunque no tengo idea de

cuándo será».

«Pronto, espero, milord».

«Sí», Drake le dio al español un sutil empujón para que avanzara. «Cuanto antes mejor».

«AHÍ ESTÁ». Lucy revisó los anuncios pagados en el periódico, ignorando el titular de primera plana que proclamaba el asesinato del Primer Ministro Perceval el día anterior. «*Se busca dama*. Todo está allí: una descripción de mí, que estoy embarazada y cerca de mi momento de parir. Por no mencionar todas las tonterías que inventó Dalrymple acerca de que yo estaba en un estado de *extrema angustia nerviosa*. ¡Me gustaría encerrarlo durante tres meses y ver qué tan bien lo soportan sus nervios!».

Rosalind Beaumont levantó la vista de amamantar a su bebé. No le habían agradado mucho los aspecto de las otras mujeres que habían preguntado por el puesto de nodriza. A instancias de Lucy, había decidido dar el paso común de alimentar al niño ella misma. «¿Qué más dice el anuncio?».

Lucy siguió leyendo. «Dirige las consultas con el señor Clarke en el “Piazzo Coffeehouse”».

«¡Ay, querida! Eso está a la vuelta de la esquina», añadió Rosalind.

«Y están ofreciendo una recompensa de cincuenta libras por información que conduzca a mi *recuperación*», se lamentó Lucy.

«¿Cincuenta libras?» La señora Beaumont palideció. Para muchos en Londres, esa suma representaba una gran fortuna apenas concebible. «¿Crees que alguien pudo haberte visto venir aquí?».

«No lo dudo. El mercado estaba repleto como de costumbre, y le pregunté a la asistente del teatro cómo llegar aquí. Debo irme de inmediato. Has sido muy amable conmigo. No te pondría a ti y al bebé en peligro bajo ningún concepto. Dalrymple es un hombre desesperado».

«No te preocupes». La actriz cargó a su hijo contra su hombro, frotando su diminuta espalda. «Podemos esconderte aquí al menos hasta que venga lord Silverthorne».

La cabeza de Lucy se levantó de golpe. El periódico salió volando de sus dedos flojos. «¿Viene Drake? Pero, ¿cómo...?».

«El mismo día que llegaste, envié a Janet a buscar un mensajero rápido que pudiera llevar un mensaje al norte».

Lucy se levantó de la silla. En la última semana, su circunferencia había aumentado dramáticamente. «¡Esta es una noticia terrible! No puedo enfrentarlo. Ahora no. No estoy cerca de merecer a un hombre como él después de exponerlo al escándalo y al ridículo con mi comportamiento descuidado. Incluso si me aceptara por algún sentido del deber fuera de lugar, estará mejor sin mí».

«No lo creo ni por un momento». La Sra. Beaumont volvió a meter al bebé dormido en su cuna. «Y dudo que tu esposo lo haga. Debes quedarte».

«Tengo que irme», Lucy tomó la mano de la otra mujer. «Pero me has hecho un enorme servicio. Tenía la intención de ir a casa de mi tía en Bath. Si Drake está de camino a Londres, entonces soy libre de regresar a casa con mi padre en Nicholthwait».

La Sra. Beaumont apretó la mano de Lucy. «Con mucho gusto te proporcionaré la tarifa del autobús, por supuesto. Pero, ¿cómo podemos sacarte de la ciudad prácticamente frente a las narices de ese canalla de Dalrymple?».

Lucy asintió con tristeza. «Con cincuenta libras en juego, la gente interrogará a cualquier

futura madre que se aventure a salir de la ciudad».

«Cierto». Una sonrisa astuta iluminó el rostro de la señora Beaumont. «Aunque dudo que alguien mire dos veces a una vieja y gorda de luto».

«No veo cómo eso *me* hará ningún bien».

«Lo olvidas, lady Silverthorne. Soy actriz».

Antes de que Lucy pudiera preguntar qué relación tenía eso con la situación, Rosalind Beaumont agregó: «Una maestra del disfraz».

«¡Ah!», Lucy captó la sonrisa contagiosa de su nueva amiga. «Una maestra del disfraz».

Temprano a la mañana siguiente, el carruaje del Correo Real partió de Londres hacia Manchester y puntos al norte. Llevaba a una mujer regordeta con ropas de luto profundo, con su sombrero envuelto en un pesado velo negro.

Lucy observó cómo se desvanecían las afueras de Londres y su alivio crecía con cada kilómetro que el rápido carruaje del correo ponía entre él y la ciudad. Se consideró afortunada de que el único otro pasajero interior fuera un hombre mayor poco comunicativo, completamente absorto en su libro. Este no sería un progreso pausado como el que ella y Drake habían disfrutado en su viaje a Londres. El coche de correo mantenía un horario estricto y se enorgullecía de su velocidad. Serían afortunados de tener dos breves paradas para refrescarse en un viaje continuo de casi un día y medio.

A medida que transcurría ese día de junio, Lucy se sentía cada vez más sofocada con el abrigo que ocultaba su condición y el gorro con un pesado velo que ocultaba aún más su identidad. La señora Beaumont incluso había pensado en rellenar sus guantes negros con algodón, para que sus dedos delgados no traicionaran la farsa. Cuando caía la tarde y el carruaje del correo corría por las carreteras desiertas de Midlands, Lucy se movía continuamente en su asiento. Era casi imposible encontrar una posición lo suficientemente cómoda para poder descansar una hora.

Sus pensamientos tampoco le ofrecieron consuelo. Hora tras hora, sin la menor distracción, reflexionaba sobre los acontecimientos de los últimos meses. Qué tonta había sido. El destino la había puesto en el camino de un buen hombre como Drake Strickland y ella lo había despreciado. En cambio, se había aferrado al recuerdo de un niño egoísta e irreflexivo que no valía ni la décima parte de la medida de su hermano. En todo momento había valorado las apariencias justas en lugar del verdadero mérito, anteponiendo el estilo a la sustancia. Demasiado tarde había aprendido la amarga lección que *no es oro todo lo que brilla*.

Había aliviado su corazón melancólico descubrir que Drake no era el padre del bebé de Rosalind Beaumont. Que ella pudiera haber abrigado tal sospecha demostraba una vez más lo indigna que era de él. Su insistencia en ocultarle la existencia del niño también era un mal augurio. Si la hubiera querido para sí mismo, ¿no debería haber estado ansioso por exponer la traición de Jeremy para sacudirla de su ingenuo enamoramiento con un recuerdo idealizado?

Qué contenta estaría de volver a ver a su padre, de convencerlo de que estaba bien y de que no había cometido ningún delito. Sin embargo, tan pronto como pudiera viajar con su hijo, tendría que abandonar Nicholthwait para siempre. No tenía sentido intentar engañarse pensando que ella y Drake tenían un futuro juntos.

Cuando salió el sol de la mañana del segundo día y el carruaje del correo partió hacia el norte desde Manchester, Lucy apretó los dientes y trató de ignorar las primeras punzadas del parto.

CAPÍTULO VEINTITRÉS

«¿Qué está pasando aquí? ¿Quién está ahí?», preguntó el mayordomo de Silverthorne con voz firme, sosteniendo una vela alta de cera para iluminar los rincones oscuros de la despensa.

«Yo soy el culpable, Sr. Talbot», sonriendo con pesar, Drake se llevó las manos a la cabeza hasta que el mayordomo lo reconoció. No le había extrañado que Talbot llevara una escopeta cargada.

«¡Milord!». Con un grito ahogado de alivio, el mayordomo en bata se acercó. «¿Por qué no hizo sonar la campana?».

«¿Quién es, señor Talbot? ¿Ha atrapado a un merodeador?». La Sra. Maberley llamó desde más allá de la puerta de la cocina.

«Lamento despertar a la casa», dijo Drake. «Teniendo en cuenta la hora, pensé que podría buscar un bocado por mi cuenta».

Cerca de la medianoche había entrado a caballo en el patio delantero de Silverthorne, cansado, hambriento y desesperadamente ansioso por ponerse en camino a Londres. Había seguido adelante desde Carlyle varias horas después de que estuviera a punto de caerse de su montura. ¿Qué sentido tenía cenar y tratar de descansar en alguna posada indiferente? Unos cuantos kilómetros más y podría disfrutar de la comida de su bien surtida despensa y dormir en su propia cama limpia.

«Encienda el fuego para nosotros, Sr. Talbot, sea un buen hombre. La cocinera se apresuró a recoger los restos de un cuenco de loza, ahora roto en mil pedazos por Drake que buscaba a tientas en la oscuridad. «¿Cómo le fue en Carlyle, milord?».

«Tan bien como se puede esperar, supongo». Demasiado hambriento para esperar una comida adecuada, Drake robó un bollo y lo devoró en dos bocados voraces. «Janus Crook ha sido atrapado. Estará bajo la custodia de las autoridades de Carlyle hasta que sea juzgado. Mi abogado está tomando medidas para recuperar lo que podamos de los fondos malversados por Crook. Planeo utilizar parte de ello para compensar a la gente de High Head. Construir una escuela, tal vez».

Estaba en la punta de su lengua decir cuánto le gustaría a Lucy la idea. Pero, controló el impulso. En cambio, preguntó: «¿Alguna noticia de Londres?».

«¿De Londres?», dijo Talbot. «No, milord. ¿Esperaba un mensaje?».

Drake negó con la cabeza. No lo esperaba, aunque sí lo esperaba. Esperaba que Langstroth hubiera encontrado a Lucy, de alguna manera, a pesar del rastro frío como la piedra que tenía que seguir.

«Si me lo pregunta», la Sra. Maberley colocó delante de él un plato de pan, carne fría y pastel

frío, «debería descansar bien por la noche y disfrutar algunas buenas comidas antes de partir a Londres. Galopando de un extremo al otro del país en cualquier momento, se desgastará y enfermará».

«No, señora Maberley». Drake negó con la cabeza ante su amable sugerencia. «Agradezco su preocupación, pero debo partir de nuevo al primer rayo de luz. Si me quedo, solo me preocuparé y me pondré en un estado peor».

¿Cómo podía quedarse aquí en Silverthorne cuando podría estar de camino a Londres? Desde su entrevista con Langstroth, Lucy había ocupado sus pensamientos más que nunca. ¿Qué había sido de ella? ¿La volvería a ver alguna vez?

ERA BIEN PASADO el mediodía cuando Drake finalmente se movió. Recogiendo el reloj de la chimenea, se lo acercó a la oreja para comprobar si funcionaba. Al escuchar el apagado *tic-tic-tic* y darse cuenta de que debía estar mostrando la hora correcta, arrojó el reloj contra los ladrillos de la chimenea, gruñendo una larga serie de blasfemias. Entró a grandes zancadas a su vestidor, abrió de golpe las puertas del armario, metiendo varias partes de su cuerpo en prendas de vestir más o menos apropiadas. La letanía de maldiciones continuó sin cesar.

«¿Qué significa todo esto?», le ladró al mayordomo mientras bajaba las escaleras de dos en dos. «Dejé instrucciones para que me despertaran al amanecer».

Desde su posición en la entrada, Talbot levantó la vista, imperturbable como siempre. «Le pido perdón, milord. Recuerdo que dijo que tenía la intención de cabalgar temprano, pero no me di cuenta de que esperaba que alguien lo despertara. Pensé que había decidido recuperar su sueño antes de emprender ese largo viaje hacia el sur».

Ser atrapado sin nadie a quien culpar no mejoró el temperamento de Drake. «Ahora, he perdido la mayor parte del día. Debo tratar de recuperar el tiempo. Que los mozos de cuadra ensillen al español».

«De inmediato, señor, ¿tomará una comida caliente antes de partir?».

«Demonios, hombre, ¿no puedes entenderlo? He perdido más tiempo del que puedo permitirme».

«Antes de que se vaya, señor». Talbot sacó un sobre delgado del bolsillo del pecho. «Esto acaba de llegar de Londres».

Drake le arrebató el papel, rompió el sello desconocido y abrió la carta. Esperando una comunicación de Langstroth, miró desconcertado apenas una docena de palabras escritas por la delicada mano de una mujer.

“Su esposa ha escapado y está escondida conmigo. Venga de inmediato. R. Beaumont”.

Una y otra vez leyó las palabras hasta que al menos dos de ellas comenzaron a tener sentido para él: *esposa y escapado*.

«¿Está todo bien, señor?».

«¡Talbot! ¡Gracias a Dios!». Lanzando sus brazos alrededor del mayordomo, Drake lo levantó del suelo, girando varias veces.

Finalmente, dejó a Talbot en el suelo, arrojó la carta a su tambaleante sirviente y corrió hacia la puerta. «Yo mismo ensillaré al español».

EL CARRUAJE del Correo Real se detuvo en la posada *Three Tuns Inn* de Nicholthwait, a las cuatro en punto, para un cambio de caballos y conductor programado, que no tomaría más de cinco minutos. Con los dientes apretados contra el dolor creciente, Lucy bajó. Aunque se tambaleó ligeramente al sentir el suelo firme bajo sus pies, apenas podía contener la alegría de volver a casa.

Saint Mawe y la vicaría no estaban lejos de la posada, no más de un kilómetro. Sin embargo, cuando la fuerza de su siguiente contracción dobló a Lucy casi por completo, se preguntó cómo podría llegar incluso a esa corta distancia. Cuando el dolor finalmente pasó, se quitó los guantes, el gorro y el abrigo. La clemente brisa de junio y los dulces aromas de una primavera en el Distrito de los Lagos la abrazaron, dándole la bienvenida después de tanto tiempo.

Hogar. Por mucho que añorara a su padre y la vicaría donde había crecido, una parte de ella sentía la atracción de Silverthorne. Protestó la fría y ridícula razón. Ella había vivido allí solo unos meses. No era como si ella hubiera concebido a su hijo allí o el vizconde Silverthorne lo hubiera engendrado. En el largo viaje en diligencia desde Londres, Lucy a menudo se había sorprendido a sí misma soñando despierta en esa línea de pensamiento. Se había imaginado cómo podría haber sido, si nunca hubiera sucumbido a las suaves adulaciones de Jeremy Strickland. Su noche de bodas con Drake podría haber coincidido con su dichosa cita después del baile de lady Henley.

El creciente poder de otro dolor de parto sacó a Lucy de su ensimismamiento. Sacudió la cabeza para despejarse de tanta tontería. Lord Silverthorne nunca le habría dedicado una segunda mirada, y mucho menos casarse con ella, si no hubiera necesitado desesperadamente un heredero y ella no hubiera estado embarazada del hijo de su hermano muerto.

«Oh». Jadeó cuando el dolor creciente apretó su abdomen como una gigantesca mano invisible y la forzó. Ella simplemente no podía dar un paso más. La próxima oleada de dolor seguramente la empujaría a un desmayo al borde del camino para dar a luz a su hijo como un pobre animal extraviado.

Cuando el dolor remitió por fin y Lucy abrió los ojos fuertemente apretados, vio un carruaje con la puerta abierta tentadoramente deteniéndose ante ella. Parecía el faetón perteneciente al escudero Lowes. Tal vez la había reconocido, incluso después de los meses de su ausencia. Lo más probable es que hubiera asumido que ella era una extraña en apuros. Lucy agradeció al cielo por la hospitalidad del Distrito de los Lagos. Su carruaje la llevaría a la vicaría en un santiamén.

Con entusiasmo, se tambaleó hacia el faetón que esperaba, decidida a subir y explicar adónde se dirigía, antes de que la alcanzara el siguiente espasmo del parto.

«Qué amable de su parte, escudero». Subió a bordo con la ayuda de la mano enguantada que le tendieron. «No puedo agradecerle lo suficiente. No voy a ir muy lejos, solo...».

La puerta del carruaje se cerró detrás de ella con un *chasquido* agudo e irrevocable. En el interior oscuro del carruaje, Lucy entrecerró los ojos para distinguir el rostro de su benefactor. El carruaje salió dando tumbos a mayor velocidad de la necesaria para cubrir la breve distancia hasta la vicaría.

«Me has llevado a una feliz persecución, lady Silverthorne». El rostro de Eugene Dalrymple se enfocó. En contraste con sus palabras educadas, su tono era fríamente amenazante. «Creo que la última vez que me viste íbamos en un carruaje. ¿Cómo llaman los franceses a eso, un *déjà vu*?».

Se rió entre dientes, como si tuviera una pequeña charla cortés en “Almack's”, pero sus ojos entrecerrados brillaban con una intensidad aterradora.

Otra oleada de dolor envolvió a Lucy. Se presionó contra el asiento, con un suave gemido

que escapó de sus labios. Cuando la contracción se apoderó de ella, escuchó a Dalrymple chasquear la lengua.

«Ya has usado ese truco ¿recuerdas? Al menos hazme la cortesía de pensar en algo novedoso. Francamente, sugeriría un curso más sabio de cooperación incondicional».

Un rayo de sol de la tarde atravesó la sucia ventana del carruaje, brillando sobre un cuchillo de aspecto letal que sostenía. «Dado que tu esposo parece no querer deshacerse de ti, le haré pagar un alto precio para recuperarte».

El dolor disminuyó, dejando a Lucy lánguida y exhausta. ¿De qué servía luchar? Ella había planeado y huido, lo había eludido, se escondió, se disfrazó y huyó más lejos. Al final, ella había vuelto a caer en sus repugnantes garras. Ahora estaba demasiado cansada para correr y demasiado débil para luchar.

Por sí misma.

Una chispa de rebeldía cobró vida en el corazón de Lucy. Jamás dejaría que su hijo cayera en poder de este despreciable canalla. Mientras esa convicción surgía dentro de ella, vio un caballo negro familiar galopando hacia ellos llevando a un familiar jinete oscuro. En un único acto desesperado, Lucy arrojó su abrigo sobre la cabeza de Dalrymple. Lanzándose hacia la puerta del carruaje, gritó el nombre de Drake a todo pulmón.

NEVILLE STRICKLAND también reconoció al oscuro jinete que se abalanzaba sobre ellos. Aunque sudaba como el proverbial cerdo, se encorvó más en el voluminoso capote de su disfraz de cochero. Levantándose el pañuelo por el polvo justo debajo de sus ojos, se sintió en peligro inminente de vomitar por el miedo y los nervios descontrolados.

Maldijo en silencio a Phyllida. Había sido su sugerencia que Lucy podría regresar con su padre en Nicholthwait, a pesar de su creencia errónea de que Drake había ordenado su secuestro. El hecho de que Phyllida hubiera acertado no hacía nada para suavizar el rencor de Neville.

De todos modos, él había estado en todo este lío hasta el cuello, con Lucy en libertad y Dalrymple maniáticamente decidido a recuperarla. Ahora Neville estaba en problemas, con una corriente de resaca llevándolo al infierno.

Tenía la creciente sospecha de que Dalrymple pretendía traicionarlo al permitir que Drake rescatara a su esposa. Sin embargo, no se atrevió a contrariar al tipo, considerando el secreto incriminatorio que Dalrymple ocultaba sobre su cabeza. ¿Qué diablos lo había poseído para de inicio reclutar a un jugador de cartas tan despiadado? Uno que se ganaba la vida estafando a nobles débiles, codiciosos y estúpidos para arrebatarles sus herencias. Neville se maldijo por ser débil, codicioso, estúpido...

«¡Drake!», el grito de Lucy atravesó incluso el sonido atronador de los cascos de los caballos. Casi sobresaltando a Neville fuera de su abrigo. El sentido común insistía en que debía azuzar a los caballos para que aumentaran la velocidad. Sin embargo, algún instinto enterrado hace mucho tiempo lo hizo tirar de las riendas con fuerza, controlando la carrera precipitada del equipo.

Drake debió haber oído el grito también, porque su semental negro dio media vuelta y se dirigió directamente hacia los caballos del carruaje, deteniéndolos en seco. Los caballos alquilados sacudieron sus melenas y rompieron en un coro de relinchos agudos y nerviosos. Neville podía adivinar cómo debían sentirse. La visión de su imponente primo oscuro saltando de la silla lo llenó del mismo terror elemental. Bajó apresuradamente de su posición y Neville no

podía pensar en nada más que poner la mayor distancia posible entre él y toda la dañada empresa.

Llegó hasta el escondite del seto antes de que la curiosidad lo atrajera a mirar hacia atrás. Vio a su primo abrir la puerta del faetón y meter la mano al interior. Al instante, Drake voló hacia atrás, impulsado por una bota negra sobre su pecho. Obviamente sin aliento, luchó por levantarse del polvo. Antes de que pudiera ponerse de pie, Dalrymple salió volando expulsado por una fuerza invisible. Aterrizó de lleno encima de Drake, derribándolo de nuevo al suelo.

Neville pudo ver a Lucy observando impotente desde la puerta abierta del carruaje. Con los ojos muy abiertos por el miedo en una cara pálida y retorcida por el dolor, ella sostenía una mano protectoramente sobre su vientre abultado.

Los hombres forcejearon en el suelo por un momento. El ligero y ágil Dalrymple se puso en pie primero. El sol de la tarde se reflejaba en una navaja delgada que apareció de repente en su mano.

¡Maldición! ¿Y si Dalrymple mataba a Drake de inmediato, aquí y ahora? Neville no quería ser el lord Silverthorne, con todos esos molestos inquilinos y trabajadores a considerar. Todo lo que siempre había querido eran sus expectativas. Recogiendo con cautela una roca del tamaño de un puño del suelo a sus pies, se movió tentativamente hacia los combatientes.

Con la velocidad de una víbora atacando, Dalrymple cortó dañando a su oponente. Drake levantó un brazo para proteger su cuello. Gotas de sangre brillante salpicaron el polvo. Con una rabia ciega, Drake atacó. Dalrymple brincó más allá de su alcance y luego saltó de nuevo para infligir otro corte rápido. Un gemido de angustia de Lucy hizo que los tres hombres se detuvieran un instante y se volvieran hacia ella.

Dalrymple se recuperó primero. Con la atención de Drake momentáneamente desviada, aprovechó su oportunidad y se abalanzó para dar un golpe mortal. Apretando los dientes y entrecerrando los ojos con disgusto, Neville levantó su roca. Con toda la fuerza que pudo reunir, la descargó sobre la parte posterior de la cabeza rubia de Dalrymple. Este se tambaleó y su puntería fue desviada.

Con un bramido gutural de rabia, Drake apartó la navaja y envió a Dalrymple al suelo. Saltando sobre su enemigo, se sentó a horcajadas sobre el pecho del hombre más pequeño y comenzó a castigar su hermoso rostro con golpe tras golpe. Cada uno hacía que Neville se estremeciera solo de mirar.

«¡DRAKE, EL BEBÉ!», el grito atormentado de Lucy despertó a Drake de su furia sanguinaria.

Sin molestarse en comprobar si su enemigo estaba vivo o muerto, saltó del suelo y corrió a su lado, ajeno a la sangre que aún manaba de sus heridas.

«¡Tú!», Drake gruñó. Señaló hacia el puesto del cochero en el faetón. «¡Vuelve a subir y conduce! Sigue este camino hasta que veas una casa grande en una colina. Dirígete hacia allí».

Tomando a Lucy en sus brazos, la llevó de regreso al carruaje.

Momentos después, el faetón avanzó por la estrecha carretera, pasando junto a la vieja iglesia de piedra en dirección a Silverthorne.

«Lucy, ¿qué haces aquí? Pensé que estabas en Londres». Drake la sostuvo en sus brazos de la forma en que la había acunado en esa noche lejana cuando le propuso matrimonio. Quería desesperadamente besarla, pero no se atrevía. Algún instinto medio loco le indicaba que esto podría ser una ilusión. Si fuera así, no quería arriesgarse a romperla.

«¿Qué estás *tú* haciendo aquí?», Lucy jadeó. «¿No recibiste el... mensaje de la Sra. Beaumont? Nunca habría... venido si hubiera sabido que todavía estabas...».

Otro dolor de parto la privó del habla.

Sus palabras hirieron a Drake mucho más profundamente que la navaja de juguete de Dalrymple. Nunca habría ido a Nicholthwait si hubiera sabido que él todavía estaba aquí. ¿Cuándo aprendería a dejar de esperar?

Si hubiera estado con Rosalind Beaumont, Lucy debía haber descubierto la verdad sobre Jeremy. Desde que Drake la conocía, había sido una idealista y una romántica. ¿El conocimiento de la traición de Jeremy habría envenenado su capacidad de confianza y amor?

CAPÍTULO VEINTICUATRO

Una hora más tarde, Drake descendió la escalera principal de Silverthorne, su paso rápido habitual se transformó en un andar vacilante y algo inestable. Habían acomodado a Lucy en su propia cama, la familia se esforzaba por prepararse para el nacimiento de su hijo. Después de lo que le había dicho en el carruaje, esperaba que no lo quisiera cerca de ella.

Para su sorpresa, ella se aferró a su mano hasta que llegó el médico y lo obligó a que saliera. Repentinamente consciente de las dos heridas de cuchillo que Dalrymple le había infligido, dejó que Talbot las limpiara y las vendara. Luego se quitó la ropa empapada en sangre.

Tratando urgentemente de distraerse de lo que estaba sucediendo en la habitación de arriba, Drake se aferró al alguacil del pueblo cuando apareció el hombre.

«¿Tiene a Dalrymple bajo custodia? Quiero presentar cargos por secuestro, asalto e intento de asesinato», dijo muy formal.

El alguacil se rascó la barbilla. «Lo tenemos, su señoría, pero no será juzgado».

«¿No será juzgado?», Drake se encendió. «¡Eso es imposible! El canalla secuestró a mi esposa, no una, sino *dos veces*... me atacó con un...».

«No se confunda, lord Silverthorne». El alguacil levantó la mano para detener la visible indignación de Drake. «Es posible que Dalrymple no se enfrente a un juez en este mundo, pero tendrá que responder ante un tribunal supremo».

«¿Lo maté?», Drake palideció. «Fue puramente en defensa propia, se lo aseguro. Si quiere interrogar al conductor de Dalrymple, hice que lo detuvieran. No creo que haya participado en los crímenes de Dalrymple. De hecho, le debo al hombre mi vida. Vino en mi ayuda cuando Dalrymple me atacó con una navaja».

«Tenga la seguridad, su señoría, de que querré interrogar al tipo. En cuanto a matar a Dalrymple, no preocupe a su conciencia. Estaba dañado pero vivo cuando ustedes se marcharon. Tengo un testigo que vio a ese sinvergüenza cometer el error de tratar de escapar en su malhumorado semental negro».

Drake apenas necesitó escuchar las siguientes palabras del alguacil. En toda la conmoción, no había pensado en el español.

«La bestia lo tiró», confirmando el hombre lo que Drake ya sospechaba. «Rompió su cuello como una ramita».

Eso tampoco fue una sorpresa.

Drake asintió. El mundo estaba libre de un criminal peligroso. Su abrumador sentimiento fue una sensación de alivio. No tenía sangre en sus manos y ningún cargo de asesinato pendía sobre su cabeza.

«Si me permite hablar con el conductor», dijo por fin. «Luego se lo entregaré para que lo

interrogue».

«Muy bien, su señoría. No hay prisa por eso. Entiendo que tiene las manos llenas en este momento».

Como si fuera una señal, una de las criadas bajó corriendo las escaleras. «¡Milord, el médico dice que venga de inmediato! La señora lo está llamando. Ella no está tranquila y el médico dice que está haciendo que el parto sea aún más difícil».

Drake subió los escalones de tres en tres, olvidando sus propias heridas. También se olvidó del alguacil hasta que llegó a la mitad de las escaleras. Deteniéndose abruptamente, gritó: «El conductor de Dalrymple está en la biblioteca. No sé cuánto tiempo me tome. Si quiere interrogarlo ahora, adelante. Puedo ofrecerle mi agradecimiento más tarde».

«Gracias por su cooperación, lord Silverthorne. Espero que todo vaya bien con su señora».

Drake subió lo último de las escaleras y bajó por el pasillo. Cuando abrió la puerta de la habitación de Lucy, escuchó su voz aguda por el dolor y fuerte por el miedo.

«¿Dónde está lord Silverthorne? Debo hablar con él. Por favor. Es urgente».

Un confuso coro de voces respondió en varios tonos de súplica, tranquilidad y apaciguamiento. Ella debía permanecer quieta. Habían enviado a buscar a lord Silverthorne. Él ya venía en camino. No debía estar intranquila.

Cuando entró en la habitación, todos se volvieron hacia él como flores al sol. Los barrió con su mirada más autoritaria y pronunció una sola palabra.

«Fuera».

Solo el doctor Varoy ofreció tan solo una muestra de renuencia a obedecer. «No se quede mucho tiempo, Drake. Cálmela y luego llámame. Estaré afuera si me necesita».

Cuando Drake no respondió, tan solo le lanzó una mirada fija, el médico retrocedió hacia la puerta. «Cinco minutos, Drake. No más. Una sala de partos no es lugar para un esposo, especialmente para un caballero».

Drake corrió hacia la cama y se arrodilló junto a Lucy. Ella no le prestó atención al principio, perdida en la tensión de dar a luz a su hijo. Un gemido salió de sus labios. Atrapando su mano en la suya, Drake entrelazó sus dedos, deseando poder absorber parte de su dolor con su toque. Tal vez lo hizo, o tal vez la punzada se alivió en el flujo y reflujo natural de la natividad.

Lucy lo miró a la cara con un brillante asombro de reconocimiento, como si su espíritu acabara de regresar a su cuerpo desde lejos.

«Gracias por venir», ella musitó.

Como si fuera a mantenerse alejado por voluntad.

«No tengo mucho tiempo. No puedo hablar cuando el dolor me está afectando. Quiero que sepas cuánto lamento los problemas que te he causado. Fui tan tonta de principio a fin. Nunca merecí la amabilidad que me has mostrado».

Drake abrió la boca, pero las palabras no salieron. ¿No podía ver que no tenía nada que ver con la bondad y nada que ver con el merecimiento? La amaba con cada nervio y tendón de su cuerpo. Él movería el cielo y la tierra por ella, sin siquiera considerar si ella merecía su servicio.

El amor no se otorgaba sobre la base del mérito. Se apoderaba poderosamente del corazón, a veces dolorosamente, como la fuerza elemental del nacimiento se apoderaba del cuerpo maduro de una mujer.

Drake sabía todo esto como sabía caminar y respirar, pero no podía expresarlo con palabras. Aunque su corazón estaba lleno a reventar, su mente se había vaciado repentinamente de todo excepto de las frases más duras y prosaicas.

«No debes decir eso. Estás en casa ahora y a salvo. Eso es lo que importa».

Ella negó con la cabeza, decidida a ser aún más severa consigo misma a pesar de su clemencia. «Me he comportado tan imprudente e insensible como un ganso mojado en tierra seca. A pesar de todo mi aprendizaje en los libros, no sé nada sobre la vida. A juzgar por las apariencias, nunca he reconocido el verdadero valor. Mereces algo mejor».

Más hablaba de merecer y de valor. El corazón de Drake se hundió. Ella no podía comenzar a corresponder sus sentimientos, o nunca usaría tales palabras.

Ella agarró su mano con más fuerza. «Debo hacerte entender. Nunca quise escaparme con Dalrymple».

Drake sintió otro espasmo acumulando poder dentro de ella. «Por supuesto que no lo hiciste. Sé lo que pasó. No te culpo».

«Soy culpable. Los escuché hablar a ti y a la Sra. Beaumont. Te oí decir que no debía saber su secreto. Pensé que tú y ella...».

«¿La señora Beaumont? ¿Pensaste que yo...?». La sola idea lo desconcertó por completo.

Incluso si hubiera sabido que ella los había escuchado, nunca habría pensado que ella podría llegar a tal conclusión. Quizá una obvio, en el caso de cualquier otro hombre. Sin embargo, pensar que Rosalind Beaumont lo querría. Pensar que tomaría una amante cuando añoraba día y noche a su esposa. Incluso escuchando la sugerencia de los labios de Lucy, Drake apenas podía creerlo.

No tenía tiempo para refutarlo. Jadeando por aire como un nadador que se mete en las olas, Lucy agarró su mano. La fuerza de eso casi lo hizo gritar. Observó el dolor retorciéndola, sintiéndose más completamente impotente que en cualquier otro momento de su vida. Solo cuando su agarre se relajó, él respiró de nuevo.

Por un momento pareció buscar el hilo de sus palabras anteriores. «No te enfades. Perdóname. Debería haber sabido que nunca te rebajarías a... nada... deshonesto. Estaba tan confundida por mis sentimientos entonces. Empezando a darme cuenta de que te amaba».

El solo pensamiento de eso le robó todo pensamiento. Solo podía mirarla como un animal tonto.

Debía haber malinterpretado su silencio. «Sé que este no es el momento. Va en contra de las... promesas que hicimos. No te pido que correspondas a mis sentimientos, solo que me escuches».

Él anhelaba asegurarle que no podía haber un *mal momento* para recibir tales noticias. El mismo hecho de recibirlas, incluso al borde de la perdición, transformaba esto en un tiempo maravilloso. Pero las palabras no saldrían.

Las lágrimas brotaron de sus ojos, y Drake deseó poder ahogarse en ellas.

«Te amo, Drake. Una parte sabía de mí... siempre lo ha hecho. La parte tonta... me engañó para que creyera... que sentía algo por Jeremy». Ella sacudió su cabeza. «Nunca *conocí* a tu hermano. Solo lo envolví en un ideal... debido a mis libros y ensoñaciones. Te conozco, Drake. No eres... un modelo romántico, pero eres... diez veces más el hombre que era tu hermano. Ojalá me hubiera dado cuenta antes, por el bien de ambos».

Ansiaba decirle que acababa de transformar su mundo. Que de un solo golpe ella lo había hecho más completo que en cualquier otro momento de su vida. Se encontró a sí mismo apenas capaz de enmarcar el pensamiento, y mucho menos las palabras.

Su agarre en su mano se apretó de nuevo. «Una última cosa... debo preguntarte».

La intensidad de su mirada le arrancó la promesa. «Cualquier cosa».

«Algo anda mal... conmigo. Con el nacimiento. Lo veo cuando el Dr. Varoy... me mira. Prométeme, Drake... que no dejarás que le hagan daño a mi bebé».

«¿Dañar al bebé? Por supuesto que no. Todo estará bien. Verás».

«¿Júralo?».

«Por supuesto, lo juro. Nunca dejaría que nadie le hiciera daño a nuestro hijo».

Su feroz concentración se desvaneció en silencio. «Gracias. Estoy contenta de morir. Solo desearía que no... doliera tanto».

«No vas a morir, Lucy. No puedes».

Ella rió suavemente, sus ojos brillaban con todo el amor que le había confesado y más. «No es algo que puedas prohibir... mi señor. Mejor de esta forma. Lo sé. Qué deshonra para tu buen nombre... nunca lo olvides. No podríamos estar contentos con nuestro matrimonio... sintiéndonos como yo me siento».

Trató de interrumpirla entonces. Quería preguntarle por qué demonios ella no podía estar contenta cuando lo amaba y él la adoraba. Ella persistió, tal vez sintiendo que no tenía mucho tiempo antes de que llegara la próxima ola de la contracción del parto.

«Sé que apreciarás a este niño... darle el amor que tú mismo te perdiste».

«Sí, lo haré, pero por favor, no hables así, Lucy, como si no fueras a estar aquí para ayudarme».

«No lo mimes... como a Jeremy. Quiero que mi hijo crezca como un buen hombre... como tú. Digno sucesor... de... su... padre».

Empezó a protestar de nuevo, cuando otra contracción la sacudió. Sintiendo una mano firme en su hombro, se dio la vuelta para ver a Charles Varoy. Lucía tenía razón. El rostro de su viejo amigo traicionaba más una preocupación de la habitual.

Con un movimiento de cabeza hacia los lados, el médico señaló la puerta. «Sal ahora, como un buen tipo. Tu señora está en buenas manos».

«Maldita sea, Charles, ¿no hay nada que pueda hacer?».

La voz del médico se redujo a un susurro bajo. «Si yo fuera tú, me dirigiría a la capilla. Ofrece una oración ferviente con mayor poder».

Los ojos de Drake se agrandaron. «¿Tan malo es?».

Mirando a Lucy, que se agitaba en el refluo de su trabajo, Varoy asintió brevemente en respuesta.

Mientras Drake salía de la habitación, escuchó a Lucy llamarlo. «No olvides tu promesa, Drake. Te obligo a mantenerla».

Él no se giró para responderle. De repente se sintió poseído por una certeza salvaje y supersticiosa de que, si lo hacía, podría ser la última vez que la viera con vida.

Apenas consciente de lo que estaba haciendo o de adónde iba, se dirigió a la capilla familiar. Era todo lo que sobrevivía de la mansión original Silverthorne, que se había quemado hasta los cimientos durante la Restauración. No había mucho más allá de un altar y un par de bancos. La familia ya no la usaba ni siquiera para bodas o funerales. Dentro, Drake encontró al vicario Rushton arrodillado en oración.

«Muchacho». El anciano clérigo sonrió cuando Drake le puso una mano en el hombro. «Vine tan pronto como me enteré. Estaba visitando a la Sra. Sowerby cuando tu hombre finalmente me localizó. Ella insistió en venir conmigo. Espero que no te moleste. Le tiene mucho cariño a Lucy y fue partera antes de que le fallara la vista. Una de las criadas la llevó arriba, ya que la madre de Lucy no puede estar con ella...».

Su voz se apagó, luego pareció recordar su tren de pensamiento original. «Hice una pausa aquí para ofrecer una oración de acción de gracias por el regreso seguro de mi hija. ¿Puedo verla ahora? ¿O debería esperar hasta... después?».

Drake apretó sus rasgos con fuerza. Sus sentimientos también, por temor a que pudieran abrumarlo. En términos concisos, casi brutales, le contó a su suegro cómo estaban las cosas.

«Charles me dijo que debería orar», concluyó con una exhalación de risa amarga e irónica. «Se nota que un médico no tiene mucha fe en sus propios poderes cuando reconoce uno superior».

Aunque su rostro parecía afligido, la voz del vicario se mantuvo cálida y firme. «Supongo que nuestro buen doctor quiso decir las oraciones para ayudarte a *ti* a superar esto, no por Lucy. Ven, arrodíllate conmigo y te administraremos la receta del médico».

Drake cayó de rodillas, más que nada por el agotamiento. «No sé por dónde empezar, vicario. Estoy en el atril todos los domingos leyendo las Escrituras, pero es solo una parte de mi deber. No soy un hombre devoto en absoluto».

«Oh, mi querido muchacho». El rostro del vicario floreció en una sonrisa de tierna y paternal benevolencia. «Desde que te conozco, has vivido tu vida para los demás. Los rostros bien alimentados de los niños en estos lugares, los hogares decentes que las familias pueden mantener, todo eso es testimonio de la obra de Nuestro Señor en ti».

Aunque la afirmación lo reconfortó, Drake negó con la cabeza. «¿Qué puedo decir? ¿Cómo me atrevo a pedir una consideración especial del Todopoderoso? Otros hombres pierden esposas e hijos en el parto, hombres en mucha mayor necesidad y mucho más dignos que yo».

«No es una cuestión de valor, ya ves. Pide solo que prevalezca la voluntad de Dios y la fuerza que necesitas para soportarla».

Un suspiro profundo y desgarrador sacudió el cuerpo de Drake. «No suelo ceder el control, vicario, pero lo intentaré».

Durante varios minutos, los dos hombres oraron juntos en el silencio receptivo de la antigua capilla, comulgando con sus miedos más profundos y sus esperanzas más queridas. Sin ninguna razón lógica que pudiera comprender, Drake sintió que una extraña sensación de paz se apoderaba de él. Al principio no escuchó los pasos apagados que se acercaban detrás de él. Entonces alguien se aclaró la garganta.

Drake se volvió. «Alguacil. ¿Qué puedo hacer por usted?».

«Perdone la intrusión, milord. He interrogado al conductor de Dalrymple y creo que debería venir a ver qué puede hacer con él».

«Estoy bastante... preocupado en este momento. ¿No puede esperar?».

«Disculpe, señor. No creo que pueda».

«¡NEVILLE! ¿Qué significa esto? ¿Dónde está el conductor de Dalrymple?».

Las rodillas de Neville se estrecharon con tanta violencia que era un milagro que pudiera mantenerse en pie. Levantó el abrigo y la bufanda. «A tu servicio, primo».

Nunca antes había visto a su primo tan controlado, ahora tan perdido. De rasgos flácidos e inexpresivos, Drake parecía como si alguien acabara de golpearlo en la cara con un saco de herraduras.

«Pero, ¿cómo? ¿Qué conexión tienes con Dalrymple?».

«Bastante simple, de verdad». Un intento en vano mientras su vieja sangre fría sonaba débil y hueca. «Lo contraté para seducir a tu esposa y arruinar tu matrimonio». Neville no estaba seguro de qué inconveniente toque de honor le impedía traicionar el papel de Phyllida en todo el sórdido plan.

Ahora Drake parecía como si hubiera recibido ese saco de herraduras justo en las rótulas. El dolor en sus ojos desarmó a Neville por completo.

«¿Por qué? ¿Qué te he hecho?».

«Aparte de dar un ejemplo insufriblemente excelente y ponerme continuamente en deuda contigo, nada».

«No entiendo».

«No. No espero que entiendas la codicia, el egoísmo y la estupidez ciega en esa escala». Neville agachó la cabeza. «Tienes todo el derecho a dudar de mí, pero por favor cree que nunca tuve la intención de hacerte daño a ti o a Lucy».

«¿Hacernos daño? Dios mío, Neville. Dejaste que nos separáramos». Drake levantó sus brazos vendados. «Esto no es nada comparado con lo que he pasado en los últimos meses. En cuanto a Lucy...».

«Supongo que querrás que me juzguen como cómplice». Neville cuadró los hombros, decidido a aceptar su caída como un hombre. Sin embargo, interiormente, temblaba. El robo de bienes por encima de cinco chelines se castigaba con la horca. El secuestro de la esposa de alguien conocido... ¿aún quemaban en la hoguera a los delincuentes?

Lentamente, como si todavía estuviera aturdido por estas revelaciones, Drake negó con la cabeza. «No creo que quisieras hacernos ningún daño real, pero tontamente te las arreglaste para involucrarte con un personaje mucho más peligroso. Cuando llegó por fin el momento de elegir, me salvaste la vida. Estoy seguro de que eso requirió más valor para ti que para la mayoría de los hombres. Tendrás que pagar por los estragos que has causado en nuestras vidas, Neville. Pero no veo cómo sirve para algo bueno que pagues con sangre».

«Gracias Drake». Neville cayó de rodillas. «No te arrepentirás de esto, lo juro. Haré cualquier cosa para compensarte».

Podría haber completado su humillación en ese mismo momento al estallar en lágrimas de agradecimiento, pero una de las criadas intervino.

«¡Venga rápido, milord! ¡El médico y la señora Sowerby están en condiciones de matarse el uno al otro y la pobre señora está fuera de sí!».

Al mirar el rostro de su primo, Neville vio escrito allí todo el daño que sus maquinaciones habían causado. De repente, la horca no parecía un castigo excesivo para él.

Drake se dirigió a la puerta. «No te vayas de Silverthorne hasta que haya tenido la oportunidad de hablar con el comisionado y decidir qué hacer contigo».

Neville asintió. «¿Hay algo que pueda hacer ahora?».

Drake se dio la vuelta. La pregunta pareció sorprenderlo, pero gratamente. «Lo único que cualquiera de nosotros puede hacer ahora, Neville. Orar por mi esposa y mi hijo».

Con esas palabras, salió corriendo detrás de la sirvienta casi histérica.

En el silencio ensordecedor de la biblioteca, Neville consideró la petición de su primo. Ciertamente, ya estaba de rodillas. Pero no había dicho oraciones desde la escuela y luego solo de memoria.

¿De qué valdría de todos modos, la oración de un villano arrepentido?

CAPÍTULO VEINTICINCO

S ubiendo las escaleras a toda velocidad, Drake escuchó los signos de conflicto antes de verlos.

La voz del doctor se elevó, perturbada hasta un tono de irritación como Drake nunca había escuchado. «¡Maldita seas si te dejo volver allí, vieja bruja entrometida! Tienes a esa pobre chica alterada hasta un ataque de histeria, además de todo lo demás».

«¡Ahora ve esto, inútil de manos torpes!». ¿Podría ser esa la plácida viuda Sowerby? «Tú eres quien la puso en ese estado con tus murmuraciones sobre matar a su bebé. Deberías aprender a mantener la voz baja. Una mujer no se queda sorda en el momento en que comienza a dar a luz, ¿sabes?».

«Solo estás empeorando las cosas, alentándola a pensar que hay alguna posibilidad de que podamos salvarlos a ambos».

Las últimas palabras del Dr. Varoy aterrizaron como un sólido puñetazo en el estómago de Drake. Mientras se acercaba a los contendientes, se callaron por un momento, ambos recuperando el aliento para un ataque verbal contra él. En ese instante de silencio, Drake pudo distinguir los débiles y roncacos llantos de Lucy que salían de detrás de la sólida puerta del dormitorio.

«No permitas que lastimen a mi bebé. ¡Por favor!».

Su propia rabia impotente estalló. Olvidando que la Sra. Sowerby no podía verlo, Drake los fulminó a los dos con una mirada asesina.

«¿Qué están haciendo aquí, peleando como perros y gatos, cuando mi esposa los necesita», señaló con el dedo índice hacia la puerta, «*allí adentro*, cooperando para ayudarla a ella y al niño a superar esto de manera segura?».

Ambos comenzaron a hablar a la vez, pero el profundo tono imperativo del doctor ahogó a la señora Sowerby. «Ese es el punto, Drake, y es cruel dejarte creer lo contrario. Tenemos que tomar una decisión y debemos hacerlo pronto. Es Lucy o el bebé. El niño es grande para ser un bebé de ocho meses».

Por una fracción de segundo, el comentario improvisado desconcertó a Drake. Entonces se dio cuenta de que el médico estaba calculando a partir de su boda con Lucy.

«Tiene una cabeza grande», continuó el Dr. Varoy, «y tu esposa es una mujercita delgada, especialmente alrededor de las... caderas». Tropezó con la falta de delicadeza de la palabra, pero prevaleció la necesidad profesional. «Si queremos salvar al niño, tendré que realizar la cirugía necesaria. No hay tiempo que perder».

«¿Co.... cortarla?», Drake se tambaleó sobre sus pies.

Evitando su mirada, el doctor asintió. «Es la única forma segura de sacar al bebé. No te mentiré, no muchas mujeres sobreviven al procedimiento».

Drake no necesitó que se lo dijeran dos veces. Su madre había muerto a consecuencia de tal parto.

«No puedo perderla, Charles. No ahora».

«Entonces necesitamos... comprimir el cráneo del bebé para sacarlo antes de que muera por la tensión y la pérdida de sangre».

«¿Matar al niño?».

El médico se pasó una mano por la cabeza despeinada. «¿No es eso lo que acabo de decir? No me importan las opciones más de lo que a ti, pero no es como si tuviéramos elección. Debemos tomar una decisión y actuar pronto antes de que los perdamos a ambos».

«Me hizo jurar que no dejaría que le hicieras daño al bebé». Drake se tapó la boca con el puño y de repente se dio cuenta de lo que le costaría esa promesa precipitada.

El Dr. Varoy descartó esa objeción con un gesto. «No puedes responsabilizar a una mujer por las tonterías que dice al borde del parto, Drake. Como su esposo y padre del niño, esta es una decisión que solo tú puedes tomar».

Toda su vida, Drake se había entrenado para tomar decisiones difíciles. Se enorgullecía de su capacidad para sopesar todos los factores y tomar una determinación racional que serviría mejor a sus intereses a largo plazo. Ni una sola vez se había retraído ante la necesidad de tomar decisiones.

Hasta ahora.

Ahora, estaba paralizado, incapaz de afrontar las consecuencias de cualquiera de las opciones que le había presentado Charles Varoy. ¿Cómo podía sentenciar a muerte a Lucy, incluso ante su insistencia? Nunca volver a verla ni a escucharla. Nunca disfrutar de la luz del sol de su sonrisa. Nunca saborear la brisa fresca de su vigorizante humor.

En cuanto a la otra supuesta elección, no era ni un ápice más atractiva. Si sobrevivía a su dolor, ¿Alguna vez lo perdonaría por romper su juramento y permitir el daño a su hijo? ¿Tenerla viva, pero odiándolo, sería mejor que dejarla morir con palabras de amor en los labios? Se enfrentaba a dos elecciones insoportables, pero si no sancionaba una u otra, el resultado sería doblemente trágico.

Querido Dios, permíteme elegir bien.

El sonido de la voz de la Sra. Sowerby dirigida al médico, llamó la atención de Drake. «No lo escuche, su señoría. ¿Cuántos bebés ha traído al mundo, me gustaría saberlo?».

El médico balbuceó. «Suficientes para saber lo que hay que hacer aquí».

«Tonterías», espetó la señora Sowerby. «Solo atiende a un parto si la gente es rica. Incluso entonces piensa que están por debajo de usted».

Ella se giró hacia Drake. «Si confía en mí, milord, hay otra manera. No es fácil, pero creo que debemos intentarlo. Sé que la señorita Lucy sufrirá debido a ese bebé. ¿Y el pequeño? Usted logró arreglárselas para aferrarse a la vida sin su mamá, pero la mayoría de los bebés no lo hacen».

Era cierto, se daba cuenta Drake. No se trataba de un juicio comercial sobre la reducción de pérdidas o el rescate de activos parciales de una mala inversión. Elegir la muerte de Lucy o de su hijo, no podría vivir con eso. Debía apostar su suerte con la vida, con la esperanza.

Drake tomó las manos de la señora Sowerby entre las suyas. Eran pequeñas garras marchitas, pero suaves como el cuero del cabrito. A pesar de su pequeñez y suavidad, poseían una extraña fuerza primaria, como si se hubieran acumulado de mujer en mujer a lo largo de los siglos desde que el primer niño humano había sido arrastrado retorciéndose y chillando al mundo.

En el dorso de cada mano nudosa le otorgó un beso. «Haga lo que pueda, señora Sowerby.

Sea cual sea el resultado, tendrá mi eterna gratitud».

Lanzó una mirada silenciadora a Charles Varoy. «Entiendo los riesgos y asumo toda la responsabilidad».

La señora Sowerby no ofreció falsas garantías, sino que se dio la vuelta y regresó a tuestas al dormitorio. Por la expresión triunfante que dirigió al médico, Drake se preguntó si podía ver más de lo que quería admitir.

«¡Maldita sea, Drake!», Charles Varoy estalló. «La tensión de todo esto te ha trastornado, hombre. ¿Te das cuenta de que acabas de confiar la vida de tu esposa a una anciana ciega? Los perderás a ambos, espera y verás».

Drake negó con la cabeza. «La procreación es asunto de mujeres, Charles. Un hombre siembra su semilla y después de eso, la mujer tiene un hijo y lo trae al mundo sin más ayuda de él. No tenemos derecho a interferir ahora».

El doctor caminó hacia el dormitorio de Lucy. «Tú, mi amigo, estás fuera de tus cabales».

«Puede ser», respondió Drake con calma. «Pero si tratas de interferir con la Sra. Sowerby, te romperé los brazos».

Con el rostro rubicundo salpicado de furia, Varoy se abrió paso a empujones entre Drake. «No te preocupes. No haré nada hasta que ella me ruegue que salve lo que ha estropeado. Entonces haré lo que pueda».

A pesar de todas sus confiadas declaraciones, Drake se sintió mucho menos seguro de lo que había tratado de aparentar. ¿Y si estaba condenado tanto al niño como a Lucy?

JADEANDO COMO si hubiera corrido un kilómetro, Lucy apretó la cabeza contra las almohadas, decidida a saborear este breve respiro de su labor. Había estado vagamente consciente de las voces que se elevaban en la galería. Segura de que el destino de su bebé pendía de un hilo, se las había arreglado para expresar sus deseos al respecto. No es que fuera probable que le prestaran atención.

Seguramente Drake cumpliría su promesa con ella. Esa era una de las razones por las que le había confesado su amor, para que él se diera cuenta del intolerable futuro que les esperaba si ella vivía. La otra razón había sido puramente egoísta. Aunque él podría no amarla, podría en realidad rehuir el amor espontáneo que ella sentía por él, ella no podía caer en la oscura incertidumbre de la muerte sin que él conociera sus sentimientos.

Las voces estridentes fuera de su puerta se habían reducido a un grave murmullo. La batalla debía haber terminado. Solo esperaba que no hubieran decidido salvarle la vida a pesar de sus deseos. Si tuviera que hacerlo, lucharía contra ellos con hasta la última gota de su fuerza para proteger a su bebé. Pero podía sentir que esa fuerza se desvanecía.

La puerta se abrió y la señora Sowerby entró a tuestas. La sirvienta que estaba secando la frente de Lucy dejó caer su paño y corrió a guiar a la anciana hacia la cama.

Lucy podía sentir que comenzaba a crecer otro dolor, uno muy fuerte, a menos que se equivocara en su suposición. Tenía que hablar rápido antes de que regresara el médico.

«¿Qué dijeron? No lastimarán al bebé, ¿verdad?».

La señora Sowerby buscó a tuestas su mano. Al encontrarlo, le dio un apretón tranquilizador. «Nadie va a tocar a ese bebé, querida. No hasta que nazca, en cualquier caso, y entonces solo para cuidar lo mejor posible a su pequeña señorita».

A pesar del dolor, todo el cuerpo de Lucy se relajó. Lágrimas de alivio picaban en sus ojos.

Se aferró a la diminuta mano de la señora Sowerby hasta que la contracción pasó.

«¿Qué... qué tan pronto operará el médico?» Era lo que quería, pero sus nervios aún se acobardaban al pensar en el bisturí.

«No lo haré». La señora Sowerby palmeando el brazo de Lucy. «Haré todo lo que pueda para ayudarte a traer al mundo a este joven y fornido Strickland».

«¿Ayudarme?», Lucy se retorció en las sábanas enredadas. Deseaba poder arrastrarse lejos de su propio cuerpo y de las aterradoras fuerzas que ahora la poseían. «No puedo hacer esto. Estoy tan cansada que quiero dormir para siempre, en algún lugar oscuro y tranquilo donde no haya dolor».

«Ya no eres una chica frívola, querida. Eres una mujer. Este bebé te va a necesitar cálida y viva, no fría en tu tumba. Piensa en lord Silverthorne. Él también te necesita».

Lucy se apartó un rizo húmedo de la frente. «Soy la última... persona que él necesita. No le he traído más que confusión. Está mejor... sin mí».

«Disparates». La Sra. Sowerby se acercó y susurró. «Ha estado sin ti estas últimas semanas y no hay un alma en Nicholthwait que te diga que estaba mejor sin ti. No lo abandones de nuevo, ahora que te ha recuperado».

Antes de que Lucy pudiera responder, otra contracción se apoderó de ella. El dolor era menor en esta ocasión, pero la presión era insoportable. Se sentía como una naranja exprimida hasta la última gota de jugo, arrancándole un gemido profundo y áspero.

«Tienes que pujar, ¿de acuerdo?», pidió la señora Sowerby.

Lánguida y agotada a raíz de eso, Lucy solo pudo asentir.

«Así tu descanso podrá llegar pronto, querida. Pero, por ahora, tendrás que trabajar duro y hacer lo que te diga. Por el bien del niño y de su señoría. ¿Puedo contar contigo?».

Nuevamente, Lucy asintió. Con bisturí o sin él, no había forma de que pudiera sobrevivir muchas contracciones más como la última. Si la Sra. Sowerby necesitara su ayuda para traer a su bebé a salvo al mundo, lo intentaría. Después de todo lo que le había hecho pasar, le debía a Drake darle un heredero sano.

Sintió que las fuerzas se reunían de nuevo. Cuando comenzó a esforzarse, la mujer mayor la animó. «Déjalo acumular, querida. No luches. Entrégate a ello. Cuando llegue al punto máximo, puja con todas tus fuerzas. Desde lo más profundo de sus entrañas. ¡Alguien, aparte estas sábanas y ayúdeme a levantar sus rodillas!».

Lucy se sobresaltó ante un suave toque exploratorio dentro de su canal de parto.

«No te preocupes, querida», la tranquilizó la partera. «Tengo que sentir lo que está haciendo tu cuerpo. Tal como pensaba, ya estás lista. No debería tomar mucho más tiempo traer a este pequeño al mundo».

Fácil de decir para la Sra. Sowerby. La siguiente hora se sintió como una eternidad para Lucy, mientras la partera canturreaba animándola a superar una fuerte contracción tras otra.

«Casi llegamos. ¡Puedo sentir que ya viene la cabeza!», la señora Sowerby gritó triunfalmente.

Varias contracciones más atormentaron a Lucy. Entonces, como desde una gran distancia, oyó a la señora Sowerby. «Ahí está la cabeza coronando. Ve con calma ahora. Así, bien muchacha. Solo deja que el resto de este pequeño salga con facilidad».

Un dolor agudo, intenso, diferente a los demás, hizo que Lucy gritara de agonía.

«El hombro del bebé debe estar chocando con el hueso púbico». Lucy escuchó decir al médico cuando la contracción pasó y el dolor remitió un poco. «Sabía que algo así sucedería. ¿Cómo convenció a Drake para...?».

«Mantenga la boca cerrada o llamaré a alguien para que lo eche», gruñó la Sra. Sowerby. «Que alguien rebusque en mi bolso y encuentre la vasija de sebo que traje».

Para sorpresa de Lucy, el médico no dijo una palabra más.

«Prepárate, querida», la instó la señora Sowerby. «Lo que tengo que hacer ahora va a doler como el mismísimo demonio, pero es la única forma de salvar a tu bebé».

Lucy aspiró una gran bocanada de aire. «Hágalo», jadeó ella, apretando los dientes contra más dolor que estaba por venir.

Era incluso peor de lo que había temido: un tormento estremecedor y desgarrador de profundidades insondables. Luego, una oscuridad apacible e indolora se abrió y se sumergió en ella. Más tarde hubo luz, y ángeles ministrantes la alimentaron con el néctar del cielo.

EL VICARIO MIRÓ ESPERANZADO a los ojos de Drake. «Has estado ausente bastante tiempo, hijo mío. ¿Tienes buenas noticias para un abuelo orgulloso?».

Sin confiar en sí mismo para hablar al principio, Drake negó con la cabeza lentamente y se dejó caer en el banco de rodillas junto a su suegro. Cómo envidiaba la fe infantil del anciano. Toda una vida de pesimismo cuidadosamente cultivado oprimía su corazón. «Puse a la señora Sowerby a cargo. Cree que existe la posibilidad de salvar tanto a Lucy como al bebé. Varoy no está de acuerdo».

El vicario puso una mano reconfortante sobre la de Drake. «Al menos de esta manera, pase lo que pase, estarán juntos».

Drake suspiró. No podía encontrar mucho consuelo en ese pensamiento.

Cerrando los ojos con fuerza y apretando las manos en señal de súplica, dejó que sus labios se movieran en las familiares palabras de las oraciones que había pronunciado toda su vida. Sus pensamientos iban más allá de los confines de la capilla y más allá de la hora presente. Abriendo el cofre del tesoro de su memoria, extrajo imagen tras imagen de Lucy de su breve matrimonio.

Lucy, como la había lucido en su noche de bodas, peinándose sus rizos dorados ante el espejo. ¡Cómo lo habían inflamado la vista y el olor de ella! Lucy, manchada y despeinada en medio de la jubilosa celebración del rescate de los mineros. Lucy, temblando ante su toque y luego yaciendo agotada y contenta dentro del círculo de sus brazos. Ahora esos recuerdos brillaban con un aura nueva y especial, el conocimiento invaluable de que ella había llegado a amarlo.

«...líbranos del mal...», Drake tropezó en su oración de memoria. El peso aplastante en su corazón era más de lo que podía soportar. Casi deseó que Lucy no le hubiera confesado su amor. Haría que su pérdida fuera infinitamente más dolorosa, vislumbrando lo que podrían haber compartido juntos.

Al escuchar el sonido deliberado de pasos detrás de él, miró a su alrededor. Charles Varoy entró en la capilla, luciendo completamente aturdido. Se dejó caer pesadamente en el banco al lado de Drake.

«¡Charles!», Drake agarró al doctor por los brazos. «¿Se terminó? ¿Qué ha pasado?».

Ni el rudo agarre de Drake ni su abrupto interrogatorio parecieron penetrar el extraño desconcierto del doctor.

«La cosa más condenada que he visto en mi vida», murmuró para sí mismo. «Simplemente se engrasó las manos con sebo y...».

«¿Y qué, Charles? ¿Quién se engrasó las manos? ¿Quién? Por el amor de Dios, dime,

hombre, ¿mi esposa y mi hijo están vivos?»..

«Nunca podría haberlo hecho». El médico se encogió de hombros y levantó las manos. «Demasiado grande. No es el tipo de cosa que haría un caballero, incluso con vidas en juego...».

Drake estaba a punto de golpearlo cuando la puerta de la capilla se abrió y una de las sirvientas hizo pasar a la señora Sowerby. Su rostro parecía demacrado y exhausto. Sus ojos nublados brillaban. Drake apartó a empujones al médico aturdido y le tomó las manos a la anciana.

Estaba a punto de hacer la pregunta que temía poner en palabras cuando escuchó un sonido acercándose desde fuera de la capilla. Se acercaba más y más, era agudo, casi felino, el aullido de un recién nacido. Incluso con su escasa experiencia en tales cosas, Drake pensó que sonaba como un llanto vigoroso y saludable.

La señora Sowerby se volvió y extendió los brazos cuando entró una criada que llevaba al bebé bien envuelto. Tomando al niño, se lo ofreció a Drake.

«¿Mi esposa?», preguntó en un susurro áspero.

Una sonrisa triunfante se dibujó en el rostro de la anciana y Drake recordó un versículo de la Biblia que había leído durante muchos maitines y vísperas. «Hermosos son... los que traen buenas nuevas».

«Es una muchacha valiente y resistente. Le hemos dado un somnífero, pero deberá estar bien como la lluvia en una semana más o menos».

Tomando con cautela a la pequeña pero vocal criatura en sus brazos, Drake inclinó la cabeza. Su corazón estaba repentinamente demasiado lleno y su garganta muy constreñida para hablar. Aferrando al bebé que lloraba contra su pecho, lo bautizó con lágrimas de padre.

CAPÍTULO VEINTISÉIS

No podía estar muerta después de todo, decidió Lucy mientras buscaba débilmente hacia la conciencia. Por un lado, le dolía demasiado. No los insoportables rigores del parto, que su memoria ya había comenzado a silenciar. Sin embargo, su cuerpo palpitaba con un dolor sordo, un eco agonizante del dolor que la había llevado al misericordioso olvido.

Si había logrado sobrevivir a la terrible experiencia, ¿qué había pasado con su bebé? El pensamiento envió a Lucy trepando por la pendiente resbaladiza hacia la plena conciencia. Sus párpados revolotearon, dejando entrar la suave y cálida luz del sol de una mañana casi de verano. Sus otros sentidos se extendieron, buscando señales de su bebé. No escuchó llantos ni arrullos. No sintió ningún bulto retorciéndose metido en la cama a su lado. Durante su estancia con Rosalind Beaumont, se había familiarizado con el irresistible olor a leche de un bebé. Ahora no podía detectar el aroma.

Luchando contra su creciente pánico, Lucy abrió los ojos por completo. Su mirada asustadiza recorrió la habitación. Una de las criadas estaba de pie junto a la ventana mirando hacia afuera, la única otra persona en su dormitorio. Lucy no vio evidencia de la presencia de un bebé ni de que uno hubiera estado allí alguna vez.

«Po... por favor», susurró con los labios secos.

La chica de la ventana se sobresaltó. Rápidamente recuperando la compostura, se acercó a la cama. Aunque sonrió brillantemente, Lucy pudo ver que tenía una mirada de tensión y fatiga alrededor de sus ojos.

«Por fin está despierta, señora. ¿Hay algo que pueda traerle?».

La respuesta parecía tan obvia que Lucy quiso gritar. Extendió sus brazos vacíos.

«Mi bebé», dijo con voz áspera. «¿Qué ha sido de mi bebé? ¿Está vivo? ¿Está sano?».

La chica sonrió aún más ampliamente. «De hecho, señora, está vivo y saludable».

Lucy dejó caer sus débiles brazos sobre la colcha. Mientras las lágrimas brotaban de sus ojos, sin poder contenerlas.

«Fuerte y saludable según el médico, y muy lista. La primera niña nacida en el linaje Strickland en quinientos años, según dice el señor Talbot. Iré a buscarla por usted, señora, ahora que ya está despierta».

Antes de que Lucy pudiera expresar cualquiera de las preguntas insistentes que clamaban en sus pensamientos, la criada se alejó. Las lágrimas de alivio se convirtieron rápidamente en lágrimas de otro tipo.

Atónita por la repentina revelación, apenas podía comprenderlo. ¿Una niña? Su bebé era una niña. La propensión de los Strickland a engendrar hijos varones era legendaria en el Distrito de los Lagos. El título y las propiedades de Silverthorne se habían transmitido de padre a hijo, sin

excepción, desde la Edad Media.

A través de sus lágrimas, Lucy se rió amargamente de la ironía. Se había casado con el único propósito de proporcionar un heredero varón y había dado a luz a la primera hija Strickland en siglos. Drake no lo encontraría motivo de risa. Ahora estaba obligado a cargar con una esposa que no quería y una niña que no podía hacer nada para evitar que sus parientes sin escrúpulos heredaran la propiedad que él había trabajado la mayor parte de su vida para restaurar.

«Aquí está, señora». La criada regresó con la bebé de Lucy. «Qué bebé tan hermosa. Por la forma en que se muerde el puño, diría que tiene hambre».

Colocó a la bebé al lado de su madre.

Lucy extendió la mano libre y pasó el dedo meñique por la suave mejilla rosada del bebé. Agarrándose con diminutas manos rojas, la bebé metió la yema del dedo de Lucy en su boca y comenzó a chupar enérgicamente.

«Tienen razón», le susurró Lucy. «Eres toda una criaturita preciosa».

Retiró su dedo, tiró hacia abajo del corpiño escotado de su camisón y rodó con cautela sobre su costado. Pellizcando su pezón erecto, lo pasó por la mejilla de la bebé hacia su boca, como había visto hacer a la Sra. Beaumont. La niña transformó su diminuta boca, en forma de capullo, en una voraz O y comenzó a mamar.

«Qué chica tan inteligente eres», canturreó Lucy, frotando su barbilla contra la modesta mata de cabello oscuro de la bebé. Abrumada por intensas pasiones maternas, no podía lamentar de que el diminuto milagro envuelto en sus brazos no fuera un niño.

«Su señoría se veía tan tranquilo con su pequeña princesa acurrucada en sus brazos, no tuve el corazón para despertarlo», dijo la criada.

Sus palabras fueron tan contrarias a lo que Lucy había esperado, que por un momento se negaron a tener sentido para ella.

«Lord Silverthorne... ¿sostenía a la bebé?», se aventuró por fin.

«¡Eso le digo!». La chica soltó una risa indulgente. «Desde el momento en que la Sra. Sowerby se la entregó, él no permitió que nadie más la tuviera excepto el vicario y no por mucho tiempo. Nunca habría tomado al amo por un hombre tan cariñoso con un bebé.

Lucy reflexionó sobre la idea. Hace un año, ella habría estado completamente de acuerdo. Ahora, lo sabía mejor. Drake tenía una riqueza de ternura en él, junto con instintos protectores de ferocidad primaria. Quizás todo lo que lo mantenía bajo control era el miedo al rechazo. Si algún hombre tenía motivos para temer tal cosa, seguramente era uno que nunca había conocido el amor de una familia. Hasta ahora, Drake se había visto obligado a prodigar todos sus cuidados a su gente. Cualquiera que fuera el afecto que podía sentir por ella, una hija no podría continuar su trabajo.

«Así que...», ella vaciló, apenas capaz de enmarcar las palabras. «Lord Silverthorne no estaba decepcionado... ¿por tener una niña?».

«¿Decepcionado? Señora, ¿no ha escuchado una palabra de lo que he dicho? Si eso era estar decepcionado, no imagino verlo jubiloso. Por la forma en que lo asumió, uno pensaría que era el primer hombre en convertirse en padre. Iré a buscarle algo de comer, ahora que está despierta. Tendrá que alimentarse bien si quiere amamantar a la pequeña señorita».

Mientras la criada se alejaba, Lucy apretó aún más a la bebé. Aunque su cuerpo yacía aletargado, sus pensamientos vagaban a lo largo y ancho a un galope ansioso. Esta migaja de esperanza la asustaba después de la pacífica resignación de la desesperanza.

Drake amaba a la bebé a pesar de que no la había engendrado. A pesar de que ella no era la heredera que él necesitaba tan desesperadamente. ¿Sería posible que él pudiera amar a una

esposa a pesar de que ella había traído la deshonra a su orgulloso nombre?

«¡LUCY! ¡¡MIRANDA...A....A....A!!».

Drake se incorporó de golpe en su cama, todavía completamente vestido desde la noche anterior. El sudor perlaba la línea de su cabello y su corazón latía como los cascos del español en plena galopada. Había soñado con dos hombres sonrientes de cabello dorado que se llevaban a su esposa e hija mientras él yacía atado e impotente para detenerlos.

¡La bebé! Drake arrastró las sábanas de un lado a otro, buscando alguna señal de su hija desaparecida. No habían podido arrancarla de sus brazos la noche anterior, después de que la señora Sowerby se la hubiera entregado. La había llevado por toda la casa, mostrándola a todos los sirvientes. Había ordenado que se abrieran los mejores vinos de su bodega para que la familia pudiera brindar por la llegada segura de su hija. Si hubiera estado en su poder, habría ordenado que todo el condado se levantara de sus camas con una salva de veintiún cañonazos.

Una oleada de orgullo y amor paternal había demolido la presa invulnerable de su reserva. Cuando ella se había quedado dormida, él la había declarado un angelito bien portado. Cuando había llorado, él había reído encantado de su espíritu. Él la abrazó, la besó y le canturreó. De la nada la había llamado Miranda, por la hermosa y amada hija de Próspero en “*La Tempestad*”. Cuando la señora Maberley y las doncellas pidieron permiso para sostenerla por un minuto, él se resistió celosamente a sus súplicas.

Los admiradores menos fieles de Miranda se habían ido a dormir, en las primeras horas de la mañana. Su embelesado papá había permanecido despierto y vigilante, susurrándole sobre el gran futuro que planeaba para ella. Ponis, vacaciones junto al mar, hermosos vestidos, libros, la mejor educación que el dinero pudiera comprar. Por fin, con su preciosa hija acunada protectoramente en sus brazos, se tendió en su cama y cerró los ojos. Solo pretendía descansar un minuto.

Se había despertado justo ahora para descubrir que la bebé se había ido, llevada como por arte de magia negra.

Saliendo disparado de su dormitorio, casi derribó al Sr. Talbot, que llevaba una bandeja de desayuno bien surtida. A pesar de su agitación, el aroma de la comida hizo que el estómago de Drake rugiera lastimosamente. No recordaba haber comido nada desde aquella merienda de medianoche en la cocina de la señora Maberley. Hambriento como estaba, la comida tendría que esperar por asuntos más urgentes.

«Talbot, da la alarma. ¡Alguien se ha llevado a la bebé!».

El mayordomo trató de parecer solemne, pero una sonrisa indulgente tiró de las comisuras de su boca. «Sí, señor. Nell vino por la niña. La señora estaba ansiosa por verla».

La alarma de Drake se desvaneció en un largo y lento suspiro de alivio. Después de todo lo que Lucy había hecho para proteger a la niña, incluso poniendo en riesgo su propia vida, Drake sabía que podía estar tranquilo si Miranda estaba con ella. Levantando la tapa de uno de los platos en la bandeja de Talbot, devoró un trozo de jamón frito. Nunca había probado algo tan delicioso.

Drake tomó la bandeja de su mayordomo y regresó a través de la puerta abierta de su dormitorio. Ahora que sabía que Miranda estaba a salvo, no tenía prisa. Dejaría que Lucy disfrutara de un tiempo privado para familiarizarse con su hija, como lo había hecho él.

«Una cosa más, milord», dijo Talbot.

Drake levantó las cejas expectante.

«Sobre el Amo Neville», continuó el mayordomo. «Por lo que sé, pasó la noche en la biblioteca. ¿Se quedará? ¿Debería arreglar su habitación habitual?».

Drake negó con la cabeza. «Pero, consíguele algo de comer, algo para calmar su estómago para un viaje».

Media hora más tarde, Drake entró en la biblioteca sintiéndose como un hombre nuevo. Encontró a su primo consumiendo tenazmente un enorme desayuno con el aire de un presidiario devorando su última comida.

«Me alegra saber que todo salió bien anoche», dijo Neville entre bocado y bocado. «Con tu esposa, quiero decir». Sonaba apagado, pero sincero. «¿Ya has decidido qué planeas hacer conmigo?».

Drake se sentó frente a su primo que parecía haber envejecido varios años en una sola noche. ¿Había esperanza de que este adolescente perpetuo pudiera madurar hasta convertirse en un hombre?

«No pretendo que salgas de esto solo con un susto. Sería un acto de locura enviarte de vuelta a Londres, una tentación demasiado grande para volver a caer en los malos hábitos y en peores compañías. Lo que necesitas es una ruptura total con tu antigua vida y una oportunidad de demostrar tu valía».

La pálida tez de Neville adquirió un tono aún más pálido. Pero cuadró los hombros con un aire de resolución desesperada. «¿Adónde me enviarás?».

«A la colonia de Nueva Escocia. Hace poco compré un astillero en una ciudad militar llamada Halifax. Necesito un gerente que esté dispuesto a aplicarse y aprender del negocio».

«¿Halifax? Nunca he oído hablar de ello». Neville se animó. «¿Quién sabe si no podré dominar la operación?».

«Otra condición, Neville».

«¿Sí?».

«Phyllida y Reggie te acompañarán. Quiero que tomes al chico bajo tu tutela. No es un mal chico, solo necesita a alguien que evite que su madre lo mime».

«Phyllida, ¿eh?», Neville parecía menos entusiasmado con esta parte del plan para su rehabilitación. «¿Supongo que ese punto no es negociable?».

Drake sonrió con tristeza. «Estoy particularmente resuelto a ello. Con el nacimiento de mi hija, es muy probable que tú y Reginald hereden Silverthorne algún día. Los quiero a ambos preparados para continuar el trabajo que he comenzado».

«Tuviste una hija *esta vez*, contra todo pronóstico», dijo Neville. «Sin embargo, hay muchas posibilidades de criar un vivero completo lleno de posibles herederos. ¿Por qué molestarte en ponernos a Reggie y a mí a prueba?».

Drake se levantó abruptamente. Neville había aludido a la única nube oscura en su horizonte actualmente brillante. «Fue un parto difícil. Es posible que mi esposa no quiera volver a pasar por algo así».

Aunque la Sra. Sowerby le aseguró que Lucy sería capaz de tener más hijos, Drake tenía sus reservas. Apenas había estado con ella por muy poco tiempo de su trabajo de parto. Por lo que había visto, dudaba que ella quisiera pasar por otro tormento como el que apenas había sobrevivido. Si ella decidía no tener más hijos, él honraría sus deseos... por difícil que fuera abstenerse de hacerle el amor.

Neville hizo una mueca. «Mala suerte, viejo».

De repente, Drake recordó que las maquinaciones de su primo podrían haberle costado la

vida a Lucy. Saboreó sus palabras de despedida a Neville.

«Por cierto, por el bien del decoro, será mejor que Phyllida y tú se casen».

Lanzó el comentario por encima del hombro, sin mirar atrás. Ni siquiera cuando escuchó que algo de considerable peso caía al suelo detrás de él.

AL ESCUCHAR que la puerta de su dormitorio se abría, Lucy levantó la vista y rápidamente desvió la mirada de nuevo. Finalmente, Drake se hacía presente.

Ferozmente fingió concentrarse en la bebé que amamantaba en su pecho. Por lo que Lucy podía decir, su hija no estaba extrayendo mucha leche, pero, de todos modos, parecía contenta succionando. Manteniendo los ojos fijos en el cabello oscuro y sedoso de la bebé, esperó y esperó a que Drake hablara.

Permaneció cerca de la puerta durante mucho tiempo, silencioso e inmóvil. Cuando por fin ella se armó de valor para lanzar una mirada furtiva en su dirección, pensó que sus ojos oscuros brillaban con sospecha.

Y bien podrían lograrlo. Él había hecho grandes esfuerzos, incluso casándose con una esposa que no quería, para asegurarse un heredero adecuado para su título. Ahora todos sus planes estaban arruinados y estaba obligado a continuar con una esposa que se había enamorado de él inconvenientemente, en contra de su promesa.

«Lo lamento». Aunque trató de mantener la voz firme, esta se quebró y lágrimas espontáneas brotaron de sus ojos.

Lucy se enfureció por dentro ante sus emociones incontrolables. No quería coaccionar a Drake a mantener su matrimonio por culpa o por su sentido del deber. Ella no había cumplido las condiciones de su unión. ¿Por qué debería seguir obligado a cumplir con su parte del trato?

Dio un paso cauteloso más cerca de la cama. «¿Lo lamentas?», murmuró con una voz cargada de emoción. «¿Qué es lo que lamentas?».

«¿Quieres que lo diga de nuevo?». No se atrevía a encontrar su mirada, por miedo a lo que vería allí. «Lamento haber traído la desgracia al nombre Silverthorne. Perdóname, yo...».

Lucy vaciló. Ni en un millón de años se arrepentiría del nacimiento de su hija. A pesar de lo que le había dicho la doncella, no podía esperar que Drake compartiera esos sentimientos. Después de todo, la niña no era suya. No podía evitar que el trabajo de toda su vida cayera en manos indignas.

«Siento no haberte dado el heredero que necesitas. Lo siento...».

Nuevamente la palabra se atascó en su garganta. Nunca se arrepentiría de amar a Drake. Estaba orgullosa de haber alcanzado la percepción y la madurez para cuidar a un hombre tan digno de ello. Sin embargo, por su bien, por la carga de la obligación no deseada que le imponía, lo sentía.

«Siento haber roto la promesa más importante que te hice. Juro que repararé todo. Solo unas cuantas personas de confianza saben que no estoy en Florencia con el Sr. Dalrymple. Si me fuera, adoptaría un nombre falso, aún podrías solicitar el divorcio al Parlamento. Solo te pediría por el bien de mi bebé que nos proveas como lo has hecho con la Sra. Beaumont y su hijo».

«No, Lucy. No». Drake se tambaleó los últimos pasos hasta su cama donde cayó de rodillas. «No debes dejarme. Nunca más. ¡Nunca! Si lo haces, moriré. Querido cielo, ¿no lo ves? Te amo más que a mi próximo aliento». Quebrantada su voz, le abrió su corazón. «Daría mi último aliento para evitar que ustedes dos sufran daño alguno. Y no cambiaría a nuestra valiosa hija por

un par de niños».

«Pero el escándalo. Todo el mundo cree que te dejé y me escapé con...». La voz de Lucy se entrecortó. «Nunca podría esperar vivir con un hombre de gran orgullo como tú...».

«Al diablo con el orgullo». Los ojos oscuros de Drake brillaron con la seriedad de su declaración. «El orgullo es frío y hueco. Cualquier hombre con una pizca de sentido común lo cambiaría por... amor».

Con todo su corazón, anhelaba creerle. ¿Pero tendría el valor?

«No soy digna de ti. Lo he demostrado cientos de veces».

«La dignidad tampoco tiene nada que ver con esto». La intensidad del tono de Drake y su mirada convencieron a Lucy. «Durante años luché por ser digno del amor de cualquiera, sin éxito. Entonces llegaste a mi vida, trayendo amor como un regalo inesperado. Nunca dijiste las palabras hasta anoche, pero lo sentí igual. ¿No has sentido mi amor todos estos meses?».

En el jardín de la lengua inglesa, sus palabras no fueron las flores más hermosas, ni las más fragantes. Sin embargo, hablaban de un amor con raíces profundas y tenaces, que daría frutos de inefable dulzura.

Sin confiar en sí misma para responder de otra manera, Lucy asintió. Con los ojos, le rogó a Drake que la besara.

Rozó su mejilla y la de la bebé con delicados besos. Luego, encontrando sus labios, la besó de nuevo, suave pero profundamente.

Quedaba un último obstáculo.

Silverthorne.

El profundo sentido del deber de Drake hacia su gente había sido lo que lo había hecho casarse con ella, en primer lugar.

«La bebé. Ella no puede heredar tu título, no puede cuidar de tu gente».

Una pizca de arrepentimiento ahora ensombreció la mirada amorosa de Drake.

Lucy sufría por él.

«Haré todo lo posible para asegurarme de que Silverthorne no caiga en manos inadecuadas. Pero tú y nuestra hija son todo el mundo para mí. No te abandonaría, ni siquiera por Silverthorne».

Él la besó de nuevo. En ese acto ferviente pero amable, Lucy no tuvo más remedio que reconocer la verdad de su amor por ella.

Quizás el pasado no importara. Quizá solo importaba el futuro. En los años venideros, se esforzaría con todo su corazón por ser digna de Drake y amarlo como él se lo merecía.

Mientras continuaba besándola, la mano de Drake subió sigilosamente para ahuecar el seno libre de Lucy. De repente, sintió que el dolor de su cuerpo se convertía en el delicioso dolor del deseo.

Apartándose de ella, Drake la miró profundamente a los ojos mientras una sonrisa irónica jugaba en su expresiva boca. «Además, la Sra. Sowerby me dice que no hay ninguna razón en el mundo por la que no podamos intentar tener un niño dentro de unos meses. Después de lo que has pasado este tiempo, no te culparía si decides no hacerlo...». Su voz se apagó con nostalgia.

Con los ojos brillando por las lágrimas de felicidad, Lucy acercó la cabeza de Drake para que descansara sobre su pecho, junto a la bebé, ahora saciada y dormida. Acariciando su mejilla contra su cabello oscuro, respondió en un susurro ronco: «Apenas puedo esperar».

FIN

Querido lector:

Me emocioné cuando Harlequin Enterprises recientemente me devolvió los derechos de publicación de *A Gentleman of Substance*, que había estado fuera de impresión en inglés durante muchos años. Esta historia de amor, de la Regencia sobre un matrimonio de conveniencia entre un solitario vizconde y la enérgica hija de un vicario, fue uno de mis libros más vendidos de Harlequin Historicals® en América del Norte y en muchos países alrededor del mundo.

La historia y su cautivadora portada del renombrado artista Pino Daeni fueron de las favoritas tanto de los lectores como de los críticos. *Affaire de Coeur* elogió su "trama casi impecable, personajes bien desarrollados y una llama que encenderá tu corazón con todas las emociones posibles". *A Gentleman of Substance* fue nominada al premio *Romantic Times* Reviewer's Choice Award a la mejor regencia histórica de 1999.

¿Es de extrañar que estuviera emocionada de presentar a Drake y Lucy a una audiencia nueva y más amplia de lectores de romance, incluyéndote a ti? Además de un libro electrónico, estoy lanzando ediciones en pasta blanda y letras impresas más grandes con una maravillosa nueva portada de Kim Killion. Dado que incluso los mejores libros no están exentos de fallos, repasé el manuscrito haciendo revisiones basadas en lo que había aprendido durante dos décadas en la industria editorial. ¡Nada menos que lo mejor de mí es bueno para mis lectores!

Mientras releía la historia por primera vez en muchos años, me encontré a menudo alcanzando la caja de pañuelos, conmovida por la fuerte emoción de la historia y los personajes que volví a amar. Ya sea que estés leyendo *A Gentleman of Substance* por primera vez o volviendo a visitar un viejo favorito, ¡espero que la historia de amor en desarrollo de Drake y Lucy también toque tu corazón!

EXTRACTO DE “SCANDAL ON HIS DOORSTEP”

Los llantos de un bebé se escuchaban más cerca, penetrando las débiles paredes y la puerta de las habitaciones de Annabelle. El sonido la transportó de vuelta a la guardería de Eastmuir y a la interminable sucesión de jóvenes primos que había atendido mientras vivía de la caridad de su tía y su tío. ¿Acaso nadie tenía compasión de la pobre criaturita que lloraba y se esforzara por calmarla?

Aparentemente no, porque los gritos se hacían cada vez más estridentes a medida que se acercaban. Entonces alguien llamó frenéticamente a la puerta de Annabelle. Evitó un chillido de miedo, agarró el atizador de su pequeña chimenea y cautelosamente se dirigió hacia la puerta. Aunque esta casa de alojamiento se encontraba en la periferia de la elegante zona de Mayfair, el vecindario inmediato era bastante desagradable. Esperaba pronto encontrar trabajo como institutriz y mudarse a una dirección más respetable.

«¿Quién está ahí?», gritó, tratando de sonar más valiente de lo que se sentía. «¡Debes haberte equivocado de lugar!».

«¿Annabelle?». Una familiar voz masculina le respondió, aunque nunca la había oído sonar tan alterada.

«Jack, ¿eres tú?». Se acercó más a la puerta, pero no la abrió. «¿Qué haces aquí a esta hora? Pensé que había dejado claro que no quiero tu ayuda».

Su caridad, eso era lo que ella había rechazado una y otra vez desde que Frederick había sido asesinado en una escaramuza en un puesto de avanzada, defendiendo la frontera portuguesa. ¿Era porque ella había soportado su hartazgo de caridad durante su juventud? ¿O porque no podía soportar tomar nada del hombre al que había amado en secreto más que a su difunto esposo?

«¡Eso no importa ahora!», Jack estalló. «Soy yo quien necesita *tu* ayuda. ¡Por favor, solo abre la puerta!».

A través de todo esto, el bebé seguía llorando más fuerte que nunca. ¿Jack traía un niño? ¿Y qué tipo de ayuda podría querer de ella? Su única esperanza de obtener respuestas a esas preguntas sería dejarlo entrar. Además, algunos de sus desagradables vecinos podrían quejarse del ruido y ella no quería tener problemas con ellos.

Annabelle dejó caer el atizador y luego abrió los cerrojos que le daban cierta ilusión de seguridad. Cuando abrió la puerta, a grandes zancadas Jack entró sin esperar más invitación. Llevaba una gran canasta de la que emanaban los insistentes llantos.

«¿Eso es un bebé?», preguntó ella en un tono de incredulidad mientras cerraba la puerta detrás de él.

Ella no se molestó en poner el cerrojo. A pesar de la naturaleza desconcertante de su visita, la presencia de Jack seguía teniendo el poder de hacerla sentir segura... al menos en un sentido

físico.

Un observador podría haber pensado lo contrario, ya que el primo de Frederick tenía una mirada salvaje y distraída a su alrededor. No llevaba sombrero y su cabello castaño dorado caía desordenado. Los ojos color avellana que tan a menudo brillaban con un espíritu despreocupado, ahora se movían inquietos. Los rasgos toscamente atractivos de Jack tenían un aspecto angustiado y desesperado.

Annabelle nunca lo había visto en tal estado. La alarmó.

«¡Por supuesto que es un bebé!», lo dijo apoyando la cesta en el suelo. «¿Qué más podría producir tanto alboroto?».

«¿De quién es el bebé?», Annabelle se arrodilló y levantó el bulto de mantas que chillaba y se retorció en la cesta. «¿Por qué lo tienes tú?».

¿Había rescatado al niño del peligro o del abuso? Eso ciertamente estaría en línea con su naturaleza. Annabelle recordó cómo a menudo él la había protegido durante sus años de juventud. Su antagonismo hacia él se suavizó.

«Es mía». Las palabras brotaron de la boca de Jack, amargas como la bilis. «Al menos podría serlo. Alguien la dejó en nuestra puerta con una nota. Estaba llorando cuando la encontramos, pero logré que se volviera a dormir. Luego se despertó y comenzó a llorar de nuevo. Después de eso, nada de lo que hicimos logro hacerla callar. Nadie en mi casa sabe nada sobre bebés».

Hablaba cada vez más rápido, como solía hacer el anciano rey cuando le sobrevinía un ataque de locura, según lo que Annabelle había escuchado que hacía. ¿Estaba Jack volviéndose loco o este bebé realmente le pertenecía? Ese último pensamiento provocó en Annabelle una punzada de consternación, pero no tuvo tiempo de reflexionar sobre ello.

Los aullidos de la bebé disminuyeron un poco cuando la tomó de la canasta y comenzó a mecerla en sus brazos mientras emitía sonidos tranquilizadores. Pero no dejó de llorar por completo. Eso no fue una sorpresa para Annabelle. Su nariz se arrugó por el hedor que desprendía la pobre criaturita. Cuando limpió una lágrima de la mejilla enrojecida de la bebé, su cabeza giró y su pequeña boca se hundió en su dedo.

«¿Nada de lo que hiciste pudo detener su llanto?», ella repitió el comentario de Jack en un tono mordaz. «¿No se te ocurrió alimentar a la pobre niña? ¿O cambiar su ropa sucia?».

«No exactamente», Jack sonaba a la defensiva y bastante perdido.

Eso era tan impropio de él que Annabelle no pudo evitar sentir una leve simpatía, por poco que se lo mereciera.

«Es tan pequeña». Sonaba como si eso hiciera que la bebé fuera de alguna manera más intimidante. «Tenía miedo de dejarla caer o... que se rompiera».

Annabelle puso los ojos en blanco. «Los bebés no son tan frágiles como crees. Ahora debo limpiarle el trasero antes de que le salga un sarpullido... si acaso aún no lo tiene».

Llevó a la pequeña a la mesa donde solía comer. «No te quedes ahí parado, Jack, sé útil. Vierte un poco de agua caliente de la tetera en la jarra para calentar lo que hay allí. Pruébala con el dedo para asegurarte de que no esté demasiado caliente».

Jack recuperó un poco de su respeto al apresurarse a hacer lo que ella le pedía. El alboroto de la bebé se calmó aún más cuando Annabelle le quitó la ropa mojada y sucia del trasero y le habló en un tono tranquilizador.

Mientras limpiaba a la niña, le ordenó a Jack que trajera un par de trapos pequeños. «Una vez que esté seca, por ahora la envolveré en uno de estos. Pero muy pronto necesitará unos más adecuados».

Jack asintió dócilmente y luego observó con asombro cómo Annabelle doblaba y acomodaba

la tela alrededor del trasero de la bebé. Cuando la levantó y comenzó a caminar de un lado a otro, la exhausta niña se acurrucó contra su hombro.

«¡Bendita seas, Annabelle!», Jack se hundió en la silla junto al fuego como si acabara de sobrevivir a una angustiante experiencia. «Estaba seguro de que sabrías qué hacer. Estoy en deuda contigo».

Su sincera gratitud era difícil de resistir. Para su tranquilidad, Annabelle sabía que debía resistirlo y todo lo demás acerca de Jack Warwick. Hacía tiempo que había dejado en claro que solo la quería como amiga. Además, todavía estaba de luto por su primo... aunque su corazón albergaba más culpa que tristeza.

«La pobrecita está tranquila por el momento, pero no permanecerá así mucho tiempo si no la alimentan». ¿Cómo pudo la madre de la niña haberla abandonado a merced de Jack y sus amigos igualmente irresponsables? Annabelle no podía decidir qué comportamiento la irritaba más: la negligencia de la madre o el hombre que la había dejado embarazada sin estar casados.

«¿No puedes alimentarla tú?», suplicó Jack. «¿Qué necesita? Dímelo y lo conseguiré».

Annabelle negó con la cabeza. ¿*Todos* los caballeros eran tan ignorantes de todo lo que tuviera que ver con la crianza de los hijos? «Ella necesita leche de su madre o de una nodriza. Y antes de que preguntes, no, yo no puedo proporcionar ese servicio».

Esforzándose por ocultar su vergüenza, explicó que solo una mujer que había dado a luz y recientemente había amamantado a un niño podía amamantar a otro bebé. Jack se movió en su asiento, claramente incómodo con la conversación. Sin duda, los hombres como él creían que el pecho femenino había sido diseñado exclusivamente para su placer.

«No es fácil encontrar en cualquier momento una buena nodriza en la ciudad», le advirtió Annabelle. «No vas a querer alguna que beba o que esté enferma. Lo mejor que puedes hacer es localizar rápidamente a la madre de la niña, antes de que se le seque la leche».

Cuando Jack le lanzó una mirada desconcertada, Annabelle no pudo contener su molestia. «Parece ser que la niña tiene tres o cuatro meses. Busca a las mujeres con las que tú y tus amigos... se acostaron el invierno pasado. Seguramente no pueden ser *tantas*».

«¿Entre los tres, durante varios meses?», Jack agachó la cabeza como un travieso colegial. «Podría ser un desafío. ¿Cómo nos las arreglaremos mientras tanto?».

«Supongo que podrías llevarla al hospital de niños expósitos», sugirió Annabelle, aunque no tenía intención de dejarlo hacer tal cosa.

«¡No!», Jack se puso de pie de un salto. «Ella ya ha sido abandonada una vez. No se lo volveré a hacer».

Su respuesta calmó en gran medida el antagonismo de Annabelle.

«No entiendo». Empezó a pasearse por la pequeña sala, manteniéndose tan lejos de Annabelle y de la bebé como lo permitía el espacio limitado. «¿Por qué su madre no vino a mí o con mis amigos tan pronto como se dio cuenta de que estaba embarazada? La habríamos ayudado».

«Claramente la pobre mujer había pensado lo contrario». Annabelle abrazó a la bebé en un gesto protector.

Habían pasado varios años desde la última vez que había acunado a un bebé dormido, pero la acción le resultó tan natural como respirar. Hubo un tiempo en que se declaró harta de cuidar bebés. Sin embargo, de repente, sintió como si algo que le faltaba en su vida hubiera sido restaurado.

Pero eso era ridículo. No extrañaba caminar toda la noche para evitar que un bebé con cólicos despertara a toda la casa. Ni cambiar pañales malolientes y sucios. Ni que le ensuciaran su propia

ropa.

Jack cuadró los hombros e inhaló una respiración profunda. «A primera hora de la mañana, comenzaremos a buscar a la madre. Hasta que la localicemos, ¿puede la bebé quedarse aquí contigo?».

«¡Absolutamente no!». Annabelle estuvo tentada de devolverle la bebé a sus brazos, pero temía que pudiera despertarla. Además, se encontró extrañamente renuente a separarse del cálido y suave bulto que tenía entre sus brazos. «Este no es un lugar adecuado para tener un bebé y no estoy preparada para cuidarla».

Jack parecía como si ella le hubiera dado un duro golpe. Annabelle se armó de valor para resistir sus súplicas.

«Entonces, ¿volverás conmigo a Bruton Street?». La miró fijamente con ojos implorantes como la que podría haber utilizado para convencer a la madre de la bebé de que se metiera en su cama. «Nuestra habitación de invitados es muy cómoda y me aseguraré de que tengas todo lo que necesitas para cuidarla. Por favor, Annabelle. No lo pido por mí, sino por el bien de la niña. Ella te necesita. ¡Si haces esto, te daré todo lo que pidas!».

Tentada como estaba por la perspectiva de una cama cálida y cómoda y las delicias de la cocina de Jack, Annabelle vaciló. Conocía muy bien la peligrosa locura de encariñarse con un niño... o con cualquier otra persona. La promesa de Jack de darle todo lo que quisiera no fue un incentivo especial. Solo había una cosa que ella siempre había querido de él, y era lo único que él no podía darle.

SOBRE LA AUTORA

Después de ganar el prestigioso premio Golden Heart™, Deborah Hale ha escrito más de dos docenas de novelas románticas históricas, plagadas de inspiración y fantasía para Harlequin™ Enterprises. Ha sido traducida a muchos idiomas y vendido millones de ejemplares en todo el mundo. En los últimos años ha empezado a publicar de un modo independiente tanto obras nuevas como versiones revisadas de sus libros antiguos. Deborah y su familia viven en la bella Nueva Escocia, en Canadá, un lugar impregnado de historia y romance.

Visita su página web

www.deborahhale.com

o la página de Facebook

<https://www.facebook.com/AuthorDeborahHale>

*Dedicado a Virginia Brown Taylor, autora de novelas románticas y partera, quien me ayudó durante el encierro de Lucy. Cualquier imposibilidad anatómica es culpa mía, no de ella.
Y, al Dr. Michael E. Hale, mi propio caballero sensato... y con estilo.*

Copyright © 1999 Deborah Hale

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de este libro puede ser reproducida o retransmitida sin el permiso por escrito de la autora.

Esta es una obra de ficción. Cualquier referencia a eventos históricos, personas o lugares reales se utiliza de manera ficticia. Otros nombres, personajes, lugares y hechos son producto de la imaginación de la autora, y cualquier parecido con situaciones, lugares o personas reales, vivas o muertas, es mera coincidencia.

Portada realizada por The Killion Group Inc.

Traducción del inglés por Elizabeth Garay